MARIE J. CISA

HIJA DE LA TORMENTA



HIJA DE LA TORMENTA

MARIE J. CISA

Copyright © 2026 by Marie J. Cisa

©2026 Hija de la Tormenta

Safe creative. Código de registro: 2604135258527

Todos los derechos reservados

Corrección: Sandra García @correccionessandrag

Diseño de cubierta: H. Kramer

Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, incluidos la reprografía el tratamiento informático, así como el alquiler, préstamo público o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con una persona, viva o muerta, es coincidencia.

A mi madre, ejemplo de fuerza y perseverancia, que me enseñó que los sueños sí se pueden alcanzar.
Y a todas las mujeres que dieron más de lo que el mundo esperaba de ellas.
Este libro es para ustedes.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo

Notas

CAPÍTULO I

ENERO 1878

Elvira leía ensimismada cuando unos pasos le hicieron levantar la mirada. María, la ama de llaves, le dedicó una sonrisa al pasar, portando una bandeja con una pequeña copa de cristal y una botella de coñac.

—¿A dónde va? —quiso saber, aunque la respuesta era evidente.

—Me lo ha pedido el señor —se excusó. Elvira la alcanzó con un gesto de desaprobación.

—Llévatelo.

La ama de llaves se dio la vuelta con maestría mientras que Elvira enfiló el pasillo hacia el salón; sabía que encontraría allí a su marido. Copiando el hábito de la empleada, golpeó levemente la puerta antes de entrar sin ruido. Eusebio, de espaldas a ella, leía el periódico.

—Deje la bandeja en la mesita, María. Yo mismo me serviré —ordenó sin desviar la vista, ignorando que quien acababa de entrar en el salón no era la ama de llaves, sino su esposa. Esta llevó su papel hasta el límite, dirigiéndose a la mesita en cuestión. Fue entonces cuando Eusebio se percató de lo que estaba ocurriendo—. ¡Querida!

—No hace ni dos días que visitamos al doctor Sánchez —le recordó ella.

—Solo era una copa —se excusó Eusebio.

—Él fue claro en que debes reducir el alcohol. A tu corazón no le sienta bien y es importante que lo tomes en serio.

Este se puso de pie y alzó los brazos como si quisiera demostrar que se encontraba perfectamente.

—Nunca me he encontrado mejor.

—Solo me preocupa tu salud, Eusebio.

—Y yo te lo agradezco, pero no debemos ceder al alarmismo. Soy consciente de mis dolencias y actúo en consecuencia.

—No me lo parecía cuando he visto a María acudir con la botella de coñac. Acordamos que en las veladas seríamos más permisivos, pero no debes excederte.

—¡Apenas bebí en la velada de Von Hartmann! —exclamó.

—Hay cosas peores que el alcohol para tu corazón, Eusebio. Esas preocupaciones por lo que pueda suceder en el norte —dijo Elvira.

—Hablamos de un posible conflicto armado con Bolivia. No son naderías. ¿Pretendes que las ignore?

—No he dicho eso. Pero fui testigo de tus apasionadas conversaciones con Wilhem y con el oficial de los Arcos, además de ese joven, ¿cómo se llamaba? Le decían el gringo, pero no recuerdo su verdadero nombre.

—Matías Robles, querida. Un empresario de Antofagasta. Es nuestro informante acerca de la situación en el norte. Sus padres emigraron hace muchos años a California e hicieron fortuna allí.

—Claro, Matías. No sé cómo he podido olvidar su nombre después del escándalo que armó nuestra hija. Otro frente para nuestras preocupaciones —se lamentó—. No podemos permitirle comportarse de esa manera. Otro tema del que también deberíamos hablar largo y tendido.

—Me compadezco de su futuro marido —expuso Eusebio—. Despacha a todos los jóvenes que se acercan a ella, lo cual ha hecho que ninguno se atreva a acercarse y no precisamente porque no sea bella.

—Lo sé, Eusebio, pero no llegará muy lejos con esa actitud. Además, insisto en lo que ya te he dicho muchas veces: Elena es inteligente, tal vez demasiado. Conozco a sus amigas y a otras

jóvenes de su edad y puedo decirte que la diferencia es abismal. A los hombres no les suelen gustar las mujeres tan listas. ¿Me equivoco?

Eusebio arqueó las cejas.

—¿No lo dirás por mí, querida?

Elvira lo miró de reojo mientras se acercaba a la ventana.

—He hablado con María. Puesto que quiero estar más pendiente de ti, he decidido contar con una nueva ama de llaves, una joven que acompañe en todo momento a nuestra hija. Creo que le vendrá bien para suavizar su actitud.

—¿Hay buenas referencias?

—Es una pariente lejana de María, lo cual es sinónimo de garantía. Proviene de un pequeño pueblo cuyo nombre no recuerdo ahora, pero confío en que su humildad siente bien a Elena.

Eusebio movió la cabeza de un lado a otro. Teorizar acerca de Elena era complicado.

—¿Elena lo sabe?

—Lo sabrá en su debido momento. En cuanto a Esteban, ¿has pensado algo?

Mientras la conversación entre marido y mujer tomaba un nuevo rumbo, la hija mediana del matrimonio, Elena, se percató de cómo María regresaba a la cocina tanto con la copa como con la botella intactas. Aquel nimio detalle hubiera pasado desapercibido sin duda para su hermano mayor, Esteban, pero Elena era diferente. Desde pequeña había aprendido que se podía formar mucho de los pequeños detalles, observando en silencio. Esa ley tan simple la aplicaba en cada aspecto de su vida. Sabía que era la hora en la que padre solía disfrutar de una copa de coñac mientras leía el periódico en el salón. ¿Su padre había rechazado la copa? Asuntos triviales como ese llamaban su atención, y no dudó en abordar a María.

—¿Mi padre no quiere? —preguntó haciendo un ademán hacia la botella. María dibujó una mueca incómoda en sus labios.

—Su madre cree que no es conveniente, señorita.

Rápidamente, Elena intuyó que los problemas de corazón que le habían diagnosticado a su padre eran más graves de lo que parecía en un principio. Si había algo que no soportaba era que no le

contaran la verdad, como si no tuviera la edad suficiente para afrontarla. Su rostro expresaba la turbación de ese momento y María temió convertirse en la diana de los reproches de la joven.

—No se preocupe, señorita. Tengo entendido que el doctor Sánchez es un médico excelente, muy requerido entre la buena gente de Santiago —dijo María. No obstante, los pensamientos de Elena no iban en esa dirección.

—¿Mis padres se encuentran en el salón? —indagó la joven.

—Su padre, seguro. En cuanto a la señora, no lo sé.

Era suficiente para Elena, que con aires de indignación se marchó de la cocina sin decir nada más. Al pasar frente a la salita y no ver a su madre, supo que los dos se encontrarían en el salón donde su padre solía leer el periódico. Caminó hasta allí procurando que sus pasos sonaran lo menos posible, comprobando con satisfacción que la puerta no estaba cerrada del todo. Tal y como había previsto, sus padres estaban al otro lado, conversando.

—¿Con el gringo? ¿Será una buena idea? —Escuchó decir a su madre. Su agitación fue tal que estuvo a punto de irrumpir en el salón para pedir explicaciones. Había tenido un desencuentro con ese joven en la velada de Von Hartmann.

Su padre lanzó un largo suspiro.

—Es un buen comienzo —dijo lentamente, como si meditara profundamente sus palabras.

—Hemos de valorar todas las posibilidades. No por nosotros, sino por el futuro de nuestra familia.

Elena mantenía una sonrisa tensa en los labios. El significado último de las palabras de sus padres se le escapaba. Pero se mantuvo tras la puerta, conteniendo su propia impaciencia.

—Por eso creo conveniente trasladarme a Valparaíso.

—¿En tu situación? —exclamó Elvira.

—Oh, querida, ¿me tomas por un anciano decrépito? Ni que fuera yo a tirar de la diligencia —resolvió Eusebio siempre con el ligero tono desenfadado con el que maquillaba sus palabras.

—Son muchas horas de viaje. ¿No puedes hablar con Horacio Méndez?

—Considero que hay cosas que tiene que hacer un padre. Si tanto deseas que delegue los asuntos familiares en nuestro hijo, he de asegurarme de que está plenamente capacitado para ello.

¿Delegar? Elena consideró poco menos que una absurdez que su padre pensara que su hermano Esteban iba a ser capaz de llevar adelante el buen nombre de la familia Valdés, así como sus intereses y sus negocios. Su hermano no era esa clase de hombre. Era más bien un joven disperso, que no parecía hallar nada que le entusiasmase. Mantenerse a raya le resultaba cada vez más difícil a Elena.

—Tienes razón. Supongo que es el precio que hay que pagar. ¿Cuándo piensas partir hacia Valparaíso? —preguntó Elvira.

—Mañana o quizá pasado. No sé cuánto tiempo estará el gringo allí, pero me atrevo a pensar que no prolongará mucho su estancia. Por eso quiero que Esteban trate con él. Pese a su juventud, Matías es un hombre hecho a sí mismo, despierto y con recursos. Me sentiría bendecido si nuestro hijo entablara una amistad sincera con él. Sería beneficioso para ambos.

Elena se relajó un poco al descartar otras opciones más enrevesadas que habían pasado por su cabeza y que estaban directamente relacionadas con ella y con el californiano. Aún se estaba preguntando cómo su padre podía mostrar tanto afecto a un simple comerciante y por qué insistía hasta el punto de querer que Esteban tratase con él.

—¿Elena los acompañará? —curioseó Elvira. Su hija, oculta tras la puerta, abrió los ojos sobremanera.

—No creo que sea lo más conveniente después del desencuentro que mantuvo con Matías —comentó Eusebio—. Es cierto que fue una discusión tonta, cosa de jóvenes, pero conociendo el orgullo de Elena…

—Tienes razón.

Elena tenía sus dos manos apoyadas sobre la puerta. Era casi un milagro que no hubiera irrumpido ya en el salón. ¿Quería visitar a ese desgraciado? Claro que no, pero si no había entendido mal, su padre pretendía forjar una especie de vínculo entre su hermano y Matías, lo cual, según Elena, podía resultar peligroso a largo plazo.

Esteban no era como su padre y, a ojos de su hermana, cualquier desalmado podría aprovecharse de él.

Elvira se acercó a su marido y estrechó sus manos con calidez.

—Sé sincero, Eusebio. ¿Te sientes con fuerzas para afrontar el viaje?

Este le devolvió una tierna sonrisa.

—Nunca me he encontrado mejor. Soy consciente de que ahora debo afrontar la vida de manera distinta, pero, para ello, debo asegurarme de que Esteban está preparado. Además, no solo visitaremos a Matías. Antes quiero que Esteban conozca de primera mano las bodegas y su funcionamiento.

Elvira torció el gesto.

—Apenas descansarás, Eusebio. El doctor Sánchez…

—Sé cuáles fueron las palabras del doctor Sánchez, querida. Pero el viaje a Valparaíso será algo puntual, por no decir que me lo tomaré con la mayor calma posible. Aprovecharé las largas horas de diligencia para mantener una profunda conversación con Esteban. Hace tiempo que no hablo a solas con él —dijo Eusebio antes de fijarse en la expresión reflexiva de su esposa—. ¿Qué sucede ahora?

—Estoy pensando… ¿No sería una buena idea que Elena los acompañara?

En ese instante, seguramente porque no esperaba que su madre la mencionara, Elena dio un paso hacia delante, abriendo completamente la puerta del salón y revelando su presencia.

—¡Vaya! —exclamó Elvira—. Qué oportuna coincidencia. Pasa.

La joven entró como si no hubiera escuchado nada de los últimos minutos.

—¿De qué casualidad hablas, madre?

—Oh, nada. No te preocupes —respondió Elvira mirando de reojo a Eusebio. Elena dudó de si su madre sabía o no que ella había escuchado gran parte de la conversación—. No sé si lo sabrás, pero tu padre y tu hermano viajarán a Valparaíso en los próximos días.

—Quiero mostrarle a tu hermano las bodegas. Mercancías de todos los rincones del mundo pasan por ella, haciendo que nuestro nombre traspase fronteras. Es una gran baza para el futuro.

—Suena interesante, padre —dijo Elena, que esperaba que este le dijera también que el paso por Valparaíso incluía también una visita a Matías Robles.

—¿Quieres acompañarnos? —preguntó Eusebio.

—Por supuesto, padre.

Elvira juntó sus manos en una palmada muda.

—¡Una buena noticia! Las mujeres velamos mejor por la salud de los hombres que ellos mismos. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? —Miró fijamente a su hija. Esta asintió.

—¿Qué puede ocurrirme con tanta atención a mi alrededor? —bromeó Eusebio.

A los pocos minutos llegó Esteban, que no puso impedimento alguno en trasladarse a Valparaíso, aunque tampoco mostraba entusiasmo. Transmitía esa sensación de persona que se dejaba llevar por los derroteros de la vida o de las decisiones ajenas, lo que a Elena le parecía una desfachatez. Sin embargo, su hermano mostraba tan poco carácter que incluso discutir con él se le antojaba complicado, desquiciándola más todavía. Estaba convencida de que su reacción hubiera sido la misma si, en vez de Valparaíso, su padre le hubiera dicho de trasladarse a Concepción o a Puerto Montt.

—¿Todo va bien en las bodegas? —preguntó Elena al cabo de un rato con la intención de que su padre mencionara lo de la visita a Matías Robles.

—La tensión del norte no es buena para el comercio, pero el flujo sí —respondió con una sonrisa. Elena le dedicó otra y no volvió a preguntarle al respecto. El motivo por el cual no mencionaba lo de la visita al gringo le resultaba un misterio, pero preguntárselo abiertamente era reconocer que los había escuchado a escondidas, algo que tampoco estaba dispuesta a reconocer.

Partieron hacia Valparaíso al día siguiente.

—Cuida de tu padre y compórtate como una señorita —le dijo su madre a modo de despedida.

Aquel *compórtate como una señorita* no pasó inadvertido para Elena. Era un aviso para que no volviera a suceder una situación semejante a la ocurrida entre Matías Robles y ella en la velada de Von Hartmann.

Todavía se le encendían las mejillas al recordar lo ocurrido. Aquel joven, con un traje gastado por el uso, no era más que un simple comerciante, y sin embargo se paseaba entre las familias más importantes del país como si fuera uno de ellos. Eso ya le parecía una atrevimiento, pero lo que verdaderamente la ofendió fue que su propio padre lo tratara con tanta familiaridad. Elena sabía cómo comportarse; la habían educado para ello. Su carácter era firme, a veces demasiado, pero nunca había perdido las formas como aquella noche. Para colmo, el gringo —como todos llamaban a ese aprovechado— no borraba la sonrisa de su cara, respondía con una soltura que la sacaba de quicio y parecía provocarla a propósito con cada gesto. Una falta de respeto que solo ella parecía notar. Tanto la irritó que terminó alzando la voz, perdiéndose ante todos, y al instante se arrepintió. Escuchó la regañina de su padre con la cabeza gacha, muerta de vergüenza. Cuando por fin se atrevió a levantar la vista, Matías Robles la miraba con una sonrisa que estuvo a punto de encender su furia otra vez.

CAPÍTULO 2

En cuanto llegaron al puerto los envolvió una suave brisa que se mezclaba a la perfección con los tibios rayos de sol de la mañana, adormecidos por la fina capa de nubes que cubría el cielo de Valparaíso. Varios buques zarpaban en ese instante y el olor a carbón y a hollín era intenso. El ajetreo de trabajadores, marineros y capataces en su cénit. Grandes alijos de mercancía esperaban para embarcar hacia destinos tan variopintos como Panamá, San Francisco, Arica e incluso Filipinas.

—El motor de la economía de nuestro país —dijo Eusebio mientras visitaban las bodegas que poseía en el puerto. Para sus hijos, aquello no era más que un amplio edificio para almacenar mercancías, pero Eusebio sabía de la relevancia del lugar para su familia. Mercancías de todos los rincones del mundo paraban allí, empresarios de decenas de países trataban con él y mantenían su apellido en movimiento. Era cierto que el apellido Valdés gozaba de reconocimiento y estatus por el pasado, que parecía proveerlo con una fuente inagotable de honor, pero Eusebio era consciente de que los tiempos estaban cambiando y que si los Valdés querían mantenerse en la palestra, debían adaptarse cuanto antes.

—¿No se encarga de esto Horacio Méndez? —intervino Esteban. Horacio era el hombre de confianza de Eusebio. Todos en Santiago sabían que se trataba de la mano ejecutora de los designios de

Eusebio. Un hombre elegante, experimentado y discreto—. ¿Por qué hemos de perder el tiempo en asuntos irrelevantes?

Su padre lo miró y cabeceó ligeramente.

—¿Irrelevantes? ¿Desde cuándo lo es vigilar el sustento de nuestro apellido?

—El dinero no es ningún problema para nosotros —contestó Esteban.

—La reputación de los Valdés es intocable —añadió Elena con orgullo. Eusebio se detuvo y se quedó mirándolos fijamente, deseando encontrar un ápice de incredulidad en los ojos de sus hijos, como si le estuvieran gastando una broma. El orgullo era necesario, pero en su justa medida.

—Les diré algo, en la vida nada es seguro ni mucho menos eterno —dijo con tono solemne—. Analicen la historia: el Imperio romano, el dominio español sobre Suramérica o cualquier otro ejemplo. Si la historia nos enseña algo, es precisamente que todo tiene un final. Lean sobre Alejandro Magno, Napoleón y verán cómo ni el destino más heroico puede detener la llegada del final, el declive. Un buen presente no garantiza un buen futuro, asimilen esto.

El discurso de Eusebio llegó a su fin cuando ya salían del puerto y tomaban la avenida de Errazuriz en dirección a la plaza de la Victoria. Los hijos se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto, lo que su padre interpretó como una buena señal, como si sus palabras hubieran cumplido su función y los hiciera recapacitar. No era la primera vez que les reprendía por esa inamovible superioridad desde la que observaban al resto del mundo.

—¿Cuándo volvemos a Santiago? —preguntó Esteban. Eusebio miró el reloj.

—Aún tenemos que hacer una visita.

—¿Una visita? —preguntó Elena con una falsa sonrisa en los labios. Sabía que se trataba del Matías Robles.

—No está muy lejos de aquí y es una mañana muy agradable. Iremos andando —dijo Eusebio señalando hacia el otro extremo de la plaza de la Victoria. El ajetreo daba vida a la ciudad. Carretas

repletas de mercancías iban de un lado a otro, acompañadas por las voces de los vendedores ambulantes.

—¿Y a quién honraremos con nuestra visita? —insistió ella, fingiendo no saberlo. Eusebio recordó la actitud de su hija días atrás con Matías , que era precisamente la persona a la que iban a visitar.

—A un viejo amigo, Elenita —concluyó mientras sacudía su levita con las manos, un gesto que Elena sabía interpretar. Cuando su padre lo hacía, más bien se secaba el sudor de las manos de manera disimulada, señal inequívoca de que estaba incómodo.

Su hija conocía aquel gesto, ya que a ella también le sudaban las manos en situaciones de estrés, motivo por el cual siempre llevaba un pequeño pañuelo escondido en la manga de sus vestidos. De esa forma, podía adecuar sus manos de una manera que resultaba más discreta que la utilizada por su padre. María Fuentes, la sirvienta, había sido a quien se le había ocurrido.

—¿Lo conocemos? —insistió Elena.

—Es posible —contestó Eusebio mientras veía cómo su hijo permanecía en un segundo plano, como si fuera totalmente ajeno a la conversación.

A los pocos minutos su padre señaló hacia la esquina de una calle y giraron a la derecha. Esteban los seguía sin más, mientras Elena escrutaba todo con viva curiosidad. Las levitas y los sombreros de copa contrastaban con los niños vestidos con andrajos que iban pidiendo limosna de un lado a otro.

Esteban y Elena expresaron abiertamente su desagrado.

—Lamento que les disguste la vida real. Precisamente, es aquí donde se encuentra mi amigo. —Miró hacia el edificio que tenía justo enfrente—. Calle del Retamo número once.

—¿De quién se trata? —insistió Elena con el ceño fruncido. Su padre la miró y supuso que su hija ya se había hecho una idea.

—De Matías Robles. ¿Lo recuerdas?

—¿El comerciante? ¿Quién si no podía vivir en un lugar como este? —exclamó Elena—. Es un sitio decadente. No sé cómo has podido traernos.

—Matías Robles es un empresario de renombre en el norte del país, Elenita.

—Pues ya ves para lo que le sirve el dinero —respondió Elena señalando a los chiquillos que mendigaban.

Eusebio sabía que era inútil discutir con su hija, por lo que les hizo un gesto para dirigirse de una vez al edificio. Allí los recibió un portero que los acompañó hasta la primera planta, donde Matías Robles estaba instalando su nueva oficina, tal y como había comentado días atrás en la velada de Von Hartmann.

Eusebio Valdés acostumbraba a no avisar de sus visitas, pues estaba convencido de que en la urgencia de la sorpresa se hallaba más verdad que concertando de antemano una cita. Ni su propia familia se libraba de aquella improvisación por su parte.

Por ello, Matías no pudo evitar un gesto de sorpresa cuando levantó la mirada y vio en el umbral de la puerta de su despacho a Eusebio acompañado de Esteban y Elena, la joven que lo había menospreciado abiertamente, sin la más mínima cortesía.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó.

—Siempre con buenas palabras, gringo. ¿Venimos en mal momento? —preguntó Eusebio.

Matías se levantó de un salto y los invitó a pasar mientras retiraba algunas de las pilas de documentos que había sobre la mesa.

—Siempre que no me pillen en el excusado... —Rio Matías, arrancando una carcajada a los hombres. Elena, por el contrario, enrojeció de indignación.

—Es inapropiado decir eso ante una dama —le cortó Elena.

—No era mi intención ofenderla, señorita —respondió el joven con una reverencia que, a ojos de la joven, era más una burla que un gesto de buena fe. Sin embargo, ni su padre ni su hermano lo vieron así.

—¿A quién no le viene bien reírse de vez en cuando? —dijo Eusebio, quitándole importancia al asunto—. Bromas aparte, Matías, si está ocupado…

—Pueden pasar milenios antes de que consiga imponer un poco de orden en esta oficina. Ah, mudanzas. Son detestables. Se lo ruego, señor Valdés. Su visita es bien recibida. Lo único que lamento

es no poder ofrecerles más que un vaso de agua. ¿Tiene sed, señorita?

—No.

Esteban dio un paso al frente.

—A decir verdad, el paseo me ha dejado exhausto.

Sin perder ni un segundo, Matías fue a servirle un vaso de agua.

—Esta mañana contraté a un jovenzuelo para que me ayudara. Me dijeron que era honrado, pero mucho me temo que volveré a verlo —dijo Matías.

—¿Le pagó por adelantado? —preguntó Eusebio.

—La mitad del jornal, señor Valdés.

—Ha pecado de bondadoso. Es joven. Ese tipo de cosas solo las remienda la experiencia. —Eusebio se frotó las perneras con las manos—. ¿Hay alguna novedad en el norte?

El joven lanzó una mirada a los hijos de Eusebio antes de contestar. Elena estaba visiblemente incómoda, mientras que Esteban parecía indiferente.

—Mis hijos ya son mayores, Matías —le tranquilizó Eusebio. Allí no había espacio suficiente para la discreción ni Eusebio la necesitaba. La hilaridad del joven comerciante se esfumó.

—En tal caso les hablaré con franqueza. Ya le comenté que la situación en Antofagasta es complicada. Cada vez son más compatriotas los que envían escritos a nuestro gobierno ante los atropellos de los funcionarios bolivianos. La presión va en aumento. Estoy convencido de que la intención del gobierno boliviano es hacer valer su posesión del territorio y poner fin a lo acordado entre ambos países en 1874.

Eusebio asintió con gravedad.

—¿Crees que buscan el conflicto armado? ¿Estarían dispuestos a llegar tan lejos?

Matías alzó los hombros.

—No se trata de sus pretensiones, sino de la falta de alternativas. Una ruptura del tratado abre las puertas de la guerra —explicó el joven comerciante mientras repartía su atención entre los Valdés.

—Las perspectivas no son buenas, desde luego —dijo Eusebio.

—Cristóbal de los Arcos tiene una opinión distinta —soltó Elena de repente. Eusebio se lamentó en silencio de que no hubiera sido su hijo el artífice de ese apunte. Matías la miró sorprendido, sin saber si debía responder o no a su réplica.

—Un discurso belicista por parte de un oficial de la armada puede suponer un agravamiento de la situación, señorita Valdés. Hay oídos por todas partes y puedo garantizarle que en Bolivia están al tanto de las palabras pronunciadas por el oficial en la velada del señor Von Hartmann —expuso Matías—. A Cristóbal le conviene ser discreto.

Elena esbozó una mueca irónica.

—Mucho suponer por parte de un comerciante —contestó.

—¡Elena! ¿Qué maneras son esas de dirigirte a Matías?

El joven sonrió. Ese desprecio continuo se convertía en desafío, en la atracción de lo imposible. Por unos segundos, aprovechando el contexto de la conversación, Matías se permitió mirarla fijamente, observando los rasgos de esa belleza fiera e indomable que, no obstante, naufragaban en la arrogancia de la joven. Matías estaba seguro de que esa forma de ser acabaría por marchitarla.

—Sus reticencias están justificadas, Eusebio. Después de todo, no soy más que un comerciante.

—No es necesario faltar al respeto.

—No estoy ofendido —recalcó Matías—. Si me permite, señor Valdés, me gustaría dar a su hija las explicaciones pertinentes para que dé valor a mis palabras.

—Tienes mi bendición —dijo Eusebio lanzándole una mirada de reojo a su hijo, que permanecía ajeno como el maniquí de un sastre. Se suponía que era Esteban el que debía estar inmerso en discusiones y replanteamientos propios de su edad.

Por un momento, las miradas de Matías y Elena se entrelazaron. Era la primera vez que la joven se enfrentaba a una oposición tan directa, alentada por su propio padre, lo que consideraba como un desafío de madurez. En cuanto a Matías, se tomó aquello como una oportunidad para impresionar a la joven.

—Tiene razón en una cosa, señorita Valdés. No soy más que un mero comerciante. Provengo de una familia humilde del sur del país,

concretamente de una ciudad llamada Concepción. ¿La conoce? No importa. Mis padres se marcharon a California apenas se casaron.

—¿Cuál es el fin de todo esto? —preguntó Elena dirigiéndose a su padre e ignorando a Matías. ¿Estaba turbada? ¿Por qué experimentaba una incomodidad que no reconocía y que no podía controlar?

—No siempre estaré yo para mediar —dijo Eusebio—. Has tenido a bien menospreciar a Matías. Lo mínimo que puedes hacer es darle los motivos que consideres oportunos para actuar de tal modo. Esteban, tú también puedes intervenir si lo consideras necesario.

Elena sonrió, mientras que su hermano ni se inmutó. Matías la observaba expectante. El despacho era demasiado pequeño para evitar un enfrentamiento directo.

—Los Valdés somos una familia de buena cuna, gente decente que ha hecho mucho por este país —explicó la joven con cierto atropello.

—¿Quién o qué lo está poniendo en duda?

—Este trato tan cercano con usted —sentenció. Si Eusebio no intervino, fue debido a la actitud relajada de Matías. Incluso se veía en él cierto regocijo.

—Discrepo de su opinión, ya que mi respeto hacia ustedes es máximo. Soy plenamente consciente de la relevancia del apellido Valdés.

Elena afinó la mirada.

—Quizás eso explique el servilismo de sus palabras.

—¡Es suficiente! —exclamó Eusebio—. Matías, disculpe de nuevo a mi hija. —Se giró hacia sus hijos—. Ahora, si no les importa, espérenme fuera, en el rellano. Trataré unos minutos más con Matías antes de marcharnos.

Sin decir nada, Elena salió del despacho. En cambio, Esteban se quedó a medio camino, como si dudara de despedirse o imitar a su hermana. Finalmente, se alejó sin decir nada.

Los hermanos aguardaron en un tenso mutismo que se prolongó mientras descendían las escaleras y se alejaron del edificio. Ninguno se despidió de Matías. Era evidente que Eusebio estaba molesto por el comportamiento de su hija. No era hombre de gritos ni regañinas. Su descontento se manifestaba en un vacío de palabras que, con los minutos, Elena encontraba asfixiante. Respecto a Esteban, el silencio del padre no le afectaba especialmente. El hijo mayor de Eusebio se achantaba más ante un grito o el peso de una mirada. Por ello, el silencio de Eusebio apuntaba directamente hacia su hija.

—¿Cuándo parte la diligencia hacia Santiago? —preguntó Esteban.

—Nos está esperando frente al Teatro Nacional.

Herida en su orgullo, Elena no abrió la boca.

Caminaron apenas cinco minutos hasta que vieron la diligencia. El cochero esperaba con un cigarrillo en los labios, apoyado sobre una de las ruedas en una postura de claro desdén. Unas ojeras oscuras atestiguaban su falta de sueño.

Eusebio no dijo nada, tan solo se dirigió hacia allí. Cuando ya se aproximaron a la diligencia, el cochero se incorporó y se ajustó el sombrero mientras se dirigía hacia ellos.

—¿El señor Valdés? —preguntó con una voz ronca. Dedicó una sonrisa de dientes picados a Elena, que no se inmutó—. Destino Santiago, ¿verdad?

—Así es. Estamos listos para partir —dijo Eusebio, remarcando su urgencia. El cochero asintió y retrocedió varios pasos para abrir la puerta de la diligencia e invitarlos a pasar. Esteban fue el primero y, desde arriba, le tendió la mano a su hermana para ayudarla—. Pagaré reemplazo en las postas. ¿Tiene inconveniente?

—Usted manda, señor Valdés —respondió el cochero. Después se subió al pescante, se puso otro cigarrillo en los labios y azuzó los caballos.

CAPÍTULO 3

Juana Cuevas se miró al espejo con atención. Las directrices que le había dado María, la ama de llaves de los Valdés, habían sido muy concisas y no daban pie al error, pero, aun así, la joven quería asegurarse.

Con sumo cuidado, recogió su melena y se hizo una coleta. A continuación, se despojó de sus ropas para enfundarse en el uniforme que María le había proporcionado. «Por ser la primera vez te lo he planchado», le había advertido María. Su piel era ligeramente morena y en su expresión lucía una niñez que no acababa de desvanecerse. Sin embargo, la inocencia de su aspecto no profundizaba en su ser. Juana tenía la astucia provocada por la necesidad y el orgullo propio del que no tiene más que sí mismo. Provenía de una familia humilde de Cañete, un pequeño pueblo del sur. Allí la conocían como Pinda[1], así la llamaba su madre.

—¿Estás lista, Juana? —La voz de María llegó desde el otro lado de la puerta, quebrando el recuerdo—. La señora está a punto de llegar.

Tras un último vistazo a su imagen, se encaminó hacia la salida. Cuando la abrió, María se quedó observándola durante unos segundos que para la joven fueron eternos.

—Haremos una felpa a juego con el vestido. Es más elegante —concluyó antes de hacer un gesto para que la siguiera. La residencia de los Valdés contaba con un pequeño anexo para el servicio, donde

se encontraban las habitaciones tanto de María como de Juana. El resto del servicio se marchaba una vez finalizara su jornada y regresaba a la mañana siguiente, quedando, precisamente, María atenta a las necesidades de los Valdés durante ese intervalo.

—¿Este es el camino que debo tomar para ir a la residencia de los señores? —preguntó Juana en un intento de quebrar la tensión dominante. Ni siquiera el cansancio por el viaje hasta Santiago había aplacado sus nervios.

—Así es. Rara vez entran aquí, pero eso no significa que puedas ser laxa en tu comportamiento.

Juana asintió. Su madre le había dicho que María Fuentes era una pariente lejana, pero no había ningún atisbo de familiaridad en su tono de voz. Al parecer, el señor de la casa sufría dolencias de corazón, aunque tampoco estaba segura de ello.

Una gruesa cortina verde, a modo de puerta, separaba sus estancias de la residencia de los Valdés. Una vez la atravesaron, llegaron a la primera planta de un patio interior. Abajo, con una presencia perfectamente esculpida, se encontraba doña Elvira, la señora de la casa. Juana sintió un escalofrío en cuanto vio la rectitud de sus rasgos y su gesto inexpresivo, sereno, como si desafiara al mismo aire que respiraba.

Mientras bajaban las escaleras que conducían hasta la planta inferior, los nervios fueron apoderándose de Juana. María se detuvo y la joven la imitó. En ese instante, Elvira posó los ojos sobre ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elvira.

—Juana Cuevas… Señora, pero me dicen Pinda.

María y Elvira intercambiaron una mirada, un mensaje cifrado que solo ellas comprendían y que venía a ser un voto de confianza a la recién llegada. Juana no dudaba de su predisposición al trabajo, lo que le incomodaba era el no estar acostumbrada a un rígido protocolo y eso, en un momento de relajación, podía ocasionarle un problema.

—Bien, comencemos entonces —dijo Elvira dándose la vuelta y dirigiéndose a una de las puertas que había en el patio interior, aquella que conducía a los grandes salones de la residencia. Le

llamó la atención un inmenso retrato familiar en el que, sin embargo, no aparecía el hijo más pequeño, cuyo nombre no lograba recordar.

Una tupida alfombra ablandó sus pasos. La larga mesa del comedor estaba repleta de candelabros, paños y un jarrón de flores frescas en el centro.

—A esta sala se le da un uso limitado. Solo en ocasiones especiales —informó Elvira. En ese instante, las tres pasaban frente a un ventanal desde el que se vislumbraba el jardín principal, lo que llamó la atención de Juana—. ¿Me estás escuchando?

La joven se dio cuenta de su error y trató de recomponerse.

—Perdone, señora —respondió rápidamente—. Nunca había visto un jardín tan cuidado como el suyo.

Elvira esbozó una media sonrisa, casi maternal.

—Tranquila. Ya tendrás tiempo de conocer cada rincón de nuestra casa.

Dejaron atrás el comedor para entrar a otro de menor tamaño, más acogedor y cuya decoración oscilaba alrededor de una chimenea con el fondo vacío y ennegrecido. Un butacón destacaba por su cercanía a la misma.

—El señor Valdés suele sentarse aquí. Si es antes del almuerzo, le gusta acompañar sus lecturas con una copa de coñac. De lo contrario, él te lo hará saber.

Juana asintió. Sin detenerse, salieron al recibidor y pasaron a una gran sala que precedía al zaguán y que se encontraba en el centro de la residencia. Mesas más pequeñas se repartían en uno de sus lados, así como varios divanes y un piano de cola que a Juana le recordó a un elefante.

—Aquí celebramos algunas veladas más informales con conocidos de confianza —señaló Elvira. El salón estaba impoluto, pero se adivinaba un matiz de tabaco en el ambiente.

—Para tales ocasiones te daré un uniforme más acorde —dijo María.

La información comenzaba a hacerse bola para Juana que, no obstante, seguía asintiendo con suma calma. A continuación, pasaron por la cocina, el gabinete donde usualmente don Eusebio trabajaba y por una pequeña sala de juegos para Enrique, quien en

ese momento estaba bajo el cuidado de su hermana Elena. ¿O se llamaba Eleonora?

A este revoltijo de nombres le siguió el de las dos cocineras y el del mozo que se encargaba del establo, que estaba en la parte trasera, al otro lado del jardín. Después subieron hasta la primera planta y pasaron por todas y cada una de las habitaciones, haciendo una breve parada en el estudio, donde se encontraba el hijo mayor de los Valdés.

—Él es mi hijo Esteban. Esteban, ella es Juana. Estará a nuestro servicio a partir de ahora.

El joven hizo un movimiento confuso, como si dudara de su propio saludo. Juana le dedicó una sonrisa y un gesto recatado con la cabeza.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó Elvira. Nada más pronunciar estas palabras, María le hizo un ademán a Juana para que salieran del estudio. La joven la siguió confusa.

—¿He hecho algo mal? —preguntó. María la tranquilizó con un gesto adusto.

—Tienes mucho que aprender, jovencita. Cuando los señores inicien una conversación en nuestra presencia, nuestra obligación es darles la intimidad necesaria para que diriman sus asuntos. De lo contrario nos lo harán saber, ¿queda claro?

Pero Juana no tuvo tiempo de contestar, ya que Elvira había salido prácticamente con ellas.

—Lo más importante son los detalles, Juana. Presta atención a los detalles y harás un buen trabajo.

—Sí, señora.

El recorrido por la residencia de los Valdés continuó. Elvira encabezaba la marcha, seguida de María y Juana en última posición. La retahíla de instrucciones, consejos y nombres había saturado la capacidad de atención de Juana, que no escuchaba más que frases de las que no podía extraer ninguna conclusión útil. Su férrea intención de aprender lo máximo posible se había visto superada con creces.

Por fin, llegaron hasta la última habitación, la de la hija de los Valdés: Elena. A diferencia de las otras habitaciones, Elvira se detuvo

en la puerta y después se giró hacia Juana.

—Ya le he comentado cuál debe ser su actitud en todo momento —añadió María. La joven ocultaba su desconcierto.

—Veremos si es capaz.

De nuevo, Juana percibió un hálito de complicidad entre ambas acerca de algo que le afectaba directamente. Elvira dio un leve golpe en la puerta antes de abrirla y entrar en la habitación con decisión. Las dos empleadas la siguieron.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó Elvira mientras se agachaba y se ponía a la altura de Enrique, que jugaba con piezas de madera de distintos colores. Estaba concentrado en construir una torre y apenas reparó en la presencia de las recién llegadas.

—Ya lo ves —respondió Elena, que estaba sentada en butacón con un libro abierto en su regazo. Su mirada se posó rápidamente en Juana con una mezcla de curiosidad y severidad que la nueva empleada no comprendía en absoluto, pero que tampoco la intimidó. De hecho, Juana se mostró relajada—. Le encantan las construcciones. Será un arquitecto espléndido.

—Ella no juega conmigo —dijo Enrique señalando a su hermana.

Elvira sonrió con ternura. Acarició la cabeza del pequeño y se incorporó.

—Elena, me gustaría presentarte a Juana, nuestra nueva empleada.

Elena se puso en pie.

—Es un placer.

La joven se inclinó con torpeza, notando el mudo diálogo visual entre las otras mujeres.

—Debido a que tiene prácticamente la misma edad, me gustaría que la indicases de la mejor manera posible para que se adapte cuanto antes —dijo Elvira, provocando que su hija abriera los ojos de par en par.

—¿Qué propuesta es esa?

Pero Elvira no se inmutó.

—Ya tienes edad para asumir responsabilidades, hija. Un día serás la señora de tu propia casa y tendrás que tratar con el servicio para disponerlo todo a tu gusto. Considera a Juana tu doncella.

Elena no encontró argumento alguno para rebatir y, en apenas unos segundos, Juana y ella se quedaron a solas en la habitación. La joven empleada mantenía una pose relajada, con las manos cruzadas sobre su vientre, en posición de calmada espera. Elena, incómoda ante aquella imposición, fingía buscar en su armario una mantilla que echarse a los hombros.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó Juana al cabo de unos segundos.

—Acabas de llegar a esta casa, ¿me equivoco? No sabrías siquiera llegar a tu estancia —contestó.

Juana, difícilmente, recordó una de las indicaciones de María: «Nunca discutas con los señores. Aunque lleves razón, ¿de acuerdo? Estás aquí para servir. Nunca lo olvides». Le sorprendía lo mucho que había asimilado desde que llegó a la residencia de los Valdés, apenas hacía un par de horas.

—Como desee.

Sin haber encontrado la mantilla, Elena se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—Ni siquiera sé qué te ha mostrado mi madre.

—La señora Valdés me ha llevado por todas las estancias, señorita. Desde las cocinas hasta su dormitorio —dijo Juana. Elena le dio la espalda y, sin decir nada, comenzó a caminar.

—Como habrás visto, las estancias privadas están en la primera planta.

—Sí, señorita.

Las dos caminaban por el pasillo en dirección a la escalera.

—Mi padre es un hombre muy puntual, no tolera el retraso. Espero, por tu bien, que puedas cumplir con esa exigencia.

Juana asintió.

—Puntual como un reloj.

Un amago de risa sacudió los labios de Elena.

—Igualmente, habrá ocasiones en las que tengas que cuidar a mi hermano. Ya tiene ocho años, pero se comporta como si tuviera cinco. ¿Se te dan bien los niños? —continuó Elena sin detenerse. Bajaban ya los primeros peldaños de la escalera.

—No he tenido la fortuna de ser madre, pero sí he cuidado niños prácticamente desde que cumplí los diez años —explicó Juana con tanta naturalidad que incluso la ironía de sus primeras palabras parecía justificada por completo.

Cuando llegaron a la planta inferior, Elena dudó de qué camino tomar. Elvira tampoco había sido concisa respecto a su labor, aunque no quería rebajarse frente a la nueva empleada preguntándole a su madre qué debía enseñarle.

—Son tres hermanos, ¿verdad? —preguntó Juana de repente. Elena se giró rápidamente hacia ella. Su respuesta natural habría sido reprenderla por molestarla con su curiosidad o por ponerla en la tesitura de verse obligada a dar una respuesta. Este caldo de indignación hirvió en ella, pero pudo controlarlo y, recordando las palabras de su madre, optó por ser conciliadora.

—Así es. A Enrique y a mí ya nos has visto.

—Y a su hermano Esteban —añadió Juana.

—En ese caso, tu curiosidad está de más, ¿no te parece?

Juana aguantó el tipo frente a María y Elvira, pero con Elena no iba a mostrarse tan paciente. Era una empleada y estaba al servicio de los Valdés, pero su orgullo estaba por encima de todo.

—Podrían ser cuatro hermanos, señorita —respondió con una sonrisa.

Elena, sin decir nada, continuó. Sus pasos las llevaron hasta la puerta principal de la casa. De hecho, la mediana de los Valdés se situó justo a un lado de la puerta. Juana la siguió, deteniéndose al mismo tiempo, como si fueran una misma imagen reflejada en un espejo.

—¿Es que no vas a abrir la puerta?

—¿Hay alguien que quiera entrar? —preguntó Juana sin perder la sonrisa.

Elena se estaba impacientando, pues no sabía hasta qué punto Juana la estaba poniendo a prueba. Desde esa maldita fiesta de Von Hartmann se había visto obligada a sobrellevar unas situaciones que no consideraba dignas de su persona: la visita a las bodegas del puerto, el despacho de ese comerciante y, por último, la nueva empleada. Su paciencia estaba al límite.

—Tu obligación es abrir la puerta —le indicó Elena con fuego en la mirada—. Quiero salir.

Para Juana aquella exigencia rozaba lo ridículo, pero ya le habían advertido que los ricos tenían muchas manías y caprichos. Sonrió de nuevo —estirando sus labios en una mueca tensa— y abrió la puerta. Al hacerlo, un halo de claridad atravesó el umbral y el jardín principal se mostró ante ellas.

—Más te vale tener un poco de iniciativa o no durarás aquí ni dos días —dijo Elena, ignorando si sus palabras eran un consejo o una amenaza. Juana lo interpretó como lo primero.

—Sé lo que se espera de mí, pero no he hecho otra cosa que recibir instrucciones desde que he puesto los pies en esta casa —replicó mientras cerraba la puerta, sin percatarse de que su sinceridad era algo inaudito para Elena, indignándola y sintiendo algo parecido a la apatía—. Sin embargo, le agradezco su preocupación y procuraré aprender lo más rápido posible. Le ruego que sea paciente conmigo.

—Eso… Eso está bien —contestó Elena al retomar el paso.

A continuación, ambas recorrieron el camino principal que conducía desde la casa hasta la calle.

—¿Sabes cómo se llama esta avenida? —preguntó Elena.

—No, señorita. Lo único que sé es que el tránsito de carretas está terminantemente prohibido y que he tenido que hacer a pie un trecho hasta aquí. Por suerte, su familia es muy conocida y, apenas he preguntado, me han indicado aquí sin mayores problemas.

Elena se interesó. Especialmente quería saber qué le habían dicho de los Valdés. Ambas habían llegado hasta la puerta de entrada a la propiedad.

—Esta es la alameda de las Delicias. Te será útil cuando tengas que salir a hacer un encargo —dijo Elena antes de girarse hacia ella —. Ahora me gustaría preguntarte qué te respondieron cuando mencionaste nuestro nombre.

Juana no le daba trascendencia al interés de Elena, aunque intuyó cuál sería la respuesta correcta.

—Por lo general, buenas palabras. Son una familia muy querida.

—Lo sabemos. Mi abuelo luchó contra los españoles —explicó Elena repleta de orgullo, como si sus palabras establecieran una distancia insalvable con su doncella.

—Mis antepasados también —contestó Juana.

—¿Cómo dices? —Se sorprendió. Una coincidencia inesperada.

—Mi familia y yo somos descendientes de Caupolicán, aunque llevo el apellido de mi padre, que es chileno.

—Los mapuches…

Cegada por su orgullo, Juana se atrevió a interrumpir a Elena. No hubo maldad en su entusiasmo.

—Así es. Mis abuelos me contaron historias de cómo vencimos a los españoles y de cómo les hicimos huir, recuperando el territorio que nos pertenecía. No hay muchos pueblos que puedan decir eso.

Elena, claramente enojada, hizo un aspaviento y comenzó a caminar hacia la casa.

—Que sea la última vez que me interrumpes.

CAPÍTULO 4

Tras la misa dominical en la iglesia de San Ignacio, los Valdés, como otros tantos miembros de la buena gente de Santiago, montaban en los carruajes que los esperaban no muy lejos de allí para ir hasta el Club Hípico, atravesando las arboladas y polvorientas calles. Aquel trasiego de asistentes aumentaba a medida que el destino se acercaba con un bullicio creciente.

—La primera carrera es a las dos y cuarto —anunció Eusebio.

—¿Algún favorito? —preguntó Esteban. Las carreras de caballos eran uno de los pocos intereses que compartían. Elena y Elvira los acompañaban. Enrique, el pequeño de la familia, se había quedado bajo los cuidados de Juana.

—Mmm. Hay varias opciones interesantes. No obstante, Horacio me ha recomendado que apueste por Relámpago, un corcel excelente. Es joven, por lo que muchos lo consideran inexperto, pero es veloz.

—Horacio tiene buen ojo para los caballos —dijo Esteban.

—¿Vendrá a las carreras? —preguntó Elvira.

Eusebio torció el gesto. El motivo de la ausencia de Horacio Méndez le causaba una honda preocupación.

—Está en Valparaíso por unos asuntos.

—¿En Valparaíso? —preguntó Elena, recordando el aciago día en el que visitaron a Matías Robles. El tono empleado llamó la atención de los demás.

—Así es, Elenita.

—¿Puedo preguntar de qué asuntos se trata?

—¡Elena! —replicó Elvira.

Su hija contuvo la ira de suponer que su padre mantenía el contacto con Matías Robles, al que consideraba grosero y convenido. Estaba convencida de que su buen trato hacia su padre no perseguía más que su propio beneficio. Eusebio tenía fama de bonachón y no era extraño que cada poco apareciese alguien dispuesto a aprovecharse de su ciega bondad. Elena consideraba esto último un error inadmisible para alguien que porta el apellido Valdés.

La conversación no fue a más, ya que el carruaje se aproximó a la puerta principal del Club Hípico. Su estampa era la de un palacio reluciente bajo el sol del verano. Destacaban los amplios y variopintos sombreros de las señoras, así como el movimiento continuo de los abanicos, regalando una estampa única en la que se mezclaban elegancia y orden que contrastaba con las largas colas de la población llana de la ciudad.

—¿Nos esperan en el palco? —dijo Eusebio nada más bajar del carruaje.

—Por supuesto, querido —respondió Elvira, que deseaba saludar a varias damas que había reconocido en la distancia. Casi al mismo tiempo, una mujer se acercó a ellos y se ofreció amablemente a conducir a las señoras hasta su palco—. ¡No tarden!

Eusebio miró su reloj y le hizo un gesto a su hijo para que lo siguiera. El paso, apresurado pero elegante, remarcaba su firme decisión de llegar a su destino sin que nadie le entretuviera. Repartió saludos aquí y allí, pero finalmente consiguió su propósito cuando llegaron al salón de los socios, un espacio exclusivo donde se reunían los asistentes más ilustres. El lugar ofrecía unas vistas inmejorables tanto de la pista de carreras como de las gradas donde se arremolinaban los más humildes.

—Es hora de poner a prueba la fortuna, ¿no crees, hijo? —dijo Eusebio mientras miraba hacia John Crewell, un irlandés afincado en Chile que se encargaba de traer caballos desde Inglaterra y que, por ello, consideraba que su veredicto respecto a cualquier aspecto relacionado con las carreras era siempre acertado.

—¡Mal rayo me parta, Valdés! —vociferó el irlandés mientras una pipa humeante descansaba en sus labios. No volvería a cumplir los sesenta y tenía el pelo canoso y aplastado, lo que le hacía parecer más mayor de lo que en realidad era. Entre sus finos y arrugados dedos sujetaba una pequeña libreta donde apuntaba cada una de sus apuestas, las cuales no eran pocas.

—¡Míster Crewell!

—¡Lo conozco! ¿Cuánto arriesgará esta vez? —masculló entre dientes, sin soltar la pipa, pero con una dicción impecable.

Eusebio sonrió.

—No pretendo vaciar sus bolsillos, buen hombre. ¿Qué le parece cinco pesos para la primera carrera?

El irlandés, expresando un exagerado gesto de ofensa, expulsó una nube de humo y alzó la mano en la que sujetaba la libreta. Esteban lo observaba divertido.

—Dejémoslo en diez, ¿no le parece?

Eusebio miró a su hijo, como si quisiera que él tomara la decisión.

—Apueste, Valdés. El tiempo no se detiene ni siquiera ante hombres como usted —insistió el anciano mientras miraba de reojo las últimas incorporaciones en llegar al salón de socios. Ni siquiera había comenzado la primera carrera, por lo que quedaba un largo día de apuestas por delante.

—La primera carrera es la más corta. Cinco pesos para comenzar —recalcó Eusebio.

El irlandés, al cerciorarse de que no iba a conseguir más, sacó un lápiz del bolsillo, chupó la punta y lo anotó en su pequeña libreta. Todo esto sin que la pipa se separara de sus labios ni tampoco sin que esta dejara de humear.

—Cinco pesos a Relámpago, míster Crewell —dijo Eusebio. El anciano levantó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Apostamos a ganador? Que gane el que se lo merezca —dijo John.

—Una buena manera de comenzar.

El irlandés anotaba con esfuerzo.

—Winchester es mi elección. Un animal magnífico, inglés pero criado en el valle. Yo mismo lo traje para Manuel Echeverría. No fue barato precisamente.

—¿Manuel Echeverría? —preguntó Eusebio, sorprendido—. Es la primera noticia que tengo sobre él en meses.

—¿Esa información cambia su opinión respecto a la apuesta?

—Por supuesto que no, míster Crowell. Por cierto, ¿sabe si Echeverría se encuentra en el país?

El anciano asintió.

—Lo encontrará aquí mismo después de la primera carrera. Por su expresión deduzco que quiere hablar con él. Todos quieren hablar con él.

Eusebio se puso serio.

—Pensaba que permanecía en Bolivia.

—Me temo que eso ya forma parte del pasado —respondió el anciano.



Centrado en sus preocupaciones, Eusebio apenas reaccionó cuando Relámpago cruzó la meta en primera posición. Winchester le había apretado, pero se había desinflado en los últimos metros. Sin embargo, sus pensamientos estaban en Manuel Echeverría, cuya presencia en Santiago no auguraba nada bueno.

Pese a que Manuel era chileno, oriundo de Santiago, se trasladó a Sucre tras contraer matrimonio con la hija de un importante político boliviano hacía ya más de diez años. Aunque los Echeverría mantenían propiedades y negocios en Chile, la intención de Manuel fue hacerse un hueco entre la élite boliviana y establecerse como un sólido nexo comercial entre ambos países. Esto lo convirtió en una persona clave para aquellos chilenos que deseaban emprender en tierras bolivianas. «Chileno de sangre y boliviano de corazón», solía decir. Sabía moverse en un fino equilibrio y eso le propició enormes beneficios durante años.

Sin embargo, ¿qué estaba haciendo en Santiago? Su presencia no sería tan alarmante para Eusebio en otro contexto, pero lo cierto era que cada vez sonaban más voces de alarma respecto a lo que estaba ocurriendo en el norte.

—Comienza bien el día —dijo Esteban.

Su padre le dedicó una sonrisa y después miró su reloj. El irlandés le había mencionado que todos querían hablar con Echeverría, seguramente movidos por sus mismas preocupaciones. No podía esperar más.

—Regreso enseguida —anunció mientras se dirigía a la salida del palco.

—¿Ocurre algo, querido? —preguntó Elvira. Eusebio hizo un aspaviento.

—No dejaré pasar la ocasión de regodearme ante el irlandés. Es un botín más dulce que los cinco pesos —presumió.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Esteban. Su padre advertía que su actitud había cambiado desde la velada de Von Hartmann, como si se esforzara por mostrarse más atento e interesado respecto a sus asuntos. No obstante, precisamente porque no sabía cuáles iban a ser las palabras exactas de Manuel Echeverría, declinó su compañía.

Justo antes de salir del palco, sin motivo aparente, la mirada de Eusebio se encontró con la de su hija. «Dentro de poco no podré engañarla», pensó. Caminó apresurado hasta el salón de socios, hacia donde discurría una fila de caballeros que les daba aspecto de hormigas entrando al hormiguero. Muchos iban a tomar una copa para amenizar la espera hasta la siguiente carrera, pero otros, como el propio Von Hartmann, tenían otras intenciones.

—No lo había visto antes —dijo Wilhem al encontrarse con Eusebio.

—Hay mucha gente. ¿Ha disfrutado de la primera carrera?

—Mucho. Apostó por Relámpago, ¿no es así? Buen ojo.

Eusebio sonrió.

—¿Ya ha hablado con el irlandés?

—Y ahora pretendo hablar con otra persona —dijo Wilhem a media voz, como si quisiera que nadie más los escuchara.

—Manuel Echeverría. Lo invitó a la fiesta, ¿verdad?

Wilhem asintió con gravedad.

—Soy consciente de la distancia que nos separa, pero siempre contestó a mis invitaciones con buenas palabras. Le escribí y fui sincero con él respecto al fin último de aquella noche. Pero no, no obtuve respuesta.

Eusebio se secó el sudor de la frente con un pañuelo. A sabiendas de que la situación en el norte se estaba complicando con el paso de los días, Wilhem procuró aunar en torno a su figura a personalidades de ambos países con el fin de mostrar unidad y cohesión frente a las ambiciones políticas. Wilhem confiaba en que Manuel Echeverría le ayudase respecto a los invitados bolivianos, pero ni obtuvo respuesta ni supo nada de él hasta ese domingo en las carreras.

Resueltos a averiguar el motivo de la presencia de Manuel en Santiago, Eusebio y Wilhem fueron en su busca de inmediato. Tras preguntar a un camarero, este les indicó que el señor Echevarría se encontraba en un reservado y que, si lo querían, podría preguntarle si deseaba recibirles. Tras unos pocos minutos, el camarero regresó y los llevó hacia la mesa de Manuel Echeverría, la cual estaba alejada del resto de los presentes y semioculta por un tabique.

—Buenas tardes, caballeros —dijo Manuel con voz apesadumbrada. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y unas patillas perfectamente recortadas sobre las mejillas. Era apuesto y mostraba altanería en sus gestos, pero se le veía cansado y tenso al mismo tiempo. Lucía ojeras y los ojos ligeramente enrojecidos.

—Es una sorpresa verle por estas latitudes, señor Echeverría —dijo Eusebio. Wilhem, en aras de mostrar su enfado por la ausencia de respuesta a su invitación, consideró oportuno mantenerse en silencio. Su fiero mostacho parecía estar en consonancia con su sentir.

—Y que lo diga, Eusebio —respondió Manuel antes de dar un trago a su copa de coñac. Las manos le temblaban ligeramente. Estaba ebrio.

—No ha tenido suerte en la primera carrera, aunque Winchester tiene futuro.

Manuel sonrió a medias sin levantar la mirada de la copa. Wilhem continuaba imperturbable.

—Tomen asiento y pidan lo que quieran. ¡Camarero!

Enseguida, un joven acudió para marcharse y regresar segundos más tarde con dos copas de vino. Mientras tanto, los tres hombres se mantuvieron en silencio.

—¿No tienen nada que preguntarme? No falta mucho para la próxima carrera —dijo Manuel con hastío.

—A todos nos ha sorprendido su presencia en… en estos días tan complicados —expuso Eusebio.

—No he tenido tiempo de avisar a nadie. Ni siquiera mis padres estaban al tanto de mi regreso a Santiago.

Wilhem y Eusebio se miraron.

—¿Ha dicho regreso?

Manuel asintió todavía con la mirada sobre la copa, ya casi vacía.

—No me ha quedado opción. Es bueno saber cuándo hay que retirarse.

Sin decir nada, Wilhem se levantó y miró directamente a Manuel.

—Le ruego que sea conciso. Le envié un mensajero a Sucre con el que esperaba dejar claro la importancia y urgencia de mi mensaje. No obtuve respuesta, señor Echeverría.

Este no se inmutó.

—Sus buenas intenciones llegaron tarde, me temo. Sé que no actué bien al no responderle, pero tenía asuntos más importantes que atender, se lo aseguro. La realidad es que el gobierno boliviano quiere expulsar a las empresas chilenas al norte del paralelo veinticuatro. No quieren ningún tipo de injerencia extranjera.

Eusebio apuró su copa de un trago.

—Pero hay tratados de por medio. Si Bolivia rompe esos acuerdos…

—Le dará a Chile un *casus belli*, Eusebio —respondió Manuel—. El resto será cuestión de tiempo.

Wilhem continuaba ofuscado por el desplante de Manuel al no contestarle y su tono de voz era frío y exigente.

—Si he entendido bien, ¿se ha instalado en Santiago de nuevo?

Manuel giró la cabeza lentamente hacia Wilhem.

—Mi suegro me ha obligado a firmar el divorcio bajo la amenaza de perder hasta el último peso y más cosas que no creo a bien decir entre caballeros. —Dio un trago al licor y apretó la mandíbula—. Mis hijos se han quedado en Sucre. Ya he hablado con varios abogados respecto a las distintas posibilidades, que no son muchas, ya lo adelanto. Mis hijos son lo único que me importa en estos momentos, señores —dijo poniéndose en pie—. Lo demás puede irse al infierno.



Eusebio tenía la sensación de que el destino se había encauzado por un embudo cada vez más estrecho y frenético. El tiempo parecía consumirse a una velocidad de vértigo, como si los acontecimientos se empujaran entre sí para disfrutar de su segundo de gloria.

Las preocupaciones fueron apoderándose de su ser. Su sonrisa se agrió en un gesto de molestia constante y el silencio de sus continuas cavilaciones se convirtió en una especie de halo que acompañaba a cada momento.

—Estás muy serio —observó su esposa mientras paseaban por la acera. Era un día de verano extraño, con un sol insulso. El calor iba y venía, al antojo de las nubes.

—Estoy preocupado, Elvira. Se avecinan tiempos complicados y me inquieta —respondió Eusebio mientras marcaba su paso con un elegante bastón.

—No estás solo y eso es lo más importante. Nuestro hijo ya es mayor y debe aprender las vicisitudes del mundo adulto. Apóyate en él y muéstrale el camino a seguir. Tal y como hablamos.

—Querida, sabes que eso no haría más que complicar las cosas. Esteban es un buen chico, de gran corazón, no lo pongo en duda, pero carece de iniciativa. A cada día que pasa veo con mejores ojos el que se una al ejército o a la armada. Puede que sea lo que necesita.

Elvira respiró hondo.

—¿Crees que Esteban daría la talla?

—La disciplina nunca trae nada malo. Al contrario, puede que le muestre una parte desconocida de él mismo —explicó Eusebio.

Pasearon en silencio durante unos minutos. La sombra fresca de los árboles de la avenida regalaba un ambiente fresco, atípico para la fecha.

—En cuanto a Elena… —dijo Elvira.

—¡Elenita! Carácter, astucia y orgullo. Una mezcla curiosa para tratarse de una joven. ¿Cómo va con la nueva empleada?

Elvira ladeó la cabeza.

—Supongo que como cabría esperar. Tiene que aprender a tratar con el servicio más allá de darle órdenes. He hablado con María para que supervise la relación, pero, salvo nada grave, las dos jóvenes se verán obligadas a entenderse. Elena tiene que comprender que el buen trato es indispensable y que, en ocasiones, para conseguir algo, hay que ceder.

—Roguemos porque su futuro esposo posea una templanza inquebrantable.

—No le quedará más remedio, Eusebio.

Tras esto guardaron silencio. El breve repaso a sus hijos mayores parecía obligarles a hablar de Enrique, el pequeño. Crecía sano y fuerte físicamente, pero su comportamiento era extraño. No era un niño normal. En la mayoría de las ocasiones, rehusaba socializar con otros niños o conocidos de la familia. Extraño era oírlo intercambiar palabras con alguien que no fuera su círculo más cercano, aunque se habían llevado la grata sorpresa de que Enrique había establecido una buena e inesperada relación con Juana.

—Enrique… —comenzó Eusebio antes de que su esposa lo interrumpiera.

—Enrique todavía es pequeño. Tenemos que darle tiempo… y cariño. Todo el cariño que podamos.

CAPÍTULO 5

Elena procuraba encajar de la mejor manera posible aquella situación que le resultaba tan extraña como incómoda. Había mantenido una discusión con su hermano pequeño, Enrique, a raíz de que este gritara más de la cuenta y no la dejara concentrarse en la lectura. No hubo nada especial, salvo el hecho de que Enrique se marchó en busca de Juana, a la cual abrazó entre lágrimas. Elena, no se esperaba esa reacción.

—Tranquilo, señorito —decía Juana mientras le acariciaba el cabello.

—¡Me ha gritado! ¡Siempre me grita! —exclamó el pequeño, que por entonces estaba cerca de cumplir los nueve años. Elena, con los brazos en jarra, los observaba.

—Los adultos gritamos. Ya va siendo hora de que te acostumbres.

Poco a poco, Enrique se iba tranquilizando mientras Elena dudaba entre consolar a su hermano o, por el contrario, pedir a Juana que los dejara a solas.

—No habría dicho nada en ese tono si tú no hubieras empezado. ¿Es que no comprendes que hay más gente en esta casa? —dijo Elena, consciente de que se estaba rebajando mantener la discusión con su hermano pequeño. Enrique retomó el llanto y enterró su cabeza en el torso de Juana.

—No merece la pena, señorita —indicó Juana en un intento de apaciguar la situación. Ya desde sus primeros días en la residencia de los Valdés había advertido que Enrique era un niño diferente.

Elena estuvo a punto de decirle que no se entrometiera en sus asuntos, pero no lo creyó oportuno. Además, no paraba de preguntarse cómo Juana se había ganado el cariño de su hermano en tan poco tiempo.

Confusa, Elena optó por marcharse a su habitación para, no mucho después, escuchar las carcajadas de su hermano mientras jugaba con Juana. Ambos se encontraban en el jardín. Ella los observó desde la ventana, molesta y ajena al mismo tiempo.

—Al menos tiene manos para los niños —susurró con un atisbo de satisfacción. Pese a las discusiones con su hermano, las cuales eran frecuentes debido precisamente a la fuerte personalidad de ambos, Elena se deleitaba al ver su sonrisa y la armonía casi instintiva que Juana lograba con él. Expresar esos sentimientos o reconocerlos era una tarea bien distinta.

Incapaz de concentrarse, deambuló por la habitación y no mucho después, cansada de perder el tiempo, decidió ir en busca de su madre, a la cual le debía faltar poco para acudir a una tertulia en una quinta de recreo cercana. Un grupo de veinte mujeres se reunían, tomaban café, pastas y dulces, y chismorreaban durante varias horas. Elena no le veía sentido alguno. Era cierto que en algunas ocasiones podía recabar cierta información acerca de una familia o de un individuo de la alta sociedad —rara vez no salía el nombre de un sujeto que estaba al borde de la ruina—, lo que le permitía actualizar el mapa de la sociedad en la que se movían los Valdés. Tras su belleza delicada se escondían la astucia y la ambición.

Sin embargo, sus planes no salieron cómo esperaba. María le comunicó que sus padres habían salido a pasear y que doña Elvira le había comentado que no acudiría a la tertulia esa tarde. Por tanto, casi sin darse cuenta, Elena se encontraba en el jardín, sentada en un banco mientras Juana y Enrique jugaban.

—¿Quiere jugar, señorita? —preguntó Juana. Elena rehusó con un gesto, sin apartar la vista de la doncella. Estaba arrodillada sobre

una amplia tela que habían extendido sobre el césped. Sus movimientos y su aparente despreocupación frente a todo lo demás le provocaron a Elena cierta envidia. ¿Era normal que una empleada le causara tales pensamientos?

Si no recordaba mal, Juana tenía la misma edad que ella, o quizás era mayor, aunque por poco. Lo verdaderamente importante es que la joven empleada le servía a ratos de espejo. Las amigas de Elena vestían como ella, actuaban como ella y hasta hablaban como ella, pero Juana no; era como una puerta a un mundo completamente distinto.

Cansada de ser una mera observadora, se levantó y caminó hacia ellos. Pero apenas llegó, María salió al porche y llamó a Enrique. Era la hora del baño.

—¿No puedo quedarme más rato? —protestó el chico, mirando a Juana.

—Si te portas bien, seguro que mañana podremos jugar más tiempo —contestó la joven guiñándole un ojo. Elena pensó que sus palabras habrían sido radicalmente distintas.

No obstante, fueron suficientes para que Enrique se despidiera de Juana con un abrazo y corriera hacia María.

—¿Cenarás conmigo? —gritó.

—Claro que sí, *piuke*.

Satisfecha, Juana le dedicó una sonrisa a Elena.

—Le has caído muy bien a mi hermano —comentó.

—Es un joven muy dulce. Además, me recuerda al mío —dijo Juana mientras recogía los juguetes. Elena se agachó para recoger una pieza de madera que estaba junto a sus pies y se la entregó a Juana.

—No sabía que tenías un hermano.

La joven asintió con una sonrisa nostálgica.

—Tengo tres, señorita. Yo soy la mayor. Desde muy pequeña ayudé a mi madre. Es por eso que tengo buena mano con los niños.

—Se te nota.

Las palabras de Elena fueron seguidas por un silencio ralo. El sol de la tarde se volcaba hacia el horizonte y la brisa que se escapaba entre los árboles era fresca.

—Pues ya está todo —dijo Juana echándose la manta a la espalda mientras, con la otra mano, agarraba una cesta de mimbre donde estaban los juguetes. Iba a echarse a andar cuando, de repente, Elena se interpuso en su camino y extendió su mano hacia la cesta—. ¿Qué desea?

—No es necesario que vayas tan cargada.

Juana la miró durante unos segundos antes de entregarle la cesta.

—Se lo agradezco, señorita.

Elena le dedicó media sonrisa a modo de respuesta. Era incapaz de decir nada. No sabría explicar el por qué se había ofrecido a llevar la cesta con los juguetes.

Quiso la casualidad que, en ese preciso instante, María estuviera observándolas desde la ventana. Una sonrisa sincera brotó de sus labios. Doña Elvira se pondría muy contenta.



María llamó a la puerta del despacho de Eusebio. Pasaron varios segundos antes de que este le permitiera entrar.

Pese a que la recibió con gesto despreocupado, María lo conocía demasiado como para dejarse engañar tan fácilmente. Una nube de humo enturbiaba la estancia y los rayos de sol que entraban por las ventanas dibujaban halos blanquecinos que se retorcían lentamente.

—¿Qué desea? —preguntó Eusebio.

—Ha llegado un mensajero de la oficina de telégrafo —dijo María poniendo varios papeles sobre la mesa. En ese momento, quizás porque vio abierta la puerta del despacho, Esteban entró. María no tardó ni un segundo en dejarlos a solas.

—Han llegado varios mensajes —sentenció Eusebio haciéndole un gesto a su hijo para que tomara asiento. Este no supo leer la gravedad en el semblante de su padre.

—He estado viendo unos potros que han traído desde España. Tienes que verlos, padre. Son pequeños, pero aseguran que son veloces como rayos.

Eusebio asintió mientras leía el primer telegrama de los dos que le había entregado María. El primero pertenecía a Dietmar Ebner.

—Hugo Ebner se ha alistado en la marina, hijo. Cristóbal de los Arcos ha mediado para que quede bajo su mando —explicó Eusebio sin levantar la mirada del papel. Esteban carraspeó para aclarar la garganta.

—Me alegro por él.

Eusebio lo miró. El siguiente telegrama permanecía en segundo plano. De no ser así, la reacción de Eusebio no habría sido tan calmada y la conversación que estarían manteniendo sería otra muy distinta.

—Puede que ingrese en la Marina, padre —balbuceó Esteban, aferrándose a lo venidero como vía de escape, intentando mantener a raya el miedo y el nerviosismo que bullía en su interior. La angustia de saber que pronto tendría que hacer realidad alguna de sus vanas promesas.

—Es una buena opción —señaló Eusebio. El segundo mensaje lo había remitido Horacio Méndez y no consistía más que en un par de líneas. Simple y escueto; las palabras justas para que no se diera pie a tergiversaciones.

—Lo han hecho —susurró Eusebio.

Esteban frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

Su padre leyó sin levantar la mirada del telegrama.

—Diez centavos de impuestos sobre quintal de salitre a la CSFA. Tratado de límites de 1874 roto. A la espera de la respuesta chilena.

Ese era el mensaje escrito por Horacio Méndez. Tres simples frases cuyo significado y trascendencia daban para varios tomos.

—¿Qué es la CSFA? —preguntó Esteban, avergonzado de no saber a qué se refería su padre.

—Es la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta. Una empresa chilena —dijo Eusebio antes de soltar el papel y dejarse caer en su asiento como si acabara de recibir un golpe que hubiera estado muy cerca de noquearlo.

—No entiendo la gravedad, padre. Son asuntos comerciales. Cristóbal de los Arcos aseguró que lo solucionarán todo en la mesa

de negociaciones.

Eusebio sonrió ante la inocencia de su hijo. Una inocencia que, por su bien y el de su familia, debía ser extirpada cuanto antes.

—El tratado de 1874 no es un simple tratado comercial, hijo, sino también territorial. Que una de las partes rompa el tratado significa, de manera inexorable, que la otra parte pueda hacer lo mismo. Sí, sé perfectamente lo que dijo Cristóbal, pero lo dijo en un contexto completamente diferente. Estamos en un momento muy delicado.

Esteban tragó saliva.

—¿Qué debemos hacer ahora? ¿Cómo defendemos nuestros intereses?

Eusebio se incorporó y se secó el sudor de la frente.

—Poco podemos hacer por el momento. Horacio Méndez está en Antofagasta para recabar toda la información posible. Igualmente, tenemos a Matías Robles y a los Ebner, que también tienen negocios en el norte. Informarnos de manera adecuada nos ayudará a tomar las mejores decisiones.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Esteban. Preguntas como esa eran ideales para acabar con la inocencia de un plumazo.

—La guerra, hijo. Mi olfato me dice que ya no hay marcha atrás.

CAPÍTULO 6

Pese a los funestos presagios, el otoño se inició en paz y en paz acabó. La vida en Santiago discurrió ajena a la tensión del norte. Los Valdés continuaron asistiendo a las quintas, al Club Hípico, se celebraron veladas y fiestas e incluso las representaciones teatrales siguieron su calendario previsto. A priori no había nada que indicase que en el norte se estaba gestando un conflicto, poco a poco, como una cuerda que se tensaba más y más y que podía romperse en cualquier momento.

Elena, que durante algunos días mostró su interés y procuró estar informada con las últimas noticias, pronto dejó el asunto de lado. Había otra novedad en la vida de la joven que le llamaba más la atención que una guerra lejana.

—No pareces muy entusiasmada —observó Elena, escrutando el reflejo de Juana.

—Ya le he dicho que no creo que sea mi estilo, señorita —replicó Juana mientras se ajustaba el corsé que Elena había encargado para ella. Juana nunca había vestido uno y aunque en su imaginario había esperado ese momento con ilusión, esta se esfumó en cuanto sintió la presión asfixiante sobre su torso.

—Así vestimos la gente de bien. Además, solo será un rato.

—No puedo respirar —continuó quejándose Juana. Elena sonrió.

—¿Puedes respirar lo suficiente para no desmayarte?

—Eso no se lo puedo asegurar.

Entre risas, Elena la ayudó a terminar de vestirse. Recogió su abundante cabellera en un voluptuoso moño, que después quedó oculto con un sombrero. Por último, una larga falda cerraba el conjunto. Pese a que Juana era de rostro afable, tal era su molestia e incomodidad que parecía una joven completamente distinta.

—Ya podemos irnos a pasear. Iremos al parque Cousiño. Te encantará —dijo Elena.

Juana asintió.

—Espero poder bajar las escaleras, señorita.

Elena sonrió de nuevo. Al ver a las dos jóvenes bajar por las escaleras, Elvira se llevó una grata impresión. La reacción de su hija respecto a Elena la había sorprendido.

—No hay dos jóvenes más preciosas en todo el barrio Dieciocho —dijo Elvira. Juana se sonrojó ante tales palabras. La imagen que ella se había hecho de Elvira en sus primeros días en la residencia de los Valdés había cambiado por completo. La señora era exigente, pero bien correspondida. Le gustaba que todo estuviese a su manera, pero sabía reconocer el buen trabajo y hacer que todos sintieran calidez bajo su techo. Además, Juana había percibido más cariño por su parte a medida que su relación con Elena se iba normalizando—. ¿Puedo preguntarles a dónde se dirigen?

—Al parque Cousiño, madre. Juana nunca lo ha visto —contestó Elena—. Es fundamental que el servicio conozca los lugares más relevantes de la ciudad.

—Estoy segura de que jamás olvidará este día —dijo Elvira.

Juana sonrió mientras hacía fuerza con la barriga para aliviar la presión del corsé.

—¿Quieren que los acompañe Esteban?

—No es necesario, madre. No tardaremos mucho.

Elvira no insistió.

—En tal caso, disfruten. Ah, Juana, tu labor no se limita a las paredes de esta casa. Vela por el bien de Elena —pidió con un tono más serio.

—Nada malo le ocurrirá a mi lado, señora. Esté tranquila.

Tras eso, salieron por la puerta principal de la residencia y se dispusieron a cruzar el sendero empedrado hasta la calle. Sin

embargo, ambas se llevaron una sorpresa, pues en ese momento, mientras caminaban, un carruaje se detuvo frente a ellas. Elena, que a priori no lo reconoció, frunció el ceño y Juana, que se había tomado a pecho eso de protegerla, se puso delante.

El cochero, no obstante, les dedicó una mirada y volvió a centrarse en sus caballos. Quien estuviera dentro, se tomaba su tiempo.

—¿Esperaban visita? —preguntó Juana.

—Mi padre recibe muchas visitas. Imposible saber de quién se trata.

Pero no tuvieron que esperar mucho más. La puerta del carruaje se abrió y de la oscuridad del interior emanó un hombre cuya anchura de hombros ponía a prueba la costura de la levita. Su mirada quedaba cubierta por la penumbra que le regalaba la solapa de su sombrero, pero en sus labios irradiaba satisfacción. Aterrizó en el suelo con un salto ágil, impropio de un hombre de bien, pensó Elena.

—Matías Robles —musitó.

—¿Lo conoce? —preguntó Juana.

—Por desgracia.

El recién llegado pagó al cochero y dedicó a las jóvenes una sonrisa.

—No hay peor recibimiento que su marcha —dijo Matías Robles quitándose el sombrero e inclinando la cabeza levemente hacia el suelo. De nuevo, Elena se percató de lo exagerado de su gesto. Sin embargo, no estaba dispuesta a perder el tiempo con él.

—Ni mayor disgusto que su presencia, señor Robles. Cuídese —dijo Elena mientras retomaba el paso, dejando al joven un poco descolocado. Juana se quedó sorprendida por aquel intercambio de palabras, pero finalmente fue tras ella.

—¿No hay nada que pueda hacer para cambiar su opinión acerca de mí? ¡Soy todo oídos! —exclamó Matías.

Pero Elena no contestó, enrojecida por la rabia. Sin embargo, Juana no tuvo impedimento.

—Deje en paz a la señora.

Matías miró a Juana, sorprendido por la reacción de la joven.

—Nos conocemos de antes —respondió, turbado ante la posibilidad de haberse excedido. Pese a que la hija de Eusebio no era santa de su devoción, no quería faltarle el respeto—. Aun así, si me he sobrepasado, mis más sinceras disculpas.

La joven, un poco alejada, asintió para comunicarle que las aceptaba. Después, esperó a que Juana la alcanzara, se aferró a su brazo y juntas emprendieron el camino hasta el parque Cousiño. Mientras se alejaban, Elena tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar atrás. Si lo hubiera hecho se habría encontrado con los ojos de Matías fijos en ella.

—¿Puedo preguntarle de quién se trata ese hombre? —preguntó Juana cuando ya se habían alejado lo suficiente de la residencia de los Valdés. Elena, más serena, soltó su brazo y endureció su gesto. Por un segundo detestó incluso el estar caminando junto a Juana por la calle, a la vista de los demás.

—Un aprovechado. Cuenta con la simpatía de mi padre y eso le hace pensar que puede tratarme de igual. No es más que un comerciante que ha hecho fortuna en los Estados Unidos; alguien que vale lo que vale su dinero. Lo que no sabe es que una simple gota de nuestra sangre tiene mucho más valor que todas sus posesiones —dijo Elena.

Juana procuraba seguir su ritmo. El corsé parecía aumentar la presión a cada segundo. Para ella, la elegancia no debería estar reñida con la comodidad; aquello rozaba la tortura.

—Su talla llama la atención. Es un hombre fuerte.

Elena no dijo nada, limitándose a recordar a Matías Robles. El pelo azabache peinado hacia atrás, dándole protagonismo a sus ojos ámbar, esquivos o tremendamente poderosos, indomables. ¿Cómo podía estar ese indeseable en su casa?

—Porque seguramente haya sido mozo hasta hace poco.

—¿Qué tiene eso de malo, señorita? —preguntó Juana. Había tal bondad en sus palabras que Elena se lamentó de no haber pensado antes de hablar. El simple recuerdo de Matías era suficiente para desquiciarla.

—El problema es que se cree más de lo que realmente es, Juana. Eso es lo que quiero decir.

Continuaron caminando. El parque Cousiño no estaba muy lejos. El tono empleado por Elena incitaba a dejar que la conversación se diluyera en el repetitivo sonido de sus pasos, pero no fue así.

—¿Puedo serle sincera, señorita?

—Me preocupa lo contrario.

—Es posible que mi sinceridad le resulte molesta.

Elena sonrió ante la ocurrencia de Juana. Quizás la había subestimado.

—Aunque así sea, te prometo que no te reprenderé.

—Entonces no tengo problema para decirle que ese señor, el que nos hemos encontrado en la puerta de su residencia, está interesado en usted.

La mediana de los Valdés se detuvo en seco.

—¿Cómo dices?

—Se nota en la manera en que la mira. Cuanto más intentan disimularlo, más evidente resulta —dijo Juana como si nada.

—¿Matías Robles? No será capaz.

—No olvide su promesa, señorita, pero es lo que he visto. Pobres o ricos, los hombres suelen comportarse de la misma manera.

Pero Elena no estaba dispuesta a aceptarlo. Ni siquiera se planteó el hecho de que no tenía sentido que ella negara esos supuestos sentimientos, cuyo único propietario era Matías Robles.

—¡Es una locura! ¡Tampoco tienes pruebas! —exclamó Elena—. Ah, será mejor que dejemos el asunto. Cambiemos de tema. Hay cosas más importantes de las que conversar que Matías Robles.



Eusebio saludó con calidez a Matías, dedicándole unas palmadas afectuosas en el hombro como si se tratara de un hijo del que estaba muy orgulloso. Después lo invitó a tomar asiento. Curiosamente, era la primera vez que Matías ponía sus pies en la residencia de los Valdés.

La relación entre ambos provenía de años atrás, fruto de una casualidad. Por entonces, Eusebio acababa de adquirir las bodegas

en el puerto de Valparaíso, recomendado por amigos y conocidos, ya que el comercio estaba en auge y auguraban suculentos beneficios. Al mismo tiempo, un jovencísimo Matías Robles se instalaba en Antofagasta para invertir en las minas de salitre del desierto nortino. Sus padres habían hecho fortuna en California, donde había nacido el propio Matías, pero este siempre se sintió atraído por Chile, tierra que deseaba conocer en cuanto le fuera posible. Por ello, tenía claro que su primera inversión la iba a llevar a cabo en la tierra de sus padres.

Debido a sus orígenes, Matías Robles con su dominio del español y el inglés le permitió desenvolverse con soltura entre los comerciantes y cerrar sus primeros acuerdos con cierta rapidez. El azar quiso que una de las primeras rutas tuviera una parada orquestada en el puerto de Valparaíso y que él optase por viajar en el buque hasta el cabo de Hornos con el fin de conocer Chile. Así se conocieron Matías y Eusebio, quedando este cautivado por el relato y su voluntad de conocer sus raíces. Tal fue el impacto, que Eusebio le pidió encarecidamente que volviera a parar en Valparaíso a su regreso, algo que Matías cumplió a rajatabla. Nunca estaba de más hacer amistad con una de las familias más distinguidas del país.

Este fue el origen de la amistad entre ambos, que fue dejando atrás cualquier interés. No mucho después y tras consultarlo con Horacio Méndez, Eusebio invirtió en la empresa del joven en Antofagasta mientras existiera un retorno de mercancías que le permitiera obtener beneficios. Este acuerdo fraguó una admiración sincera entre ambos y que el paso del tiempo no hizo más que ahondar.

Años después, sentados frente a frente y con la amenaza de un conflicto en el norte, el sentimiento seguía siendo el mismo. Tan solo había un detalle que incomodaba a Matías y que podía llegar a corromper la relación que mantenía con Eusebio. Se trataba de Elena. Para Matías era la viva expresión de la aristocracia rancia que mantenía muchos aspectos del país anclados en el pasado; una joven que estaba convencida de su preponderancia ciega sobre los demás. Era cuestión de tiempo que la vida le demostrase a Elena lo equivocada que estaba.

—Pensaba que te habías marchado a Antofagasta. Me alegré de recibir tu telegrama —dijo Eusebio. Su sonrisa contrastaba con la seriedad de su gesto.

—Esa era mi intención, pero están cancelando travesías hacia el norte. Estoy a la espera de comprar un billete de tren que me lleve hasta Coquimbo. Dicen que desde allí parten caravanas.

—Es un viaje largo y arriesgado. El desierto nortino es implacable.

—Dada la situación, el riesgo es asumible, señor Valdés. Además, ya he tomado esa ruta más veces.

Eusebio asintió con pesar. La valentía de Matías le llenaba de orgullo.

—¿Tienes noticias?

El joven movió la cabeza de un lado a otro.

—Nada que no se sepa ya por aquí. El gobierno boliviano ha cruzado una línea roja, lo que significa que en estos momentos puede ocurrir cualquier cosa —dijo Matías mientras se esforzaba en encontrar un pretexto para cambiar el tema de conversación—. ¿Cómo se ha tomado su familia lo sucedido?

—El norte está a muchos kilómetros, Matías. Aquí, en Santiago, se subestiman los problemas. Mi mujer y mis hijos viven como si nada hubiera sucedido, lo cual tiene su parte buena y su parte mala; depende de cómo se mire.

—En mi opinión, es mejor la tranquilidad que el desasosiego —apuntó el joven.

—Muy cierto, aunque tampoco se puede dejar de lado la realidad. Es necesario encontrar un punto medio.

La charla se prolongó un rato más, pero, quizás porque ambos tenían distintos intereses, esta no se centró en nada en particular. La única conclusión a la que llegaron fue que Matías iba a quedarse a almorzar antes de partir hacia Valparaíso.

Por petición expresa de Eusebio, María dispuso un menú especial. Aprovechando la buena temperatura de aquel día de invierno, la mesa del almuerzo se situó en un porche próximo a la casa, donde una pequeña estufa de leña templaba el ambiente.

Todos se encontraban allí cuando llegaron Elena y Juana. La sorpresa de la primera fue mayúscula al ver a Matías Robles sentado en la mesa junto a su familia.

—Aquí están. Juana, ¿te ha gustado el parque Cousiño? —preguntó Elvira. La joven, que de repente se sentía ridícula vestida de aquella manera y no como Juana Cuevas, asintió sonrojada. Se sentía fuera de lugar.

—Es un lugar precioso —contestó.

—Sabía que te encantaría.

—Ahora ve a cambiarte. Tenemos trabajo —dijo María. Juana asintió y se marchó rápidamente, como un fantasma huidizo. Elena permanecía de pie frente a la mesa. Matías la miraba con media sonrisa, entre desafiante y educado.

—¿No vas a saludar a nuestro invitado, Elena? —indagó Eusebio. La joven centró la mirada en su padre.

—Ya lo he visto antes. Cuando Juana y yo salíamos. No creo que sea necesario saludarlo de nuevo, ¿no?

Eusebio miró confuso a Matías, aunque decidió no discutir con su hija para no tensar la situación. Las atenciones, como si se trataran de un salvavidas, se centraron en el pequeño Enrique, lo que sirvió para crear un ambiente más distendido con sus peculiares ideas, propias de un niño de nueve años. A medida que transcurrieron los minutos, la conversación fue madurando, aunque Elena seguía manteniéndose al margen.

—El vino es excelente, Eusebio. ¿De dónde procede?

Eusebio sonrió.

—Me enorgullece decirte que esta cosecha sale de mis propias tierras. ¿Te he hablado alguna vez de él?

—Algo comentamos en la velada de Von Hartmann —respondió Matías. Elena lanzó un suspiro de hastío que no pasó inadvertido, pero que todos ignoraron.

—La hacienda se encuentra al norte del valle de Maipo. Herencia familiar. Allí vive una familia, los Rodríguez, que se encargan de sacar la hacienda adelante. Cultivan el viñedo y venden el vino. Llevan la carga de la hacienda sobre sus hombros, por lo que solo

me quedo con un pequeño porcentaje de las ventas. Es lo justo —explicó Eusebio.

—Cuidan de la hacienda como si les perteneciera —recalcó Elvira.

A Elena aquello último acabó de indignarla.

—¿Un pequeño porcentaje? —preguntó de repente. Fue la primera vez que escucharon su voz en el almuerzo. Su padre asintió, manteniendo la calma.

—Así es, hija. ¿Algún inconveniente?

—Tan solo me gustaría saber a qué te refieres cuando dices pequeño porcentaje.

Eusebio estaba empezando a cansarse.

—No es momento de discutir sobre este asunto, Elenita —recalcó con autoridad.

Matías, con expresión relajada, intervino:

—Es un vino de buena calidad. Si me permite, Eusebio, puede que la preocupación de su hija esté fundada.

Las palabras de Matías pillaron a todos por sorpresa, especialmente a Elena, que no sabía el significado real de lo que acababa de escuchar. ¿La estaba provocando?

—¿A qué te refieres, Matías? Tienes buena mano con los negocios. Tu opinión siempre hay que tenerla en cuenta —dijo Eusebio.

—Bueno, el caldo es excelente, muy superior al que se produce en el Valle de Napa en California. Es muy probable que se venda a buen precio. ¿Puedo preguntarle por cuánto se vende el vino?

Eusebio puso cara de circunstancia. No tenía la menor idea.

—Soy consciente de las fluctuaciones o de las comisiones generadas por los intermediarios, por eso me será suficiente saber el precio con el que sale del viñedo —insistió Matías.

—No estoy del todo seguro —comentó Eusebio—. Me paso muchas horas entre números, cantidades que suben y bajan. Pero, en un intento de responder a su pregunta, puedo confirmarle que el beneficio que obtienen los Rodríguez no es abultado. Llevan muchas vendimias a sus espaldas y siguen trabajando la tierra como el primer día.

Matías sonrió.

—En tal caso, puede que sea necesario que alguien los aconseje. El valor del buen vino aumenta cada año. Por eso he comentado que quizás el interés de su hija en conocer el precio o las cantidades está más que justificado. ¿Estoy en lo cierto, Elena?

Ambos se mantuvieron la mirada durante unos segundos.

—Le agradezco su apunte, señor Robles —respondió Elena. No intercambiaron ni una palabra más aquella jornada.



Para Elena había sido todo un esfuerzo mantener la compostura durante el almuerzo. El silencio fue la mejor manera que encontró. Abstraerse y pensar en otra cosa para no escuchar las sandeces de Matías funcionó hasta cierto punto. Su padre y él disfrutaban de una relación cercana que ella estaba muy lejos de comprender y que le hacía pensar con angustia en el futuro. ¿Acaso Matías iba a convertirse en un asiduo? Consumió horas interminables cavilando cómo deshacerse de él. Barajó incluso la idea de hablar con Horacio, pero concluyó que lo mejor era no inmiscuir a nadie más. Al menos, tenía a Juana para desahogarse.

—No es más que un insolente —recalcaba, enrojecida por la ira y la vergüenza al mismo tiempo. Habían pasado semanas desde la última que coincidió con Matías Robles, pero eso no suavizaba su parecer. Su orgullo y el de su apellido estaban por encima de todo.

—Goza de la simpatía de su padre —contestó Juana. Ambas paseaban por la avenida de las Delicias sin intención de alejarse mucho más allá.

Días atrás, unos indeseables habían abordado a Elena con la clara intención de violentarla, pero Juana, más curtida en ese tipo de situaciones, no le faltó valor para enfrentarse a ellos empuñando un trozo afilado de vidrio. Uno de los muchachos la subestimó y se llevó un profundo corte en el antebrazo, provocando que él y el resto salieran corriendo. Desde entonces, la relación entre Elena y Juana había dado un paso más. Lo sucedido quedó solo entre ellas y

otorgó a Juana un voto de confianza. Se había ganado el respeto de Elena.

—¿Eso significa que tendré que tolerar continuamente sus faltas de respeto? La cosa sería bien distinta si tuviera un marido a mi lado. ¡No se atrevería a mirarme!

Juana sonrió con ironía.

—Me parece, señorita, que debe existir otra solución que no sea contraer matrimonio, ¿no?

—Ah, mi propia doncella cuestiona mis palabras.

—Pongo en duda sus intenciones más bien. No me gustaría que cometiera un error del que pueda llegar a arrepentirse.

Elena frunció el ceño. Sus ojos verdes relucieron bajo el sol templado de un invierno que, poco a poco, se vestía de primavera.

—¿Arrepentirme? Mi destino es casarme con un gran hombre y formar una familia. Más pronto que tarde llegará el momento y te aseguro que no contraeré matrimonio con cualquiera.

Una diligencia pasó junto a ellas. El cochero, que conocía a la hija de los Valdés, la saludó inclinando la cabeza. Elena le dedicó una sonrisa.

—¿Qué hay de ti?

—¿De mí, señorita? ¿A qué se refiere?

—No te hagas la tonta, Juana. ¿Es que no has pensado en casarte?

Juana encogió los hombros.

—No es algo que me quite el sueño —replicó con sencillez.

—¿De veras? —Elena se sorprendió de su propia impaciencia, tratando de recular de inmediato—. Tampoco estás obligada a hablarme de ello.

—No tengo ningún inconveniente en hablarlo, señorita. Simplemente, no lo he pensado ni conozco a ningún hombre que pueda convertirse en mi próximo marido.

Elena la miró antes de centrarse en el horizonte. Desde el día que Juana la defendiera de esos indeseables, se había forjado en ella un cariño sincero hacia su doncella.

—Yo tampoco, Juana. Espero que eso deje claro la cuestión que acabamos de comentar.

Juana frunció el ceño a la par que se centraba en Elena.

—No la entiendo, señorita.

—Mi voluntad de encontrar un marido acorde a mi posición no está motivada por Matías Robles.

—Ah, por supuesto, señorita —respondió Juana.

Elena sonrió.

—Puedes llamarme Elena si quieres.

—Como usted desee, Elena —contestó Juana sonriendo.

CAPÍTULO 7

Octubre 1878

Horacio Méndez regresó a la capital tras su permanencia en Antofagasta. Fiel a su hábito, la mano derecha de Eusebio compareció en la residencia de los Valdés con un gesto jovial, saludó a todos con entusiasmo y les habló de las innumerables cosas que había visto en el norte, del desierto y de los rumores exagerados que llegaban hasta Santiago o el sur del país. Escuchándolo, era difícil que alguien pronosticara lo que sucedería en un futuro no muy lejano.

Sin embargo, esa hilaridad desapareció en cuanto se cerró la puerta del despacho. Horacio estaba agotado después del largo viaje y, además, las noticias que portaba consigo se habían traducido en un constante e incómodo dolor de cabeza.

—Recibí el telegrama avisando de tu regreso —dijo Eusebio desde el otro lado de la mesa—. Aunque han pasado muchos días desde entonces.

Horacio asintió.

—El tráfico marítimo se ha visto interrumpido y la ruta terrestre es tediosa. ¿Cómo van las cosas por las bodegas de Valparaíso?

Eusebio movió la cabeza de un lado a otro.

—Cada día llegan menos mercancías. No hay nada oficial, Horacio, pero los rumores afirman que el norte está bloqueado. Tú has estado allí, dime, ¿qué está ocurriendo?

Horacio Méndez se dejó caer sobre la silla.

—Me temo que la guerra es inminente, señor Valdés. Los esfuerzos diplomáticos han fracasado y los ejércitos de ambos países empiezan a prepararse para la contienda.

A Eusebio no le sorprendieron sus palabras. Hasta las esperaba. Había asimilado que la situación había adquirido un matiz desastroso el domingo que mantuvo una conversación con Manuel Echeverría en el Club Hípico. La desgracia de aquel hombre no había hecho más que aumentar con el paso de las semanas, cuando supo que su exesposa había tomado segundas nupcias con un personaje boliviano de renombre. La desesperación y los celos consumieron a Manuel, que desapareció de la vida social. En Santiago se rumoreaba que los padres lo habían internado en un sanatorio con tal de que recuperara la cordura.

Sin embargo, Eusebio no podía permitirse dejarse llevar por el pánico. Un hombre de su posición tenía que actuar en pro de su país, honrar su patria y cuidar de su familia. Por ello, le pidió a Horacio que fuera en busca de su hijo Esteban, pues consideraba que este debía estar presente en la conversación. Cuando su hijo llegó al despacho, su expresión era la de un cervatillo asustado. Una vez estuvieron los tres reunidos, Eusebio le pidió a Horacio que volviera a explicar lo ocurrido para que su hijo comprendiera la gravedad del asunto. Eusebio deseaba que su hijo tomara las riendas de su destino y del honor de la familia y diera un paso al frente: «Lucharé por este país y por mi familia, padre», le habría gustado escuchar. El desprecio a la muerte de un hombre que sabe cuáles son sus obligaciones para con la sangre que le corre por las venas.

—Pero, aun estallando un conflicto en el norte, eso queda bastante lejos de Santiago y de nuestros intereses más directos, ¿no es así?

Eusebio cerró los ojos cuando escuchó a su hijo. Hasta Horacio lo miró desconcertado.

—Nadie está a salvo en una guerra —dijo Eusebio mientras se incorporaba—. No podemos quedarnos de brazos cruzados, Horacio; no a las puertas de una guerra cuyas consecuencias son inimaginables.

—¿Cuáles son sus órdenes? —inquirió Horacio con total predisposición. Mientras tanto, Esteban sintió de nuevo una sensación humillante en su interior. Una presión que se extendía por todo su ser, como si le hirviera la sangre.

—Quiero que mañana a primera hora partas hacia La Tormenta. Dispón todo por si es necesario que nos traslademos allí en los próximos meses.

—¿A la hacienda? —preguntó Esteban—. ¿Qué sentido tiene eso, padre?

—Es un lugar seguro, custodiado por una familia leal que defenderá con ahínco cada pedazo de tierra, hijo. En situaciones así, la unión nos hace más fuerte. Las guerras traen escasez, revueltas y saqueos. No correré ningún riesgo. La desesperación provocará que muchos miren hacia estas calles.

Horacio se caló el sombrero.

—Cuente con ello, señor Valdés. Dispondré todo lo que necesiten para que puedan instalarse con la máxima premura —afirmó Horacio, rebosante de seguridad, decidido.

Días después, Eusebio recibió un telegrama de su parte en el que le informaba que la hacienda se encontraría en perfectas condiciones para mediados de noviembre.

Eusebio lo leyó delante de su familia, pues consideraba justo que estuviesen al tanto de la posibilidad de trasladarse a corto plazo.

—¿Qué sentido tiene, padre? ¿De qué nos valdrá irnos a vivir con unos campesinos? —dijo Elena con su acostumbrada impertinencia.

—Es lo más seguro —respondió Esteban, en un intento desesperado de que su padre se sintiera orgulloso. Sin embargo, Elena apenas reparó en él y se centró en Eusebio.

—No se trata de nada seguro, sino de una posibilidad para tener en cuenta —explicó Eusebio, que con la mirada buscó la ayuda de su esposa.

—Vuestro padre tiene razón. En tiempos de guerra la vida puede complicarse mucho. No menosprecies toda precaución, Elena —advirtió Elvira.

La joven se contuvo. Era consciente de que nunca había vivido una guerra y que sus padres, a diferencia de ella, hablaban desde la experiencia. Aun así, ¿trasladarse a una hacienda en mitad de ninguna parte? ¿Cuánto tiempo hacía que no la visitaban? Ni siquiera recordaba a la familia que la habitaba.

—A mi modo de entender —respondió Elena—, creo que el trasladarnos a La Tormenta es una respuesta un poco exagerada. ¿Acaso lo van a hacer otras grandes familias de Santiago? No podemos actuar tan a la ligera.

Eusebio estaba orgulloso de la madurez que mostraba su hija y de su negación de marcharse de Santiago. Esteban, en cambio, sudaba ligeramente y daba vueltas de un lado a otro de la estancia. Esa mera diferencia decía mucho del abismo que separaba a ambos hermanos.

—Precisamente, espero reunirme con Wilhem de aquí a unos días para trasladarle mi opinión y escuchar la suya. Sin embargo, en lo referente a la hacienda, está decidido. Tal y como han escuchado, Horacio lo está disponiendo todo en aras de un futuro traslado. En eso no hay nada que discutir.

La reunión familiar se disgregó a los pocos minutos. Elena parecía la más afectada y salió rauda a buscar un poco de aire fresco para serenarse. Sin pronunciar palabra, Juana fue tras ella.

—¿Lo has escuchado? ¿Marcharnos de Santiago? —dijo Elena sin ocultar su indignación. Juana, más que su doncella, se había convertido en su confidente y en una persona en la que depositaba toda su confianza, especialmente después de que Juana se jugara su libertad por defenderla.

—Su padre simplemente desea lo mejor para su familia —dijo Juana mientras Elena respiraba con furia—. Háble me de esa hacienda. Nunca oí hablar de ella ni sabía de su existencia.

La joven sonrió, aunque en tal gesto no había alegría alguna. Intuía cuáles eran las intenciones de Juana.

—No la visitamos desde hace bastante tiempo. Si mal no recuerdo, yo debía ser una niña.

Las dos paseaban por las sombras que caían sobre el jardín. A pleno sol, el calor era demasiado intenso.

—María me contó que se trata de un viñedo —añadió Juana.

Elena la miró de reojo.

—¿No decías que no habías oído hablar de ella?

—No se le escapa nada —ironizó Juana.

—Oh, querida, es algo de lo que estoy orgullosa. Sé que intentas apaciguarme causándome cierta nostalgia por el recuerdo de la hacienda, pero ya te adelanto que es una labor inútil por tu parte —dijo Elena. Juana guardó silencio el resto del día.



La cita entre Eusebio y Von Hartmann se concretó hasta mediados de diciembre, debido a diversos contratiempos que postergaron el encuentro. Eusebio tuvo que dedicar mucho tiempo al trasiego de mercancías en sus bodegas de Valparaíso, ya que el gobierno chileno quería asegurarse de que no había redes de contrabando que partieran rumbo a Bolivia. Pese a que el conflicto abierto no había estallado todavía, la presión de ambos gobiernos iba en aumento, como si pretendieran incitar al otro a dar el primer e irremediable paso a la guerra.

Pero esta todavía no se había declarado cuando Eusebio y Wilhem se reunieron en una sala privada en el Club La Unión. Allí, abundaban los rostros congestionados y serios, expectantes. No eran pocos los que sacaban tajada de los negocios del norte —ya fuera el salitre, el guano o el tráfico de mercancías— y las medidas de los dos gobiernos los estaban poniendo al límite. Fue la primera vez que muchos se dieron cuenta de que ni sus apellidos ni su pasado podían garantizarles un futuro acomodado. Más que la guerra, esa posible incertidumbre, esa nueva realidad que subyacía era lo que más les aterraba.

—Parece mentira que vivamos en la misma ciudad, señor Valdés —observó Wilhem.

—Y que lo diga. Hace no mucho he regresado de Valparaíso, pero dígame, sé que usted mantiene un contrato estrecho con Cristóbal de los Arcos.

El bávaro atusó su bigote.

—Comprenda que lo que yo le cuente hoy aquí no son más que, cómo decirlo, ah, habladurías. Mis palabras no pueden comprometer a nadie, ¿queda claro?

—Por supuesto, Wilhem.

—Bien. Con esto claro, puedo comentar que hay indicios de que el ejército chileno se está reagrupando en el norte. La intervención, por tanto, es inminente. —Sus palabras parecían más graves en la expresión impávida de su rostro.

Eusebio se tomó su tiempo y guardó silencio para medir sus palabras.

—La mayoría de las guerras comienzan en verano. Faltan pocos días para el solsticio. El veintiuno de diciembre —contestó. Wilhem asintió y, por el gesto de alzar su mano, Eusebio intuyó que todavía no había terminado.

—A decir verdad, señor Valdés, no me preocupa un conflicto abierto contra los bolivianos. Sé que el ejército y la armada de este país acabarán imponiéndose.

Eusebio suspiró.

—Entonces, ¿qué le preocupa, Wilhem?

El alemán carraspeó y dio un generoso trago a su copa de vino. Eusebio ni siquiera la había tocado.

—La actitud de Bolivia no se entiende, señor Valdés: carece de sentido lógico. A menos que ignoremos algo, un detalle que podría equilibrar la balanza en un enfrentamiento contra nuestro país.

—Bolivia no está sola, ¿verdad?

Wilhem movió la cabeza de un lado a otro.

—Perú saldrá en su ayuda. Por eso quieren que sea Chile quien dé el primer paso, porque ante los ojos del mundo nosotros seremos los agresores y ellos los que se defiendan. El poder del discurso.

—Dios quiera que eso no suceda —susurró Eusebio.

CAPÍTULO 8

ENERO 1879

Eusebio y su hijo caminaban entre los restos humeantes de madera. Alguien había provocado un incendio en las bodegas del puerto, aunque la rápida reacción de los mozos evitó que el fuego se propagara hasta consumar el desastre más absoluto. Los Valdés lo tenían todo dispuesto para trasladarse a La Tormenta, la hacienda del valle del Maipo, pero este hecho los obligó a cambiar los planes y a trasladarse urgentemente hacia Valparaíso.

—El hijo de mil putas entró por ahí, ¿lo ven? —señaló el encargado, mostrando una ventana con los cristales rotos.

Eusebio miró con preocupación a su alrededor.

—Hace dos días, en la bodega de la compañía de Vapores, alguien intentó romper el candado, pero los guardias lo descubrieron y huyó —contó uno de los trabajadores.

—Dicen que los bolivianos pagan a quien cometa los sabotajes —dijo el encargado. Eusebio lo miró y después observó a su hijo.

—¿Qué piensas? Me vendrá bien oír tu opinión.

—No sé qué decir, padre —contestó—. ¿Quién nos haría algo así?

—Dicen que están cometiendo acciones así en todos los puertos chilenos —añadió el encargado. Cierto o no, para Eusebio fue suficiente.

—No creo que ese sea el caso, pues estamos muy lejos y no vale la pena, solo son rumores que crecen por el ánimo general de una posible guerra. Sin embargo, habrá que aumentar la vigilancia. Quiero que haya alguien siempre aquí —indicó Eusebio.

—Descuide, señor Valdés.

Eusebio se marchó del puerto preocupado y con el gesto sombrío. En tiempos de guerra podía suceder cualquier cosa y el incendio de las bodegas era la prueba inequívoca de ello. Debía convencer a su familia para que se trasladara a la hacienda lo antes posible. Le preocupaba que los últimos acontecimientos se hubieran interpuesto en sus planes. Elena era la que más se había opuesto al traslado, llegando a tal punto que hasta su esposa comenzaba a dudar de si no era mejor quedarse en Santiago. Ante tal panorama, y al no poder contar con la ayuda de su hijo —pues la opinión de Esteban se asimilaba a una veleta que giraba con el viento dominante—, recurrió a Horacio Méndez. Le envió un telegrama para que dejara la hacienda y regresara a Santiago lo antes posible.

Mientras caminaban hacia la posta donde esperaba la diligencia, Eusebio miró de reojo a su hijo y se preguntó qué sería de él. ¿Su hijo estaba preparado para afrontar los acaecimientos del destino? Pese a que tenía la respuesta, se negaba a materializarla en su cabeza, como si así pudiera revertir la situación. Poco a poco, sentía cómo los problemas iban creciendo, en silencio, acechándoles.

Ya de vuelta en Santiago, a la tarde del día siguiente, convocó a todos en su despacho para una reunión, pese a los intentos de Eusebio por mostrarse relajado e incluso afable, su cara reflejaba su inquietud. El cansancio por el viaje le había dibujado dos grandes ojeras bajo sus ojos que entristecían la mirada, que le restaban fuerza, casi como si se diluyera.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Elena, que comenzaba a intuir que su padre iba a comunicarles algo crucial relacionado con su futuro más inmediato. Habían estado a punto de trasladarse a La Tormenta de no ser por el incendio de la bodega.

—Esperamos a Horacio. Llegará de un momento a otro —apuntó Eusebio. Esteban, con los brazos tras su cintura, miraba por la ventana.

—Pensaba que estaba en la hacienda.

—Así era, pero ayer mismo le ordené que regresara —explicó Eusebio.

Elena sintió un escalofrío y lanzó una mirada a su hermano que no dejaba de mirar el horizonte.

—¿Qué se sabe del incendio? —insistió Elena. En ese momento, Eusebio temía la perspicacia de su hija. Elvira clavó los ojos en su marido.

—Por ahora poco, Elenita. Debemos ser precavidos. Lo más probable es que haya sido un accidente.

Elena aprovechó la deriva de la conversación.

—Por cosas como esa debemos quedarnos en Santiago —concluyó. Eusebio la miró inexpresivo.

Apenas diez minutos más tarde, Horacio entró en el despacho. La mano derecha de Eusebio tenía un aspecto ajado. Vestía un traje repleto de polvo e incluso tenía el rostro cubierto por una pátina marrón que remarcaba la rojez de sus labios y la blancura de sus ojos. Había partido en dirección a Santiago en cuanto recibió el telegrama.

—Ya estamos todos —apuntó Elena.

Eusebio asintió y, con lentitud, se puso en pie. Había dedicado sus últimos pensamientos a decidir qué palabras iba a pronunciar en ese instante.

—Bien, como ya saben, las situaciones con nuestros vecinos del norte no son las mejores y, casi con total seguridad, no harán más que empeorar en los próximos meses. El conflicto con Bolivia nos afecta; el comercio merma y con ello nuestros ingresos. Si bien —levantó la mano para evitar que Elena lo interrumpiera—, nuestra economía es holgada y nos permitirá superar este trance, no debemos ignorar los problemas a los que esta nación se enfrenta. Sin embargo, mi familia es lo más importante. Su seguridad y bienestar es lo único que puede quitarme el sueño. Por ello, partirán en los próximos días hacia La Tormenta. Horacio los acompañará durante el viaje y se asegurará de que disponen de todas las comodidades.

—No les faltará nada, señor Valdés —respondió Horacio—. He tenido que vérmelas en varias ocasiones con los Rodríguez, cuya holgazanería es alarmante, de ahí el motivo de mi retraso para disponer lo necesario.

—Quién lo diría. —Elvira no veía a los Rodríguez desde hacía muchos años, pero los recordaba como gente humilde y muy trabajadora.

—¿Qué puedo decir? Supongo que el tiempo cambia a la gente. Por ello le comenté a Eusebio que trasladarse a la hacienda puede ser una oportunidad para darle un impulso al viñedo —dijo Horacio a la par que Eusebio dedicaba una sonrisa a su esposa.

—Imaginen nuestros vinos en las mejores mesas del país.

—No es la primera vez que me hablas de ello —comentó Elvira con un gesto tierno.

—¿A quién le importa el vino en una guerra? —exclamó Elena. Horacio la miró con una sonrisa forzada.

—Oh, quizás me haya explicado mal. Quería decir que se trata de una inversión, de una oportunidad. La notoriedad de los Valdés hará que sea el vino más bebido del país y tal vez en más partes del mundo. Las posibilidades de expansión son, por tanto, muy altas.

Elena se quedó en silencio mientras su padre la observaba expectante.

—Como ven, el traslado a la hacienda es una oportunidad. En detrimento del comercio, hay que buscar otras opciones —explicó Eusebio.

Elvira, sin decir nada, se acercó a su marido y le dio un cálido abrazo como apoyo. Esteban afirmó en silencio, expresando que tanto las palabras de Horacio como las de su padre lo habían convencido al respecto. Tan solo Elena mantenía el rostro enjuto.

—Todavía no estamos en guerra —afirmó la joven. La seguridad rebosaba de sus ojos verdosos, fieros. El entusiasmo de los demás se vio interrumpido.

—Es cuestión de tiempo, de muy poco. Podemos estar hablando de días —dijo Eusebio mostrando su cansancio.

—¿Y si no es así, padre?

La conversación se prolongó durante un rato más, aunque las conclusiones a las que llegaron fueron confusas y, desde luego, no desembocaron en un traslado inmediato a la hacienda. Elena, inteligente, supo ganarse el favor de Esteban, que por cobardía o porque realmente pensara así, cambió su opinión y afirmó su desacuerdo con trasladarse al valle. En ese contexto, Eusebio consideró a bien dejar pasar unos días. Sabía que le quedaba la baza de imponer su criterio, pero no quería comenzar una nueva etapa con la enemistad de sus hijos.



Matías Robles regresó a Valparaíso y permaneció en el puerto unos días antes de viajar a la capital. El propósito de su viaje consistía en obtener permisos de exportación para poder sacar el salitre del territorio boliviano, ya que el conflicto era inminente y nadie sabía a ciencia cierta qué sucedería. Mantenía sus contactos en el país vecino, pero los bolivianos cada vez se mostraban más reacios a cooperar.

Matías se alarmó cuando en el camino divisó las columnas del ejército chileno avanzando en dirección a la frontera norte, la mañana del dos de febrero. Regresar a la ciudad carecía de sentido y tampoco podía dirigirse a sus tierras para proteger los yacimientos de salitre. El temor por verse rodeado por los combates le hizo tomar la decisión de continuar su camino hacia el sur.

Desde entonces, las noticias habían llegado a sus oídos con cuentagotas. No obstante, le confirmaron que las tropas chilenas se habían hecho con el control de Antofagasta. Por ello, confiaba en que Eusebio dispusiera de más información veraz acerca de la situación en el norte.

Mientras luchaba contra el cansancio que le cerraba los ojos, buscó un aliciente para mantenerse alerta y, por azar, lo halló en el pensamiento de los Valdés.

Precisamente deseaba fortalecer más todavía su relación con Eusebio, ya que lo veía como un socio empresarial de primer nivel y

necesario en tiempos de incertidumbre. Además, pese a que tuviera que luchar contra su propia voluntad, quería ganarse la simpatía de Elena, ya que era consciente de la influencia creciente de la joven en todos los que la rodeaban. Su plan de confraternizar con Eusebio caería en saco roto si no conseguía un mínimo de empatía de su hija.

Con tales objetivos en mente, Matías llegó a Santiago en un sofocante día de verano. Apenas soplaba el aire y la sensación de calor era muy intensa. Ordenó al cochero que lo llevara directamente a la avenida de las Delicias, a la residencia de los Valdés. Se apeó sudando y algo atontado por las muchas horas de viaje. Dio recado al cochero de que llevara su equipaje a una pensión del centro. Después se secó el sudor y se dirigió decidido hacia el jardín de los Valdés. Tocó la aldaba y esperó con una mueca tensa en los labios.

Al cabo de unos segundos, María abrió la puerta. Su expresión de sorpresa hizo realidad las sospechas de Matías.

—Señor Robles, me alegra verle. Pase, se lo ruego. El calor es menos sofocante en el interior —dijo María. No obstante, Matías se quedó en el umbral.

—Descuide. ¿Está por aquí el señor Valdés? No he tenido oportunidad de avisarle.

María frunció el ceño ligeramente. Había algo en la actitud de Matías que le llamaba la atención.

—Lamento comunicarle que el señor Valdés se encuentra en el Club Social.

Matías se lamentó por dentro. Su sonrisa se tornó tétrica. Aunque tampoco era nada irremediable.

—¿Sabe si regresará pronto?

—Me temo que no puedo darle una respuesta aproximada, señor Robles.

Las contestaciones de la empleada no le estaban siendo útiles.

—En tal caso, iré en su busca —aseguró Matías—. De todas formas, hágale saber de mi visita.

—Así haré.

Matías no perdió tiempo y se dirigió apresurado hacia el Club Social, donde pudo entrar sin problemas después de mostrar sus

credenciales. Después, en un intento de despejarse, pidió una copa de coñac y preguntó por el señor Valdés.

—Está en una sala privada, señor Robles —indicó el camarero.

—Avísele que estoy aquí. Querrá verme —dijo. Mientras esperaba, observó al resto de hombres que se encontraban en el club. Compartían el mismo gesto de gravedad. Pese a los susurros de las conversaciones, predominaba el silencio.

Al cabo de unos minutos, el camarero regresó acompañado de Eusebio. Su rostro estaba pálido y ojeroso, como si estuviera enfermo.

—Ha comenzado la guerra —fueron sus primeras palabras.

CAPÍTULO 9

FEBRERO 1879

La toma de Antofagasta por parte de las tropas chilenas había provocado entusiasmo y recelo a partes iguales entre la aristocracia del país, al menos en un primer momento. Chile había dado el primer golpe, pero debían esperar a los bolivianos para comprobar si la guerra había sido una buena o una mala decisión.

—Debíamos defender nuestros intereses —afirmaba Wilhem Von Hartmann, que era uno de los hombres con los que estaba reunido Eusebio—. De no actuar, Bolivia habría seguido propasándose con los nuestros. ¡No podemos permitirlo! A veces, la guerra es la única opción.

Matías escuchaba en silencio.

—Desde ese punto de vista, una victoria rápida ocasionará grandes beneficios para nuestro país —añadió Eusebio—. Sin embargo, todavía es pronto para hablar de ello. ¿Ha parado por Valparaíso?

—He venido directo. Lo siento, Eusebio.

No mucho después, se dirigieron a la residencia. Las noticias y los telegramas que llegaban del norte eran confusos.

Mientras regresaban, Eusebio le contó sobre lo cerca que habían estado de trasladarse hacia La Tormenta. Matías sonrió con ironía

cuando este le aseguró que Elena había sido la principal instigadora para que se quedasen en la ciudad.

—Horacio Méndez insiste en que puede ser una gran oportunidad para dar una nueva vida al viñedo, lo cual no le negaré que me despierta una gran ilusión. Además, sigo pensando que la hacienda es el lugar idóneo en tiempos convulsos como los que nos ha tocado vivir.

—Tiene razón, señor Valdés. Si buscan tranquilidad, nada mejor como alejarse de la ciudad —dijo Matías, no por convencimiento, sino por ir en contra de Elena. Ya le parecía bastante magnánimo por parte de Eusebio que este no hubiese impuesto su autoridad.

Mientras, en la residencia de los Valdés, Elena recapacitaba en silencio. Una de sus razones para no dejar la ciudad había sido precisamente que la guerra no había comenzado, pero dicha excusa había quedado desfasada.

—¿Por qué no intenta ver el lado positivo, señorita? —cuestionó Juana mientras pasaba el plumero por una estantería repleta de libros y pequeñas figuras. Elena, con los brazos cruzados, paseaba de un lado a otro de la sala.

—No veo nada positivo en huir. Ni que Santiago estuviera en la frontera.

—Su padre dice que la guerra suele ocasionar tumultos. Eso no sucederá en la hacienda —dijo Juana.

—No vas a convencerme —concluyó mientras se detenía frente a una de las ventanas.

El cielo estaba salpicado de algodonosas nubes blancas que se movían lentamente. Sin embargo, pronto su atención se centró en las dos personas que caminaban por el sendero que conducía hasta la puerta de la residencia.

Sin decir nada, Elena abandonó el salón y se dirigió al zaguán, llegando justo en el momento en el que su padre y Matías atravesaban el umbral. Lo escrutó con frialdad, dejando muy claro que su presencia no le agradaba.

—Hola, Elenita. —Esta le dedicó una media sonrisa.

—Saludos, señorita —dijo Matías con esa reverencia que tanto desquiciaba a la joven y en la que nadie más parecía fijarse.

—Pensaba que la guerra lo retendría en el norte —comentó Elena —. Seguramente deba marcharse pronto.

Matías movió la cabeza de un lado a otro con una sonrisa.

—Emprendí mi viaje antes de que se iniciara el conflicto. En cuanto a lo de marcharme, me temo que tendré que esperar acontecimientos antes de partir. No sería inteligente asumir más riesgos de los necesarios.

—Ya sabes que puedes quedarte todo el tiempo que desees. — Eusebio se quitó la levita, agobiado por el calor. Elena también estaba sofocada. Matías, en cambio, se mostraba sereno.

A continuación, Eusebio se disculpó y se retiró para informar a María que tendrían un invitado durante un par de días. En ese intervalo, Matías y Elena se quedaron a solas en el zaguán. Elena sabía que su obligación era hacerlo pasar e invitarlo a que se acomodara a la espera de que regresara su padre. Sin embargo, el desprecio que sentía hacia él se apoderó de ella. Consideraba su presencia una jugada rastrera por su parte, pues estaba convencida de que Matías estaba al tanto de la marcha de la familia, lo que demostraba su vil oportunismo.

—No ha perdido el tiempo por lo que veo —apuntó Elena. Matías no comprendía el significado de sus palabras, aunque consideró que no sería oportuno iniciar una discusión.

—Son tiempos difíciles para todos —se limitó a contestar con una sonrisa. Juana, que había terminado sus labores, los observaba desde la lejanía del pasillo.

—Pensaba que usted, con sus prolíficos negocios en Antofagasta, estaría atendiéndolos —recalcó.

Matías no perdió la cordialidad ni retiró sus ojos ante la mirada de la joven.

—Así es, señorita. Precisamente por eso estoy aquí. La guerra nos obliga a hacer cosas que no teníamos planeadas, ¿no es así?

—¿Le ha comentado mi padre sus planes?

—No solo lo ha hecho, sino que le he transmitido mi más firme apoyo.

La conversación llegó a su fin cuando Esteban hizo acto de presencia. Estaba pálido. Su piel relucía bajo una fina capa de sudor

frío y, por sus movimientos, resultaba evidente que estaba nervioso.

—Hola, Matías —dijo Esteban antes de centrarse en su hermana —. ¿Dónde está nuestro padre?

—Ha ido a hablar con María. Al parecer, Matías se quedará unos días con nosotros. Esperemos que pueda partir pronto hacia Antofagasta —contestó Elena.

—Echaré en falta su consideración, señorita —respondió Matías.

Apenas unos segundos después, Eusebio regresó, sorprendido por la improvisada reunión que allí tenía lugar.

—¿Acaso tienen miedo de entrar? —bromeó.

—Me gustaría hablar contigo —dijo Esteban de manera atropellada. Las miradas de todos se centraron en él. Era extraño que tomara la iniciativa.

—¿Sucede algo? —Se preocupó Eusebio.

Con un ademán, su hijo señaló hacia el pasillo que conducía al despacho de su padre. Casi sin darle respuesta, se dirigió hacia allí, seguido de Elena. Matías se quedó en el lugar, pero Esteban le hizo un gesto para que fuera con ellos. El breve trayecto hasta el despacho de Eusebio estuvo cargado de incertidumbre.

—Me tienes en ascuas, hijo. ¿Es necesario que avisemos a tu madre? Matías, toma asiento. Ya sabes que estás en tu casa. Oh, Esteban, ¿prefieres que hablemos a solas? Se ve que es un asunto serio.

El joven cabeceó.

—No hay ningún problema, padre. No es ningún secreto.

Elena, que se había quedado en el umbral, cerró la puerta.

—¿Entonces no esperamos a tu madre? —preguntó Eusebio. Había un fuerte aroma a tabaco en el interior, a todas luces impregnado en las cortinas, las paredes y la moqueta.

—Creo que está con la señora Valle —respondió Elena.

—Hablaré con ella más adelante —dijo con gran dificultad. Los labios le temblaban—. Ahora he de decirles algo de suma importancia.

Eusebio miró con gravedad hacia Elena, como si ella pudiera estar al tanto de lo que su hermano quería decir, pero no era así.

—¿Qué sucede, hijo?

Esteban cogió aire.

—En vista de los últimos acontecimientos, me veo en la situación de servir a mi país en estos momentos. Hace unos le envié una misiva a Cristóbal de los Arcos expresándole mi firme decisión de alistarme, padre. La respuesta me ha llegado esta misma mañana.

Tras las palabras de Esteban se produjo un silencio denso y profundo, que rayaba en lo molesto. Las manos temblorosas de Esteban sacaron la respuesta del oficial de uno de sus bolsillos y la pusieron sobre la mesa.

—Partes en dos días hacia Valparaíso —leyó sobrecogido.

—Así es. Es mi obligación, padre. Lo mínimo que se espera de mí. Mis amigos y mis conocidos están haciendo lo mismo.

Eusebio respiró hondo. El orgullo por la decisión de su hijo contrastaba con el miedo que sentía como padre. Bajo ese prisma, su hijo seguía siendo demasiado joven para conocer los sinsabores de la guerra y para que su vida dependiera de la más cruel de las fortunas.

—Harás que nos sintamos orgullosos, hijo —dijo Eusebio antes de darle un sincero abrazo.

La marcha de Esteban hizo que cualquier otro asunto quedara en un segundo plano y hasta que llegó ese momento, esa fresca mañana de otoño en la que partió hacia Valparaíso, recibió todo tipo de atenciones y palabras de consideración que le hicieron sentir henchido de orgullo. Para Elvira fue un trago amargo, ya que no acababa de asimilar su marcha, pero finalmente comprendió que su hijo cumplía con su obligación, por cruel y arriesgada que fuera. No obstante, esa felicidad se desvanecía por las noches, cuando pensaba en Esteban, sola en su habitación, y empezaba a tomar conciencia de lo incierto que era su futuro.

El mismo día que se marchó, Eusebio le envió un telegrama a Cristóbal de los Arcos, pidiéndole encarecidamente que cuidara de su hijo y mirara por él con el fin de que regresara sano y salvo. La respuesta la obtuvo a los pocos días, cuando el oficial le contestó afirmándole que Esteban quedaría bajo su mando y que, con total seguridad, serviría en La Covadonga, goleta que antiguamente había pertenecido a los españoles y que en el presente pertenecía a la

Armada de Chile luego de que estos la capturaran en el combate de Papudo.

Pese a sus reticencias, Eusebio contrató una diligencia privada para que llevara a su hijo hasta Valparaíso. Este quería partir con otro grupo de jóvenes que habían sido llamados a filas el mismo día que él, pero su padre no se dejó convencer.

El chasquido del látigo fue el último sonido que percibieron antes de que el carruaje se pusiera en marcha rumbo a Valparaíso.



Como era de esperar, la partida de Esteban inauguró un nuevo ciclo en el hogar de los Valdés. Elvira resultó la más afectada y ni siquiera las palabras de su marido fueron suficientes para aplacar su dolor en los primeros días.

Constantemente le pedía a su marido que mediara por Esteban y que le escribiera a Cristóbal o a quien fuera necesario. Eusebio la consolaba con promesas vagas, ya que no estaba dispuesto a manchar su apellido ni a poner en tela de juicio el honor y la valentía de su hijo. Por ello, le pidió a su hija que estuviera más pendiente que nunca de su madre.

No obstante, fue Enrique el que consiguió levantar el ánimo de Elvira y copar su atención. El pequeño de los Valdés era inteligente, leía con soltura y era capaz de solucionar cuestiones que a los adultos se les atragantaban. Si bien, apenas hablaba y lo hacía solo con quienes vivían en la casa.

Días después, sin pronunciar palabra, Enrique le llevó a su madre un dibujo de un barco que surcaba el mar en dirección a un sol recortado en el horizonte. Fue tal la impresión que se llevó Elvira, que desde ese momento se prometió que dedicaría todo el tiempo que dispusiera para atender a su hijo. Enrique se convirtió en la bandera de su nueva lucha y en la fuerza que necesitaba para continuar hacia delante.

Elena también se adaptó a la nueva situación de su familia. La vida y el destino dieron más protagonismo al día a día y,

especialmente, a las decisiones tomadas por su padre. Elena no podía consentir que Matías ganara demasiada influencia, lo que, sumado a la animadversión que sentía por él, la obligó a intervenir en materias de las que hasta ese momento se había mantenido al margen y que —seguía pensando— resultaban impropias de una dama.

Respecto a cuestiones empresariales, la principal preocupación de Eusebio era conseguir que las mercancías llegaran hasta sus bodegas de Valparaíso y enmendar la situación de alguna manera, pero mientras el comercio del norte estuviera detenido, nada podía hacer aparte de asumir las pérdidas y los retrasos de los que él se había responsabilizado con terceras partes antes de la guerra. Estas obligaciones eran arriesgadas, pero aseguraban un buen flujo de clientes y ganancias mientras todo estuviera en orden. Por tanto, un conflicto extendido o una catástrofe le hacía correr el riesgo de tener que abonar enormes cantidades en concepto de indemnización. Horacio Méndez fue el principal instigador de este tipo de acuerdos. Sin embargo, había ocasiones en las que a los comerciantes les salía más beneficioso perder la mercancía y recibir las indemnizaciones.

Aun así, los Valdés tenían una situación económica desahogada y numerosas propiedades a las que podían recurrir si la crisis se prolongaba en el tiempo; sin embargo, Eusebio no quería tentar a la suerte. Se lo comentó a Matías, quien le ofreció invertir en unos territorios yermos del desierto nortino donde abundaba el salitre y que podían rentabilizarse a corto plazo, aunque Eusebio rechazó la propuesta por temor a que el conflicto se enquistara y sus tierras corrieran peligro. La lejanía de esos terrenos también pesaba en su decisión.

—En estos momentos, lo que más nos urge, por así decirlo, es valorar las diferentes oportunidades que nos ofrece la guerra. El comercio está prácticamente detenido y lo seguirá estando mientras dure el conflicto, por lo que puede ser una oportunidad para adquirir propiedades en el puerto a un precio irrisorio. Una vez pasada la guerra, el valor de las propiedades aumentará de manera exponencial —explicó Horacio en unas de sus visitas a la residencia. Elena y Matías también se encontraban en el despacho. La joven

estaba en guardia ante cualquier movimiento por parte de Matías que le indicara que se estaba aprovechando de su padre.

—Costes y beneficios es algo que deben tener muy en cuenta, señor Valdés. Con todos los que he hablado, no prevén un conflicto largo, pero no hay nada seguro. Abundan los desalmados que buscan aprovecharse de los nervios y el desconcierto —dijo Matías.

Elena se preguntó si la última frase iba dirigida a Horacio, ya que se percibía roce entre ellos. Estaba claro que su padre estaba en medio de la pugna de sus intereses, aunque, en defensa de Horacio, este acompañaba a su padre desde hacía muchos años.

En este contexto, a Matías no le quedó más remedio que recurrir a Elena. El principal problema era la enemistad declarada entre ambos, lo cual hacía bastante complicado que se pusieran de acuerdo sobre cualquier asunto.

—Señor Robles, pensaba que ya habría partido hacia el norte. —Fue el saludo de Elena cuando Matías se acercó a ella.

La joven paseaba por el jardín, dándole vueltas al asunto de las bodegas en un intento de ayudar a su padre. Nunca se había preocupado de los negocios ni creía que esa fuera su misión como mujer, pero sí tenía interiorizada su obligación en ese momento en el que su hermano se había ido a la guerra.

—Me alegra comunicarle que será en breve. Nuestras tropas son muy superiores al enemigo, que está retirándose en todos los frentes.

—Ya es extraño que una noticia sea del agrado de ambos —dijo Elena.

El sol de la tarde incidía sobre el rostro, avivando su mirada con un brillo tenue. Su belleza delicada contrastaba con la personalidad déspota y estirada que tanto lo irritaba. Reflexionó mucho acerca de cómo afrontar la cuestión con Elena, pues lo último que deseaba era iniciar con ella una discusión inútil.

Quietos el uno frente al otro, aquello tenía más de duelo que de conversación.

—Yo no intento agradarle, señorita, solo le entrego información para que esté al tanto del conflicto. Tengo buenos informantes en Antofagasta —respondió Matías con cortesía. Elena lo observó por

unos segundos, tratando de contener la rabia que bullía en su interior.

—Por eso le pido que le comente a su padre la opción de adquirir tierras en el norte. Soy plenamente consciente de que es un momento complicado, pero por ello los precios son más asequibles. Doy mi palabra de que cuidaré de sus intereses e incluso me ofrezco como aval en el caso de que las cosas no salgan bien. La oferta de Horacio Méndez no es rentable a corto plazo e incluso lo del viñedo puede tardar años en salir adelante.

Elena sonrió irónica.

—¿Cuál es su verdadera intención, Matías? ¿Por qué mi padre debería fiarse de usted y comprar unas tierras que ni siquiera podrá visitar hasta que termine la guerra?

Este puso los brazos en jarras.

—Si cree que obtengo un beneficio por ello, se equivoca. No me mueve el interés, sino el aprecio por su padre.

—Hable con Horacio. Ya sabe que mi padre lo consulta todo con él —concluyó Elena.

Rato más tarde, cuando ya la noche se cernía sobre Santiago, Juana y Elena se encontraban en la habitación de la segunda. Intercambiaban pocas palabras, como si ninguna de las dos quisiera mantener una conversación y, al mismo tiempo, se vieran obligadas a ello.

—Hoy llegó un telegrama de Esteban, ¿no es cierto? —preguntó Juana. Elena volvió a la realidad.

—Así es. A mi madre le alegró mucho. No ha llevado nada bien su marcha. Sufre por él. —Esto último Elena lo dijo como si la preocupación de su madre estuviera fundada más que por sus sentimientos, por la evidente inmadurez de su hermano.

—Seguro. Por cierto, ¿ha mencionado su padre algo acerca de la hacienda? María me ha comentado que probablemente nos traslademos a final de año.

Elena asintió.

—Horacio Méndez insiste en ello. Dice que es la mejor opción hasta que termine la guerra. Al menos nos quitaremos a Matías de encima durante una temporada —dijo Elena.

Juana contuvo su entusiasmo. Consideraba a Matías un buen hombre, atrevido en ocasiones, pero con buen fondo. No podía decir lo mismo de Horacio, cuya aparente perfección le resultaba irritante.

—Parte en los próximos días hacia el norte, ¿no es así?

La joven asintió.

—Ha conseguido un pasaje en un buque de la armada. Por mediación de mi padre, claro. ¿Por qué si no iba a mostrarse tan considerado? Si marcharnos al valle va a significar perderlo de vista, partiría ahora mismo —declaró.

Juana sintió la tentación de mostrar su curiosidad.

—Puede que su interés sea otro, señorita.

Elena clavó los ojos en ella.

—¿Otra vez con eso? —exclamó—. Matías sabe que yo jamás me fijaría en él y si posee un mínimo de inteligencia no debería ni planteárselo. Tú no puedes entenderlo.

Dicho esto, Elena salió de la habitación cerrando la puerta bruscamente tras de sí, sin tener claro a dónde dirigirse ni qué hacer, ignorando incluso el motivo que le había hecho reaccionar de esa manera.



Matías embarcó hacia el norte con la sensación de haber fracasado en sus intenciones, aunque haría todo lo posible por mantener el contacto desde donde se estableciera.

Sin embargo, pronto la atención de todos se centró en la guerra. Esta seguía su curso y Chile demostraba su poderío naval en cada choque, aunque el comercio seguía resintiéndose. Esta nueva situación fue asfixiante para Eusebio. La guerra trastocó sus esquemas, se vio perdido en una realidad que no comprendía y en la que cada decisión desembocaba en un costoso error. En cambio, Horacio se movía con desenvoltura y le ofrecía numerosas posibilidades que no hacían más que nublar el juicio de Eusebio, cuya preocupación crecía día tras día. Adquirir nuevas propiedades, el viñedo, invertir en tal compañía, etc. Esta cascada de

oportunidades le hacía sentirse inútil y temeroso de empeorar la situación.

—Su pasión por el buen vino es conocida por todos, Eusebio. Quizás esto sea una oportunidad para dedicar tiempo al viñedo —le insistía Horacio—. Estoy seguro de que, si se pone a la cabeza de la hacienda, triplicará los beneficios. Por no mencionar el prestigio. Sabe mejor que nadie que los buenos vinos franceses son idolatrados en el mundo entero. ¿Por qué un vino, no sé, Valdés, no puede convertirse en el próximo Chardonnay?

A Eusebio le resultaba difícil resistirse. La Tormenta tenía un lugar especial en su corazón y las elucubraciones de Horacio eran música para sus oídos. Trasladarse a la hacienda era algo inexorable. No definido en el tiempo, pero certero como una flecha que se eleva y se pierde en el alto cielo. Todos sabían que, en algún momento, ha de caer al suelo.

Por esos días le escribió a un viejo amigo, Vicente Ahumada, cuyo abuelo fue quien le vendió las tierras de La Tormenta al suyo, hacía ya muchos años. Con poco más de cuarenta años, soltero, Vicente era un hombre que vivía la vida a su manera. Solía pasarse parte del año viajando y haciendo negocios por gran parte del globo, aunque sus viajes se centraban especialmente en el continente europeo. No eran pocos los que se referían a él como Phileas, en referencia a la célebre obra de Julio Verne.

En la misiva le anunciaba su más que seguro regreso a la hacienda y esperaba que, después de tantos años, pudieran retomar la amistad y confianza que antaño tenían.

CAPÍTULO 10

El ritmo de la diligencia se había reducido mucho debido al mal estado de los caminos, el cual estaba repleto de baches y socavones que ponían a prueba en todo momento la habilidad del cochero. Este lucía una sonrisa tensa mientras sujetaba las riendas para guiar a los caballos por el camino adecuado.

—Desde luego esto no es la avenida de las Delicias —dijo Elvira en un intento de hacer más llevadera la situación. Elena le agradeció su intención con un ademán.

Horacio señaló a la ventana. El verdor de la primavera se mostraba en su cénit. El canto de los pájaros se entremezclaba con los rayos de sol, que parecían cobrar vida en cada reflejo.

—Las últimas lluvias han encharcado los caminos. No sería mala idea comentarle la situación al gobernador en la próxima fiesta en la que coincidan, señor —dijo Horacio.

—Tienes razón. Sé que ahora tienen problemas más importantes, pero el buen tránsito en un país es fundamental.

—Cuánta razón.

Horacio se encargó de ponerles al día respecto a la hacienda, haciendo las delicias de Eusebio y provocando curiosidad en el resto. Pero a medida que pasaba el tiempo, de manera sutil comenzó a expresar su desacuerdo con los Rodríguez, la familia que gestionaba la hacienda desde hacía muchos años. No era la primera vez que

mencionaba la apatía de los Valdés, pero nunca había sido tan explícito ni tan duro en sus palabras.

—¡Esos Rodríguez! Se limitan a lo indispensable y poseen una destreza singular para eludir sus obligaciones. En el fondo, puede que les venga bien tener cerca a sus señores durante una temporada. Apuesto que sí —dijo Horacio, que no tuvo reparo en enumerar cada uno de los defectos de los Rodríguez. Era tal su ímpetu, que Eusebio se vio obligado a quitarle hierro al asunto.

—La gente del campo suele ser muy distinta a la de la ciudad —argumentó.

—¡Holgazanes hay en todas partes! —exclamó Horacio. Elena lo observaba con una mezcla de sorpresa e indignación e incluso parecía incitarle a que continuara. Elvira se mostró cauta.

—Los Rodríguez siempre han sido trabajadores buenos y honrados, Horacio —advirtió.

—Lo sé, señora. Por eso confío en que su presencia en la hacienda ahuyente los fantasmas que le acabo de comentar.

Elvira asintió y posó su mirada en la ventana, dando a entender que la conversación no le interesaba lo más mínimo.

—Esperemos que todo se aclare con nuestra llegada —insistió Eusebio.

Cuando ya el ocaso se dibujaba en el horizonte, la diligencia entró en la hacienda de los Valdés y avanzó lentamente hacia la residencia principal, la cual se encontraba rodeada por un mar de viñedos que se extendían en todas direcciones. Movidos por la curiosidad, pegaron sus rostros por la ventana y posaron sus ojos sobre una tierra que no visitaban desde hacía mucho. Ninguno encontraba parecido entre lo que veían y su recuerdo, lo que se tradujo en un sentimiento de extrañeza, de estar en un lugar que no les pertenecía.

—Es como si hubiera transcurrido una eternidad —susurró Eusebio.

—La última vez que estuvimos aquí estaba embarazada de Enrique —comentó Elvira antes de mirar a su hijo.

La luz anaranjada de la tarde, casi extinta, alargaba las sombras y lo teñía todo de colores pesados. Una brisa cargada de aroma y

matices entraba por las ventanas de la diligencia.

—Es bonito —susurró Elena.

Mientras la diligencia avanzaba por el sendero, el tiempo parecía detenerse. Centenares de pequeños troncos se extendían en interminables hileras y en todos ellos se apreciaba el verde de los nuevos brotes.

—Ese es el primer paso —señaló Eusebio—. Las nuevas hojas están brotando y dentro de unas semanas llegará la floración. Uno de los momentos más importantes.

No mucho después, la diligencia se detuvo frente a la residencia principal de la hacienda, donde había una familia que, a todas luces, debía tratarse de los Rodríguez. Dos jóvenes, un chico y una chica, acompañaban al matrimonio. Vestían ropa campestre y sencilla, y sus rostros estaban ligeramente bronceados.

—Bloquearé la rueda, señor —informó el cabeza de familia mientras se acercaba a la parte trasera de la diligencia. Era un hombre de unos cincuenta años con una espalda ancha y unos brazos fuertes que a Elena le recordaron a Matías Robles.

—Con gusto —respondió el cochero mientras soltaba las riendas y se quitaba el sombrero.

A su vez, Horacio abrió la puerta y bajó rápidamente.

—Bienvenido, señor —dijo el hombre. Los Valdés aún permanecían en el interior de la diligencia, a la espera de que Horacio les diera el visto bueno para que se apearan. Una medida recomendada por este último.

—¿Está todo tal y como exigí? Si no es así, las cuentas las rendirán con los Valdés —dijo Horacio, sin dar pie a ningún tipo de cortesía. Ramón, que no tragaba a Horacio pero que era consciente de su cercanía al señor, ignoró la provocación, no sin antes observarlo en silencio durante unos segundos.

—Así es, señor.

Horacio le hizo una señal a Eusebio y este y su familia comenzaron a bajar de la diligencia. La mujer de Ramón, Mercedes, se quedó boquiabierta cuando los vio.

—¡Por la Virgen del Carmen! Pero qué grandes están —exclamó Mercedes. Elvira le dedicó una sonrisa a la mujer, ignorando todo lo

que había escuchado durante el trayecto.

—Más de diez años. Es cierto que hemos postergado la visita demasiado tiempo. ¿Cómo se encuentran?

Horacio observaba el reencuentro ceñudo, como si algo se le escapara.

—Muy bien, señora. Felices porque vayan a pasar una temporada con nosotros, aunque sea en estas circunstancias. Rafael, Clara, vengan a saludar a los señores —pidió Mercedes.

Los hermanos se miraron y dieron un paso al frente antes de inclinar la cabeza hacia delante con una sonrisa fingida. Elena y Enrique le devolvieron el saludo mientras Mercedes alzaba la mirada para buscar a su otro hijo en el horizonte.

—Ah, el pequeño Enrique. La última vez que lo vi estaba en su barriga, señora. El tiempo vuela —continuó Mercedes, que se inclinó para ponerse a la altura del pequeño.

—Es un poco tímido —justificó Elvira el silencio de su hijo, que le daba la mano a Juana y miraba hacia el suelo.

—Es normal, señora. Necesita tiempo. No se preocupe que cuidaremos de él —dijo Mercedes para sorpresa de Elvira, que le agradeció sus palabras con un ademán.

Igualmente, Ramón y Eusebio estrecharon sus manos en aquella algarabía de saludos. Tan solo los jóvenes mantenían la distancia.

—Su presencia alegra nuestros corazones, señor —comentó Ramón.

—El sentimiento es mutuo, amigo.

La nostalgia los invadió. Tiempo atrás, la presencia de los Valdés en la hacienda era común, pasando allí largas temporadas. Fue precisamente eso lo que conformó la personalidad de Eusebio y su gusto por lo sencillo. Soñaba impaciente con los paseos por la hacienda, el mate humeante en un frío amanecer y la simpleza del campo. En su opinión, aquella forma de vida tenía un romanticismo y un encanto del que carecía la ciudad.

Horacio ordenó a Rafael, el mayor de los Rodríguez, que cargara el equipaje y lo llevara hasta la casa. Clara, la hija pequeña, se quedó junto a su madre mientras miraba con interés a Elena. Ambas compartían un lejano recuerdo de haber jugado juntas, pero habían

cambiado tanto desde entonces que Clara no sabía si ese recuerdo era del todo cierto.

El sonido de un galope ligero llegó hasta sus oídos.

—Ahí viene Tomás. Disculpen a mi hijo. Es terco como una mula —dijo Ramón.

—No se preocupe. —Eusebio quitó importancia.

Segundos después, Tomás apareció raudo. Cabalgando echado hacia delante, en aras de alcanzar la máxima velocidad posible, luego tiró de las riendas y aminoró la velocidad del caballo.

—Tarde como siempre, Tomás —le recriminó su madre. El joven encogió los hombros antes de lanzar una mirada fugaz a la familia—. Apéate. Ayuda a tu hermano con el equipaje.



Rafael y Tomás, los dos hijos mayores de Ramón, se afanaban en descargar el equipaje mientras Clara hacía un recorrido por la casa con Juana y María. En general, todo estaba limpio y primaba el orden. Clara les contó que esa misma tarde su madre y ella habían dado los últimos retoques a fin de que todo estuviera perfecto.

Mientras tanto, junto a la puerta de la casa, un hombre ya entrado en años, pero de aspecto robusto, apareció caminando entre los viñedos. Vestía una camisa de tela gruesa, pantalones anchos y un sombrero de esparto que caía sobre su lado derecho. En cuanto lo vio, Eusebio se sorprendió.

—¡Por todos los santos! ¿Aurelio?

El hombre sonrió a la par que se acercaba. Su rostro estaba repleto de profundas arrugas.

—¡Señor Valdés! Don Ramón me comentó de su regreso.

Eusebio no daba crédito y miraba a Aurelio con cierta incredulidad.

—Hace mucho que no sabía nada de usted. Por mi cabeza pasaron las peores posibilidades.

—Me dio sepultura, ¿verdad? Ya sabe que bicho malo nunca muere —dijo Aurelio.

Ramón sonrió.

—Ya ve que el Zurdo —así es como llamaban a Aurelio— se encuentra en plena forma. No hay quien lo tumbe bebiendo vino. No lo intente.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo con tal de celebrar el reencuentro —dijo Eusebio.

—Preparemos unas damajuanas —bromeó Ramón. Eusebio se giró hacia él.

—¿Es tarde para un paseo?

—Usted es el señor. Le diré a mis hijos que vayan a por unos faroles —dijo Ramón. Al cabo de unos minutos, Tomás y Rafael regresaron con lámparas de queroseno cada uno. El sol se había escondido en el horizonte y el cielo se iba apagando.

—Los caminos son buenos. No habrá problema —informó el Zurdo.

—Aprovechemos la última luz —dijo Eusebio poniéndose en marcha—. Elenita, cuida de Enrique.

Mercedes, con un gesto natural, le ofreció su brazo a Elvira para que se apoyara, lo que ella aceptó. De repente, se sintió como cuando ambas paseaban por los senderos de la hacienda, a recomendación del doctor tras su embarazo.

Elena, ceñuda, caminaba junto a su madre mientras sentía sobre ella las miradas de Rafael, el mayor de los hijos. No obstante, ella no le prestó ni un segundo de atención. Estaba acostumbrada a que la mirasen.

Sin previo aviso, el Zurdo se separó del grupo y se detuvo junto a una de las viñas, examinándolas fijamente, acercando una de las lámparas. Elena, curiosa por la manera en la que aquel hombre observaba la planta, se acercó a él.

—Tienen buen aspecto, señorita —dijo Aurelio señalando a los brotes—. Esperemos que las lluvias caigan bien y en el momento oportuno.

Elena observó el diminuto brote de color verde en manos de Aurelio, que casi parecía acariciar la hoja.

—¿Cuándo crecen las uvas? —preguntó Elena, sorprendida de su propia curiosidad. El Zurdo movió la cabeza de un lado a otro.

—Si San Isidro quiere a principios de año ya las tendremos en las parras, señorita.

Finalmente, los demás se acercaron a ellos y durante unos minutos la conversación giró en torno al viñedo. Sin embargo, en los primeros compases de la estadía de los Valdés en la hacienda, las energías de Eusebio se enfocaron en que su familia se adecuara lo más rápido posible a la nueva vida.

El riguroso protocolo de la capital permaneció en los primeros días, pero poco a poco fue desvaneciéndose. No eran necesarios tantos vestidos, ni podía primarse el aspecto por encima de la comodidad de un buen calzado y una ropa agradable que permitiera moverse con soltura por aquel lugar. El suelo del porche era de un empedrado tosco y, apenas salían de la casa, los caminos eran de tierra o barro si caía algún chaparrón. Tampoco podía mantenerse una limpieza exhaustiva en la propia casa, al igual que en la residencia de Santiago, ya que el polvo o la misma tierra entraban en cada momento. Eusebio pasaba muchas horas en el viñedo y cuando regresaba lo hacía cubierto de polvo. María y Juana se afanaban en barrer y barrer, pero finalmente desistieron.

—Han de acostumbrarse. Ya verán el polvo del verano —decía Mercedes. Elvira, que estaba en ese momento en la cocina, frunció el ceño.

—Esto no lo teníamos en Santiago —se resignó.

—Se acostumbrarán. Antes pasaban aquí largas temporadas.

—Eso es cierto, Mercedes. Pero supongo que con la edad una se vuelve más quejica —dijo Elvira antes de que las dos rompieran a reír.

A lo lejos, entre las hileras del viñedo, se vislumbraban varias camisas blancas que pertenecían a Eusebio, Ramón y Aurelio. Las nuevas hojas brotaban con brío y crecían rápido.

—Mi marido está feliz —reflexionó Elvira en voz alta.

—Siempre le gustó la vida en la hacienda —manifestó Mercedes.

—Eusebio tiene la bendición o la maldición, porque te aseguro que a veces lo es, de encajar en todas partes. Se mimetiza con el ambiente que le rodea. Ninguno de mis hijos ha heredado esa facultad. Esteban es más parado y prefiere pasar desapercibido. En

cuanto a Elena, se parece mucho a mi suegro. Tiene un carácter muy fuerte.

—Quién lo diría —dijo Mercedes.

Después del repaso a los dos hijos, tocaba hablar de Enrique. Ninguna sabía cómo afrontarlo y Mercedes tampoco quería meterse en un terreno pantanoso. Afortunadamente, fue la propia Elvira quien introdujo esa cuestión. Lo hizo mirando al infinito.

—En cuanto a Enrique… Es muy listo. Sus profesores me aseguran que sus capacidades están por encima de la de los niños de su edad, pero… es solitario. Apenas habla ni se relaciona con nadie. Bueno, últimamente sí que lo he visto mantener conversaciones con Juana. Tengo que reconocer que con ella se lleva muy bien. No sé el motivo, no sé qué ve en ella, pero eso no importa. Solo quiero que sea feliz y aprenda a desenvolverse en el mundo. —Las primeras lágrimas se derramaron por sus mejillas—. Disculpa. A veces me gustaría que Enrique fuera… como los demás niños, pero, al mismo tiempo, me arden las entrañas por pensar de esa manera. Es mi hijo y lo amo tal y como es.

Mercedes estrechó sus manos y Elvira agradeció el gesto de apoyo.

—Lo cuidaremos entre todos, señora. Mi hija Clara es muy dulce y Tomás tiene más de niño que de adulto. Rafael es más serio y responsable.

Elvira esbozó una sonrisa.

—Ayer Enrique hizo un dibujo de un jinete. Creo que se trataba de Tomás.

—Si quiere, puedo hablar con mi hijo para que intente acercarse al suyo.

—Por supuesto, Mercedes. Sé que le vendrá bien.

CAPÍTULO II

Los Rodríguez habitaban en una vivienda independiente, que se encontraba al otro lado del camino principal de la hacienda, que serpenteaba entre los viñedos y moría en la linde, oculto entre la zona más irregular, donde se levantaban cerros y cañadas que imposibilitaban el tránsito. Casi final del camino, fuera de la propiedad de los Valdés, se encontraban las ruinas de una antigua casa que había sido tragada por la vegetación, evocando la imagen de un navío hundiéndose lentamente. Nadie sabía a quién pertenecían esas tierras ni esa casa.

En dirección contraria, frente a la puerta principal, se encontraban las posesiones de Vicente Ahumada, el viejo amigo de Eusebio. No muy lejos, un pequeño riachuelo serpenteaba entre el terreno, como si buscara con discreción la salida a otro río de mayor caudal. Lo salvaba un puente de piedra desde donde podía vislumbrarse la hacienda, ya que estaba ligeramente más elevado.

Desde allí, Tomás observaba la residencia de los Valdés. Su madre le había pedido que tratara de relacionarse con el pequeño, ya que le gustaban los caballos, pero era extremadamente tímido. A Tomás solo le hizo falta un primer contacto para intuir que la timidez no era el único problema de Enrique. El chico pasaba la mayor parte del tiempo con Juana, la joven doncella de los Valdés.

—Tienes que ser cuidadoso con él. Es muy sensible —le explicó Juana, acercándose lo suficiente como para que Enrique no los

oyera. Fue la primera vez que estuvieron tan cerca. La sutil fragancia floral que emanaba de Juana caló hondo en la memoria de Tomás.

—Descuida.

Mientras se dirigían al establo. Enrique lo miraba ceñudo, como si no le gustara que hablara con Juana.

—¿Le gustan los caballos? —le preguntó Tomás poniéndose a su altura. Enrique miraba hacia el suelo—. Bueno, no tiene por qué contestarme. A mí me gusta hablar, ¿sabe? Si a usted le gusta escuchar, podemos pasarlo muy bien.

Juana observaba con atención. Enrique, en un movimiento fugaz, alzó la mirada a Juana y asintió levemente.

—¡Estupendo! Tendrá los oídos limpios, ¿verdad? Quiero que me escuche perfectamente —exclamó Tomás.

—¡Por supuesto que el señorito tiene los oídos limpios! —contestó Juana, sorprendida por la osadía de Tomás. No obstante, su temor desapareció cuando se fijó en que los labios de Tomás temblaban. Se estaba riendo. Rápidamente le hizo un gesto a este para que continuara.

—Siempre hay que preguntar —dijo mientras se incorporaba y señalaba hacia el establo—. Les voy a presentar a los caballos que tenemos. Son tres en total y son como de la familia. A decir verdad, son más guapos que mi hermano Rafael, pero esto es un secreto, señorito.

Para sorpresa de Juana, Enrique asintió, aunque continuaba mirando al suelo.

Tomás abrió el cerrojo de la puerta y tiró de ella con fuerza, quedando al descubierto los tres caballos, que miraron con suma calma hacia el exterior.

—El negro es el mío. Se llama Moro. Es un poco nervioso y no obedece a todo el mundo. La verdad, señorito, es que solo me hace caso a mí —dijo Tomás mientras lo acariciaba—. Es rápido como una flecha. ¿Quiere tocarlo?

Enrique negó en silencio.

—Bueno, ya tendrá tiempo. En cuanto a estos dos, son Pluma y Bella. Estos son más dóciles. Son los mejores para aprender a montar. ¿Saben montar a caballo?

—Alguna vez he montado en mi pueblo —contestó Juana.

—¡Entonces podemos pasear! ¿Quiere, señorito?

Enrique miró a Juana y esta no supo reaccionar. Montar a caballo con Enrique podía ser peligroso.

—No tengo permiso de sus padres —dijo Juana.

—¿Permiso? —Se extrañó Tomás mientras ponía una montura sobre Bella—. Aquí tiene a un Valdés. Pregúntele a él.

Juana, confusa, miró a Enrique y este, con un hilo de voz, dijo:

—Quiero montar.

—Permiso concedido —aceptó Tomás.

—Pero hace tiempo que no monto… Yo…

—Eso no se olvida. Además, Bella es dócil y mansa. Incluso puede que se quede dormida si no le arrea un poco. Dígame, señorito, ¿con quién quiere montar?

Tomás hablaba con tal naturalidad y desparpajo, como si le importara poco si obtenía respuesta o no, y eso agradaba a Enrique. Por ello, habló de nuevo.

—Contigo —sentenció con la vista fija en Tomás. Este dio un respingo, sorprendido por la respuesta.

—Sus deseos son órdenes —respondió Tomás haciendo una exagerada reverencia—. Juana, ¿podrá subirse o necesita ayuda?

La joven estaba cada vez más nerviosa, especialmente por la reacción de Elvira y Eusebio cuando supieran que Enrique había montado a caballo. Pero, por otro lado, hacía mucho tiempo que Juana no experimentaba en su pecho el calor de la emoción, del riesgo. Era algo irresistible.

—Descuide. Pero antes subiré a Enrique. ¿Está preparado, señorito?

El muchacho asintió.

Tras lo cual, Tomás montó en el caballo y Juana aupó a Enrique hasta la montura. Moro lanzó un resoplido que alarmó a Juana.

—Tranquila, pequeño. Es de la familia —dijo Tomas. Enrique, sentado justo delante, tenía las manos levantadas sobre la crin del corcel, como si temiera tocarlo—. No pasa nada, señorito. ¿Está listo?

Mientras tanto, el mismo Tomás se sorprendió de la agilidad con la que Juana se subió al caballo. Fue tal su impresión que se quedó mirándola fijamente durante unos segundos. Juana, con el cabello alborotado por el impulso tiraba de las riendas para hacer que Bella avanzara un par de pasos.

—¿Qué te pasa? —preguntó. A Tomás se le escapó una sonrisa.

—Nada —contestó azorado. Espoleó ligeramente a su caballo y Moro salió del establo lentamente, casi perezoso. Juana iba tras ellos.

El primero en percatarse de lo que estaba sucediendo fue Rafael. Se encontraba entre los viñedos, retirando impurezas del suelo cuando, al alzar la vista, vio a su hermano montado con el pequeño de los Valdés. Se quedó tan atónito que los observó en silencio, presumiendo los problemas en los que se iba a meter.

No mucho después, Elvira, desde el porche, vio a Juana montada a caballo y se preguntó durante un amargo instante dónde se encontraba su hijo. Ese intervalo duró hasta que se percató de que Enrique iba subido a caballo con Tomás. Un vuelco en el pecho le produjo la certeza de un desmayo inminente. Enajenada, salió corriendo a toda prisa hacia el exterior, seguida de María, que se alarmó de ver a la señora tan alterada.

—Mi hijo… Mi hijo… —sollozaba.

Cruzaron el umbral en el preciso momento en el que los jinetes se disponían a pasar frente a la casa. El rostro compungido de Elvira pregonaba el inicio de una reprimenda de consecuencias inimaginables. Alzó las manos y abrió la boca en un grito ahogado, pero, el pequeño debió interpretarlo como un saludo. Movido por la novedad y la adrenalina del momento, Enrique movió sus manos de un lado a otro:

—¡Mira, mamá! —exclamó con una sonrisa antes de reírse a carcajadas. Elvira, sin decir nada, juntó las manos sobre su pecho y comenzó a llorar de alegría. No recordaba cuándo había sido la última vez que había visto a su hijo reírse. La ira y el miedo desaparecieron a medida que asimilaba la imagen de su hijo feliz, como cualquier otro niño de su edad.

Elena y Clara, que paseaban por la hacienda y fueron testigos de lo sucedido, acudieron raudas.

—No se preocupe, señora. No hay lugar más seguro en el mundo —gritó Tomás.

—Mi hermano es un jinete excelente, señora —dijo Clara a modo de disculpa.

En un gesto tierno, Tomás susurró algo al oído de Enrique y este asintió. Instantes después, el pequeño de los Valdés se hizo con las riendas de Moro, moviéndola mientras seguía las instrucciones de Tomás. No mucho más tardaron en acercarse tanto Ramón como Eusebio, con evidente preocupación al principio que se esfumó en cuanto vieron la alegría de Enrique.

CAPÍTULO 12

Luego de un tiempo, Enrique casi no paraba en la casa, le gustaba estar en el establo y ayudar a Tomás en lo que pudiera.

Todos se relajaron con la nueva faceta de Enrique. Ni siquiera Elena, que normalmente no aceptaría que su hermano se encargase de unas tareas impropias para alguien de su clase, lo aceptó con agrado al observar la complicidad de Tomás, capaz de entablar diálogos con el pequeño o incluso de bromear con él. Era una versión del pequeño que desconocían, pero que les agradaba sin medida.

Pero hubo otro hecho que apuntaló más todavía la sinergia entre ambas familias, siendo Enrique el principal impulsor. Este se mostraba más cercano a Juana y a Tomás y, por ende, estos comenzaron a pasar más tiempo juntos, estableciendo una relación que iba más allá de la cordialidad.

Eso no pasó desapercibido para Elena, que si algo hizo durante las primeras semanas de su estancia en La Tormenta fue observar, aprender del entorno y de los cambios del nuevo rumbo que habían tomado sus vidas. Hizo buenas migas con Clara, que era una joven dulce y respetuosa, que la trataba con el máximo respeto. Le gustaba cuando las suaves tonadas que cantaba la joven continuamente precedían su llegada. Fuera su intención o no, Clara irradiaba alegría.

Se interesó también por el viñedo, acompañando a su padre casi a diario y escuchando con atención sus explicaciones acerca de los cultivos, la vendimia, el cuidado de las uvas y la propia hacienda. Así, gracias a las palabras de Ramón y Aurelio, supo que en la hacienda cultivaban la uva País, una variedad que fue introducida por los españoles allá por el siglo XVI.

—Es lo que se cultiva por aquí. Esta variedad soporta bien el clima seco. Sus raíces profundizan en la tierra y eso les permite subsistir —explicaba Aurelio.

Elena escuchó a la par que observaba el verdor de la vegetación que crecía en la finca.

—No se ve que la tierra esté seca —comentó con cierta reserva.

—No, desde luego que no —dijo Ramón—. Aunque no ha sido así siempre, señorita.

Eusebio se acercó a su hija.

—¿Nunca te has preguntado por qué la hacienda se llama La Tormenta?

—Un nombre como cualquier otro —respondió Elena a la defensiva. Su padre le dedicó una sonrisa.

—No hay nada malo en reconocer la ignorancia propia, Elenita. Sabes quién es Vicente Ahumada, ¿verdad?

—Es un amigo tuyo. Sus tierras colindan con las nuestras.

—Así es. Tiempo atrás, estas tierras pertenecían al abuelo de Vicente, don Fernando. Por entonces no eran más que unas tierras baldías, dejadas de todo cuidado. Fue entonces cuando tu bisabuelo, Bernardo Valdés, le compró a Fernando estas tierras.

Elena frunció el ceño como si hubiera un detalle que se le escapara. Las tierras baldías que había mencionado su padre no se correspondían con la realidad que tenía frente a sus ojos

—¿Por qué compró las tierras si eran tan malas?

—Tu bisabuelo quedó prendido de las vistas de la montaña. Supo que Fernando no estaba contento con las tierras y llegaron a un acuerdo. —Eusebio se giró y señaló hacia la casa—. Después construyó la residencia. Fue un regalo para su esposa. Tu bisabuela amaba la naturaleza y es innegable que desde aquí las vistas son asombrosas.

Elena asintió, aunque no terminaba de comprender lo que su padre había mencionado acerca de unas tierras baldías; aquellas no lo eran, desde luego.

—¿Fue mi bisabuelo Bernardo quien plantó el viñedo? —preguntó la joven. Eusebio hizo un gesto ambiguo.

—Fue él, pero no entraba en sus planes. Como te he comentado, el señor Ahumada vendió las tierras porque apenas crecían unos pocos matorrales. Sin embargo, todo cambió una noche de verano. Sin aviso alguno, se desató una tormenta sobre la zona. Mi abuelo Bernardo me contó lo sucedido en un par de ocasiones y en todas y cada una de ellas pude ver el desconcierto en sus ojos. —Elena escuchaba con atención—. Afirmaba que desde el norte soplaba un viento cálido, pero pronto se nubló y la lluvia les pilló por sorpresa. El agua horadó la ladera y provocó una serie de desprendimientos que cambiaron el paisaje por completo. ¿Ves la parte superior de la hacienda? Pese a que la vegetación ya ha cubierto gran parte, antes era roca desnuda y tierra arrastrada por la tormenta de aquella noche.

Elena miró hacia donde señalaba su padre.

—¿Quieres decir que la tormenta de aquella noche cambió el suelo de la hacienda para siempre?

—Así es, Elenita. Al quebrarse las rocas de la parte superior, grandes masas de lodo corrieron ladera abajo, enriqueciendo la tierra. Además, al desprenderse las rocas, se abrió un pequeño cauce de agua que se mantiene durante todo el año, incluso en los meses más calurosos y secos —explicó Eusebio. Su hija sonrió.

—De ahí recibe su nombre.

—Tu bisabuelo renombró la hacienda como La Tormenta tras la primera vendimia. No fueron pocos los que le dijeron que estaba loco, que la hacienda había sido siempre un páramo, pero hoy lo puedes ver por ti misma —dijo Eusebio extendiendo sus brazos hacia el viñedo.

Ramón se retiró el sombrero.

—Gracias a ello, el rendimiento del suelo es muy bueno —añadió —. Conseguimos muchas arrobas de un vino ligero y fácil de beber.

Eusebio miró hacia el cabeza de familia de los Rodríguez.

—Creo que ya se lo comenté, Ramón, pero ¿qué posibilidades hay de envejecer el vino?

Este encogió los hombros.

—Me temo que no es tan sencillo, señor. La uva da un vino joven que no envejece bien. Para maduraciones prolongadas, habría que introducir nuevas cepas, con el coste en tiempo y dinero que ello acarrearía. No obstante, es una idea que podríamos valorar —añadió Ramón para tratar que el señor Valdés no se sintiera humillado ni menospreciado. Eusebio asintió con una media sonrisa.

—Por supuesto. Hay que valorar todas las opciones. —Con estas palabras puso fin al diálogo. A continuación, caminaron por los viñedos en silencio, como si así fuera más fácil olvidar aquellos segundos incómodos. Elena retomó la conversación.

—¿Cuándo se cosecha? Ya tienen buen tamaño —comentó Elena refiriéndose a las uvas.

Aurelio dio un paso hacia delante.

—Me temo que un poco más adelante, señorita. Allá por marzo o abril. Depende de lo maduro que esté el fruto. A decir verdad, influyen muchos factores. ¿Nunca ha estado en una vendimia?

Elena movió la cabeza de un lado a otro.

—Es un momento especial en el viñedo. Las largas jornadas de trabajo se entremezclan con tonadas, guisos y tragos que hacen más llevadera la jornada —dijo Aurelio.

—Es el culmen de un año de trabajo —continuó Ramón—. Solemos contratar a vecinos y grupos que se desplazan hasta la región para trabajar en los viñedos.

—¿Cuántos mozos suelen trabajar en la vendimia? —se interesó Elena. Eusebio estaba orgulloso de la curiosidad de su hija. La falta de Esteban, que solía reavivarse en esos momentos, le amargó la sonrisa.

Ramón se rascó la cabeza.

—No hay un número fijo. Hacemos los cálculos según el estado del viñedo. Todos los años son diferentes. Lo calcularemos más adelante. Todavía es pronto.

Los cuatro continuaron caminando por la hacienda hasta que de nuevo el viento se erigió protagonista, ocasionando molestas

polvaredas que hicieron que Elena regresase a la casa, frustrada por tener que vivir en aquel lugar que parecía querer incordiarla en cuanto le mostraba un mínimo aprecio. Mientras regresaba, con sus manos a forma de visera para protegerse los ojos, deseó conocer a un joven de alta alcurnia que pidiera su mano y la sacara de aquella hacienda, la cual, en esos instantes, aborrecía con todas sus fuerzas. Sin embargo, pronto advertía lo ridículo de su planteamiento.

—¿Cómo voy a conocer a alguien encerrada aquí? —susurró.

Suspiró aliviada cuando llegó al porche de casa y quedó protegida del viento. Farfullando, se sacudió el polvo antes de entrar en casa. Allí, su hermano y su madre leían tranquilamente. Elena les dedicó una sonrisa y fue en busca de Juana, a la que encontró junto con Clara.

—¿Cómo llevan el día? —dijo Elena. Las dos jóvenes se encontraban en la cocina. Juana trabajaba con energía la masa del pan mientras Clara vertía la harina con delicadeza siguiendo sus indicaciones.

—Entretenido —contestó Juana—. No es que en Santiago me aburriera, pero aquí siempre hay cosas que hacer.

—La vida en el campo siempre es más laboriosa —añadió Clara.

Elena se sentó junto a ellas mientras observaba el trabajo de Juana.

—¿Van a montar después? —preguntó Elena. Juana alzó la mirada sin parar de amasar. Sus mejillas enrojecieron.

—Es posible.

Elena asintió.

—En cuanto terminemos, he de llevarle una tinaja de agua a mis hermanos —dijo Clara con inocencia. Juana continuaba con la mirada fija en la masa. Reconocía el doble sentido de las palabras de Elena, pero se esforzaba en ignorarlas.

—Avísame, Clara. Me gustaría acompañarte. ¿Quieres venir, Juana?

Esta sonrió a medias.

—No sé si me dará tiempo, señorita.

Clara percibió algo anómalo en la conversación, mirando a una y a otra. La joven ignoraba que se trataba de un ingrediente más de la

compleja receta que conformaba esa conversación.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, Mercedes fue en busca de su hija y Juana y Elena se quedaron a solas. En cuanto se cerró la puerta, los ojos de la doncella se posaron en los de su señora. No hacía falta decir nada.

—No era mi intención incomodarte —dijo Elena.

—No lo ha hecho —respondió Juana con seriedad.

—¿De verdad piensas que Clara no sospecha nada? —insistió—. Es su hermano. Seguramente estará al tanto.

—Puede que no haya nada de lo que sospechar, Elena. ¿Acaso no me lo dejó usted claro cuando le insinué el posible interés oculto de Matías Robles hacia usted?

Elena no se esperaba aquel golpe bajo por parte de Juana. Tan solo un año atrás esas palabras hubieran sido suficientes para que el puesto de trabajo de Juana se hubiese encontrado en grave peligro, al igual que Juana, tampoco habría contenido su hartazgo con las constantes provocaciones de Elena. Afortunadamente, las dos habían cambiado mucho desde el día que se conocieron en la residencia de Santiago.

—¿Qué tiene que ver ese *cansalmas* con todo esto? —exclamó Elena.

—Me temo que usted sabe más que yo, señorita —respondió Juana con la satisfacción de saber que le había dado la vuelta a la conversación. No obstante, antes de dejarse llevar, Elena respiró profundamente.

—Sé lo que intentas hacer. Pero ya te adelanto que el único interés de Matías Robles en los Valdés es mi padre, sus negocios y su dinero. Es lo único que le importa y por lo que no quiero volver a verlo.

Juana asintió.

—Lamento si la he ofendido.

Elena se acercó a ella.

—No tienes nada de lo que disculparte —dijo con una sonrisa—. Por cierto, ¿celebrarán la boda en la hacienda?

Lejos de incrementar la tensión entre ambas, comenzaron a reírse. Las palabras de Elena terminaron por convertir aquel

desencuentro en una situación ridícula.

—¡Lo sabía! ¡Lo estaba esperando!

—No podía resistirme, Juana. No entiendo por qué lo mantienen en secreto.

El motivo de la tensa e intrincada conversación que había mantenido era la relación que había surgido entre Tomás y la propia Juana. Las continuas visitas de Enrique a los establos habían hecho que pasaran mucho tiempo juntos, conociéndose y descubriendo la pasión que el uno despertaba en el otro. Cegados por la rutina o quizás porque nadie se esperaba aquel desenlace, solo los ojos observadores de Elena se percataron de la creciente relación entre ellos.

—Disfrutamos de la compañía del otro. No hay motivos para oficializar nada.

Elena frunció el ceño. Ese aspecto de la vida era completamente desconocido para ella. No habían sido pocos los jóvenes que se habían acercado a ella con la intención de cortejarla, pero siempre se mantuvo al otro lado de una muralla infranqueable que le privó de empatizar con los sentimientos o la pasión contenida de esos jóvenes.

—Dan largos paseos más allá de los cerros —dijo Elena.

—Salimos a cabalgar. Es algo que creí que no tendría oportunidad de hacerlo por un largo tiempo, señorita. Me recuerda a mi hogar. Este sitio, la hacienda, en mi opinión, es todo un paraíso comparado con Santiago —expuso Juana mientras se enjuagaba las manos en un balde de agua.

—¿Cómo se llamaba tu pueblo? Lo tengo en la punta de la lengua, pero soy incapaz de recordarlo.

—Cañete, señorita.

—Cierto. Disculpa mi memoria. Todavía me estoy adecuando a la vida en la hacienda. He de reconocer que no me desagrada del todo, pero aun así sigo pensando que nuestro lugar está en Santiago.

—Esperemos que la guerra termine pronto, señorita.

CAPÍTULO 13

Eusebio terminó de leer la carta enviada por Horacio Méndez y la arrojó sobre la mesa. Acto seguido, se sumió en una reflexión sombría sobre las noticias, que no hacían sino agravar su desasosiego.

La situación en las bodegas era complicada. Nuevos reveses obligaban a Eusebio a afrontar pagos de indemnizaciones que mermaban su liquidez. Horacio afirmaba estar inmerso en duras negociaciones para retrasar los pagos lo máximo posible, pero, hasta ese día, no había tenido éxito.

Pese al enorme patrimonio de los Valdés, los pagos suponían un gasto insostenible a medio plazo y Horacio había sugerido ya la venta de algunas propiedades con fin de sufragar los gastos y evitar que la deuda se disparase con los temidos intereses. Para Eusebio aquello simbolizaba el principio del fin. La decadencia de una de las grandes familias del país, como tantas otras, que no sabían adaptarse a los nuevos tiempos.

Necesitaba un revulsivo. Algo que le permitiese enderezar la situación. ¿La hacienda? Confiaba en obtener una buena cosecha y obtener ganancias del viñedo.

El sonido de unos pasos que se acercaban a la puerta de su despacho le hicieron esbozar una falsa sonrisa.

—¿Te pillo en mal momento? —dijo su esposa en el umbral. Eusebio movió la cabeza de un lado a otro.

—En absoluto. ¿Qué sucede, querida?

Elvira se acercó a la mesa y dejó otra carta sobre ella.

—Se trata de Vicente Ahumada. Ha regresado y dice que nos visitará a la máxima brevedad… ¡En cuestión de horas! —dijo Eusebio recuperando el entusiasmo.

Vicente era un hombre experimentado, conocedor del mundo y con contactos. La clase de persona que Eusebio necesitaba a su lado —. Lo recibiremos por todo lo alto. No se merece menos. Dile a María que prepare una cena especial, que saque lo mejor de la alacena.

—Descuida, yo me encargo de todo —respondió Elvira, que recordaba con nostalgia las suntuosas veladas de Santiago. Aunque no sería lo mismo, la visita de Vicente servía como excusa para revivir una de esas mágicas noches. En cuanto Elena supo de la visita de Vicente, le preguntó a Clara para saber más del invitado. La curiosidad lo devoraba.

—¿Qué puedes contarnos de don Vicente Ahumada, Clara? Apenas sé nada de él —pidió Elena.

—Tampoco es que pueda serle de mucha ayuda, ya que no he coincidido mucho con él. Sé que su hacienda se encuentra justo enfrente de esta, pero se pasa fuera gran parte del año. Siempre está viajando.

—Debe tener una gran fortuna —comentó Elena.

—Seguramente, señorita. Además, no está casado ni tiene hijos, que se sepa.

Juana se incorporó.

—¿Un solterón? ¿Es joven? —exclamó con sorna.

El rostro de Clara enrojeció levemente.

—Oh, ¿joven? No, bueno, puede que sea un poco más joven que su padre, pero más o menos estarán en la misma quinta. Eso sí, es presumido y muy elegante. Las pocas veces que lo he visto, siempre iba vestido con ropas que no se ven por aquí.

Juana y Elena se miraron. Clara había empleado un tono característico, como si quisiera dar a entender algo más que no se atreviera a decir.

—¿Eso es todo? —preguntó Elena. Clara encogió los hombros.

—Ya le dije que no sabía mucho.



El sol descansaba ya sobre el horizonte cuando Vicente llegó a La Tormenta. La primera impresión que tuvo Eusebio fue que el tiempo no había pasado para su amigo. Vicente lucía una levita hecha a medida, ligeramente ajustada en sus hombros, un sombrero nuevo a todas tintas y un bastón sobre el que se apoyaba con elegancia. Sobre su labio superior lucía un fino bigote que parecía más bien perfilado con un lápiz y que se ajustaba a la perfección a su sonrisa. Una diminuta perilla conformaba su aspecto elegante y desenfadado al mismo tiempo.

—Oh, soy incapaz de expresar la dicha que siento por su regreso a la hacienda —dijo Vicente haciendo aspaviento con las manos. Eusebio lo observó entre divertido y sorprendido. No recordaba la faceta tan expresiva de su amigo.

—El sentimiento es mutuo. Dicen que para poco por aquí. ¿Tiene pensado emprender otro de sus viajes?

—En tiempos de guerra viajar puede acarrear problemas. Cualquier extranjero puede ser acusado de espía en tierra ajena. Algunos podrían tacharme de confraternizar con el enemigo. Envidias y mala sangre, ya sabe. En realidad, me considero humanista. Creo en la bondad del ser humano y en la paz de los pueblos que habitan este planeta. ¿Qué sentido tiene matarnos entre nosotros? ¿Cuál es el fin último de acumular más y más riqueza de manera egoísta? Ah, la muerte pone fin a esos desvaríos de manera rápida e inexorable. ¿De qué sirve la riqueza en la agonía de la muerte? ¿Acaso las puertas del cielo se abrirán antes si nuestros bolsillos están repletos de oro? Yo no lo creo así, pues eso sería aceptar que nuestro Dios no es más que un vulgar banquero… a lo que me resisto con todas mis fuerzas.

Las dotes oratorias de Vicente quedaron demostradas con estas palabras, que vinieron seguidas de aplausos por parte de Eusebio y Elvira.

—A este país le iría mejor si hombres como usted alzaran la voz —indicó Eusebio.

Vicente hizo un gesto de desprecio.

—¡Sería la peor de mis pesadillas! El poder corrompe hasta lo más santo. Lo detesto. Lo rechazo con fervor igual que el peor de los venenos. Mi alma es más feliz al contemplar la noche estrellada del desierto nortino. Precisamente, acampé allí varios días para estudiar el paisaje.

Elvira se sorprendió.

—¿Le gusta la biología? Era un aspecto de usted que desconocía.

Vicente sonrió con modestia.

—Oh, tampoco me considero un erudito. Más bien, podría definirme como un hombre curioso. Supongo que, si tuviera esposa, mi curiosidad se centraría en otros aspectos de la existencia, ¿no es así?

Aquella ocurrencia provocó carcajadas.

—Yo conozco a un hombre que cruzó el desierto en dos ocasiones. Desde Coquimbo hasta Antofagasta y viceversa —apuntó Eusebio, sintiendo como suya la hazaña de Matías Robles.

—Desde luego es una proeza. Al problema del calor hay que sumarle los maleantes que se esconden por allí, junto a los caminos. La mayoría están buscados por la justicia —explicó Vicente—. ¿Puedo preguntarle el nombre de ese bravo varón?

—Matías Robles. Es un gran amigo mío.

Quiso la casualidad que, en ese preciso instante, Elena, que se había arreglado lo más rápido posible, llegó al salón. La confluencia de sentimientos que experimentó al oír el nombre de Matías Robles fue indescriptible, pero, al mismo tiempo, sintió una curiosidad tremenda. Sin pensarlo, hizo acto de presencia con los ojos muy abiertos, como un animal hambriento que buscara a su presa.

Su entrada brusca llamó rápidamente la atención de los demás, cuyos rostros de desconcierto eran bastante similares al de la propia Elena, que, en el fondo, no sabía el motivo de su ímpetu. Vicente le dedicó una sonrisa y ella se sintió levemente avergonzada.

—¡Elena! —le recriminó su madre. La joven se había quedado sin palabras, consciente del error. Si apenas hubiera llegado unos

segundos antes, María le hubiera frenado en la entrada, pero no fue así.

—Yo… He llegado tarde —susurró.

—Ya lo veo, hija, pero lo importante es que estás aquí —dijo Elvira para quitarle hierro al asunto. Vicente no quitaba su mirada de la joven e incluso se acercó a ella luciendo una sonrisa.

—Es un placer conocerla, señorita —saludó haciendo una breve reverencia.

—El placer es mío, don Vicente —contestó Elena, que recordó las palabras de Clara. Bien vestido, elegante, de manera exquisita. Lo cierto era que la joven lo había descrito a la perfección—. Mi padre nos ha hablado mucho de usted.

—Siempre hemos mantenido una buena amistad pese a la distancia. Somos vecinos después de todo, ¿no es así?

Elena lo deslumbró con una sonrisa y enseguida, como si se encontrara bajo el efecto de alguna sustancia espirituosa, se giró hacia Eusebio. La joven se fijó en sus gestos. Le llamó la atención la manera de arquear la espalda, de colocar las manos sobre la cintura o su sonrisa permanente, que casi parecía invitar a la otra persona a continuar la conversación. Elena no sabía bien describir la sensación que le transmitía, aunque sí que lo relacionaba con cierta feminidad. A diferencia de Matías Robles —se maldijo por utilizarlo como ejemplo—, Vicente no transmitía virilidad en el sentido más exacto del término. Incluso en algunos de sus movimientos le recordaba a una marioneta.

—Hacía mucho tiempo que no veía a Elena. Se ha convertido en toda una mujer. Digna heredera de la belleza de su madre.

Elvira le agradeció sus palabras, ignorando el desconcierto de su propia hija.

—Y con fuerte carácter. En eso creo que ha salido a mi padre —afirmó Eusebio.

—¡El viejo Valdés! —exclamó, recordando aquellos días en los que coincidieron en la hacienda—. Un hombre bueno, pero estricto. De eso no hay duda —dijo Vicente antes de apurar su copa de vino.

—Elena me recuerda a él —comentó Elvira.

Vicente centró su mirada por unos segundos en el infinito. Vislumbraba algo.

—Qué lástima no haber nacido unos cuantos años más tarde, Eusebio. Sería un magnífico yerno para usted.

Eusebio se lo tomó a bien y le hizo un gesto a su hija para que formara parte de aquella conversación fantasiosa.

—No lo dudo, Vicente.

—Así de caprichoso es el tiempo y el destino. ¿Acaso alguno de nuestros antepasados no hubiera pensado en concertar un matrimonio para que nuestra descendencia no fuera poseedora de ambas haciendas? Así se hacían antes las cosas.

Elena no comprendió del todo el significado de sus palabras, aunque tampoco iba a perder tiempo preguntándole. De todas formas, comprobó rápido que a Vicente le gustaba hablar y, sobre todo, ser escuchado. Seguramente, Elena habría estallado de ira al saber que su padre tomaba al charlatán de Vicente como el posible salvador de las arcas de los Valdés, aquel que podía evitar que se desprendieran de varias propiedades en aras de hacer frente a las deudas de las indemnizaciones.

Vicente se había erigido de nuevo líder de la conversación, aunque se afanó en hacer partícipe de ella a Elena o buscar la sonrisa de ella con sus ocurrencias. Fue tal la consideración y la atención que esta fue cambiando poco a poco su opinión respecto al invitado.

—Por suerte para todos, estoy seguro de que habrá más reuniones como estas. Después de todo, somos vecinos, ¿no es así?

—No puedo ponerle un pero a sus palabras —dijo Eusebio.

La reunión llegó a su fin poco antes de la medianoche, que fue cuando Vicente Ahumada decidió retirarse. Su previsión acerca de las visitas se cumplió, ya que se convirtió en casi costumbre que este almorzara o cenara varias veces a la semana en la residencia de los Valdés. A diferencia de Matías Robles, Elena aceptó de buena gana su presencia y más cuando supo que sus antepasados se remontaban a principios del siglo pasado, cuando emigraron de Toledo, en España, para instalarse en Santiago. Su familia llegó a ser extensa, pero una serie de coincidencias y desgracias provocaron

que se redujera y se dispersara por el país. Así, Elena fue conociéndolo poco a poco.

—Mi abuela tuvo dos varones y cinco hijas. Por tanto, el apellido se pierde con ellas. No digo que sea malo, es, simplemente, una realidad. ¿Primos? Que me maten si no tengo miles, pero con el apellido Ahumada, el que cruzó el océano hace doscientos años, quedamos pocos —explicaba Vicente.

—Es la viva descripción de la vida. Nada crece eternamente ni se esfuma hasta desaparecer. El pasado y el presente permanecen en el futuro. Se convierte en el tuétano de sus huesos —añadió Eusebio, quien todavía no había encontrado el momento idóneo para hablar de negocios con Vicente.

Por otro lado, pensaba que la historia familiar de los Ahumada haría ver a Elena que lo que consideran imperturbable y eterno puede desvanecerse en cualquier momento. Dicha reflexión le hizo acordarse de su hijo, de Esteban. Sintió un escalofrío.

—Sus palabras son un poco pesimistas, padre.

—El pesimismo es útil en cierta medida. Sobre todo, si nos hace observar la verdadera realidad que nos rodea —comentó Eusebio mirando fijamente hacia la copa de vino que sujetaba en su mano derecha. Sutiles movimientos hacían que el líquido se desplazase de un lado a otro. No solo se acordaba de su hijo Esteban, sino que recordaba, con gran temor, cómo las deudas contraídas iban en aumento y, más aún, la debilidad de su corazón, que podía detenerse en cualquier momento.

Así, el verano se había convertido en un camino largo y enrevesado para Eusebio; la llegada de la vendimia aparecía como un momento crucial. Estaba incómodo e incluso se le pasó por la cabeza la posibilidad de regresar a Santiago, aunque lo descartó tras recibir nuevas informaciones de Horacio Méndez. Este gestionaba con plena libertad sus negocios y propiedades en el resto del país y le aseguró que no había mejor lugar en el que estar que en La Tormenta, a salvo de las preocupaciones ocasionadas por el conflicto y de las crecientes deudas que le esperaban en Valparaíso, hecho que seguía manteniendo en secreto y que por el momento ni siquiera había confiado a Vicente.

Guiado por las circunstancias, Eusebio intentó sacar el tema en algún momento que se encontraran a solas, pero Vicente mostraba sus continuas negativas a hablar de negocios, prefiriendo otros temas, como él decía, más enriquecedores para el alma.

CAPÍTULO 14

Aurelio ya había comentado allá por octubre que la floración no había sido la mejor debido a una serie de vendavales que castigaron la zona durante varios días. Adelantó que eso tendría una repercusión directa en la cosecha, aunque Eusebio se mostró optimista y aseguró que tendrían una buena recolecta.

—La tierra no será generosa este año, señor —sentenció el Zurdo tras un minucioso reconocimiento de los viñedos.

Eusebio estaba entre sorprendido e incrédulo.

—Lo hemos hecho todo bien —dijo al cabo de unos segundos, como si eso fuera suficiente para justificar su razonamiento.

—Pocas veces el campo es justo, Eusebio —señaló Ramón.

Rafael, el hijo mayor de Ramón, se quitó el sombrero y se agitó el cabello. Una mala cosecha se traducía en pocos mozos y en más trabajo para ellos, a fin de recortar gastos.

—El señor pensaba que iba a ser llegar y tocar el santo —comentó el Zurdo cuando Eusebio se había alejado lo suficiente.

—Nadie nace sabiendo —dijo Ramón antes de girarse hacia Rafael—. ¿Dónde está tu hermano?

Rafael hizo un ademán hacia la casa de los Valdés.

—Seguramente esté con su amiga —comentó. El Zurdo dejó escapar una sonrisa.

—¡Rafael! —replicó Ramón.

—¡Mi culpa es ahora!

Ramón sabía que su hijo estaba en lo cierto y miró con cierta amargura a la casa de los Valdés.

Tomás caminaba frente a la casa mirando atentamente, como si esperara ver a alguien. El joven convirtió aquello en un desfile, pasando ante la casa como una docena de veces. Cabalgaba despacio, lo cual era síntoma de que esperaba a alguien. Era bastante probable que estuviera esperando a Enrique para salir a pasear o para que lo acompañara al establo.

Elena lo vio desde la ventana y bajó donde Juana y María se afanaban en preparar el almuerzo. Se paró en la puerta y sonrió pensando en cómo habían cambiado las cosas en su vida. Antes, consideraba impropio de ella pasar tiempo con los empleados o detenerse en zonas como la cocina o las alacenas, pero desde la llegada de Juana eso había quedado atrás. Entraba sin reparo alguno e incluso se sentaba a conversar si sentía ganas de ello. Estar con ellas le hacía sentirse bien.

—¿Cómo les va la mañana? —preguntó Elena nada más entrar.

A los pocos días de instalarse en la hacienda, María se dispuso a confeccionarle una serie de vestidos más apropiados para la vida en el campo. Aunque mantenían la elegancia y el decoro, eran ligeramente más anchos y no tan largos para facilitarle los movimientos, ya fuera por la propia casa, así como por la hacienda.

—Pelando papas —dijo Juana sin detenerse en su tarea.

—Es bien lenta —comentó María.

Elena sonrió y se sentó junto a la mesa.

—¿Mi padre ha vuelto a pedirles estofado?

—Así es, señorita. ¿Quiere que le prepare otra cosa? —preguntó María.

—Doña Mercedes está preparando pantrucas. Puedo ir a por un poco —dijo Juana sin levantar la mirada de las patatas. Elena sonrió. Le había comentado en alguna ocasión que el origen de esa receta era mapuche.

—No te preocupes. Por cierto, he visto a Tomás dando vueltas de un lado para otro. ¿Saben si está esperando a mi hermano?

Juana le dedicó una sonrisa traviesa a Elena.

—Pues no sabría decirle. Enrique está con su madre. ¿Quiere que vaya a preguntarle? —dijo Juana.

—No te molestes. Estás ocupada. Iré yo —se ofreció Elena poniéndose de pie.

—Estoy aquí para servirla, señorita. No es molestia —insistió Juana.

Elena se detuvo en el umbral y le señaló hacia la puerta.

—Pregúntale a Tomás qué desea. Si está esperando a Enrique, iré a avisarlo.

Juana salió rauda de la cocina, esforzándose por mantener a raya la sonrisa que delataba sus intenciones. Cada vez le resultaba más complicado ocultar sus sentimientos por Tomás, los cuales habían derivado de la cercanía y la amistad a algo más profundo e intenso. No sabía si era amor ni era partidaria de utilizar esa palabra, pero tampoco encontró otra que definiera lo que sentía por él.

—No tardes —dijo Elena cuando Juana ya se alejaba. En el fondo, Elena experimentaba curiosidad por la relación de ambos, deseosa de conocer ese aspecto de la vida tan desconocido para ella. No lo reconocía, pero una parte de ella deseaba ponerse en la piel de Juana, aunque fuera por un instante.

—Ese joven nunca se está quieto —comentó María por lo bajini, más como si fuera una reflexión para ella.

Los meses en la hacienda les había sido suficiente para conocer la rebeldía de Tomás, al que Ramón tenía que ordenar tareas constantemente para evitar que su libre albedrío causara problemas. Un claro ejemplo había sido cuando montó a Enrique a caballo. Pese a que todo terminó bien, la imprudencia del joven no estuvo lejos de ocasionar una escisión en la hacienda. Igualmente, Tomás se llevó una buena bronca por parte de su padre, que llegó a amenazarlo con enviarlo al frente si seguía comportándose de esa manera.

Sin esperar la respuesta, Elena fue en busca de su madre y de su hermano. Elvira leía tranquilamente mientras Enrique construía una improvisada cabaña junto a uno de los árboles del jardín. Tomás le había contado que era muy importante, ya que se suponía que iban a hacer una excursión a la montaña la próxima primavera y tenían que estar preparados por si necesitaban refugiarse.

—Él solo ha cortado las ramas —dijo Elvira nada más sentir la presencia de Elena—. Se toma muy en serio las palabras de Tomás.

—Ha entablado amistad con él y, la verdad, no le ha venido mal. Habla más.

—Yo también lo he notado —añadió Elena—. Precisamente, he visto a Tomás pasar varias veces frente a la casa. ¿Sabes si está esperando a Enrique?

—No creo. Tu hermano siempre lleva un reloj en el bolsillo. Me lo habría dicho.

Ante esa respuesta, Elena decidió ir en busca de Juana y Tomás. Atravesó la casa a buen paso, pero cuando salió por el otro lado, se sorprendió de no encontrar a nadie allí. A lo lejos se veían los destellos blanquecinos de las camisas de Rafael y Aurelio, pero no.

Confusa, pensó que la mejor opción sería acercarse a la casa de los Rodríguez para comprobar si Juana se encontraba allí. A un lado del sendero, Clara recogía matas de romero y las echaba en una pequeña cesta de mimbre mientras tarareaba una suave melodía.

—Ah, hola, señorita. ¿Necesita algo? —dijo la joven con una sonrisa radiante. Su personalidad dulce y la dicha que transmitía en todo momento era como un bálsamo que siempre era bien recibido por quienes la acompañaban. Incitaba a ver el mundo como un lugar más agradable y esperanzador.

—Tranquila. Solo estoy buscando a Juana. ¿La has visto?

Clara asintió y señaló hacia su casa.

—Acaba de pasar acompañada de Tomás. Iban a recoger algo. No estoy segura —respondió con su acostumbrada ambigüedad que tan poco gustaba a Elena. Esta frunció el ceño y continuó su camino hacia la casa de los Rodríguez.

Cuando llegó, se sorprendió al encontrarse a su padre sentado en una mesa con Ramón, donde conversaban con entusiasmo mientras compartían una botella de vino.

—¡Dichosos los ojos, Elenita! ¿Qué haces por aquí? —exclamó Eusebio en cuanto la vio. La joven lanzó una mirada a Ramón antes de contestar.

—Solo quería saber si Juana está por aquí.

Ramón asintió.

—Acaba de llegar con Tomás. Mi esposa está preparando pantrucas y se a llevar una olla.

Cuando Ramón apenas había terminado de hablar, Juana apareció en la sala con la mencionada olla.

—¡Qué sorpresa, señorita!

—Pensé que volverías después de hablar con Tomás.

—Le comenté a María que iría a por pantrucas. Por eso habías visto a Tomás frente a la casa. Sabe que me gustan mucho —explicó Juana.

Ramón se incorporó.

—Disculpe, Eusebio, voy a pedirle a mi hijo que no sea tan considerado. Su hermano necesita ayuda para instalar los caños.

Juana, azorada, salió de la casa de los Rodríguez y, casi sin advertirlo, Elena se quedó a solas con su padre. Se percató de la tristeza que oscurecía su rostro.

—¿Va todo bien?

Eusebio asintió a la par que su mirada lo negaba. Era la viva imagen de la contradicción.

—Puede que la cosecha no sea tan prolífica como esperábamos. El mes y poco que falta para la vendimia será crucial.

Elena vio algo anómalo en la preocupación de su padre. No llevaban ni un año en la finca, por lo que no tenía sentido que se mostrara tan abatido a las primeras de cambio y más después del entusiasmo con el que había llegado a La Tormenta.

—La próxima será mejor, padre —animó Elena. En ese instante creyó que lo que atormentaba a su padre era que quizás para la próxima cosecha ya habrían regresado a Santiago.

—Tenía puestas muchas esperanzas en esta, Elenita. Eso es todo. No estoy acostumbrado a que sea la naturaleza quien decida mi fortuna.

Eusebio todavía mantenía el secreto de su enfermedad y de las crecientes deudas. Debía conseguir cuanto antes ayuda o se vería obligado a desprenderse de algunas propiedades.

—Ahora que estamos aquí, podemos disponerlo todo para que la próxima cosecha sea mejor, padre. El tiempo juega a nuestro favor.

—Tu entereza me da ánimo, Elenita, aunque no quiero que te preocupes en exceso. Reveses que tenemos que encajar para seguir jugando. En realidad, se parece bastante a la vida, hija. —Se incorporó—. Te acompaño a casa. He de enviar varios mensajes.

Elena le ofreció el brazo a su padre y juntos tomaron el camino de vuelta.

—Ah, este lugar es magnífico.

—¿Puedo preguntarte por esos mensajes?

—Por supuesto. Hace tiempo que no sé nada de Wilhem Von Hartmann. Ya sabes que es el hombre idóneo para conocer las últimas noticias de Santiago. También quiero enviarle un telegrama a Matías Robles.

Elena sintió un escalofrío. Pensaba que Matías formaba parte del pasado, como un recuerdo que se desvanece. Sin embargo, su propio padre estaba dispuesto a que no fuera así.

—¿El gringo ese? Quería que compraras unas tierras en el norte. Seguramente se llevaría su parte —comentó Elena con claro desprecio.

—No, Elenita. Sé que hay gente que intenta aprovecharse de mí. No estoy tan ciego ni soy tan estúpido como para ignorarlo, pero te aseguro que el Matías no es de esos. Jamás me ha pedido un peso. A decir verdad, ahora que hablamos de él, no comprendo bien tu inquina.

Sin darse cuenta, Elena apretó el paso.

—¿Mi inquina? No me fío de él. No me gusta. Considero que no busca otra cosa que aprovecharse de usted, aunque lo niegue. Además, no pertenece a la buena gente; a nuestra clase.

—Los Rodríguez tampoco. Ni Horacio Méndez. Y no por ello te muestras tan hostil con ellos —dijo Eusebio con una leve sonrisa que desquició a Elena.

—¿Qué insinúas? —exclamó.

—Nada, Elenita. No hay motivo para alterarse. Solo estamos hablando.

Ambos pasaron junto a Clara, que seguían recogiendo romero. Como era de esperar, les dedicó una sonrisa.

—¿Quién se ha alterado? En cuanto a todos los que has mencionado, trabajan para ti, es una relación diferente. ¿Quién más nos queda? Ah, Vicente Ahumada. Por fin alguien que se asemeja a nosotros.

Eusebio asintió.

—Es un hombre especial. No hay muchos como él. Para mí es un aventurero moderno.

—La verdad es que es un hombre interesante. ¿Nunca estuvo casado?

—Siempre puso por delante sus propios intereses.

—Eso suena egoísta —dijo Elena.

—¿Egoísta? No, más bien todo lo contrario. Egoísta habría sido compartir su vida cuando no era lo que deseaba, lo que seguramente habría amargado la vida de ese hipotético matrimonio. En vez de eso, prefirió vivir acorde a sus ideas. No, Elenita, egoísta es un término erróneo para definir a Vicente Ahumada.



Tal y como le dijo, Eusebio fue directo a su despacho y se puso a redactar los mensajes. No había sido del todo sincero con su hija, pero consideraba que tampoco era necesario.

El primer mensaje tenía como destinatario a Matías. Pese a que se negó en repetidas ocasiones a adquirir los terrenos del norte, quería saber si todavía estaba abierta esa posibilidad. Por otro lado, el segundo mensaje iba dirigido a Horacio Méndez. Aunque todavía no había tomado la decisión de vender ninguna de sus propiedades, quería que Horacio estudiase esa posibilidad y estuviera preparado por si no quedaba otro remedio. El tercer mensaje iba dirigido a Wilhem Von Hartmann, pues quería que le informara de la situación de Santiago. Se fiaba del alemán para tales menesteres. En cuanto al último mensaje, ese no iba a escribirlo, sino que visitaría personalmente al remitente, el cual no era otro que Vicente Ahumada.

Así, después de almorzar, se dirigió a la residencia de Vicente. Estaba a punto de salir de la hacienda cuando este apareció caminando por el sendero.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó.

—¡Vicente! Precisamente iba a visitarlo.

—¡La casualidad, Valdés! ¿Quiere acompañarme? Necesito estirar un poco las piernas. No estoy acostumbrado a pasar tanto tiempo en casa.

Eusebio no puso inconveniente y ambos comenzaron a caminar a un ritmo mayor del que los dos esperaban.

—Está en forma, por lo que veo —comentó Vicente.

—Los paseos por la hacienda me han venido bien. Las primeras semanas sufrí molestias en las piernas y la espalda, pero ahora creo que mi cuerpo se ha habituado al ejercicio.

Vicente asintió.

—Es bueno moverse y sudar de vez en cuando.

Eusebio comprobó con cierta satisfacción que Vicente se encontraba de buen humor, lo que consideraba indispensable para comunicarle la delicada situación en la que se encontraba, así como solicitarle un pequeño préstamo para ganar algo de tiempo antes de verse obligado a vender sus propiedades.

—A decir verdad, Vicente, hace tiempo que quiero comentarle algo. Si lo he dilatado en el tiempo es porque nunca he encontrado el momento idóneo.

Vicente borró la sonrisa de sus labios y miró a Eusebio con gravedad. Carraspeó antes de contestar.

—Soy todo oídos, Eusebio.

Este le dedicó una sonrisa y supo que había llegado el momento que tanto había esperado.

—Hemos mantenido muchas conversaciones en los últimos meses, pero no le he sido del todo sincero en lo referente a la delicada situación en la que me encuentro. Esperaba que, al hacérselo saber, pudiera obtener consejo y apoyo de su parte.

Vicente asintió con vehemencia. Sus pasos los alejaban cada vez más de sus respectivas haciendas.

—Cuente con ello. Temo no haber sido lo suficientemente claro en cuanto al aprecio que siento por usted y por su familia. Considéreme un hermano, alguien a quien pedirle el alma si fuera necesario —dijo con solemnidad. Eusebio no podía sentirse más dichoso.

—Ni se imagina cuánto me tranquilizan sus palabras —comentó Eusebio antes de exponerle los problemas en los que se encontraba debido a los contratos firmados y la delicada situación del comercio en tiempos de guerra.

Había visualizado tantas veces esa conversación, que hasta el propio Eusebio se sorprendió de la claridad de sus términos, la coherencia de sus explicaciones y su tono enérgico pero relajado. Pocas veces en su vida se había sentido tan orgulloso de sus palabras. Vicente, por su parte, escuchó con atención, reafirmando la misma alzando en ocasiones la mano derecha y señalándose al oído como si quisiera guiar a las palabras de Eusebio para que no tomaran otro destino.

Una vez dio por finalizado su discurso, miró a Vicente para hacérselo saber. Este tenía un aire reflexivo. Seguramente necesitaría su tiempo para asimilar toda la información que acababa de escuchar.

—¿Qué puedo decirle? —contestó al cabo de unos segundos—. Por lo que me ha contado, la garantía que ofrece en sus acuerdos es muy atractiva para los comerciantes. Prácticamente se aseguran de correr riesgos con la mercancía.

—Así es. Resulta lucrativo mientras no vivamos tiempos convulsos como los de ahora.

—Un duro revés, sin duda. Dígame, Eusebio, ¿no hay posibilidad de poner fin a esos contratos? Sería el camino más rápido.

—Y más caro. Tendría que abonar importantes penalizaciones. En lo que a contratos se refiere, estoy atado de pies y manos. Tenía esperanzas en el viñedo, pero me temo que debo depositarlas en el próximo año.

Vicente hizo un mohín con los labios.

—Los Rodríguez han hecho un buen trabajo durante todos estos años, no me malinterprete. Pero quizás ha faltado ambición. ¿No me

comentó que deseaba ampliar el viñedo?

Eusebio asintió.

—En ello estamos. Pero hablamos de plazos de varios años antes de que consigamos las primeras arrobas de vino.

—Desde luego se trata de una inversión a largo plazo —comentó Vicente. Eusebio respiró hondo mientras sentía una presión creciente en el pecho; una sensación que experimentaba cada vez que recibía una carta de Horacio Méndez o pasaba mucho tiempo pensando en la manera de acabar con sus deudas. Era un dolor afilado, punzante, que incluso le impedía saciar su respiración.

—Si no me viera inmerso en problemas de liquidez de aquí a unos pocos meses, no me vería tan apurado, Vicente. Este es el punto focal de la conversación. Necesito su ayuda.

—Le escucho con toda mi atención. Hable claro y sin medias tintas. Es lo único que le pido.

Eusebio se armó de valor. No le resultaba nada sencillo.

—Me gustaría que me cediera una pequeña cantidad para ganar tiempo, Vicente. Estoy convencido de que la guerra no durará mucho y mi situación mejorará. Apenas se reanude el comercio, los contratos volverán a ser lucrativos y podré hacer frente a las deudas.

Vicente asintió mientras miraba al horizonte, lo que le complicó a Eusebio saber qué pasaba por su cabeza.

—Le entiendo perfectamente, amigo. Es más, es tanto mi aprecio por usted que quiero ir más allá. Desde mi regreso he valorado la opción de invertir en su viñedo. ¿Cómo lo ve? Sea sincero, se lo ruego. Su negativa no impedirá que le socorra en estos momentos tan amargos.

Eusebio esbozó una amplia sonrisa.

—¿Socios? Puede que sea la palabra más bonita que he escuchado hoy. ¿Cómo negarse a eso? Con sus contactos será el negocio perfecto. Exportaremos vino más allá de las fronteras de nuestro país.

Ambos se detuvieron y estrecharon sus manos.

—Delo por hecho, Eusebio. Considere, por tanto, mi cesión económica no como un mero préstamo, sino como una inversión.

Confío plenamente en usted para que gestione el dinero como crea conveniente. ¿Ha quedado claro? ¿Cuánto necesita?

Otro momento incómodo para Eusebio. Le avergonzaba tener memorizada la cantidad exacta que necesitaba. En su opinión, era una clara señal de desesperación.

—Alrededor de cinco mil pesos, Vicente. Sé que es una cantidad notable.

Su amigo asintió y volvió a centrar su atención en el horizonte.

—Ese es el precio de ser socios, ¿no es así?

Al verlo tan cerca, Eusebio se precipitó.

—Contará con el cuarenta por ciento de los beneficios del viñedo. Espero que lo considere una oferta justa.

Vicente, serio, asintió en silencio mientras hacía sus cálculos. Eusebio lo miraba fijamente, expectante y al mismo tiempo temeroso de su respuesta. Estaba dispuesto a aumentar el porcentaje si fuera necesario.

—Un placer hacer negocios con usted, socio —dijo Vicente ofreciéndole la mano.

—Es un hombre de honor, Vicente. Le juro que no se arrepentirá de este día.

—Oh, por supuesto que no, Eusebio.

CAPÍTULO 15

MARZO 1880

El otoño llegó silencioso, con días de calor que fueron templándose a finales de marzo y cielos cada vez más grises que, sin embargo, no llegaban a descargar la lluvia con la que amenazaban. Había llegado el momento de la vendimia.

El día comenzaba más temprano de lo normal en la hacienda, con una rutina marcada y de la que todos formaban parte. Con los primeros rayos de sol, Ramón enganchaba el carro y avanzaba lentamente hacia la hilera del viñedo donde descansaban las primeras cestas de mimbres repletas de uvas maduras. Habían contratado a una treintena de mozos, entre jóvenes, mujeres y niños, para que la recogida de la uva se hiciese en el menor tiempo posible.

A lo lejos, por la entrada principal de la hacienda, llegaban más trabajadores, mientras que los que no habían sido contratados se quedaban allí con la esperanza de que los necesitaran para alguna tarea. Ramón confiaba en que no fuera necesario, pero ya le había comentado a Eusebio que, si al mediodía quedaban todavía demasiadas uvas por cosechar, contrataría a otro grupo.

Apenas llegó el carro que dirigía Rafael, los mozos comenzaron a volcar las cestas de uvas sobre él. Entre el ruido de las uvas al caer, los pasos sobre la tierra y las conversaciones de los mozos, Ramón

creyó oír una de las tonadas de su hija Clara. Se giró hacia el otro lado y, en efecto, la vio. Cargaba una jarra de café humeante y varios vasos. Algunos mozos se acercaron de inmediato.

—Beban rápido. Queda mucho por hacer y poco tiempo —exclamó Ramón.

—Dales un respiro. Es temprano —dijo Clara con una sonrisa que su padre no pudo vencer. Su hija era la luz que iluminaba la hacienda y su punto débil. No recordaba ni una sola ocasión en la que se hubiera enfadado con ella. Afortunadamente, pensó Ramón, su inocencia no le permitía ser consciente del influjo que tenía sobre él.

—¿Sabes si María y Juana están ya con tu madre?

Clara asintió.

—Van a preparar sopaipillas.

A Ramón le rugió el estómago. Tenía hambre. Los días de vendimia no solía probar bocado hasta que comprobaba que el ritmo de trabajo era el adecuado. Para su sorpresa, Eusebio le había pedido que ajustara los gastos lo máximo posible.

Aun así, era temprano y el ritmo de trabajo era bueno, por lo que quizás su hija tuviese razón. Confiaba en que los carpinteros hubieran finalizado su tarea en el lagar para entonces. De ser así, tras el almuerzo, las mujeres se marcharían al lagar para pisar la uva y llenar las primeras cubas con el mosto. El problema era que, tras el almuerzo, los mozos se tornaban perezosos a causa del cansancio y lo cerca que veían ya el final de la jornada.

—Buenos días, Ramón —gritó Eusebio desde la distancia. Se acercaba con premura y una enorme sonrisa en el rostro.

Ramón ignoraba el motivo de su buen humor, ya que le había asegurado que la cosecha no sería buena y no obtendrían todo el vino que esperaba. No obstante, Eusebio le restaba importancia a la noticia, esperanzándose en el próximo año. Claro está, Ramón desconocía el acuerdo que Eusebio había alcanzado con Vicente y que, gracias al dinero que este le había prestado —o invertido—, Eusebio pudo liquidar parte de las deudas derivadas de sus contratos comerciales. Hasta el mismo Horacio se sorprendió cuando Eusebio le comunicó el envío de cinco mil pesos.

—Un gesto verlo tan temprano, señor —contestó Ramón mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

—No voy a esconderle mi entusiasmo, Ramón. Estoy deseando probar este vino. ¿Cuándo calcula usted que podrá ser?

Ramón movió la cabeza de un lado a otro.

—El calor afecta a la fermentación. Estamos a finales de marzo, así que yo diría que para mayo podríamos tener los primeros barriles. Por estos días suele pasarse un comerciante de Chacabuco que acostumbra a llevarse más de la mitad de la producción.

—¿Lo compra a buen precio?

—No podemos quejarnos, señor. Es un negociador implacable, pero su oferta suele oscilar entre los veinte y veintidós reales por arroba. Depende de cómo le pille el día a ese ávaro.

El señor Valdés continuó haciendo sus cálculos, descifrando las ganancias, procurando no olvidarse de ningún gasto y teniendo en cuenta que el cuarenta por ciento de lo conseguido iba a parar a manos de Vicente Ahumada. Precisamente, este llegó a la hacienda a media mañana. Haciendo gala de su hilaridad, se interesaba por el viñedo y por la obtención de ese cuarenta por ciento.

—Obtendremos el dinero en las próximas semanas, Vicente.

—Últimamente solo me da buenas noticias. No obstante, confío plenamente en su palabra, así que esté tranquilo —respondió poniéndole la mano en el hombro con camaradería—. Dígame, ¿ha recibido noticias de su hijo? Ah, si mi hijo estuviera combatiendo en la guerra, me sería imposible conciliar el sueño. ¡Los nervios no me dejarían probar bocado ni dormir siquiera! Pero usted hace gala de un aplomo que resulta envidiable.

—Nada más lejos de la realidad. No hay momento en que no tenga a Esteban en mi pensamiento. Pero cumple con su deber y mi familia hace lo mismo. Está bajo el mando de Cristóbal de los Arcos, excelente militar.

Vicente asintió a la par que arqueaba las cejas.

—¿Cristóbal de los Arcos? Es un nombre que quiere sonarme. ¿Sabe si alguna vez he coincidido con ese caballero? Comprenda que en mi estilo de vida errante he tratado con tantas personas que se me hace difícil recordarlas a todas.

En ese momento, mientras ambos se acercaban a la casa, Elena cruzó el porche acompañada de Enrique. Los rayos de sol tiñeron sus ojos con un brillo especial, que relucía como si tuvieran luz propia. Su melena suavemente mecida por el viento le daba un aspecto imponente.

Permítame decirle que no hay palabras para describir la belleza de su hija.

—¿Qué puedo decirle como padre? El tiempo pasa deprisa. Elena se ha convertido en una mujer y sé que dentro de poco me tocará entregarla a su futuro marido.

Vicente se llevó las manos al pecho.

—Otro sentimiento paternal que me provocaría angustia. Hay hombres buenos que hacen felices a sus esposas, pero también hay desalmados, Eusebio.

—¿No entra en sus planes formar una familia?

—¿Mis planes? No le miento cuando le digo que la guerra me ha hecho replantearme muchas cosas. El espejo no miente y, aunque me vea joven, sé que a ojos de otros no lo soy tanto. Por cierto, ¿ha escuchado rumores acerca de mí? No tenga reparo en ser sincero. No lo juzgaré por sus palabras.

Eusebio tragó saliva e hizo un gesto ambiguo. En algunas tertulias había salido el tema de la soltería de Vicente, así como sus perseverantes y exagerados que él mismo se otorgaba.

—No soy partidario de las habladurías, Vicente.

—Eso no impide haberlas escuchado. El agua moja y el fuego quema, pese a que no lo veamos con buenos ojos.

Eusebio se sintió incómodo. Lo cierto era que nunca les había dado valor a esos rumores. No lo consideraba de su incumbencia.

—¿Han llegado a sus oídos? —preguntó con cautela.

—Oh, desde el primer día y veo que a usted también.

Eusebio se detuvo en seco.

—Créame cuando le digo que no comparto nada de eso. Es más, siempre me he retirado para no ser partícipe de una conversación tan vil.

—Descuide, Eusebio. Nuestra amistad no está en entredicho.

Poco a poco habían llegado hasta el umbral de la puerta. Elena, al verlos, se dirigió hacia ellos.

—Madre lo estaba buscando —dijo Elena con cierta urgencia.

—¿Qué sucede?

—Han llegado varias cartas —respondió con cierto desdén que Eusebio solo pudo relacionar con Matías Robles.



En su despacho, acompañado de Vicente y Elena, cuya expresión hacía saber que su presencia allí no era negociable, Eusebio abrió la que procedía del norte. Como cabía esperar, había sido escrita por Matías Robles.

Elena tuvo serias dificultades para controlarse mientras elucubraba acerca del contenido de esa carta.

—Este muchacho va a convertirse en alguien importante —concluyó dejando la carta sobre la mesa. Los ojos de Elena estaban fijos sobre su padre.

—¿Por qué?

Vicente optó por no intervenir.

—Matías nos informa de que la superioridad de las tropas chilenas es apabullante. Hemos ocupado la provincia peruana de Tarapacá y Arica. En cuanto a los bolivianos, se han replegado ante las continuas derrotas infligidas por nuestras tropas.

—¡Qué gran noticia! —exclamó Vicente—. Los bolivianos se lamentarán de haber roto el tratado. ¡Por Dios que sí!

—También augura una pronta reanudación del comercio y de la explotación de las minas de salitre. Afirma que el precio se ha incrementado en los últimos meses y que se prevén ganancias exponenciales. Muchos desean adquirir tierras en el norte y los precios no paran de subir —dijo Eusebio—. Es la situación soñada para el gringo. Él mismo me ofreció tierras para que invirtiera. Estoy seguro de que él no habrá dejado escapar la oportunidad.

Pese a que se alegraba por Matías, en el fondo Eusebio se sentía decepcionado por no haber seguido su consejo. Con probabilidad,

sus problemas serían ínfimos de haber invertido. Precisamente, la segunda carta era de Horacio Méndez, el cual le había convencido de que no siguiera adelante con la propuesta de Matías.

—Me alegro por él —contestó Elena con frialdad. Estaba dispuesta a marcharse tras comprobar que el gringo no quería nada de su padre cuando el rostro pálido de este le llamó la atención. Hacía apenas unos segundos que había comenzado a leer la misiva de Horacio. La hoja temblaba en sus manos.

—¿Padre?

Eusebio se apoyó con una mano en la mesa mientras con la otra sujetaba la carta a duras penas. Su respiración se volvió agitada.

—¿Eusebio? —exclamó Vicente.

—Me falta el aire —respondió con un hilo de voz. Ante esto, Vicente reaccionó con rapidez y salió del despacho.

—Voy a pedir ayuda. ¡Elvira! ¡Su marido!

Eusebio soltó la carta y se apoyó con ambas manos en la mesa, luchando por no desmoronarse mientras Elena, histérica, luchaba por mantenerlo en pie.

—¡Eusebio! —exclamó Elvira en cuanto entró en el despacho.

—¡Abre la ventana! —gritó Elena.

Enrique, que había acudido alarmado por los gritos, fue quien la abrió ante la impresión de su madre, a la que se veía incapaz de reaccionar. Juana y María también llegaron.

—El pecho… —dijo Eusebio. Las piernas le fallaron y su hija fue incapaz de sujetarlo.

Los gritos y la desesperación se extendieron por la casa de los Valdés. Fue Vicente quien dio la voz de alarma a los Rodríguez. Mercedes, entre lágrimas, acudió a toda prisa a la casa mientras Ramón llamaba a voces a su hijo Tomás.

—¡Ve en busca del doctor! ¡Aprisa! ¡El patrón está mal! —ordenó Ramón.

Los mozos que trabajaban en el viñedo cesaron su labor y ofrecieron su ayuda. Sin embargo, a los pocos segundos, Tomás cruzó la finca al galope a lomos de Moro. Inclinado hacia delante, sujeto a su crin, pues no le había dado tiempo a ensillarlo, apenas tardó en desaparecer de la vista de todos.

Mientras tanto, el panorama en el despacho era desolador. Eusebio había perdido el conocimiento y la desesperación crecía a cada segundo. Elena y María trataban de reanimarlo mientras Juana luchaba con Enrique para que no fuera testigo del fatal desenlace.

Aurelio llegó con un balde de agua y la vertió en el rostro de Eusebio, que abrió los ojos y miró a su alrededor antes de musitar unas palabras que ninguno llegó a comprender.

—¡Traigan paños fríos! —gritó Ramón. Mercedes, llorando, se limitaba a rezar en una esquina del despacho—. Tomás ha ido en busca del doctor. No tardará.

Apenas terminó sus palabras, Elvira, sintiéndose mareada, fue a buscar asiento justo antes de desmayarse. Mercedes tiró el rosario y fue enseguida a socorrerla mientras los gritos iban en aumento. Elena miró con horror hacia su madre, pero, de alguna manera, sabía que la situación de su padre era mucho más delicada.

El paso de los minutos sin tener noticias de Tomás hizo que Ramón enviara a Rafael también en busca del doctor.

—Mandaré también a mis criados —dijo Vicente mientras Aurelio partió también en busca de ayuda. No obstante, el reloj seguía corriendo y Eusebio seguía sin mostrar una mejoría clara. Sudaba constantemente y su respiración era agitada y dificultosa. En ocasiones movía sus labios como si le faltaran las fuerzas para hablar.

—Aguante, patrón. Pronto se recuperará —decía María mientras las lágrimas desfilaban por sus mejillas. Habían transcurrido varias horas desde el achaque y desde que los hijos de Ramón partieran a la búsqueda del doctor. Pero pese a todo, Eusebio permanecía con vida. Elvira se había recuperado y se había sentado junto a su marido. Constantemente le secaba el sudor de la frente y le acariciaba el rostro.

Por su parte, Elena no cesaba en un paseo nervioso que la llevaba desde el despacho hasta más allá de la puerta de la casa, donde oteaba el horizonte antes de regresar sobre sus pasos.

Al fin, cuando ya caía la tarde, el sonido de un galope lejano le hizo detenerse junto a la puerta. El tamborileo sonaba cada vez más.

—Es Tomás —musitó. Solo él se atrevía a cabalgar como si le persiguiera el mismo demonio. Al cabo de unos segundos confirmó su parecer. Tomás apareció por el camino, cabalgando veloz, acompañado de un hombre en la grupa que se aferraba al joven como si le fuera la vida en ello. Elena supuso que debía tratarse del doctor.

Dispuesto a no perder ni un solo segundo, Tomás se dirigió a la puerta de la casa y tiró con fuerza de la crin de Moro, haciendo que el animal se detuviera, no sin antes arrastrar sus pezuñas por el suelo. Tras eso, seguramente por el esfuerzo, relinchó y se sacudió el espumoso sudor blanco que lo cubría.

—Vamos —dijo Tomás mientras tendía una mano al doctor para que se bajara. Elena se acercó a él y lo sujetó hasta que el hombre, que rozaba la senectud, consiguió bajarse a duras penas. Estaba pálido y observaba a Tomás con el rostro desencajado.

—¡Joven del demonio! De nada te habría servido muerto —protestó el doctor mientras se recomponía.

—Es un asunto de vida o muerte, doctor Riquelme. No pierda más tiempo, se lo ruego.

El anciano se sacudió la chaqueta y se giró hacia Elena. El doctor Anselmo Riquelme era un hombre entrado en años, ligeramente encorvado hacia delante y con las manos temblorosas.

—Mi padre se ha desvanecido —informó Elena señalando a la casa.

—Lléveme ante él, señorita —pidió el doctor antes de girarse hacia Tomás, que también se había bajado del caballo—. La temeridad en persona. Tomás Rodríguez, quién si no.

Dicho eso, se dirigieron a toda prisa hacia el despacho. Al médico no le hizo falta decir nada para que el resto se apartara y le dejara hacer. La mesura de sus gestos desprendía experiencia y calma de algún modo, como si tuviera la situación bajo control. Palpó durante unos segundos el pulso de Eusebio antes de sacar de su maletín un estetoscopio y posarlo sobre su pecho. Esos segundos fueron eternos para los demás.

—¿Pueden explicarme qué le ha pasado? —indago el doctor mientras continuaba su exploración.

—Estaba bien, normal. De repente palideció y comenzó a respirar con dificultad. Fue en cuestión de segundos. Después perdió el conocimiento y…

Fue todo lo que pudo decir Elvira antes de romper a llorar. Elena la consoló y durante los siguientes diez minutos los ojos de todos recayeron sobre Anselmo.

—¿Cuál es su diagnóstico, doctor? —preguntó Vicente. Anselmo no se inmutó.

—No puedo hablar de certezas, pero diría que este hombre ha sufrido un ataque al corazón. Afortunadamente, está sano y lo ha soportado —dijo el doctor mientras abría los párpados de Eusebio y estudiaba sus ojos con atención—. Ahora ayúdenme a subirlo a la butaca.

De inmediato, Rafael y Tomás acudieron a la ayuda del doctor.

—Con cuidado —insistió—. Ahora necesito paños fríos. Quítenle los calcetines y toda la ropa que pueda oprimir su circulación. ¡Rápido!

Clara y Mercedes se miraron confusas ante las indicaciones del doctor. En cambio, Rafael y Tomás obedecieron.

—Salgan de la habitación si lo consideran apropiado. No tenemos tiempo para sutilezas —dijo Anselmo mientras sacaba pequeños tarros de cristal del maletín.

—¿Mi marido se va a poner bien? —preguntó Elvira.

—Eso parece, señora.

Anselmo volcó uno de los tarros sobre una diminuta cuchara y la introdujo dentro de la boca de Eusebio, cuyo gesto daba a entender que había saboreado ese mejunje.

—¿Dónde estoy? —preguntó con un hilo de voz. Estaba confuso al ver tan cerca de sí a un hombre que desconocía mientras alguien tiraba de sus zapatos. Sin embargo, su debilidad era tal que apenas podía moverse.

—En su despacho, supongo. Soy el doctor Anselmo Riquelme. Ha sufrido un ataque al corazón. Ese sabor amargo que ha sentido hace unos segundos es fruto de la digitalina; fortalecerá su corazón.

Poco a poco, Eusebio fue recuperando las energías. Lo primero que hizo al percatarse de la preocupación con la que le observaba su

familia fue dedicarles una sonrisa.

—Estoy bien —susurró—. Habrá sido una indigestión.

El doctor, que volvía a auscultarlo, movió la cabeza de un lado a otro.

—No hable si no es estrictamente necesario, ¿de acuerdo? Pese a que se esté recuperando, eso no significa que esté fuera de peligro. Desde este momento y a lo largo de varias semanas debe guardar reposo absoluto, en cama.

—La vendimia…

—¿No me ha escuchado? —le interrumpió Anselmo de manera brusca—. Si no mantiene reposo, la próxima vez habrán de avisar al sacerdote.

Esas palabras impactaron a Eusebio, que nunca hasta ese momento había sentido la amenaza de la muerte tan cerca. Ramón intervino para tranquilizarle.

—Su salud es lo más importante, patrón. Mis hijos y yo nos haremos cargo de la vendimia.

Elena dio un paso hacia delante.

—Yo también velaré por tus intereses, padre. Seré tus ojos —dijo la joven.

Anselmo sonrió.

—Mire qué rápido se ha dispuesto todo. ¿Su alcoba está preparada? Quiero que le tumben de inmediato —apremió el doctor.

Sin que nadie le dijera nada, María salió del despacho directa a disponerlo todo. Eusebio hizo un amago de levantarse, pero el doctor se lo impidió poniéndole la mano sobre el hombro.

—De eso nada, señor Valdés. Estos muchachos lo llevarán.

—No soy ningún impedido —protestó.

El doctor le dedicó una sonrisa irónica.

—Vaya por su propio pie y le aseguro que no llegará al quinto peldaño. Usted elige.

El tono y las palabras empleadas por el doctor eran cuanto menos sorprendentes, pero ni siquiera a Elena le importaba con tal de que su padre se recuperara. Fue ahí, mientras Tomás y Rafael se preparaban para coger a peso a Eusebio para llevarlo hasta su habitación, cuando Elena, ligeramente más calmada, reparó en cómo

habían transcurrido los acontecimientos. Si no recordaba mal, su padre se encontraba bien hasta que comenzó a leer la segunda carta, la cual se encontraba en el suelo.

Aprovechando que todos se marcharon tras Eusebio, Elena se quedó a solas en el despacho y fue directa a por la carta. El corazón le latía tan deprisa que por un instante temió que fuera a correr la misma suerte que su padre. Cogió el papel y se calmó un poco al ver que pertenecía a Horacio Méndez. No obstante, a medida que leía la carta, comprendía el ataque sufrido por su padre.

CAPÍTULO 16

Las advertencias del médico fueron suficientes para que Eusebio se tomara muy en serio el reposo. Ayudó también la permanente vigilancia tanto de su esposa como de Juana y María, la cual no permitía que hiciera el más mínimo esfuerzo. Además, Elena prometió informarle cada tarde de los avances en la vendimia y del desarrollo de esta, labor que Eusebio exigía igualmente de Ramón para comprobar si lo dicho por su hija coincidía con él. Afortunadamente, Elena actuó de manera inteligente y se limitó a observar cómo se llevaba a cabo la vendimia sin intervenir directamente ni sugerir que las cosas se hicieran de forma distinta a la que ya se hacían. Pese a que había aprendido mucho acerca del viñedo en los últimos meses, aceptaba de buena gana que los Rodríguez contaban con la experiencia a las espaldas. Ello promovió que la relación, más cercana debido a las circunstancias, entre Ramón y Elena se desarrollara con sintonía. Además, Elena se apoyó mucho en Juana, pidiéndole que la acompañara en todo momento en su labor durante el viñedo o que le preguntara a Tomás —aprovechándose de la relación que mantenían— para resolver sus dudas.

—Esto es lo que necesitamos para almacenar el mosto —dijo Ramón ofreciéndole una hoja con anotaciones a Elena. La estudió con atención.

—¿Mas tinajas de greda? No son especialmente baratas —protestó la joven. Acto seguido, Juana se puso a su altura y echó un vistazo a la lista—. ¿Qué pasa con los toneles? Deberían haber llegado ya.

A Ramón le resultaba curioso que estuviera discutiendo aquellos pormenores con Elena, pero igualmente sabía reconocer en ella dotes de mando y astucia. La joven no se achantaba y se esforzaba por comprender las cosas.

—Los maestros trabajan a destajo, señorita. No deberían retrasarse mucho más.

Elena frunció el ceño. El mosto necesitaba meterse en las barricas cuanto antes. De no ser así, corrían el riesgo de perder parte de la producción.

—El pago se retrasará igualmente.

—¿Se refiere al pago a los maestros? —dijo Ramón. La gran mayoría de ellos dependían de ese pago que había mencionado Elena para subsistir las próximas semanas. La joven asintió con dureza.

—Si ellos se retrasan, nosotros también.

Ramón decidió no llevarle la contraria.

—¿Me necesita para algo más, señorita?

—Por ahora no. Gracias, Ramón.

Este agachó ligeramente el rostro y se alejó cabizbajo. Pese a su predisposición para colaborar con Elena, todavía no había encontrado la manera de influir en la joven.

—¿De verdad piensa no pagar a los maestros? —preguntó Juana en cuanto se quedaron a solas.

—Si no se apuran, retrasaré ese momento todo lo que pueda —dijo Elena mientras repasaba el viñedo con la mirada—. De esa manera me aseguraré de que la próxima vez cumplan con lo acordado.

Juana prefirió también guardar silencio. La actitud de Elena, de por sí ya áspera, se había agriado después del achaque sufrido por su padre y de conocer el motivo último de este. Todavía recordaba su rostro compungiéndose a medida que Horacio Méndez relataba con amargura cómo uno de los buques que transportaba mercancías

rumbo a Valparaíso había sido atacado por tropas peruanas. Si bien no consiguieron hundirlo en el acto, el buque acabaría naufragando horas después, perdiéndose toda la mercancía que transportaba. Gran parte de ella estaba protegida por su padre y, por tanto, él debía hacer frente al desastre y abonar tanto el valor íntegro de la mercancía como unas comisiones por la pérdida. La cifra a la que tenían que hacer frente era millonaria y Horacio, en un gesto compasivo, le pedía a Eusebio su consentimiento para vender algunas de las propiedades con tal de superar el bache. Sin embargo, Elena no sabía si su padre había leído la carta entera o si, por el contrario, se había quedado en las primeras líneas.

Un fuerte sentimiento de rabia y frustración la asoló. La carta era un golpe de realidad que no se esperaba y que le hizo pensar en las continuas advertencias de su padre. Pero lo más desconcertante era que solo su padre y ella habían leído la carta, así es que nadie más que ella podía resolver ese asunto, por lo que Elena le escribió a Horacio para informarle de la delicada salud de su padre al mismo tiempo que le pedía que ganase tiempo para poder afrontar la situación una vez Eusebio estuviese recuperado.

Pero estas preocupaciones oscurecían su alma. Vicente se preocupó mucho por su amigo, pasando largos ratos con él, tanto por la mañana como por la tarde. Solía quedarse a almorzar y alguna que otra vez a cenar. Aunque a Elena le había caído en gracia en un primer momento, a medida que trataba más con él lo consideraba un hombre que hablaba demasiado y escuchaba más bien poco. Siempre acababa arrastrando la conversación hacia sus intereses, dando paso a un monólogo que no tenía fin hasta que alguien le interrumpiera. Sin embargo, no tenía otra persona a la que mostrarle la carta de Horacio y pedirle consejo.

—Las cantidades que tu padre está obligado a pagar son escandalosas —expuso Vicente mientras miraba la carta con los ojos muy abiertos. Mientras lo hacía, se acariciaba el fino bigote y daba golpecitos en el suelo con el pie.

—No sé nada de eso. Tan solo lo que dice en la carta. Esas cifras… es mucho dinero —dijo Elena. Juana se encontraba en el despacho de Eusebio con ellos, como la figurante de una obra de

teatro cuyo papel es la mera presencia. Elena se percató del gesto de incomodidad de Vicente y lo tranquilizó—: Sé qué es lo que preocupa, Vicente. Sin embargo, le aseguro que Juana es de máxima confianza.

La joven le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Ya lo veo —dijo Vicente con una sonrisa—. Volviendo al asunto que nos ocupa, señorita, ¿ha valorado alguna opción?

—Por el momento, lo único que me importa es la salud de mi padre.

—¿No ha preguntado al respecto? —insistió Vicente.

—Todavía no. Es posible que su achaque le hiciera olvidar los momentos previos. He de preguntarle al doctor Riquelme, ya que, de ser así, darle la noticia podría empeorar su salud.

—Estoy con usted, señorita. En cuanto al viñedo, ¿su padre le comentó la inversión que realicé?

Elena asintió. Juana permanecía como una estatua.

—Ramón me ha dado todos los detalles —contestó.

—Supongo que no habrá ningún inconveniente, ¿verdad? Espero una pronta recuperación por parte de Eusebio, rezo mañana y tarde por ello, pero tampoco se puede perder la vista de la realidad. Hay que valorar todas las posibilidades, Elena. ¿Sabe a lo que me refiero?

Juana se giró levemente hacia Elena, compartiendo una mirada que no duró más de un segundo.

—Soy consciente, don Vicente. De complicarse la situación, nos pondríamos en contacto con Cristóbal de los Arcos para solicitar el inmediato regreso de mi hermano Esteban.

Vicente no perdía la sonrisa, pero en su interior bullía cierto desconcierto ante la madurez y el peculiar dúo que tenía ante sus ojos. Dos jóvenes, a las que todavía no podía considerar del todo mujeres, llevaban las riendas de La Tormenta.



El doctor Riquelme estaba sentado en el borde de la cama de Eusebio. Con suma paciencia y en un silencio absoluto le auscultaba el pecho. Elvira, inquieta, estrujaba sus manos y las cambiaba de postura continuamente. Habían pasado varias semanas desde que un ataque al corazón estuvo a punto de acabar con la vida de su esposo.

—La digitalina le ha hecho bien —dijo el doctor—. Usted no hable. No hasta que yo termine.

Eusebio asintió.

—Cada vez que vengo siempre le pregunto lo mismo. No lo considera despiste, sino más bien preocupación por la salud de su marido. ¿Ha guardado reposo? —preguntó el facultativo. Elvira se adelantó hasta situarse a los pies de la cama.

—Por supuesto. Yo misma me he asegurado de que no saliera de esta habitación y de que se levantara de la cama lo menos posible.

El doctor le hizo un gesto a Eusebio para que volviera a abrocharse la camisa. Había terminado su reconocimiento.

—La mejoría es evidente, señor Valdés.

—¿Eso significa que puedo recuperar mi vida? —preguntó con la emoción desbordada. No obstante, el doctor lo refrenó alzando sus manos.

—Con cautela. El reposo le ha sentado bien, aunque ya es hora de que se mueva para recuperar el vigor perdido. No más de tranquilos paseos de cinco o diez minutos, pero a partir de mañana. En cuanto a sus ocupaciones, tómese al menos un mes antes de retomarlas. En bastantes ocasiones son nuestras preocupaciones las que merman nuestra salud —explicó el doctor mientras recogía sus utensilios.

—Descuide, doctor —dijo Elvira—. Eusebio cumplirá con sus indicaciones a rajatabla.

Tras esto, Anselmo se acercó a Elvira lo suficiente como para que Eusebio no pudiera oír sus palabras.

—Quiero hablar con usted fuera —pidió el doctor con la frialdad profesional de la que hacía gala constantemente. Elvira comprendió que se trataría de algún asunto relacionado con la salud de su marido. Eusebio llegó a la misma conclusión tras observarlos, por lo

que decidió no poner trabas y quedarse en la habitación al menos hasta que se marchara el médico.

Una vez que ya habían bajado las escaleras, el doctor miró hacia ellas como si quisiera asegurarse de que Eusebio no los había seguido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elvira.

—Me temo que los problemas de salud de su esposo están motivados por causas externas; preocupaciones, para que nos entendamos. Tengo entendido que antes de sufrir el ataque estaba leyendo unas cartas.

Elvira frunció el ceño. Desconocía ese detalle, pero aun así asintió para que el doctor continuara hablando.

—Son días complicados en los que abundan las malas noticias. Ayer mismo tuve que atender a una señora que ha perdido a sus dos hijos en la guerra. Era tal su dolor que llevaba sin comer ni beber nada desde que recibió tan aciaga noticia. Mientras la trataba, me pregunté si cumplir con mi obligación era condenar a esa desgraciada al sufrimiento —explicó cuya mirada levitó durante unos segundos antes de volver a posarse sobre Elvira—. Procure mantener a su marido alejado de las malas noticias. Al menos hasta que se recupere. Unos cuantos meses a lo sumo. ¿Ha mencionado esa última carta?

Elvira movió la cabeza de un lado a otro. El doctor hizo un gesto de vivo interés.

—Puede que lo haya olvidado, aunque no vamos el correr el riesgo de preguntarle, ¿entendido?

Minutos después, cuando el doctor partía sentado en el carro junto con Tomás, Elvira se quedó quieta, observándolo como si sus palabras fueran la más terrorífica de las premoniciones. Enseguida fue en busca de su hija para interesarse por el contenido de esa carta que el doctor había mencionado. Elena se encontraba con Ramón.

—La tengo guardada si la desea, madre. Era del gringo —mintió Elena. Pocos sabían la existencia de la carta de Horacio y así iba a continuar—. Está haciendo fortuna en el norte.

Elvira ni siquiera se planteó que Elena le estuviese engañando y no insistió más. Dedujo entonces que el ataque de su marido era fruto del arduo trabajo del viñedo, de ir constantemente de un lado a otro con un millón de cosas en la cabeza. Después de todo, no estaba acostumbrado a ello. Aun así, tenía claro que nada podía alterar la vida de su marido.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Eusebio ya se encontraba dando pequeños paseos alrededor de la casa. Siempre iba acompañado por alguien que, controlando el tiempo, reloj en mano, le instaba a descansar cada diez minutos. Ramón, y Vicente, todos acudían a diario a pasar un rato con Eusebio, pasándose el reloj de uno a otro e informando de qué distancia había caminado previamente.

—Tiene buen aspecto, Valdés. Mejor que yo —decía Vicente en uno de esos paseos alrededor de la casa. En su mano derecha sujetaba el reloj de bolsillo, observándolo en cortos intervalos de tiempo e informando a Eusebio del tiempo que restaba antes de que tuvieran que descansar—. Cinco minutos, por cierto.

—Pronto empeorará si no puedo hacer nada. ¿Acaso soy un anciano? —protestó.

—Dele tiempo al tiempo, Valdés —señaló Vicente—. Ramón es un buen hombre y Elena una gran gestora, he de reconocerlo. Dirige la hacienda con mano de hierro.

Eusebio sonrió a medias. Se acordó de su hijo Esteban. Prefería que él fuera el recibidor de tales halagos.

—No puedo estar más orgulloso de mis hijos.

—¡Cuatro minutos! Por supuesto, su hijo está demostrando en el campo de batalla la buena sangre que corre por sus venas —dijo Vicente, que pareció leer los pensamientos de Eusebio, que sonrió en plenitud.

—¿Puedo preguntarle cómo marchan las cosas por el viñedo? Dudo de que me estén contando toda la verdad.

—Eso podemos solucionarlo rápidamente. Cuénteme qué le han dicho primero. ¿Cómo si no podré corroborar la exactitud de su información?

A Eusebio le irritaba en ocasiones la manera enrevesada de hablar de Vicente. Consideraba innecesaria tanta palabrería para acabar diciendo algo tan simple.

—Básicamente todo se reduce a la palabra bien. Elena me dice que el mosto ha dado un buen vino, que gran parte se ha vendido y que todo marcha correctamente. Por su parte, el mensaje de Ramón es idéntico. Ese comerciante de Chacabuco ha adquirido gran parte del vino y ya se han cubierto gastos.

—¡Tres minutos! —interrumpió Vicente con voz cantarina—. Será mejor que vayamos buscando una buena sombra donde descansar, Valdés.

Eusebio continuó como si nada.

—He vivido lo suficiente como para saber que rara vez todo transcurre bien, sin ningún contratiempo que eche por la borda los planes.

—¿Contratiempos? Claro que los ha habido, pero nada preocupante. Su hija y Ramón se entienden. Saben trabajar juntos. Esto último no se lo dice un amigo que lo estima con sincero afecto, sino como inversor del viñedo. En ese sentido, estoy tranquilo.

Eusebio suspiró. A lo lejos vio una carreta cargada de barriles avanzar lentamente hacia la salida de la hacienda. Tomás, montado a caballo, avanzaba al mismo ritmo.

También observando al mediano de los Rodríguez se encontraba Elena, pero al otro lado del camino, en la misma puerta del almacén donde descansaban los barriles antes de partir. Ramón y su hijo Rafael recorrían las largas hileras. Algunos, como era normal, presentaban fugas, y encharcaban el suelo con líquido oscuro y agrio del que emanaba un fuerte olor. Juana, no muy lejos de allí, miraba a Tomás con una leve sonrisa en sus labios.

—Cien por este lado, padre —dijo Rafael. Ramón asintió y se giró hacia Elena.

—Unos trescientos barriles, señorita —indicó sin saber si esa cifra le parecería correcta. Elena, quizás por el hecho de ser mujer, le ocultaba su parecer con suma facilidad. Ramón ni siquiera sabía qué se escondía tras una sonrisa de la joven.

—He hecho los cálculos —informó Elena mientras observaba los barriles que hacían rodar hacia el carro—. Obtendremos beneficios, pero gran parte de ellos habrá que invertirlos en la cosecha del año que viene. ¿Me equivoco, Ramón?

—También tenemos la opción de pedir un préstamo y devolverlo con la venta del vino. Alguna vez lo hemos hecho, señorita.

Elena sonrió, aunque resultaba evidente que nada de eso le era divertido.

—Esperemos que mi padre se haya recuperado para entonces.

Semanas después, Eusebio seguía recuperándose, llegó una misiva que desplazó el foco de atención. La carta en cuestión pertenecía a Esteban, quien relataba el discurrir positivo en la guerra, así como sus previsiones de que el conflicto acabaría pronto. Elvira, con las manos temblorosas, fue la primera en leer la carta a escondidas de su marido, dispuesta a aceptar a solas el golpe de la tragedia con tal de salvaguardar la salud de Eusebio. Las lágrimas desfilaron por su rostro cuando leyó con sus propios ojos que su hijo se encontraba sano y salvo. Tras esto, reunió a su familia y leyó en voz alta, provocando un estallido de alegría. Eusebio juntó las manos sobre su pecho y agradeció al cielo la buena fortuna de su hijo.

—Volverá con honores de la guerra —exclamó.

—No puedo estar más orgullosa de mi hermano —dijo Elena. Viniendo de ella, esas palabras tenían más valor, lo que incrementó la dicha de sus padres.

Por insistencia de Eusebio, organizaron un almuerzo en el que tanto los Rodríguez como Vicente se sentaron en la mesa. De nuevo, Elvira leyó la carta de su hijo para que el resto, en la medida de lo posible, se sintieran orgullosos de su hijo. Vicente, haciendo alarde de su ánimo, se puso en pie y alzó la copa.

—El apellido Valdés sigue siendo sinónimo de gloria para este país —declaró—. ¡Por Esteban!

—¡Por Esteban! —repitieron todos al unísono.

El almuerzo discurrió entre conversaciones acerca de la guerra, las derrotas tanto bolivianas como peruanas en el campo de batalla y sobre el final que comenzaba a vislumbrarse.

—Cuando mi hijo regrese, organizaremos un gran festejo. No repararemos en gastos —dijo Eusebio.

—Cuente con mi aportación, Valdés. Su primogénito se merece todos los honores —añadió Vicente.

Elena se había dejado contagiar por el sentir general y conversaba con entusiasmo con Clara y con Juana. Elvira y María compartieron una mirada cómplice al ver cómo la actitud de Elena había cambiado desde su llegada a la hacienda. En algún momento, Tomás insinuó la posibilidad de alistarse y servir a su país, aunque lo hizo con tal tono que resultó evidente que se trataba de otra de sus bromas. Enrique, al escucharlo, movió la cabeza de un lado a otro con vehemencia.

—Conociéndote, diría que quieres escaquearte del trabajo —contestó su padre.

—Seguro que al ejército chileno no le viene mal un comandante —bromeó el joven.

—¿Comandante? ¿Ambición o locura? —añadió Vicente, provocando intensas carcajadas.

—Comandante de caballería —dijo Juana.

—Preferiría más bien algún trabajo de gabinete. ¿No es eso lo que hacen los comandantes?

Nuevas risas se extendieron por la mesa. Tan solo Rafael reducía su expresión a una mueca inexpresiva. Llevaba algunos minutos que estaba por entero centrado en una idea que había surgido en su cabeza y que valoraría seriamente en los próximos días, a escondidas del resto. De pocas palabras, nadie se percató de que el joven se mostraba más abstraído de lo normal, ceñudo.

Rompería su silencio una mañana fría de julio en la que el viñedo regalaba miles de destellos a causa del rocío caído durante la noche. Ramón tomaba mate tranquilamente mientras daba las últimas caladas de un cigarro frente a la puerta de casa. Rafael consideró que era un buen momento para abordarlo.

En cuanto se mostró ante su padre, mirándolo fijamente, Ramón dedujo que le iba a mencionar algo importante.

—Voy a alistarme, padre.

No dijo más. Consideró que esas palabras eran las necesarias. Ramón dejó caer el cigarro y no dijo nada durante unos segundos. Sabía que su hijo era terco y que, una vez que había tomado una decisión, era imposible hacerle cambiar de idea.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo que debo hacer. Muchos han partido al frente —contestó.

—¿Tu madre lo sabe?

—Quería decírtelo primero a ti.

Ramón asintió y bajó la mirada. En otra circunstancia, si el hijo de los Valdés no estuviera en la guerra, le daría cualquier excusa para que desechara esa opción. Incluso podía hacerlo si hacía prometer a su hijo que nadie más iba a saber de esa conversación. Pero aquello sería una afrenta al orgullo de su hijo y al suyo propio. ¿Cómo podría mirar a Eusebio a la cara sabiendo que no ha permitido que su hijo se aliste? ¿Cómo reaccionaría Eusebio si se enterase?

Sin decir nada, se acercó a su hijo.

—Rezaré por ti cada día, hasta que regreses.

—Lo sé, padre. Volveré. Lo prometo.

CAPÍTULO 17

Agosto de 1880

La marcha de Rafael pilló a todos por sorpresa, pero no causó una honda impresión ni afectó al día a día de la hacienda debido a la actitud reservada del joven. El hecho de que Esteban estuviera luchando añadió lógica y sentido común a su decisión. Tan solo Mercedes, a sabiendas de que quizás no volvería a ver a su hijo, pasó una semana apenada. Elvira se preocupó por ella y la consoló en la medida de lo posible.

Sin embargo, no muchos días después se produjo otra novedad que desvaneció la marcha de Rafael. Una nueva misiva, en esta ocasión de Matías, incrementó el optimismo en los Valdés, especialmente en Eusebio y, de manera silenciosa, en Elena. En la carta informaba que sus negocios iban muy bien, procurándole unos beneficios que se incrementaban con el paso de los meses. Tal era así que tenía en sus planes desplazarse a Santiago con tal de invertir parte del capital. Leer esto fue como un regalo para Eusebio, que era consciente de la buena amistad y la estima que tenía del joven.

Elena, viendo que su padre ya se encontraba más estable, decidió iniciar la conversación sobre la carta que envió Horacio, la misma que provocó el desvanecimiento de Eusebio, pues tenían que zanjar ese problema sin dilatar más los pagos.

Su padre le comunicó que sí había leído la carta completa y que sabía todo lo que estaba pasando al respecto, por lo que no debía preocuparse.

—Sé que han hecho un esfuerzo por mi salud. Por eso no dije nada —añadió Eusebio.

Elena tenía los ojos abiertos de par en par.

—No queríamos preocuparte. El doctor Riquelme…

—Lo sé, Elenita. Igualmente, tengo que decirte que, en cuanto salí de la habitación, le envié un mensaje a Horacio para que me pusiera al día de la situación. Me dijiste que actuaste de buena manera. Mi pequeña es inteligente, sin duda.

La joven le dedicó una sonrisa.

—Las indemnizaciones a las que tenemos que hacer frente son cuantiosas, padre.

Eusebio sonrió con amargura y Elena se lamentó de haber utilizado esas palabras.

—Parece que pronto terminará la guerra. Encontraremos la solución.

Sin embargo, esa respuesta no fue suficiente para la joven.

—Horacio comentó la posibilidad de vender propiedades.

—No será necesario, Elenita. Confía en mí. Ah, me sabe mal que te hayas visto obligada a lidiar en estos asuntos. Entre eso y el viñedo, ¿qué más puedo pedirte?

Elena estrechó las manos de su padre.

—Lo volvería a hacer con los ojos cerrados. De hecho, quiero seguir ayudándote con el viñedo. He aprendido mucho en estos meses.

Eusebio asintió.

—Ramón me lo ha contado todo. No sabes cuánto agradezco que vuelvan a hablarme con franqueza. Dentro de poco comenzarán con la poda, ¿no es cierto?

—Así es, aunque supongo que tras la marcha de Rafael tendremos que buscar otro trabajador. Tomás y Aurelio no pueden afrontar solos la tarea. Además de la poda, hay que arar el suelo para abonarlo como es debido.

Eusebio sonrió con ternura.

—Tan solo la muerte carece de remedio, Elenita.

Otra promesa vaga que no hizo más que exacerbar la preocupación de Elena. Por si fuera poco, no hacía mucho supo del elevado porcentaje que iba a parar a las manos de Vicente y que este cobró de manera íntegra. Sin embargo, no se veía en la posición de entrometerse. Estimaba y respetaba a Vicente y reconocía su implicación durante los meses de reposo de su padre. Solo ellos estaban al tanto del acuerdo.

Elena mantuvo a raya sus preocupaciones, o más bien las retrasó hasta encontrarse a solas con Juana. Su doncella, acompañada de Enrique, solía ir en busca de Tomás en cuanto finalizaba sus labores. El pequeño Enrique insistía en ayudar a Tomás en cualquier tarea que este le encargase, aplicándose a ello con una dedicación absoluta, aunque Elvira le había insistido que evitara todo lo posible que montara a caballo, algo que seguía poniéndole la piel de gallina.

Así, Elena fue en busca de Juana y, tras comprobar cómo Tomás y Enrique trabajaban en unas nuevas herraduras en una pequeña fragua improvisada, conversó tranquilamente con ella.

—Mi padre tiene buena voluntad —decía Elena después de relatarle las últimas novedades—, pero no estoy segura de que pueda enmendar la situación. Los beneficios de la venta del vino son los que son. No nos permiten hacer frente a las indemnizaciones de las mercancías perdidas.

Juana escuchó con atención a la vez que se preparaba para proponer una posible solución que sabía que irritaría a Elena.

—¿Por qué no llegan a algún acuerdo con el gringo? Desde mi llegada a vuestra casa, es el único que siempre ha ofrecido su ayuda sin pedir nada a cambio.

Como era de esperar, Elena clavó los ojos en ella.

—¿A Matías? ¡Jamás! ¡Antes muerta! Que no te confunda su aparente bondad. No es más que un oportunista que busca la manera de enriquecerse a costa de mi padre —exclamó.

Juana frunció el ceño.

—Tengo entendido que Matías ya se ha enriquecido en el norte, Elena. No creo que su interés sea el dinero precisamente.

—¡Es suficiente! Si estás insinuando lo que me imagino que estás insinuando, no quiero siquiera escucharlo. Es un hombre deleznable que no merece ni un segundo de mi tiempo.

La doncella guardó silencio durante unos segundos para que la tensión disminuyera. La actitud de Elena se había suavizado con el paso del tiempo, pero su lado más iracundo seguía latente como las brasas tras un incendio. Llegado a ese punto, era imposible hablar con ella.

—La salud de mi padre ha mejorado bastante. Ahora es él quien vuelve a estar al mando —comentó Elena, aunque bien parecía que se trataba más de un pensamiento en voz alta que de una afirmación en sí. Sin embargo, en ese instante recordó la vez que Juana le comentó su recelo de Horacio Méndez y eso volvió a ensombrecerle el rostro. Estaba confundida, como una veleta en una tempestad que es incapaz de señalar el origen del viento.

—Es un hombre fuerte —dijo Juana, siguiéndole la corriente.

—Quizás he interpretado mal su tranquilidad. No soy más que una joven que ha estado un par de meses controlando que las cosas se hicieran medianamente bien en el viñedo. ¿Acaso eso me hace experta en negocios? —se lamentó—. Puede que esté un poco confundida acerca de cuál es mi verdadero papel. Después de todo, nuestra estancia en la hacienda es temporal. Una vez termine la guerra, volveremos a Santiago y conoceré a mi futuro marido. Sé que ya tengo edad para casarme y, en realidad, es algo que anhelo. Es el lugar que me corresponde. Lo de estos meses ha sido pura fantasía.

Juana dejó que Elena se desahogase. Mientras hablaban, escuchaban el tintineo metálico de los martillos de Tomás y Enrique al chocar con las herraduras.

—Pienso que de todo se aprende, señorita. Tal vez lo vivido aquí le sea útil en un futuro.

Elena se relajó y le dedicó una sonrisa.

—Puede que tengas razón —suspiró—. Por el momento, confiaré en mi padre. Si él dice que todo se solucionará, ¿por qué no iba a ser así?

Pero las palabras de Elena no fueron más allá. Ante su padre se mostraba despreocupada, centrada en otros asuntos que para nada estaban relacionados con la gestión del viñedo ni con las suculentas indemnizaciones. Eusebio agradeció que su hija siguiera su consejo y le dejara hacer. Se encontraba bien de salud y las revisiones periódicas del doctor Riquelme confirmaban su mejoría.

Así, poco a poco, Eusebio se puso de nuevo a la cabeza y reanudó la correspondencia con Horacio, que finalmente logró convencerlo de que vendiera una de las propiedades de Santiago. Eso le permitió aliviar la deuda y ganar más tiempo, lo que todavía les daba más importancia a los resultados de la próxima cosecha. Pese a que siempre fue contrario a la venta del patrimonio familiar —lo cual consideraba el principio del fin—, estaba contento con el resultado.

Para principios de septiembre, tras la confianza de los comerciantes al haber abonado parte de las indemnizaciones, Horacio le anunció la firma de nuevos acuerdos de tránsito, lo que le iba a permitir a su vez reducir la deuda más todavía. Esto coincidió con la aparición de los primeros brotes y el crecimiento de una parte de la ampliación, lo que en Eusebio se tradujo en una perspectiva de futuro muy positiva. Tal y como le había prometido a su hija, todo tenía solución.

Pero la racha de buena fortuna estaba a punto de llegar a su fin. Todavía eran los primeros días de septiembre. Nada parecía haber cambiado. Sin embargo, las desgracias comenzaron temprano, con la llegada apresurada de un mensajero. Este entró al galope en la hacienda y lejos de detenerse en la casa de los Rodríguez, como solía hacer, continuó hasta la casa principal. María, que ya estaba despierta, escuchó el galope y salió a recibirlo con extrema preocupación.

—¡El señor Valdés! —exclamó el joven desde el caballo. Tomás, que se había despertado al escuchar el galope, corría todavía en pijama hacia el establo, creyendo que tendría que dirigirse a toda velocidad hacia alguna parte.

—¡Es temprano! —gritó María.

—Traigo un mensaje urgente. He de comunicárselo cuanto antes. ¡Llámelo!

María miró a un lado y a otro, confusa. El rostro del joven expresaba la misma preocupación que sus palabras. El sonido de la puerta del establo al abrirse le hizo reaccionar.

—Aguarde —dijo mientras volvía a entrar en la casa. Apenas un minuto después, el señor Valdés cruzaba el umbral con el rostro pálido y desencajado. Julián lo observó unos segundos antes de transmitirle el mensaje.

—El mensaje es de Horacio Méndez. Las bodegas del puerto se han incendiado. Requiere que se traslade cuanto antes a Valparaíso.

Enseguida, Elvira sujetó a su marido por la cintura por si acaso este se desplomaba, pero se mantuvo en pie. Respirando con dificultad; acelerado como si acabara de hacer un gran esfuerzo. Todos, en silencio, aguardaban la respuesta de Eusebio. A lomos de Moro, Tomás llegó hasta ellos.

—Hágale saber que he dispuesto mi marcha hacia Valparaíso nada más recibir el mensaje —dijo Eusebio con una voz profunda. Sin decir nada más, se giró y entró en la casa.



Mientras se trasladaba a Valparaíso, en su corrosivo silencio, Eusebio confiaba en que los daños ocasionados por el incendio no fueran tan desastrosos como preveía. Lo acompañaba Vicente, al que pidió el favor de que lo acompañara confiando en su buen hacer y en su amistad. Ante la urgencia de lo sucedido, ambos partieron hacia Valparaíso no más tarde de las diez de la mañana y tan solo se detuvieron cuando era necesario cambiar los caballos. Fue un viaje agotador, sin descanso, pero que les permitió llegar a Valparaíso a la madrugada del día siguiente.

Sin detenerse en el hospedaje, Eusebio le ordenó al cochero que se dirigiera al puerto de Valparaíso. Vicente, que a duras penas mantenía los ojos abiertos, fumaba un cigarrillo tras otro.

—Es probable que Horacio no esté allí ahora.

Eusebio asintió.

—Quiero verlo con mis propios ojos. Mañana nos reuniremos con él —dijo Eusebio. Sentía una presión incómoda en su pecho, un dolor que no era constante ni en duración ni en intensidad. Sin embargo, el doctor le había asegurado que se había recuperado, por lo que achacó las molestias al tortuoso viaje.

A medida que la diligencia entraba en el puerto, los nervios de Eusebio fueron incrementándose. Algunos de los mozos que trabajaban a aquellas horas de la noche los miraron con curiosidad, mientras que otros señalaban en dirección a donde se encontraban las bodegas de Eusebio. Este se tranquilizó al comprobar que, por el momento, no había rastros de un incendio desastroso, por lo que los daños podían ser menos graves de lo que esperaba.

Pero sus ilusiones se desvanecieron en cuanto giraron y vieron con sus propios ojos las ruinas de las bodegas. Eusebio, boquiabierto y horrorizado, se quedó como una estatua y tuvo que ser Vicente el que le indicara al cochero que se detuviera.

—Más que el propio edificio en sí, el principal problema es que estaba repleto de mercancías, señor —informó Horacio Méndez al día siguiente, confirmando el peor escenario posible. El caprichoso dolor de su pecho regresó.

—Ya conocemos la situación, ahora necesitamos saber qué opciones tenemos. Valdés, levante su ánimo, no está solo ni lo estará jamás —dijo Vicente con convicción. No obstante, Eusebio tenía un rostro espectral. Una leve mueca fue toda su respuesta. Sus manos no sucumbían al temblor porque las apretaba con tesón.

—¿Ha hecho una aproximación de cuánto nos costará esto? —preguntó Eusebio con la mirada perdida. Horacio asintió.

—Millones, señor. Aunque me temo que tardaré unos días en poder confirmarle una cifra exacta.

Pocas palabras más le oyó Vicente pronunciar a Eusebio en el viaje de regreso a la hacienda, pese a sus ánimos y a sus repetidos intentos de sacar una conversación. A ratos tenía la sensación de ir acompañado de un fantasma.

CAPÍTULO 18

No muchas horas después de la marcha de Eusebio y Vicente hacia Valparaíso, un joven que había trabajado en la hacienda en pasadas vendimias fue en busca de Ramón para comentarle que habían llegado rumores de asaltos en casas del norte del valle.

—¿Qué quieres decir con asaltos? —preguntó ceñudo. Aurelio ya le había comentado que reinaba una tranquilidad anómala en los caminos, lo cual, sumado a lo que le estaba comentando el joven, le daba serios motivos para preocuparse.

—No sabemos la certeza de los rumores —avisó.

—Eso no me importa. Prefiero pecar de precavido —sentenció Ramón.

Lo que el joven le contó a continuación fue corroborado por Aurelio horas más tarde, a medida que las noticias que provenían del norte aumentaban. Era el preludio de una amenaza que se dirigía inexorablemente hacia ellos.

—Son bandas de desertores del ejército chileno. Están buscados por las autoridades, por ello avanzan alejados de las ciudades. Atacan haciendas, roban todo lo que pueden, siembran la tierra de cadáveres y deshonra…

Ramón cortó el aire con un gesto seco; el horror no necesitaba más palabras. Lentamente, se puso un cigarrillo en los labios y lo

encendió con una vela que había sobre la mesa. Mercedes, Clara y Tomás se encontraban atareados en sus asuntos.

—¿Se sabe dónde están?

—Por San Felipe —contestó Aurelio con la mirada perdida.

—Están cerca —se lamentó Ramón—. ¿Cuántos son?

—Dicen que hay varios grupos de soldados que rondan entre los quince y los veinte hombres. La mayoría armados, aunque sin apenas munición. Tampoco podemos fiarnos. Lo más importante es que se ha formado un grupo de varones, jinetes en su mayoría, que patrullan los caminos. Ha sido algo improvisado, pero la patrulla ya cuenta con una docena de hombres.

Ramón se puso en pie y miró por la ventana.

—Has pensado en Tomás, ¿verdad?

—No hay mejor jinete que él en todo el valle, Ramón. Así que sí, quieren que se una a la patrulla. Se están reagrupando en el puente.

En cuanto le comunicaron a Tomás la gravedad de la situación, este no lo dudó ni un segundo, sacándole a su padre una sonrisa de orgullo. Preparó botas y pelliza, cantimplora y la escopeta sobre los hombros, después montó en Moro y fue en busca de la improvisada patrulla que se había formado en la zona para protegerles de los desertores.

Sin embargo, mientras su hijo se alejaba, Ramón cayó en la cuenta de que, si los desertores averiguaban de alguna manera que solo había dos hombres en la hacienda, estarían en serios problemas.



Pese a que Ramón y Aurelio procuraron suavizar la situación en todo momento, la apresurada marcha de Tomás dejó claro que se encontraban en peligro. A Elena solo le hizo falta un par de palabras y una mirada para que Ramón le contara la verdad.

—¿Disponemos de armas? —fue lo primero que preguntó.

—Unas cuantas escopetas —respondió Ramón.

A lo largo de la tarde, todos, a excepción de Elvira, se concentraron en tapiar las ventanas de la casa, atrancar las puertas y disponer varias posiciones desde las cuales pudieran disparar si llegaba a darse la situación. Fue la primera vez que Elena se remangó y trabajó como uno más, acarreando piedras, tablones y haciendo lo que Ramón y Aurelio ordenaban.

—Traeré el carro y bloquearé el camino —dijo Ramón. Juana acumulaba piedras en un montón mientras miraba al horizonte con preocupación.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar así? —preguntó.

—Los desertores que avanzan hacia el sur. Lo harán hasta que mueran o los den por muertos —contestó Aurelio. En ese momento, Ramón detenía el carro en mitad del camino que cruzaba la hacienda.

—Metamos piedras dentro —dijo Elena—. Pueden servirnos.

Clara obedeció y cargó su delantal con todas las que pudo.

La noche fue larga y silenciosa. Ramón y Aurelio patrullaron alrededor de la casa, escopeta en mano, pero el amanecer llegó sin más novedad que el sol en su despertar. Cuando todos se juntaron para desayunar, vieron en sus caras las ojeras que atestiguaban la noche en vela.

—Ha estado todo tranquilo —dijo Ramón. Este procuraba mostrarse sereno ante el hecho de que Tomás no hubiera regresado todavía. Durante la noche no se habían escuchado disparos ni gritos ni nada que les hiciera sospechar que se había producido un ataque.

—Puede que tengamos suerte y pasen de largo —dijo Elena.

Aurelio hizo un gesto ambiguo. Frente a él, apoyada en la pared, descansaba su escopeta.

—Por el momento, creo que podemos estar tranquilos. No creo que avancen a la luz del día. De todas formas, sabremos más cuando regrese Tomás.

Juana asintió con vehemencia, como si quisiera recalcar las últimas palabras de Aurelio.

Afortunadamente, no tuvieron que esperar mucho hasta el regreso de Tomás. Este llegó cerca del mediodía, sano y salvo. Pese a la alegría por su regreso, los ánimos cayeron por los suelos cuando

les relató el enfrentamiento que la patrulla había tenido con la banda de desertores.

—Los encontramos poco antes del amanecer, ocultándose en una arboleda. Seguramente tenían pensado pasar allí el día, pero al vernos se disgregaron en pequeños grupos y huyeron.

—¿Dispararon? —preguntó Ramón.

—Tan solo cuando se veían rodeados. Tenemos dos heridos, aunque nada grave, gracias a Dios.

Ramón dibujó una mueca tensa en los labios.

—Son desertores del ejército. Saben que si se entregan serán condenados, por lo que no tienen nada que perder —dijo el joven mirando a su padre. Sus palabras escondían más significado del que aparentaban.

—¿Patrullarán esta noche? —preguntó Juana de repente. Tomás le dedicó una sonrisa.

—Por supuesto. De esa manera me aseguraré de que no pongan los pies en la hacienda.

Al igual que la noche pasada, el día se convirtió en una tensa espera de continuas miradas de sospecha hacia el horizonte. Al caer la tarde, cuando del sol ya no quedaba más que un resquicio anaranjado, Tomás volvió a partir. El resto, en silencio, lo observó alejarse. El día los había protegido, pero el devenir de la noche era incierto.

—Es posible que no ocurra nada. Tomás y los demás son bastantes. Conocen estas tierras como la palma de su mano y pueden hostigarlos fácilmente. Esos desgraciados se arrepentirán de haber venido —dijo Ramón para levantar los ánimos.

—Todo saldrá bien —confortó Elena.

La noche se preveía larga, pero era plena madrugada y la tranquilidad reinaba. No sonaron disparos ni detonaciones lejanas, tampoco gritos. La calma era absoluta y así, el sueño fue venciéndoles poco a poco. Incluso Ramón y Aurelio, que montaban guardia, se adormecieron. El sueño acumulado de la noche anterior pesaba demasiado.

Mientras se dejaban vencer por el cansancio, Ramón se convencía de que los desertores se habrían marchado al verse

sorprendidos por la patrulla, seguramente en busca de zonas con menor resistencia.

—Hacia el interior del país —susurró Ramón antes de dormirse.

Le resultó complicado saber cuánto tiempo había estado con los ojos cerrados cuando escucharon un galope frenético cruzar la hacienda. Aurelio y Ramón se despertaron sobresaltados, alzando las escopetas para defenderse si era necesario. Sin embargo, reconocieron al jinete que se acercaba.

—¡Tomás! —gritó Ramón.

—¡Ya vienen! ¡A las armas! ¡A las armas! —gritó el joven. El cual estaba salpicado de manchas de sangre y una fea herida en el brazo.

—¿Qué ha pasado? —gritó Aurelio.

—¡Son muchos! —exclamó Tomás mientras se bajaba de Moro, por cuyas patas delanteras corría también un poco de sangre—. Hemos intentado dispersarlos, pero nos rodearon. Los demás han caído.

Nada más decir esto, una serie de gritos provinieron de la entrada de la hacienda. Los tres hombres abrieron los ojos en un gesto de horror.

—Que se escondan, Tomás —dijo Ramón. Su hijo salió corriendo hacia la casa. Tuvo el tiempo justo para transmitirle el mensaje a Juana antes de que sonara el primer disparo.

Aurelio no lo dudó y abatió al primero de los desertores, haciendo que los demás buscaran cobertura de inmediato y le gritaran todo tipo de insultos.

—¿Dónde están esas damas? —vociferaban algunos de los desertores.

Un disparo estuvo a punto de darle a Ramón.

—¡Malparido!

Tomás, protegido tras el carro que su padre había puesto allí horas antes, hirió a otros de los desertores, cuyos gritos de dolor resonaban en la amplitud de la noche.

—Ve por el otro lado, Aurelio —dijo Ramón cuando vio que un grupo de desertores se disponía a rodear la casa. Tomás abatió a otro y justo después corrió hacia donde se encontraba su padre,

pero un disparo le alcanzó en la pierna y cayó al suelo, rabiando de dolor.

—¡Tomás!

Al otro lado de la casa sonaron los primeros disparos. Aurelio se enfrentaba a los que intentaban rodearles.

—¡Aguanta, hijo! —gritó Ramón. Los disparos y la confusión de la noche hacían todo más difícil. Mientras tanto, Tomás, con una mueca de dolor, intentaba arrastrarse para llegar hasta su padre.

En ese momento, varios desertores alcanzaron la casa de los Rodríguez, entrando en ella y saqueándola con rabia. Ramón estaba fuera de sí y, saliendo de su cobertura, abatió a dos desertores más, lo que provocó la desbandada de varios de ellos, pues consideraban que estaban pagando un precio excesivo. Sin embargo, los que intentaban rodearles habían hecho retroceder a Aurelio, poniendo en serio peligro la propia casa.

—¡Me superan! —gritó Aurelio mientras corría en busca de cobertura.

Ramón se giró y disparó en aquella dirección, hiriendo a otro. Pero aquello le costó muy caro, pues aprovechando su distracción, uno de los soldados que había salido de su casa lo vio de espaldas y aprovechó para dispararle. El impacto le tiró al suelo y, pese a que intentó levantarse, comprendió que estaba viviendo sus últimos segundos. Con amargura miró hacia la casa y vio la puerta principal abrirse mientras Clara corría hacia él. La vida se apagó en sus ojos antes de alcanzar a ver a varios hombres que atrapaban a su hija y se la llevaban a rastras, mientras ella gritaba hasta quebrar la voz. Aurelio procuró ir en su auxilio, pero otros desertores se lo impedían y tan solo pudo ser testigo de cómo arrastraban a la joven hacia su propia casa, mientras los soldados que la llevaban reían a carcajadas, embrutecidos frente a la matanza.

Tomás, sin apenas fuerza por la sangre que había perdido, intentó alcanzar el arma de su padre, pero uno de los hombres que iban tras su hermana le golpeó la cabeza y perdió la consciencia.

Elena y Juana, desesperadas, decidieron intervenir. Tenían varias escopetas cargadas con las que solo podrían disparar una vez. Pondrían en riesgo a María, Elvira y Enrique, pero ni siquiera se les

pasó por la cabeza. Rompieron los tablones de una de las ventanas y dispararon hacia los soldados que avanzaban por la parte trasera, hiriendo a uno de gravedad.

—¡Disparan desde la casa! —señaló uno de ellos mientras volvía sobre sus pasos, provocando que varios de los desertores comenzaran a patear la puerta trasera. En ese instante, todo parecía perdido.

En el interior de la edificación, los golpes que daban a la puerta hacían temblar las paredes. Elvira, Mercedes, María y Enrique, escondidos en el sótano, lloraban con amargura. El sonido de la puerta al abrirse hizo cundir el pánico.

—¡Han entrado! —gritó Juana. Pese a no contar con más munición, no dudaron en dirigirse a la planta de abajo para enfrentarse a los invasores. Estos dos hombres, quizás con la lección aprendida después de otros asaltos, se concentraron en la puerta que conducía al sótano, presuponiendo que alguien se escondía allí.

—Registra la planta de arriba —ordenó uno de ellos, obedeciendo el otro. Sin embargo, quiso la casualidad que se encontrara con Juana y Elena cuando se hallaban en la escalera. El soldado sonrió al ver el bello botín que tenía frente a sus ojos. Pero calculó y creyó que las jóvenes darían la vuelta y se esconderían en alguna de las habitaciones. Sin embargo, Juana se quedó quieta y, en cuanto el soldado se acercó lo suficiente, lo derribó con una patada que le hizo caer por la escalera. El sonido seco de varios huesos rotos fue el preludio de gritos de dolor por su parte.

El otro soldado cesó de aporrear la puerta y dio varios pasos en su dirección, pero justo en ese instante, Elvira, temblando de miedo, encaraba la puerta con un cuchillo en sus manos, pero cuando esta se abrió y el soldado irrumpió en el interior, era tal su pavor que el cuchillo escapó de entre sus dedos. El soldado, enloquecido por la violencia, cogió el cuchillo y la apuñaló en el estómago con rabia. Elvira abrió la boca en un grito mudo antes de que un hilillo de sangre se escurriera por la comisura de sus labios.

—Vieja puta —gritó mientras extraía el cuchillo y empujaba a Elvira.

No obstante, esos breves segundos fueron suficientes para que Juana, por la espalda, le golpeara la cabeza, matándolo en el acto. Elena fue enseguida a auxiliar a su madre, de cuya herida emanaba sangre continuamente.

—¡Mamá! ¡Aguanta! —dijo mientras, de manera innata, puso su mano sobre la herida. Al hacerlo, Elvira hizo un gesto de vivo dolor. Juana, de pie, observando todavía el soldado sin vida, jadeaba—. ¡Ayúdame!

El grito de Elena hizo que Juana reaccionara, pero ninguna de las dos sabía qué hacer para ayudar a Elvira, actuando con desesperación y al mismo tiempo temor porque otros soldados entraran en la casa.

En el exterior, más allá de la linde de la hacienda, sonaron voces y disparos que se acercaban. Aurelio temió que se tratara de más desertores, pero finalmente comprobó que eran trabajadores de otras haciendas. Los desertores se dieron cuenta y huyeron a toda prisa para evitar verse rodeados. Aurelio, aprovechando el momento, corrió en busca de Clara. Tan solo tenía que seguir sus gritos, los cuales provenían de su propia casa. La ira se encendió en él al pasar junto a los cuerpos inertes de Ramón y Tomás, lo que le hizo despreciar cualquier atisbo de miedo. Rescataría a Clara y se llevaría por delante cuantas vidas fueran necesarias. Mientras corría hacia la casa, enloquecido por los gritos de horror de Clara, tiró la escopeta, inútil sin munición, y sacó del bolsillo la navaja que siempre llevaba consigo.

Al entrar en la vivienda y ser testigo de lo que le estaban haciendo a la joven, no pensó en otra cosa que matar a todos los presentes; los tres soldados que en ese momento abusaban de ella. Dos de ellos, sorprendidos tanto por la presencia de Aurelio como por lo brutalidad, murieron casi sin oponer resistencia. El tercero, que tuvo más tiempo para reaccionar, intentó defenderse, pero lo más que consiguió fue escapar malherido, con varias puñaladas, en el costado y sus muslos, que le hicieron caer al suelo tras unos pocos pasos. Aurelio, tras comprobar que Mercedes estaba inconsciente, pero viva, le dio una manta a Clara para que se tapase y salió en busca de él.

El soldado, consciente de que no iba a recibir clemencia alguna, se arrastraba por el camino de la hacienda, cuando Aurelio llegó a su altura y, sin dilación, le rajó el cuello.

CAPÍTULO 19

Quiso el destino que las primeras luces del amanecer coincidieran con el cese de la violencia en La Tormenta. Los gritos y los disparos se alejaron en dirección sur mientras algunos de los mozos que habían acudido al auxilio peinaron hasta el último recoveco de la hacienda.

El dolor había traspasado todos los límites. Las miradas perdidas y todavía aterrorizadas suplían las lágrimas. La claridad del día hacía todavía más horrible lo sucedido.

Eusebio, mientras, se acercaba a la hacienda, sin imaginar lo que allí había ocurrido. Varios vecinos les habían alertado del grupo de desertores que se encontraba en la zona, señalando cada vez con más seguridad hacia La Tormenta como posible objetivo de aquellos hombres. Los rumores de ataque ganaban veracidad a medida que se acercaban. Eusebio ordenó al cochero que espoleara los caballos.

Con la tez blanquecina y brillante por el sudor, Eusebio miraba más allá de la ventana con los ojos muy abiertos mientras respiraba de manera agitada. Su pecho se inflaba y desinflaba con pesadez. Ni siquiera el locuaz de Vicente se atrevía a decir nada. Lo fatal, el aroma de la muerte y la desgracia era arrastrado por el viento. En el horizonte, varias columnas de humo avecinaban lo peor.

—¡En La Tormenta! ¡Atacaron La Tormenta! —gritó uno de los hombres que se encontraron al borde del camino.

Igualmente, Eusebio no dijo nada. Sus manos se aferraban al marco de la ventana de la diligencia con desesperación mientras a través de las curvas del caprichoso camino se vislumbraba la hacienda. El agotamiento por el viaje se había transformado en un frío intenso que se extendía por todo su cuerpo. Su corazón parecía latir en el interior de una caja metálica.

—Estamos llegando —musitó Vicente a la par que el cochero tiraba de las riendas para frenar a los caballos. Apenas se detuvo la diligencia, Eusebio abrió la puerta y bajó de manera torpe y apresurada, como si no fuera dueño de sus propios pasos. Vicente se dirigió a él, pero no lo escuchaba. Sus oídos estaban colmados por los latidos de su corazón.

A lo lejos, junto a la casa de los Rodríguez, reconoció a Aurelio y a su hija Elena.

—¡Padre! —gritó ella.

Eusebio apretó el paso. Una mueca de angustia surcaba su rostro. Pese a que su alma le pedía correr hasta donde se encontraba su hija, su cuerpo no respondía; sus piernas temblaban y flaqueaban. El aire que respiraba a duras penas no le saciaba.

—¿Qué ha pasado? —dijo con una voz débil. A medida que se acercaba, se fijó en las manchas de sangre seca tanto en Aurelio como en su propia hija. Vicente continuaba hablando tras él, pero no era más que una voz lejana. El mundo se desvanecía alrededor de Eusebio.

Elena se acercó a él y estrechó sus manos. Hablaba de manera atropellada mientras las lágrimas surcaban su rostro. Eusebio luchaba contra la confusa nebulosa que se estaba propagando a su alrededor para intentar comprenderla, para ser plenamente consciente de lo que su hija le estaba diciendo.

En volandas, incapaz de reaccionar, llevaron a Eusebio hasta su casa. Tiraban de sus manos como si se tratara de un niño que se niega a obedecer. Elena se lamentaba cada vez más. Juana apareció junto a la casa y se llevó las manos a la cabeza al ver a Eusebio. María salió a su encuentro, pero se derrumbó en lágrimas poco antes de llegar hasta él.

Mientras caminaba, Eusebio se fijó en los regueros de sangre seca que había sobre la tierra. Cuando levantó la mirada de nuevo, se encontró con el doctor Riquelme. Su rostro estaba compungido y más cuando vio el estado en el que se encontraba Eusebio. Rápidamente fue hasta él y ordenó que le trajeran asiento de inmediato. Aurelio sacó una silla de la casa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Eusebio a la par que se daba cuenta de que no podía respirar y que pronunciar aquella frase le había supuesto un gran esfuerzo. Entonces, como si una horrible premonición llegara hasta su mente, miró más allá y preguntó—: ¿Dónde está Elvira?

El doctor Riquelme hacía gestos con la mano. O pedía silencio o trataba de poner orden. Eusebio no podía saberlo. Sus sentidos se nublaban. Poco a poco, fruto de un dolor creciente en el pecho, se iba encorvando en un intento desesperado de encontrar alivio.

—No pudimos hacer nada por ella.

La voz de María llegó a los oídos de Eusebio entre las demás. Un puñal afilado que le confirmó el mayor de los desastres. ¿Su esposa estaba muerta? Miró a su alrededor y fue consciente del caos que predominaba. Un fusil que no había visto jamás estaba apoyado en la fachada, silencioso e inofensivo. ¿Pertenecía a esos soldados de los que les habían advertido a medida que se acercaban a la hacienda? ¿Dónde estaba su esposa? ¿Dónde estaban Tomás y Ramón? Eran tantas las preguntas que llegaban a su cabeza que era incapaz de poner palabras a ninguna de ellas, limitándose a mirar a su alrededor con la expresión desencajada.

Elena estaba junto a él y lloraba sin consuelo.

—La mataron, padre. La mataron —repetía.

—¿Dónde está mi esposa? —consiguió decir Eusebio con un hilo de voz. Vicente, seguramente enterado de la desgracia que había tenido lugar en su ausencia, se llevó las manos a la cabeza antes de romper a llorar—. Quiero ver a mi esposa.

El doctor Riquelme gritó de nuevo. Una orden que los demás cumplieron a duras penas.

—La verá más tarde, padre —dijo Elena siendo incapaz de mirarlo a los ojos. Los labios de Eusebio comenzaron a temblar.

Todos, menos él, sabían que los cuerpos sin vida de Elvira, Ramón y Tomás descansaban junto a la casa, tapados con sábanas, víctimas de la barbarie. En ese instante, un chillido agudo y desesperado resonó con la fuerza de un trueno. Se trataba de Clara. Al escucharlo, el doctor Riquelme se dirigió raudo hacia la casa. Solo el tiempo diría si la joven sería capaz de sobreponerse.

—Elvira… —habló de nuevo Eusebio. Hizo acopio de sus fuerzas e intentó levantarse. Elena le sujetó del brazo para evitar que cayera y su padre se aferró a ella con tanta fuerza que su hija hizo un gesto de dolor. El canto alegre de los pájaros parecía la mayor de las ofensas—. ¿Dónde está tu madre?

Elena hundió la cabeza en el pecho de su padre, al que abrazó con todas sus fuerzas.

—Nos la han arrebatado —dijo.

—¡Aurelio! —gritó el doctor desde el interior de la casa. Al mismo tiempo, Mercedes atravesó el umbral y salió rota de dolor, enajenada por el sufrimiento acumulado en las últimas horas. Eusebio clavó sus ojos en ella y la mujer, sorprendida por la presencia del hombre y por la amarga realidad que se había encontrado a su regreso, clavó sus rodillas en el suelo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gritó Mercedes hasta que se le quebró la voz. Juana acudió a ella mientras Eusebio contemplaba la escena. Entonces, las molestias en el pecho se convirtieron en un dolor lacerante e insoportable que le hizo estremecerse.

—¡Padre! —exclamó Elena mientras Eusebio se le escurría de las manos—. ¡Avisen al doctor!

Pero el corazón de Eusebio, extenuado de batallar contra la desdicha, se rindió al fin. Desde que sufriera el ataque al leer la carta de Horacio, su corazón estaba condenado, a merced de cualquier imprevisto que el destino le deparara. Aun encontrándose en la antesala del peor sufrimiento que podía imaginarse, no lo soportó. Cuando llegó el doctor Riquelme, Eusebio ya había fallecido.

CAPÍTULO 20

Como cada mañana, Elena, nada más levantarse, salió de casa. Caminó no más de cien pasos hasta que llegó a un pequeño cercado de madera, al cual se accedía por un arco coronado con una cruz del mismo material. Un corto camino empedrado conducía hasta la lápida de Eusebio y Elvira. Se persignó y oró durante unos minutos.

Después, se giró y contempló las otras lápidas. La de Tomás y Ramón. Un manojo de flores frescas le hizo saber a Elena que Mercedes había madrugado más que ella o quizás ni siquiera había conciliado el sueño. No dejaba de sorprenderle cómo el sufrimiento era capaz de arrasar todo a su paso. Comprendió que la muerte, por despiadada e injusta que fuera, no era nada comparado con el silencio posterior, con los recuerdos sin consuelo que vagaban en la pena, relegados a pensamientos casi malditos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde ese fatídico día de septiembre? ¿Cómo era posible que su corazón, al igual que el de su padre, no estallara en mil pedazos? Juana le había dicho que era una mujer fuerte, pero en ese instante, mientras observaba las lápidas de sus padres, Elena dudaba de su fortaleza.

Sin embargo, acompañando esa reflexión, como una incongruencia, se encontraba la extraña certeza de que sin ella todo lo que significaba el apellido Valdés acabaría por derrumbarse. Su hermano y ella eran los últimos de una estirpe que vivía sus días

más oscuros. ¿Cómo se tomaría la noticia Esteban? ¿Cómo habría de comunicárselo? En el antiguo despacho de su padre guardaba una carta donde describía lo sucedido en esa fatídica noche de septiembre. En no pocas ocasiones había estado a punto de enviarle esa carta a su hermano, pero no consideraba oportuno que él recibiera la noticia de esa manera. Por contraposición, contactó en varias ocasiones con Cristóbal de los Arcos comunicándole la triste noticia y solicitando el regreso inmediato de Esteban. El oficial le prometió que cumpliría con la máxima presteza, aunque su regreso podía demorarse semanas debido a que Esteban se encontraba en el frente.

Ya había transcurrido una semana desde que se comunicara con el oficial, por lo que esperaba volver a tener noticias suyas en cualquier momento. Pese a que no estaba en su mano, rezó porque su hermano no supiera de lo sucedido por voces ajenas. Lo ocurrido en La Tormenta impactó a todos e instauró a Elena cierta fama de mujer implacable, endurecida por el brutal destino que le había tocado vivir.

En cuanto dio por finalizadas sus oraciones, Elena volvió a persignarse y regresó a la casa. Tanto Clara como Mercedes se habían instalado en la residencia de los Valdés, mientras que Aurelio se trasladó a la antigua casa de los Rodríguez. El desquiciante sufrimiento que habían tenido que soportar trajo consigo cambios importantes, pues ninguno de los que habitaban la hacienda volvió a ser el mismo.

—He preparado mate —dijo Juana en cuanto Elena entró a la cocina.

—Tomaré solo un poco. ¿Aurelio ha estado por aquí?

Juana asintió y, al mismo tiempo, señaló hacia el otro lado.

—Está en el establo —respondió con dificultad, con la pena atenazándole la garganta—. Está con Moro.

El caballo de Tomás había sufrido graves heridas en la disputa. Todo hacía indicar que habría que sacrificarlo, pero el corcel mostró una mejoría casi milagrosa. Aurelio y Enrique se encargaron de limpiarle las heridas y darle todos los cuidados necesarios.

—Mi hermano está con él, ¿verdad?

—Sí.

Elena dio un sorbo al mate.

—¿Sabes si Clara ha podido dormir algo?

—Tuvo pesadillas. La escuché gritar, pero poco antes del amanecer ha conciliado el sueño. Ahora duerme.

Elena suspiró. Clara no había vuelto a hablar desde aquella fatídica noche y con él único con el que establecía una primitiva comunicación era con Aurelio.

—El descanso le vendrá bien —respondió Elena con la mirada perdida.

A medida que se desprendía de la nostalgia del despertar, los asuntos del día a día colmaban su atención. En sus cábalas, Esteban ya debía haber regresado para ocuparse del viñedo y los negocios familiares, pues Horacio ya le había comentado a Elena la necesidad de tomar decisiones respecto a las deudas de la bodega. Ese día, en concreto, Horacio iba a visitar la hacienda para recibir instrucciones. Elena había postergado la reunión, pero ya le era imposible.

—¿El señor Ahumada le acompañará? —preguntó Juana como si hubiera leído sus pensamientos. Elena asintió en silencio.

—Estará para darme su consejo. No creo que tarde mucho en llegar. Según la última carta de Horacio, quería estar aquí a primera hora. La diligencia puede llegar de un momento a otro —dijo antes de dar un sorbo al mate—. Iré al despacho para revisar de nuevo los documentos de mi padre. No acabo de acostumbrarme a este trabajo. Espero que Esteban regrese pronto.

Al entrar al despacho, sintió un ataque de nostalgia que estuvo a punto de hacerla llorar. Una de las ventanas estaba tapiada con tablones de madera, herencia del ataque de septiembre. Afortunadamente, si es que después de lo sucedido se podía utilizar esa palabra, no se produjeron numerosos daños. En esencia seguía intacto e incluso parecía que Eusebio podía entrar en cualquier momento.

Se sentó tras la mesa y saltó de un documento a otro sin poder concentrarse. Un pensamiento inesperado le robaba toda la atención. Hacía varios días que Elena se preguntaba si Matías Robles habría recibido la noticia de la muerte de sus padres y del asalto a la

hacienda. Le resultaba extraño que no hubiera tenido noticias de él. Como si el destino se hubiera confabulado con sus pensamientos, encontró cartas antiguas de Matías. De alguna manera, se hacía presente aun estando a miles de kilómetros de distancia. ¿Debería escribirle para darle la noticia? Estaba sopesando esa opción cuando sonó la puerta.

—Tiene visita, Elena —anunció la voz de Juana—. Es don Vicente.

Elena suspiró.

—Que pase.

Al cabo de unos segundos, Juana abrió la puerta y Vicente entró con su acostumbrado derroche de energía. El luto había quedado atrás y vestía de nuevo de esa manera tan sofisticada que le caracterizaba.

—Buenos días, *madame.* —Hizo una leve reverencia. Elena había notado el constante esfuerzo de Vicente por sacarle una sonrisa y hacerle olvidar, aunque fuera por unos segundos, lo sucedido en septiembre. Le devolvió el saludo con una tibia sonrisa.

—Ha venido muy temprano —comentó la joven.

—No quería que Horacio se adelantara —afirmó mientras se tiraba ligeramente de las perneras antes de sentarse.

—No tardará mucho en llegar. Ya sabe que Horacio ha insistido mucho para que tuviéramos esta reunión. No tiene más sentido postergarla.

—Celebro su conclusión. La mala fortuna, en todos sus sentidos, se ha cebado con nosotros, pero eso no debe ensombrecer su alma —dijo Vicente.

Elena predijo que la vertiente lírica de Vicente estaba a punto de desbordarse. En efecto, este se puso de pie con gran dramatismo, como si frente a él tuviera a un público ansioso.

—Oh, aciagos los días, nostalgia y melancolía se alían en la sombra fría, mas no para dar muerte, sino para ensombrecer a la propia vida.

A continuación, se produjo el acostumbrado silencio con el que Vicente pretendía dar el reposo necesario a sus rimas.

—No hay manera más bella de decirlo —apuntó Elena. Vicente juntó sus manos.

—La emoción se apodera de mi razón. La triste y bella condena del poeta. Discúlpeme, Elena. Los recuerdos y su presencia me inspiran.

—Sus palabras siempre son bien recibidas —respondió la joven con una sonrisa—. Por cierto, ¿ha podido averiguar algo acerca de mi hermano?

Vicente cabeceó.

—Nada por el momento. En tiempos de guerra la información es más valiosa y los informantes más cautos, pero seguiré intentándolo.

—Pagaré cuanto sea por saber dónde se encuentra. Ha servido bien al país, pero ahora es el momento de que se haga cargo de su familia. ¿No le parece?

—Tiene toda la razón, señorita. Tras los desafortunados acontecimientos, Esteban se ha convertido en el cabeza de familia, el estandarte de los Valdés.

Elena asintió con satisfacción. La puerta volvió a sonar.

—Ha llegado Horacio Méndez —anunció Juana.

La presencia de la mano derecha de Eusebio en el despacho originó un ambiente extraño, como si pasado o presente se entremezclaran de alguna manera imposible. Hasta el propio Horacio se quedó de pie, con las manos cruzadas en una postura de clara indecisión. Hasta a la misma Elena le chocaba que fuera ella quien tuviera la última palabra, al menos hasta que regresara su hermano.

—Los amigos de sus padres están estremecidos por los hechos. No tendría suficientes palabras para expresarle el sentir de la sociedad santiaguina —empezó diciendo Horacio.

—Soy consciente y estoy agradecida. Han llegado muchas misivas en las últimas semanas, pero me resulta imposible responder a todas.

—Lo comprenden.

—He respondido a la señora Valle, a Wilhem y a otros amigos más cercanos de la familia —continuó Elena como si quisiera excusarse. Su aspecto calmado y frío no iba en consonancia con los nervios que sentía.

—Tiene asuntos más importantes de los que preocuparse —añadió Vicente con una sonrisa. Horacio hizo un gesto amargo y se

aclaró la garganta antes de continuar.

—Por eso estoy aquí. Lamentablemente, ni siquiera la muerte es suficiente para dejar atrás los problemas que su padre y yo llevábamos tiempo intentando solucionar. Nuestros acreedores se ponen nerviosos. No entienden de duelos —dijo Horacio. Elena asintió, pero la solución no estaba en sus manos, sino en las de su hermano Esteban. Así se lo había explicado Vicente junto con un procurador días atrás.

—La herencia de mi padre recae sobre mi hermano Esteban. Él es el único que tiene potestad para tomar decisiones sobre el patrimonio de la familia, señor Méndez. Sé que la situación es apremiante, pero nada puedo hacer.

Horacio agachó la mirada y suspiró. Estaba claro que había venido en busca de una solución y no iba a rendirse tan fácilmente. Sacó un sobre de su bolsillo y lo puso sobre la mesa. Elena lo miró ceñuda.

—¿Qué es eso?

—Cuando se trasladaron a la hacienda, su padre me dio pleno poder sobre las propiedades, tanto en Santiago como en Valparaíso. Fue la manera de salvaguardarnos de la burocracia y así poder reaccionar rápidamente si la situación lo exigía —explicó Horacio. Elena no recordaba que su padre le mencionara nada de eso.

—¿Qué insinúa?

—Estoy a la espera de que un abogado me confirme la validez del documento. Mi conciencia me impide ser testigo de la destrucción de los Valdés sin hacer nada por evitarlo. Solo pienso en lo mejor para su familia.

—¿Es una amenaza?

—Es un ultimátum. Su padre hablaba desde la experiencia, pero me temo que usted lo hace desde la nostalgia.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Elena dando un golpe en la mesa.

Vicente se incorporó y se interpuso entre Horacio y la joven.

—Mantengamos la calma. Seamos razonables.

—No voy a tolerar que me falten el respeto en mi propia casa.

Horacio dio un paso hacia atrás.

—No era mi intención. Recalco que mi único fin es mirar por el bien de los Valdés. No hay otra opción que no sea vender las propiedades.

—Mi padre no quería vender las propiedades. Encontraremos otra opción —contestó Elena más sosegada, a sabiendas de que enemistarse con Horacio era un error.

—Me temo que es necesario llegar a un acuerdo —añadió Vicente. La obviedad desquició a Horacio.

—¿Eso es todo? Señorita, he de dar una respuesta a los acreedores —insistió.

—Les dirá que nada podemos hacer hasta que mi hermano regrese de la guerra. Cuando llegue ese momento, él decidirá si vende o no las propiedades, pero en cuanto a mí, no estoy dispuesta a echar por la borda todo aquello por lo que mi padre luchó —dijo Elena con un tono duro. Sus mejillas estaban encendidas por la emoción.

Sin embargo, Horacio no se inmutó. La reunión había sido breve, pero ya había tomado una decisión.

—Una semana más.

—¿Qué quiere decir?

Horacio miró a la joven con un gesto arrogante.

—Puede que la ausencia de noticias respecto a su hermano sea preludio de un fatal desenlace.

Aquellas palabras congelaron el corazón de Elena. Pese a la desgracia que había vivido, no se le había pasado por la cabeza que su hermano hubiera fallecido. Era imposible, como si el cúmulo de mala fortuna ya se hubiera agotado.

—¿Cómo puede decir una cosa así? —inquirió Elena.

—Su padre siempre valoraba todas las opciones, por desalentadoras que fueran —dijo Horacio mientras Elena se dejaba caer en el asiento con los ojos brillosos—. Lamento de corazón que sea esta la realidad a la que tiene que enfrentarse. Si en una semana no recibo noticia de Esteban, realizaré los trámites necesarios para la venta de las propiedades.

CAPÍTULO 21

La frustración más absoluta invadía a Elena. Días más tarde, el procurador de Vicente Ahumada le confirmó que el documento que le había entregado Horacio era un poder legal de pleno derecho sobre las propiedades y que solo el cabeza de familia, en este caso Esteban, tenía la autoridad suficiente para anularlo.

—Una situación distinta sería que Esteban, Dios no lo permita, falleciese. En ese caso, la herencia recaería en usted, Elena, junto con el usufructo de la parte correspondiente a su hermano menor, la cual se vería en la obligación de gestionar hasta que cumpliera la mayoría de edad —dijo el procurador.

Sin embargo, más allá del bosquejo legal en torno a la herencia de los Valdés, le preocupaba que cada vez se mencionara más la posible muerte de Esteban. ¿Acaso los demás tenían un punto de vista del que ella carecía? Movida por esta preocupación, recurrió de nuevo a Vicente para que tratara de averiguar el paradero de Esteban lo antes posible. Las opciones y el tiempo se le acababan.

—Hablándole con el máximo respeto, es desconcertante que Eusebio, en paz descanse, le concediera tales poderes a Horacio.

—Quiere vender cuantas propiedades hagan falta para pagar las indemnizaciones de los contratos de las bodegas —afirmó Elena—. ¡Mi padre no quería eso! Si no lo hubiera hecho él mismo.

Vicente la miró, condescendiente.

—Hablar de lo que su padre hubiera hecho o no, no solucionará nada, Elena. A veces la vida discurre por senderos que nos son agradables.

—¿Insinúa que debo darle mi bendición a Horacio? —preguntó indignada. Juana guardaba silencio, aunque cada vez le resultaba más complicado—. ¡Es el patrimonio de mi familia!

Vicente trató de apaciguarla.

—Mantenga la calma. Yo me encargaré de todo, ¿de acuerdo? Si le parece bien, partiré de inmediato a Santiago para intentar convencer a Horacio de que se le conceda más tiempo. Estoy seguro de que pronto tendremos noticias de Esteban.

Elena asintió.

—Me sabe mal que todo esto le salpique.

—No diga tonterías. La memoria de su padre y el cariño que le profeso son tales que bajaría hasta el mismísimo infierno si me lo pidiera —indicó Vicente sujetando la mano de Elena. Ambos se miraron fijamente durante unos segundos. Tras eso, este se despidió.

Elena lo acompañó a la misma puerta de la hacienda, como si se tratara de una dama que despide al soldado antes de partir a la guerra. Había cierto romanticismo en la estampa.

—Le traeré buenas noticias —dijo Vicente mientras se alejaba. Ella sonrió casi sin darse cuenta. Al poco, un jinete se acercó y ambos intercambiaron unas pocas palabras. El jinete era un joven al que Elena no había visto antes y que, por la forma en que gesticulaba, guardaba un trato cercano con Vicente.

De regreso a la hacienda, vio a Aurelio arrancando los brotes de malas hierbas que habían crecido bajo los finos troncos de la vid. Hacía su tarea con pausa. Enrique iba tras él y retiraba los pocos brotes que Aurelio se dejaba atrás, ya fuera por descuido o para que el pequeño de los Valdés tuviera tarea. Elena cayó en la cuenta de que no había hablado con su hermano de lo sucedido. Lloraron juntos y pasaron el duelo, pero más allá de eso, Enrique había asimilado el horror con una madurez asombrosa.

—¿Me estoy dejando muchos atrás? —preguntó Aurelio mientras avanzaba encorvado.

—Pocos. Muy pocos —contestó Enrique.

Elena se detuvo en el camino y los observó. Juana salió del establo, que no se encontraba muy lejos de allí, y se acercó a ella.

—¿Cómo está Moro? —preguntó Elena. El corcel se había convertido en algo especial para Juana. Era el recuerdo más presente que le quedaba de Tomás.

—Lo montaré en un par de días. ¿Qué le ha dicho Vicente?

Elena hizo una mueca.

—Las propiedades están en manos de Horacio, al menos hasta que demos con Esteban. Esta mañana le he escrito a Wilhem Von Hartmann para que mueva sus hilos.

Juana se sacudió el polvo del vestido.

—¿Y la otra carta que me comentó? ¿La ha enviado?

Elena respiró hondo.

—¿A cuál te refieres?

—A Matías Robles. Sabe que es bastante probable que no esté al tanto de lo que sucedió aquí —dijo Juana con serias dificultades para terminar la frase.

Elena hizo un gesto ambiguo para responder que sí, que junto a la carta de Wilhem había otra dirigida al norte, a Antofagasta.

—¿Quién sabe cuándo le llegará? La guerra lo complica todo —se quejó Elena.

Juana la observó de reojo.

—¿Acaso desea una pronta respuesta de Matías?

—O puede que ninguna —sentenció—. Lo único que deseo es que mi hermano regrese cuanto antes.

La mañana siguiente comenzó como cualquier otro día de primavera. Los pájaros canturreaban alegres y el sol bañaba lentamente los verdosos prados de la hacienda. La tierra húmeda por el rocío relucía y la vida rebosaba por doquier. A Elena, que contemplaba el paisaje desde el porche, le parecía mentira que esa tierra hubiera sido testigo de tanta crueldad.

Tenía planeado pasar la mañana con Clara, la cual, muy poco a poco, había comenzado a salir de la casa para pasear por los alrededores con Aurelio como sombra protectora. La joven continuaba sin hablar, aunque al menos habían conseguido que

saliera de la habitación en la que había estado enclaustrada durante semanas.

Se estaba preparando para tal tarea cuando, de repente, vio que un jinete cruzaba la hacienda a toda velocidad. Lo reconoció al instante. Se trataba de Julián, el mensajero. Apresurada, salió a su encuentro seguida de Juana y María. La velocidad del joven implicaba que llevaba consigo un mensaje que debía ser entregado cuanto antes.

—Remitido por Cristóbal de los Arcos, oficial de Marina —dijo el joven.

Elena sintió un escalofrío. Juana y María experimentaron el mismo fatalismo que pasó por la cabeza de ella, como si supieran cuál era el desenlace.

Sin moverse siquiera, Elena abrió la carta rápidamente, posando con desesperación sus ojos sobre las primeras líneas. Después, cuando hubo terminado, el papel escapó de sus dedos, fríos ante la noticia que acababa de recibir.

—Esteban… —susurró. Juana se lanzó a por la carta y la leyó igualmente, tapándose la boca con las manos y emitiendo un grito ahogado, contenido ante el dolor indescriptible que debía estar pasando Elena.

Esteban Valdés había desaparecido después de que la goleta en la que servía hubiera sido hundida por el enemigo. Cristóbal de los Arcos informaba de que había enviado a un equipo de búsqueda e incluso había contactado con el bando enemigo, barajando la posibilidad de que Esteban hubiera caído prisionero, pero fue en vano. La última línea de la carta acababa con toda esperanza: «Ante la violencia de la explosión y el número de bajas sufridas, mucho me temo que Esteban ha sido llamado por el creador. Paz a su alma».

No fue sencillo encajar un nuevo golpe del destino. En apenas unas semanas, Elena y Enrique se habían convertido en los únicos Valdés que quedaban con vida; el legado de su familia reposaba sobre sus hombros, al igual que la incertidumbre más acuciante.

Esa misma tarde celebraron un improvisado funeral. Aurelio talló a toda velocidad una cruz de madera y grabó el nombre de Esteban para después situarla junto a la lápida de sus padres. El pequeño

Enrique, sobrepasado en el dolor, observaba la cruz con la expresión de un adulto que ha vivido y ha visto ya demasiado. Hubo pocas lágrimas. La pena y el dolor se convirtieron pronto en resignación y hastío.

Cuando terminó el funeral, Elena se quedó frente a las lápidas un buen rato, mientras el sol de la tarde se hundía tras las montañas que cercaban el valle. Preguntas y reflexiones de toda índole pasaban por su cabeza. Asuntos mundanos como las deudas de las bodegas se entremezclaban con cuestiones metafísicas acerca de ella misma y el devenir. Recurrir a Dios le resultaba complicado. No confiaba en nada ni en nadie como para poner su futuro en manos de un tercero.

No fue hasta una hora después, cuando ya el cielo se cubrió con una pesada luz anaranjada, que Enrique fue en su busca. Elena escuchó el crujido de la hierba tras ella y se giró para recibirlo con una media sonrisa. Fue en ese instante cuando Elena se fijó en que su hermano había dejado de ser ese niño pequeño y frágil para convertirse en un joven fuerte. Después de todo, el traslado a La Tormenta le había sentado bien.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Enrique con las manos en los bolsillos. Pasó el brazo sobre su cuello y suspiró.

—Nuestro padre quería hacer un buen vino y que el viñedo fuera reconocido en todo el país. Quizás sea el momento de intentarlo.

—Dirás de hacerlo —contestó Enrique. Elena le dedicó una sonrisa.

Sin embargo, todavía faltaba un nuevo giro del destino. A la mañana siguiente regresó Vicente de su breve estancia en Santiago. Las noticias que traía consigo eran desalentadoras.

—Horacio Méndez no cumplió su palabra, Elena. Puso a la venta las propiedades en cuanto llegó a Santiago —explicó. Se encontraban en el antiguo despacho de Eusebio. Juana y Enrique los acompañaban. La primera por apoyo y el segundo para que fuera aprendiendo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Elena.

Vicente sacó una lista de las propiedades de los Valdés y la puso sobre la mesa.

—Lo ha vendido todo, a excepción de La Tormenta.

Elena no era capaz de creer lo que acababa de escuchar. Vicente continuó.

—Lo ha malvendido. Precios irrisorios. No han sido pocos los buitres que se han lanzado sobre los despojos. ¡Es indignante!

—Pero las deudas… —pronunció con dificultad.

—¿Las deudas? ¡Una sarta de mentiras! ¡Horacio no es más que un confabulador que se aprovechó de la buena fe de su padre! Muchos de los contratos se cancelaron al estallar la guerra. Pero Horacio se aferró a esas cláusulas para conseguir que su padre le transfiera enormes cantidades de dinero. ¡Malnacido!

Elena permanecía incrédula.

—¿Dónde está ese desgraciado? —preguntó Juana levantando el puño.

—¡Ah! Solo el diablo lo sabe. Tras la venta de las propiedades, se ha esfumado con millones en la maleta —exclamó Vicente—. Me he tomado la libertad de consultar a mi procurador. Las posibilidades de que las ventas se consideren como fraudulentas son mínimas. El poder que le entregó su padre le daba esa prerrogativa.

Elena se llevó las manos a la cabeza. Sus vidas se habían convertido en una pesadilla que no parecía tener final.

CAPÍTULO 22

Enero de 1881

El nuevo año fue acogido con cierta esperanza en La Tormenta. Esperaban que la muerte y la desgracia quedaran atrás de una vez y llegaran tiempos mejores, lo cual tampoco era muy complicado. Sin embargo, aquella fecha tan señalada también avivó los recuerdos de los que se marcharon. La Navidad se tiñó de luto en la hacienda.

Además, los abogados confirmaron que no podían hacer nada para anular la venta de las propiedades. Lo único que estaba en sus manos era denunciar a Horacio Méndez y esperar que la justicia lo encontrara más temprano que tarde. Pero Elena era realista. Horacio se había marchado con una cantidad ingente de dinero que le ponía el mundo a sus pies. Lo más seguro es que ni siquiera estuviera ya en Chile. Por la cabeza de la joven pasó el escribirle de nuevo a Matías Robles para que este moviera sus hilos para localizar a Horacio, pero finalmente descartó la idea después de recibir cierta información que le había provocado una honda indignación. Pese al rencor infinito que sentía hacia Horacio y sus ganas de hacerle pagar por su traición, Elena no podía permitirse malgastar su tiempo en cruzadas que no iban a proporcionarle más que disgustos. La hacienda y el viñedo era todo lo que les quedaba y de él dependían no pocas personas.

—Adelante —dijo en cuanto escuchó el sonido de la puerta. Respiró aliviada cuando vio que se trataba de Juana. En los últimos días, Vicente insistía en acompañarla la mayor parte del día y Elena lo consideraba agotador en ciertos momentos.

Juana tomó asiento frente a Elena.

—¿Has tomado alguna decisión al respecto?

Elena sabía perfectamente a qué se refería Juana. Días atrás recibió una carta de Wilhem Von Hartmann en la que le informaba que las antiguas bodegas de su padre habían ido a parar a manos de Matías Robles, lo que para Elena era la prueba irrefutable de sus intereses.

—Arrepentirme de haberle escrito. Por el momento, continúa en el norte. Bien distinto sería si se atreviera a poner los pies en la hacienda —contestó Elena—. Vicente ha prometido informarme de averiguar algo más.

Juana asintió. Vicente no le transmitía confianza, aunque tampoco tenía pruebas que presentar ante Elena. Además, Vicente se había volcado en ella y había puesto a su disposición cuanto pudiese necesitar para que el viñedo saliese adelante. Por ello, consideró oportuno no echar más leña al fuego.

—Iré a ver a Aurelio —dijo Elena—. Acompáñame.

Un sol agradable las recibió. Mientras caminaba hacia el establo, observó con satisfacción los brotes verdes que salpicaban el viñedo. En los últimos días había caído una fina lluvia que había humedecido la tierra y que Aurelio consideró muy oportuna, lo que sin duda era un buen augurio.

Al llegar, encontraron a Enrique retirando los excrementos, centrado en su trabajo. Moro, sin cordaje alguno, estaba junto a Enrique, dando pequeños pasos tras él. Mientras tanto, Aurelio preparaba los fardos de paja.

—¿Cómo está? —preguntó Elena. Tiempo atrás no hubiera permitido que su hermano se rebajara a tales tareas y, aunque experimentaba un atisbo de indignación, comprendía que sus vidas habían cambiado para siempre.

—Fuerte y sano. De las heridas no le quedan más que las cicatrices —informó Aurelio.

—Mañana lo montaré —dijo Juana.

Elena frunció el ceño al recordar que le mencionó en una ocasión que Moro rara vez obedecía a alguien que no fuese Tomás. Por ello, miró a Aurelio.

—¿No será peligroso?

Juana acarició el poderoso cuello del animal, donde se atestiguaban algunas cicatrices.

—Creo que nos entendemos —contestó Juana con una sonrisa. Elena se acercó a Moro y este comenzó a relinchar.

—No le caes bien —dijo Enrique mirando a su hermana. Elena no tenía ánimo para discutir. Esperó a que Aurelio terminara de adecuar a los caballos y después pusieron rumbo al viñedo.

—¿Ha pensado en lo que le comenté? —indagó Aurelio. Se refería a su petición de que Elena intermediara para que Rafael regresara de la guerra. Después de todo, ella era una Valdés y el apellido seguía siendo relevante—. No tenemos manos suficientes, Elena. Sé que el regreso de Rafael no cambiará las cosas, pero al menos conoce estas tierras y ha trabajado en ellas desde que era un niño. Vale por tres o cuatro mozos.

—Tienes razón, Aurelio. Pero ya ve cuánto tiempo se demoraron en comunicarnos la noticia de mi hermano. No espere un milagro.

Aurelio hizo una mueca.

—Hace tiempo que no creo en los milagros, pero conozco a Rafael y sé que querrá estar aquí.

Esa misma tarde, Elena envió un telegrama al Ministerio de Guerra y Marina explicándole lo sucedido, las pérdidas del cabeza de familia y padre de Rafael y su petición para que este regresara lo antes posible. Sin embargo, pese a que el apellido Valdés pudiera agilizar el proceso, era bastante improbable que Rafael pudiera regresar a tiempo.

Tras enviar el mensaje se quedó con un mal sabor de boca, rememorando aquellos días grises en los que estaba esperanzada con el regreso de su hermano. ¿Revivirían ese dolor con Rafael?

Abrumada por los recuerdos, no eran pocas las noches en las que Juana se despertaba llorando, conmovida por el recuerdo de Tomás. La imagen de su cuerpo, inerte junto al de su padre, era una herida que se resistía a cerrar, supurando dolor en cada silencio. Tomás había despertado en ella un sentimiento intenso. Ambos habían sido el primer amor del otro y en ninguna hipótesis barajaban la posibilidad de no pasar el resto de sus vidas juntos. A Juana le encantaba la vida en la hacienda y, dejándose llevar por sus sueños, ya se había imaginado criando a sus hijos en una pequeña casa construida junto a la de los Rodríguez. Había momentos, crueles por su desenlace, en los que se refugiaba en esa utopía para después ponerle fin trayendo a su memoria la imagen del cuerpo sin vida de Tomás.

Una de esas noches de desvelo, aprovechó la buena temperatura y se dirigió al establo. Moro, el caballo de Tomás, se había convertido en algo especial para ella, como si al mirar al animal las esperanzas por volver a ver a Tomás no fuesen un imposible. Sin embargo, al abrir la puerta, se llevó la sorpresa de encontrarse a Enrique, sentado sobre un montón de paja.

—¡Enrique! ¿Qué estás haciendo aquí?

El joven encogió los hombros.

—No me gusta que Moro duerma solo —señaló. A Pluma y Bella se los habían llevado los desertores y no habían vuelto a saber de ellos. Juana sonrió y acarició al animal. Desde la muerte de Tomás, tan solo lo había montado en un par de ocasiones, pero al subirse, el animal apenas avanzaba un par de metros antes de detenerse. El nervio y su facilidad para tirar de la montura a quien considerase oportuno hicieron que Aurelio ni nadie se atreviera a atusarlo—. Seguro que echa de menos a Tomás.

—Como todos —dijo Juana con los ojos brillosos.

En ese instante, una extraña sensación recorrió su cuerpo. El animal cabeceó hacia Juana, que se fijó en las cicatrices del animal. Extendió su mano y acarició su crin hasta aferrarse a ella con decisión e impulsarse sobre el lomo del animal. Durante los primeros segundos, el Moro se movió de un lado a otro y Juana no supo si iba a acabar en el suelo o estampada en la pared.

—No te acerques, Enrique —exclamó Juana, temerosa de que el muchacho pudiera salir herido. Este se refugió tras una valla de madera.

—Eso es, tranquilo. Tranquilo, Moro —dijo Juana inclinada hacia delante para que el animal pudiera oírle. Con mucho cuidado, apretó ligeramente sus piernas y el corcel avanzó hacia el exterior del establo. Enrique salió de su escondite y fue tras ellos.

—¡Te hace caso! —Sonrió el joven.

Juana, aferrada a la crin del animal, esbozó una sonrisa. El recuerdo de Tomás se hizo más presente.

—¿Cuánto tiempo hace que no galopas, Moro? —dijo Juana antes de apretar nuevamente las piernas y hacer que el animal reaccionara aumentando la velocidad. No le hizo falta guiarlo. Moro tomó el camino en dirección a la salida de la hacienda. Juana podía sentir cómo el corazón le latía muy fuerte.

El corcel fue ganando velocidad progresivamente, acercándose a la salida. Todavía estaba oscuro y apenas se veía más allá, pero Juana confió en el animal. Este se salió del camino en los últimos metros antes de llegar a la puerta, y saltó por encima de la valla. Un leve movimiento con la pierna derecha fue suficiente para que el animal girara en esa dirección. Juana sonrió.

—Así lo hacía Tomás, ¿verdad?

Antes de alejarse más de la hacienda, confiando en su control, hizo a Moro dar la vuelta y regresar. El animal no había perdido ni un ápice de su agilidad ni de su brío. Pasaron frente a la antigua casa de los Rodríguez y Juana se fijó en que Aurelio, escopeta en mano, la observaba boquiabierto. Un pellizco de emoción la invadió, que espoleó nuevamente a Moro para que cabalgara más deprisa.

El sonido sordo del galope se extendía por la noche silenciosa de la finca. Juana, con las lágrimas saltadas, tenía la sensación de ir volando sobre ella. Pasó frente a Enrique, que continuaba en la puerta del establo, visiblemente emocionado.

Cuando regresó y se bajó del animal, Enrique le dio un abrazo con todas sus fuerzas antes de darle las gracias.

A la mañana siguiente, todos observaron emocionados cómo el que había sido el caballo de Tomás se había convertido en una

extensión de las órdenes de Juana. Mercedes, entre la alegría y la nostalgia, rompió a llorar.

—Es como si Tomás estuviera aquí —sollozó.

Clara mostró una leve mejoría para principios de enero. Seguía sin hablar, pero al menos compartía el día a día con el resto y expresaba una sonrisa cuando veía a Aurelio. Sin embargo, se ponía nerviosa con la llegada de Vicente o cualquier otro hombre que ella no considerara dentro de su círculo de confianza. Incluso gritaba y sufría un ataque de pánico si se daba la circunstancia de encontrarse con alguien en un espacio reducido y a solas. Comprendieron esto después de que Aurelio sacara a un mozo del establo agarrado por el cabello, después de que Clara hubiera comenzado a gritar. Pese a las disculpas de Aurelio, el mozo no regresó a la hacienda.

Sin respuesta del Ministerio y sin apenas dinero para contratar a los trabajadores que necesitaba, Elena recurrió a Vicente para que le prestara su ayuda. Era evidente que el antiguo amigo de su padre trataba de ganarse su confianza continuamente, algo que exasperaba a Juana, cuya posición de cercanía con Elena veía amenazada. Haber acertado en sus sospechas respecto a Horacio le había dado confianza en ese sentido. Aurelio, que siempre había visto con buenos ojos a Vicente, también empezó a recelar.

A modo de ocasionarle una grata sorpresa, Elena, acompañada de Juana, decidió visitarla en su hacienda. Esta se encontraba a apenas quince minutos caminando. Moro iba tras ellas mientras rumiaba la hierba que se iba encontrando.

—¿Cree que Vicente la ayudará? —preguntó Juana.

—Estoy segura. Es un buen hombre —afirmó Elena. El sol calentaba con fuerza a aquella hora de la mañana.

—Eso dicen.

Elena la observó de reojo.

—Habla claro, Juana. Tengo demasiados problemas para tener también que descifrar tus palabras.

—No quiero tener únicamente palabras de mal augurio, Elena. Pero ya llevamos tiempo viviendo aquí y se escuchan cosas, rumores.

Elena frunció el ceño.

—¿Habladurías?

—Dicen que el señor Ahumada tiene unos gustos… extraños, por así decirlo. Impropios de un hombre —dijo Juana—. Que ese es el motivo de sus continuos viajes y de que todavía no se haya casado.

—Tonterías —sentenció Elena a la par que recordaba la excentricidad de Vicente, el amaneramiento de sus manos o el continuo lirismo de sus palabras—. Puede que sea un hombre sensible, hasta diría artístico. ¿Qué esperas que digan los campesinos?

—No espero nada, Elena —contestó Juana con cierta ironía.

Estaban a punto de llegar a la hacienda de Vicente cuando un jinete, que se acercaba desde el otro lado del camino, se les adelantó. Se trataba de un joven que Elena había visto hacía no mucho. Esta vez se fijó en que era de su edad.

—Otro de los rumores —apostilló Juana. Elena se giró hacia ella.

—¿Cómo dices?

—Ese joven. Dicen que es hijo ilegítimo de Vicente, que lo concibió con una sirvienta.

Elena se ruborizó levemente, como si en ese momento hubiera sido consciente de que Vicente tenía un lado masculino y sexual que ella había ignorado.

—Entonces, ¿qué sentido tienen los rumores de que Vicente tiene gustos impropios? Si ese joven es su hijo…

—Ahí no puedo rebatirla, Elena.

Para cuando enfilaron la entrada de la hacienda, el joven ya se había bajado del caballo y mantenía una conversación con Vicente, el cual parecía muy aireado hasta que se percató de la presencia de las jóvenes. Enseguida, dejó de lado al joven y se acercó a ellas.

—¡Qué grata sorpresa! ¿A qué debo la presencia de sendas florecillas de primavera?

El joven permanecía de pie, con los brazos rectos, sin moverse. Su cabeza era redonda y pequeña, y mantenía una mueca que evocaba a una sonrisa forzada. Pero lo que más llamaba la atención era que sus cejas se unían sobre su nariz, remarcando una mirada incisiva y desconcertante. Era tal que Juana y Elena lo miraron abiertamente con una mezcla de curiosidad y repudio.

—Me apetecía visitarlo —respondió Elena. El rostro del joven lucía un brillo grasiento.

—¡Qué afortunado me siento con sus palabras! ¿Le parece bien pasear? ¡Lejos de aquí! Oh, después de tantos viajes, esta hacienda es como una prisión para mí.

Elena aceptó y le pidió a Juana que regresara a La Tormenta, lo que hizo a lomos de Moro. Minutos después, Elena y Vicente paseaban por un serpenteante sendero que recorría una zona de monte salvaje.

Durante los primeros minutos, Vicente no se detuvo un instante. Saltaba de un tema a otro con una energía casi contagiosa, enlazando cada respuesta de Elena con una nueva ocurrencia que lo llevaba a otra conversación distinta. Parecía empeñado en mantener aquel bucle interminable de palabras, hasta que por fin Elena encontró la manera de frenarlo al preguntarle por el joven.

—¿Se refiere a Ciro? El bueno de Ciro. No habla mucho, pero es un buen muchacho. Es mi contable particular, mi hombre de confianza. ¿No le había hablado antes de él?

—No lo recuerdo —contestó Elena mientras recapacitaba si mencionarle el rumor que Juana le había confesado.

—Puede que haya sido así. En fin, Ciro no es muy hablador ni dado a las reuniones de sociedad. Aunque es un gran contable. ¿Hay algo más que quiera preguntarme de él?

La insinuación de Vicente la hizo sonrojar, provocando que este soltara una carcajada.

—Sé perfectamente los rumores que circulan, Elena. Procuro ignorarlos, es lo más sano, pero no tengo inconveniente en ser sincero con usted. Ciro fue fruto de una pasión de juventud, un error, el resultado de un desborde pasional si lo prefiere.

—No le juzgo. Discúlpeme si le ha dado esa sensación.

—Descuide, Elena. No me siento ofendido —respondió con una sonrisa.

Puesto que Elena había ido en busca de Vicente con la intención de conseguir su ayuda con el asunto de los trabajadores, decidió no mencionar nada con lo que pudiera sentirse molesto y no habló más del tema. Para ello, tan solo tuvo que mencionar que tenía algunos

problemas y que esperaba que él le ayudara para que Vicente hiciera el resto.

—Sus problemas son los míos, Elena —dijo Vicente sin perder la sonrisa y apretando sus manos como si estuviera impaciente por escuchar la respuesta.

—Me honra escucharle. Era un buen amigo de mi padre y espero disfrutar igualmente de su amistad —contestó la joven con una inesperada sensación de calor en su pecho. No sabía por qué, pero la remota posibilidad de que Vicente hubiera tenido un hijo lo hacía verlo de una manera distinta.

—¿Mi amistad? Ya la tiene. Le pertenece. Es toda suya y quiero que sepa que no son palabras vacías.

Fue entonces cuando Elena le comentó el asunto de los trabajadores.

—Delo por hecho. Esta misma tarde tendrá aquí varios mozos para que Aurelio le instruya en sus tareas. Correré con sus gastos. Tengo entendido que hay previsiones de que será una buena cosecha, ¿verdad?

—Así lo afirma Aurelio, pero prefiero ser cauta.

Vicente asintió.

—Permítame decirle, Elena, que no ha podido darme mejor respuesta —dijo mientras se pasaba el dorso de los dedos por los ojos—. Hablar con usted me trae muchos recuerdos. Es la viva imagen de su padre. ¡Qué orgulloso estaría Eusebio de ser testigo de su liderazgo!

—Tenga por seguro que, allá donde esté, se sentirá orgulloso. Es lo que me da fuerzas para seguir hacia delante —indicó Elena, que fue capaz de dejar de lado la cascada de halagos que Vicente le procuraba para tratar un asunto que le desagradaba en gran medida —. Disculpe que lo ponga en esta tesitura, pero ¿ha sabido algo más de Horacio Méndez? Desde que se marchara de la hacienda para vender las propiedades de mi familia, no he vuelto a saber de él.

Vicente no pasó por alto el tono frío de las últimas palabras de la joven.

—¿Horacio Méndez? Que un rayo me parta si ese hombrecillo despreciable no se ha convertido en un fantasma. ¡Solo Dios sabe en

qué madriguera se habrá escondido!

—Tiene razón. Tan solo quiero que pague por su vileza.

—Así será. No tengo duda de ello —dijo Vicente, que esperó un par de segundos antes de continuar la conversación—. Oh, ¿cómo se encuentra la señorita Clara?

—Poco a poco se va recuperando.

—Fue toda una muestra de humanidad el que permitieran que se instalaran en su casa —añadió Vicente. Elena asintió a medias.

—Es lo mínimo que podía hacer. Además, Clara no es capaz de entrar a su casa. La soledad es mala compañera en estos momentos —concluyó Elena.

El resto del paseo se convirtió en un cuasi monólogo por parte de Vicente. Pese a que Elena lo consideraba soporífero en ocasiones, se reía con sus ocurrencias y disfrutaba de sus versos cuando los consideraba oportunos, que no solía ser la mayor parte del tiempo. La joven lo consideraba un hombre culto, inteligente y de cierto interés, aunque en ocasiones se dejara llevar por un dramatismo exacerbado.

Cuando consideró que ya lo había escuchado lo suficiente, le pidió que la acompañara hasta La Tormenta, algo a lo que Vicente accedió de inmediato.

Sin embargo, aquel día aún guardaba sorpresas para todos. Nada más llegar a la residencia, Juana la abordó con una sonrisa que Elena no pudo traducir.

—Ha llegado un mensaje para usted —le informó.

Elena sintió un escalofrío mientras desdoblaba el mensaje. Sabía que Juana ya lo había leído y era ese el motivo de su sonrisa. Los ojos de Elena se abrieron de par en par.

—Matías Robles llegará a la hacienda a finales de semana.

CAPÍTULO 23

Después de dos días de espera, al fin averiguaron cuándo recibirían la visita. Un nuevo telegrama enviado por Matías desde Santiago le confirmó que llegaría ese viernes por la mañana.

—Tiene la desfachatez de hacérmelo saber. No es más que un provocador —dijo Elena entre dientes mientras desayunaba.

Mercedes y María la observaban en silencio. Elena se había encargado de recordarles a todos que Matías era el actual propietario de las bodegas de su padre, lo que para ella era una traición sin parangón.

—Aun así, pienso que debería recibirlo —propuso Juana, que era la única que se atrevía a rebatirle. La indignación de Elena era tal que ni siquiera le importaba hablar del asunto a oídos de los demás.

—¿Recibirlo? Ya le he dicho a Aurelio que le permitiese atravesar la entrada. No va a poner sus pies en la hacienda —reiteró—. ¡No después de su vil traición!

Pero Juana no se achantó.

—Ha de tener en cuenta que su padre ya no se encontraba entre nosotros cuando Horacio vendió las propiedades.

Elena respiró profundamente.

—¿Por qué tratas de justificarlo? Siempre intentó embaucar a mi padre, haciendo que invirtiera aquí y allí. ¿Crees que ahora no

intentará hacerse con la hacienda? Te aseguro que ese será su próximo paso —afirmó Elena.

Juana, sin embargo, se mostraba más prudente respecto a Matías. Además, tenía la sensación de que Elena forzaba sus pensamientos negativos respecto a él, como si no quisiera empatizar ni establecer ningún tipo de relación.

—Si no lo recibe, nunca lo sabrá —se limitó a contestar Juana.

Elena optó por guardar silencio. Pese a que valoraba las opiniones de Juana, en el asunto de Matías no iba a ser flexible. Tras el desayuno fue en busca de Aurelio, que paseaba con Clara tranquilamente por la hacienda. El doctor Riquelme les había aconsejado que la joven permaneciera activa y entretenida.

—No la dejen a solas con sus pesadillas —les dijo.

Por ello, Aurelio solía ir en su busca por las mañanas para dar un paseo mientras le contaba las tareas que debía realizar a lo largo del día. Clara lo escuchaba en silencio. Rara vez lo miraba o reaccionaba a sus palabras, pero con el paso de los días la joven se iba a la puerta a esperar que llegara Aurelio, fruto de que ese momento le agradaba.

Afortunadamente, no se encontraban muy lejos y Elena pudo alcanzarlos rápidamente. Se encontraban en la parte alta de la hacienda.

—¡Elena! No esperaba verla por aquí tan temprano —comentó Aurelio. Clara se echó a un lado. Tenía las manos juntas y miraba continuamente al suelo. Elena le dedicó una mirada de cariño.

—Venía para saber si ha tenido noticia del gringo —dijo con desdén.

—Todavía es temprano, pero fue muy clara al respecto. Le avisaré en cuanto lo despache —respondió Aurelio.

Satisfecha con la respuesta, Elena regresó a la casa. Mientras caminaba, se preguntó el motivo exacto de lo que acababa de hacer, pues era evidente que todavía era muy temprano para la llegada de Matías.

El resto de la mañana la pasó sin hacer nada concreto. Se asomaba continuamente a la ventana, observaba el trabajo de los mozos, miraba fijamente hacia la entrada de la hacienda y

suspiraba. Pero el destino quiso que en uno de los intervalos en los que no se encontraba asomada a la ventana, un jinete llegara hasta la entrada de la hacienda. Aurelio, que vigilaba mientras atendía sus tareas, se encaminó hacia allí una vez cogió la escopeta, la cual no dejaba muy lejos después de lo sucedido el septiembre pasado. Así, despacio, con el arma descansando sobre sus hombros, llegó hasta la entrada.

—¿Quién va? —preguntó.

El jinete avanzó un par de metros hasta que Aurelio alzó la mano para que se detuviera.

—Soy Matías Robles. Un viejo amigo de Eusebio, en paz descanse —dijo poniéndose la mano derecha sobre el pecho.

Aurelio se quedó mirándolo fijamente. Elena le había pedido encarecidamente que le prohibiera la entrada a la hacienda.

—La señora Valdés me ha pedido que le comunique que no puede recibirle… ni tampoco lo desea.

Matías no se amedrentó y miró desafiante a Aurelio. Sin embargo, pronto su mirada se centró más allá de Aurelio, donde Juana, a lomos de Moro, se acercaba. Aurelio se giró y no ocultó su desconcierto.

—Buenos días, señor Robles —saludó Juana deteniéndose a la altura de Aurelio.

—Un placer volver a verla, señorita. Me alegro de que se encuentre bien —contestó Matías tocándose ligeramente la solapa del sombrero.

—Lo mismo digo. Pase, se lo ruego.

Aurelio se acercó a Juana.

—Elena no quería…

—Elena ha cambiado de opinión. Por eso estoy aquí, Aurelio —interrumpió Juana. Se mantuvieron la mirada durante unos segundos antes de que Aurelio cediera.

—Yo no he tenido nada que ver —recalcó.

—Échame la culpa —pidió Juana antes de dirigirse a Matías—. Adelante, señor Robles. Disculpe el recibimiento. Desconozco si está al tanto de la tremenda desgracia que vivimos no hace mucho.

Matías azuzó su caballo y ambos avanzaron hacia el interior de la hacienda.

—He oído cosas, señorita, algunas de las cuales tan horribles que he rezado durante todo este tiempo para que no fueran ciertas.

—Lamentablemente lo son, señor Robles —aseguró Juana.

No fue hasta que se encontraban cerca de la casa de los Valdés cuando Elena se percató de que Juana cabalgaba junto a Matías. No le hizo falta ver más para deducir lo que había sucedido. Sin esperar que le avisaran de su llegada, fue hacia la entrada de la casa para recibirle y despacharle cuanto antes. En cuanto a Juana, ya hablaría con ella más adelante. No iba a permitir que nadie cuestionara sus órdenes de esa manera.

Al salir, prácticamente se encontró de cara con ellos. Juana la observaba con un deje de sonrisa que expresaba abiertamente su desafío, pero Elena retiró rápido la mirada de ella y se centró en Matías. Quedaba poco del joven que conoció en la velada de Wilhem hacía ya un par de años. Una fina y casi inapreciable perilla le daba un aire astuto, despierto, mientras que su traje, pese a ser de viaje, era correcto y remarcaba su porte. Tenía más aspecto de oficial que regresaba del frente que de empresario de éxito, tal y como les contó en las cartas.

Matías detuvo el caballo y se bajó con gracia. Elena permanecía quieta, como una estatua.

—Ante todo quiero presentarle mis más sinceras condolencias, Elena —dijo Matías haciendo el amago de sujetar su mano para besarla, pero la joven no le dio oportunidad. Aurelio, con la escopeta sobre el hombro, apareció al otro lado del camino, aunque se limitó a observar desde la distancia.

—¿Cómo se atreve a poner los pies aquí? —inquirió Elena. Matías se mantuvo sereno.

—El triste desenlace de su familia ha sido desgarrador. Ha demostrado con creces su fortaleza, Elena. En cuanto a mí, me ha sido imposible venir antes.

Elena, sin disimulo alguno, se pasó las manos por el vestido para secarse el sudor. Estaba alterada y nerviosa.

—Nadie ha reclamado su presencia —insistió de manera atropellada. Ella misma tenía la sensación de mostrarse como una niña enrabietada, lo que le enfadaba más todavía.

Matías se mostró confundido.

—Se lo ruego, Elena, ¿puede decirme el motivo de su enemistad? Le prometo que he venido aquí con las mejores intenciones.

Elena soltó una carcajada irónica mientras rebuscaba la respuesta en su cabeza. Juana, a lomos de Moro, los observaba sin ocultar su curiosidad, mientras que algo había llamado la atención de Aurelio, que se encaminó en dirección a la entrada de la hacienda.

—Sé de sobra cuáles son sus intenciones —exclamó Elena—. Y nunca, repita, nunca vuelva a nombrar a mi padre. Su ruindad no conoce límites. ¡Ahora márchese! ¡Desaparezca de mi vista!

Lejos de desistir, Matías se quitó el sombrero para descubrirse. Su pelo negro, reluciente y peinado hacia atrás, cambió por completo su apariencia, devolviéndole su todavía juventud. Sus ojos oscuros se centraron en Elena, que, en otro gesto de desprecio, le retiró la mirada.

—Al menos escúcheme primero. Sé que después su parecer será bien distinto.

—Nada de lo que diga puede cambiar sus viles acciones —dijo Elena—. ¡Juana, deshazte de él!

Juana no se inmutó.

—¡Juana! —insistió Elena.

Matías dio un paso hacia ella.

—Yo no le compré las bodegas a Horacio Méndez, señorita.

Estas palabras provocaron que la ira desbocada de Elena se extinguiese casi de inmediato, como si Matías hubiera pronunciado las palabras de un hechizo.

—¿Cómo ha dicho?

—Me las ofreció un tercero. Fue simple casualidad, pero le aseguro que no es lo único que tengo que contarle. Por eso he venido. Deben conocer la verdad.

Juana tiró de las riendas de Moro para dar la vuelta. Sabía que Elena, al menos, iba a escuchar a Matías. Su intuición no había

fallado.



Elena y Matías no hablaron a solas hasta horas más tarde, ya que Enrique saludó a Matías como si de un hermano se tratase e insistió en mostrarle hasta el último rincón de la hacienda. Elena, a sabiendas de lo complicado que era contradecir a su hermano, los dejó ir. Acto seguido, Enrique le presentó a Mercedes y a Clara, quien, para sorpresa de todos, saludó a Matías con un leve movimiento de mano. Esto fue suficiente para que su madre se emocionara y después, sin que Clara pudiera oírla, le contara a este lo sucedido. El joven se mostró afectado y les dijo que los rumores de aquella noche habían llegado hasta Santiago.

Mientras el recién llegado provocaba el entusiasmo de los demás, Elena aprovechó la situación y fue en busca de Juana, con la que tenía un asunto que tratar.

—¿Has sido tú? —preguntó Elena señalándole con el dedo. Juana, con suma calma, manipulaba la palanca de la fuente de agua.

—Así es, señorita.

—Dije que no quería que pusiera los pies en la hacienda.

—Lo sé, señorita.

—¿Por qué lo has dejado pasar? —gritó. Estaba fuera de sí.

—Porque ese hombre ha recorrido medio país para mostrarle sus respetos.

—Algo querrá.

—Hasta el momento no le ha pedido nada. Incluso le ha dicho que él no le compró las propiedades a Horacio Méndez —dijo Juana. Elena se exasperó y se encaminó hacia la casa. Dio unos pocos pasos antes de detenerse.

—Ve en busca de Matías y tráelo al despacho. Mi hermano te hace más caso a ti que a mí.

Los veinte minutos que transcurrieron hasta la llegada de Matías al despacho fueron eternos para Elena. Estaba sentada tras la

antigua mesa de su padre mientras torturaba un pañuelo entre sus dedos, pasándolo de una mano a otra en un ciclo infinito. Juana se quedó en el umbral a la espera de que Elena le dijese si debía entrar al despacho o marcharse.

—Entra y cierra la puerta —dijo Elena.

Matías miraba a su alrededor. Las cosas habían cambiado mucho desde la última vez que él estuvo allí.

—¿Qué tiene que decirme? ¿Qué verdad es esa?

Matías cogió aire.

—Horacio Méndez les ha engañado.

Elena sonrió con ironía.

—¿Para eso ha hecho un viaje tan largo? Ya estábamos al tanto —contestó Elena—. Usted se ha aprovechado de ello.

Matías comenzó a hablar como si nada.

—A finales de agosto del año pasado llegó un corredor a Antofagasta con una larga lista de propiedades a la venta. Es lo normal. Pese a la guerra, el negocio del salitre es próspero y los que invirtieron en él tiempo atrás tienen la capacidad de adquirir propiedades. Ese corredor no es más que un intermediario. Dispone de mucha liquidez y lo aprovecha para comprar propiedades a precio reducido con carácter inmediato. Después las ofrece a un precio superior. La lista que llegó a mis manos contenía las de su padre, Elena.

La joven lo miraba fijamente, como si le costara procesar esa información. Matías continuó.

—Fue entonces cuando comencé a investigar. Pese a lo que usted piensa de mí, yo desconocía cuáles y cuántas eran las propiedades de su familia. Jamás hablé de eso con su padre. De las bodegas, sí, porque formaban parte de nuestros negocios, por eso las compré en cuanto las vi. Hubiera comprado el resto de haberlo sabido, pero para cuando descubrí que habían pertenecido a los Valdés, ya estaban en manos de otros.

Elena se intercambiaba el pañuelo de mano con un movimiento frenético que revelaba su estado de nervios.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Juana. Pero Elena no la escuchó. Tenía la mirada perdida.

—Así fue cómo adquirí las propiedades que le mencioné. Propiedades, permítame decirle, que tiene a su disposición.

Elena abrió los ojos de par en par. Estaba tan tensa que era complicado prever qué iba a salir por su boca.

—¿Cómo dice?

—Mis abogados lo han arreglado todo para hacerle un traspaso de las propiedades —explicó Matías. Hasta Juana se sorprendió del noble gesto.

—¿Ahora debo aceptar su limosna? ¿Forma parte de su humillación? —exclamó Elena. Matías frunció el ceño.

—Ni una cosa ni la otra. Legalmente, las bodegas y el resto de las propiedades deberían pertenecer a los Valdés. Me consta que Wilhem y otros grandes de Santiago están intentando recuperar el patrimonio de su familia.

Elena, vencida por el agotamiento, se dejó caer sobre la silla.

—¿Se encuentra bien? —insistió Juana.

—Perfectamente —contestó Elena al cabo de unos segundos. Parecía ser consciente de que necesitaba serenarse. Después de todo, Matías había puesto fin a las sospechas que se ceñían sobre él. No tenía sentido mostrarse tan hostil—. Le agradezco su oferta, Matías.

Este agachó la cabeza en una leve reverencia.

—Es lo mínimo que podía hacer —dijo antes de respirar hondo y continuar—: Sé que no es buen momento, Elena, pero debido a la premura de mi viaje, me gustaría quedarme en la hacienda unos días.

Elena lo miró sorprendida por su petición. Ambos sabían que no podía negarse después de su gesto altruista. Su sonrisa nerviosa así la delataba.

—Por la memoria de mi padre, señor Robles. Los días que necesite, aunque para serle sincera, espero que no sean muchos. Seguro que tiene asuntos que atender en el norte.

Matías hizo una leve reverencia.

—Descuide.

Juana intervino.

—Puede quedarse con Aurelio en la antigua casa de los Rodríguez. Hay habitaciones de sobra.

—¿El señor de la escopeta? —preguntó con ironía.

—¿Algún inconveniente? —respondió Elena con una media sonrisa.

—Ninguno, Elena. Me gusta que velen mi sueño.

CAPÍTULO 24

La estancia de Matías en la hacienda se prolongó por dos semanas, en las cuales se granjeó la simpatía de todos, a excepción de Elena, que continuaba observándolo con recelo. Otro que no sentía predilección por él era Vicente Ahumada, cuya llegada le pilló por sorpresa. De hecho, Vicente conocía a Matías simplemente por sus ganancias en el negocio del salitre, lo cual se comentaba en las tertulias. Matías, gracias a sus contactos en Estados Unidos, se había convertido en uno de los principales exportadores del preciado mineral. Pese a su fortuna, compartía con Elena el menosprecio por no pertenecer a una familia de renombre.

Por ello, quizás para dejar clara su postura, Elena se mostró muy cercana a Vicente, al menos en los primeros días de la estancia de Matías en la hacienda.

—No se puede ocultar su consideración de devolverle las propiedades. Aunque la experiencia me dice que hombres como el gringo siempre piensan en un posible beneficio —anunció Vicente.

—Lo sé. No crea que he bajado la guardia.

—Pero va a disfrutar de su hospitalidad durante unos días, ¿no es cierto?

Elena asintió azorada.

—El caballo de Troya. Mi consejo, como amigo, es que no se fíe de él y lo ate en corto.

—Menos mal que le tengo a usted, Vicente —dijo Elena—. Los problemas son menos problemas cuando puedo contar con su apoyo.

Vicente sonrió con orgullo.

—¡Cuánto me honra escuchar eso! Elena, considere mi compromiso con usted eterno, hasta las últimas consecuencias —dijo Vicente mientras se acercaba a ella y estrechaba sus manos—. Considéreme más que un amigo, su confidente.

Tras esto, la miró fijamente y le dio un delicado beso en las manos que provocó un escalofrío en la joven, que disimuló con una sonrisa. Después se despidieron y, durante unos minutos, Elena se quedó a solas preguntándose qué había ocurrido.

Sin embargo, la novedad de la presencia de Matías le robó su atención durante los días siguientes. Elena tenía la sensación de que este sabía utilizar las palabras adecuadas dependiendo de la persona que tuviera al frente, consiguiendo que desde Mercedes a Aurelio todos hablaran bien de él. Hasta su hermano Enrique lo buscaba para que lo llevara a cabalgar. Pero Elena no bajaba la guardia, ya que estaba convencida de que todo era una argucia por parte de Matías para hacerla cambiar de opinión. Ya le había mencionado que quería invertir en el viñedo, lo cual podría significar el primer paso para hacerse con la hacienda. Estas sospechas continuas agriaban más todavía su carácter. Además, estaba lo otro. Matías ejercía una especie de efecto sobre ella. Elena siempre había sido consciente de su frialdad a la hora de pensar y actuar, pero con Matías le resultaba imposible. Era como si las palabras y los actos de ese hombre sortearan sus defensas racionales y le atacaran en lo sentimental, confundiendo sus pensamientos y llevándola por derroteros que ni ella misma se atrevía a reconocer.

—Las uvas tienen un buen tamaño —decía Aurelio mientras sopesaba un racimo en su mano—. Esperemos que febrero no sea un mes muy caluroso. No estaría mal rezar para evitar esas malditas tormentas de verano.

—Dios le oiga —dijo Elena—. Por cierto, ¿ha hablado con ese comerciante de Chacabuco? ¿Está interesado en comprarnos el vino?

Aurelio se levantó mientras se sacudía la tierra de las manos.

—Llevo varios días intentando localizarlo, pero nadie sabe de él. Lo más probable es que los desertores le dieran muerte. Todos los años, apenas en los primeros días de enero, ya se pasaba por aquí para cerrar el acuerdo con Ramón.

Elena suspiró. En la situación en la que se encontraban, no podían permitirse una mala cosecha.

—¿Conoce a alguien que pudiera interesarle?

—Oh, desde luego, y usted también, Elena. ¿No le ha comentado nada el gringo?

La ira estalló en su interior. Aurelio continuó.

—Hace días estuvimos hablando. Me cae bien ese muchacho. Se le ve buen fondo. El caso es que me aseguró que podría conseguir un buen precio por el vino en el norte. No se piense que cerramos ningún acuerdo. Me dijo que se lo comentaríʼ…

Aurelio paró de hablar al percatarse de que Elena se había marchado. Caminaba en dirección a la antigua casa de los Rodríguez, donde con total seguridad se encontraría Matías.

Elena ni siquiera llamó a la puerta. La abrió de golpe sin avisar y sin permiso. Nada más entrar, se encontró a Matías sentado en la mesa. Llevaba unas diminutas gafas que se quitó con suma calma, casi como si estuviera esperando la intempestiva llegada de Elena.

—Se ha levantado enérgica —comentó Matías.

—Cállese, miserable.

Matías suspiró y cruzó los brazos.

—¿De qué se me acusa, Elena?

—Aurelio me ha dicho que le ha ofrecido comprar la producción de vino. Ya le dije que no aceptaría ninguna limosna de su parte —exclamó. Matías asintió al comprender ya lo que irritaba a la joven.

—¿Limosna? Yo pago por el vino, Elena. Lo venderé en el norte y obtendré un beneficio. Dígame dónde está la limosna de la que habla. ¿Ambos salimos beneficiados? ¿Qué problema hay en ello?

Elena tardó unos segundos en responder. Su propio enfado le impedía razonar con claridad. Lo odiaba con todas sus fuerzas, pero, aun así, le despertaba una curiosidad incontenible.

—Es una manera de disfrazar su limosna.

Matías suspiró.

—Está bien, Elena —contestó poniéndose de pie. Al hacerlo, Elena se fijó en la anchura de sus hombros. Era mucho más alto que ella. Bajo la camisa blanca que vestía se apreciaba su torso musculado, rudo en cierta manera, pero que, al mismo tiempo, le evocaba sentimientos que jamás había experimentado—. Pero sé que su contacto de Chacabuco está desaparecido, así que le pido que reflexione y piense en lo mejor para su familia.

—Es precisamente lo que estoy haciendo.

Estaba tan alterada que sus mejillas lucían encendidas y los ojos le brillaban como si tuvieran luz propia. Para Matías, su belleza natural no pasó inadvertida. La preciosa joven que conoció en la velada de Wilhem Von Hartmann años atrás se había convertido en una mujer. Su tozudez seguía desquiciándolo, pero había algo en ella que le resultaba tremendamente atractivo. Aquel contraste, el deseo y el rechazo, lo enturbiaba todo.

—Ahora que nos encontramos a solas, le pido que sea sincera. ¿Qué tiene en contra de mí? No le he dado motivo alguno para que me trate con tanto desprecio.

Elena sabía que Matías llevaba parte de razón, pero no podía evitarlo.

—Tengo mis razones.

—Quizás pueda discutirlas. Están dirigidas a mi persona, por lo que me incumben.

—Intenta engatusarme con su palabrería.

A medida que intercambiaban palabras, iban moviéndose por el salón de la casa, como dos bestias que se miden antes de la lucha.

—Lo único que le estoy ofreciendo es un acuerdo con el que los dos podemos salir bien parados —insistió Matías. Elena sonrió mientras rebuscaba las palabras en su cabeza.

—Usted siempre sale beneficiado. Esa es su condición.

Matías soltó una carcajada.

—De ello depende mi vida, Elenita.

Apenas pronunció la última palabra, fue consciente de la línea que había traspasado. Solo había una persona que la llamaba así: Eusebio. En cuanto a Elena, para ella tampoco pasó desapercibido. Sintió un chasquido de dolor en su interior al mismo tiempo que

procuraba recordar cuándo había sido la última vez que había oído esa palabra salir de la boca de su padre.

—Lo siento. Soy consciente de que me he propasado. Mis disculpas —dijo agachando el rostro.

Sin embargo, Elena no se lo tomó a mal y, por el contrario, disfrutó al verlo arrepentido, casi suplicando su perdón.

—No tengo nada que disculparle. No voy a cerrar ningún trato con usted, ¿le ha quedado claro?

—Una negociación complicada —añadió Matías.

—¡No hay ninguna negociación! Por su bien, le pido que no pierda más el tiempo con este asunto.

Pese a que la discusión no fue a más y Elena se despidió poco después, aquella reunión marcó un precedente entre ambos. Fue quizás lel cruce de palabras más prolongado que mantuvieron desde que se conocieran por primera vez y ello les permitió tantearse. A partir de entonces, la relación entre ambos se estrechó, aunque siempre mediante conversaciones que rozaban la discusión, un continuo tira y afloja que llamaba la atención de cuantos estaban presentes.

Juana fue la primera en comentarle la extraña relación que había establecido con Matías. Igualmente, era la única que se atrevía a hablar con Elena de algo semejante.

—Parece que se llevan mejor.

Enseguida, Elena clavó sus ojos en ella.

—¿Qué insinúa?

—Nada, señorita.

Elena sabía perfectamente qué pasaba por la cabeza de Juana. Ella nunca había ocultado su buena opinión respecto a Matías.

—No deseo hablar del tema —insistió Elena.

Desde que mantuviera esa conversación con Matías, algo se había despertado en su interior. En varias ocasiones había pensado en planteárselo a Juana, tragarse su orgullo y sincerarse acerca de sus sentimientos más profundos, pero, por otro lado, el imaginárselo era suficiente para que descartara la idea de inmediato.

Juana encogió los hombros, aceptando el desafío.

—¿Quiere que le sea sincera? Estoy segura de que, si su padre se encontrara entre nosotros, Matías le habría pedido permiso para comprometerse con usted.

Elena sonrió a la par que negaba con la cabeza,

—¡Eso no tiene sentido! De igual manera, jamás aceptaría casarme con un hombre como Matías. Mi padre ni siquiera llegaría a planteármelo. No puedo comprometerme con el primer hombre al que le ha sonreído la fortuna.

—Permítame decirle que doy por sincera la estima de Matías y su paciencia con usted. ¿A santo de qué iba a soportar su desprecio o sus malas maneras? Sabe que usted no lo quiere aquí, al menos de momento, pero no le importa en absoluto. Sigue sin marcharse.

La deducción que acababa de realizar Juana fue toda una revelación para Elena, que hasta ese momento no se había planteado el motivo por el cual Matías prolongaba su estancia en la hacienda un día tras otro. Alegaba que debía esperar a un día concreto para iniciar su camino hacia el norte, pero a Elena esa excusa nunca le convenció. Sin embargo, con lo que Juana acababa de decirle, todo cobraba un nuevo sentido.

—¿Insinúa que Matías está aquí para pedirme la mano? —preguntó Elena.

Juana no tuvo impedimento en contestar que sí.

—Puede que la situación que se ha encontrado aquí le dificulte plantear la cuestión. Sus padres ya no están, tampoco su hermano mayor. ¿A quién se supone que debe recurrir? Posiblemente ese sea el motivo que lo mantiene en la hacienda. ¿Sabe si ha hablado o se ha reunido con Vicente?

Elena no daba crédito. ¿Cómo había sido capaz Juana de llegar a esa conclusión?

—Don Vicente tiene la misma opinión de Matías que yo —aclaró Elena.

—Entonces puede que sea por eso. Creo que está buscando alguien para dar el paso, pero no lo encuentra.

—Ya le aseguro que puede ahorrárselo —concluyó.

CAPÍTULO 25

La conversación con Juana fue trascendental para Elena. Después de todo, ella carecía de la experiencia necesaria para leer el interés de un hombre o el cortejo de este con intenciones serias. Esto le trajo un sinfín de reflexiones y, sobre todo, le permitió observar con una nueva perspectiva tanto a Matías como a Vicente. La atención que le dedicaba el segundo y la preocupación por cada uno de sus asuntos fue interpretada por Elena como señal de un interés por su parte, que ella, con su buen recibimiento, había estimulado.

Era cierto que la diferencia de edad con Vicente era notoria, pero pertenecía a una familia de renombre, era considerado y le profesaba un cariño sincero. Además, enseguida relacionó esto último con el hecho de que Vicente rechazara a Matías desde su llegada, procurando no coincidir con él salvo cuando no le quedaba más remedio. ¿Acaso se había instaurado una especie de pugna secreta por ella? Estos pensamientos le provocaban un extraño calor en su estómago. Experimentaba cierto gozo al sentirse deseada por dos hombres, aunque, a la vez, se sentía perdida entre sus propios sentimientos.

Pero las vicisitudes del viñedo no le dejaron mucho tiempo para pensar en ella misma. Los mozos que había contratado Vicente eran holgazanes y se escaqueaban de sus labores a la mínima, por lo que Aurelio apenas podía hacer otra cosa que no fuera asegurarse de

que arrimaban el hombro. Esto, indudablemente, retrasaba el mucho trabajo que tenían por delante.

—Parecen sacados de un manicomio —se quejaba Aurelio—. Esperemos que Rafael esté de vuelta para la vendimia. Elena lo miraba con una mezcla de frustración y rabia. No tenía tiempo apenas de solucionar un problema cuando le surgía otro.

—Mientras cumplan con su trabajo —apostilló Elena.

Aurelio se exasperó.

—Ese es el problema, Elena. Que ni hacen su trabajo ni me dejan hacer el mío. ¿No puedes hablar con don Vicente para que busque a otros más capaces?

Elena se mordió los labios. Las penurias económicas no le daban capacidad de maniobra y eso la angustiaba.

—Encontraremos la solución —respondió Elena. Sonrió irónica al advertir que había empleado las mismas palabras que su padre solía pronunciar. Incluso con el mismo tono que tanto la desquiciaba. Aurelio la miró confuso. Puede que él también viera algo de Eusebio en Elena.

—He hablado con varios tratantes, pero los precios que nos ofrecen por el vino no son gran cosa —añadió Aurelio.

Elena recordó la oferta de Matías. Al observar a los demás, intuyó que por sus cabezas estaba pasando la misma idea. El gringo había ofrecido comprar toda la producción del viñedo, además de correr con los gastos del transporte. Era tentador, fácil y seguro, pero Elena no podía darle ese placer; se negaba a claudicar ante un hombre que le provocaba tantos sentimientos encontrados.

Centrada en sus preocupaciones, Elena no dio importancia a la buena relación que se había forjado entre Aurelio y Matías. Estos habían establecido la costumbre de tomar unas copas de licor por la noche, a solas, en la casa de los Rodríguez. Esa noche, Aurelio se sinceró con él y le contó la delicada situación en la que se encontraba la hacienda y, con ella, el futuro de los Valdés.

—No sé si la señorita es consciente de ello. Además, de lo poco que saquemos, hay que cumplir con el porcentaje que hemos de entregarle a Vicente. Ya me dirá usted cuánto nos va a quedar.

Matías escuchó con atención.

—He intentado llegar a un acuerdo con Elena por el vino, pero no ha querido. No me importa intentarlo de nuevo, pero no creo que ella cambie de opinión —dijo Matías con calma—. Además, he de marcharme de aquí en pocos días.

Aurelio miraba fijamente el vaso de vino.

—Hable primero con Juana —soltó.

—¿Cómo dice?

—En estos momentos, solo ella puede convencerla.

Matías no perdió el tiempo y al día siguiente aprovechó que Juana estaba montando para abordarla. La alcanzó veloz con su caballo y la saludó, retirándose el sombrero. Juana le respondió con una sonrisa y Matías fue directo al asunto que le ocupaba. Quería ayudar a los Valdés y la única manera con la que podía hacerlo era mediante el viñedo. Con soltura, Matías le relató los pormenores de su oferta y de los beneficios que obtendría Elena. Juana lo escuchó con atención y después se quedó mirándolo fijamente. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Qué intenciones tiene con Elena?

La brusquedad de la pregunta sorprendió a Matías, aunque en el fondo agradeció sincerarse.

—¿Qué sentido tiene que se lo cuente cuando Elena ni siquiera acepta que compre el vino?

Juana captó el mensaje.

—Puedo hablar con ella.

Matías reflexionó durante unos segundos.

—Tiene un pensamiento de mí totalmente equivocado. ¡Jamás acepté un peso de Eusebio! —exclamó.

—Lo sé.

Ambos detuvieron sus monturas sobre el pequeño puente que salvaba el riachuelo.

—Mañana a primera hora partiré de regreso a Antofagasta. Solo una razón podría alargar mi estancia. No le esconderé que Elena me produce curiosidad y una extraña atracción, pero no dejo de pasar por alto que una vida juntos sería un infierno. Sin embargo, me gustaría ayudarla, protegerla de un desastre con la hacienda, pero me es muy difícil con esa barrera que ha puesto entre nosotros.

—Hablaré con ella ahora mismo. Elena… No quiero hablar por nadie, señor Robles, pero no actuaría de esta manera sin motivo alguno. Espere cerca. Lo más probable es que ella quiera hablar después con usted.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Matías. A continuación, ambos cabalgaron hacia la casa y él esperó fuera. Juana agradeció que Elena se encontrara a solas en el despacho. Al entrar, cerró la puerta, lo que le llamó la atención.

—Supongo que vienes de cabalgar —dijo Elena.

—Así es, señorita. Moro necesita moverse de vez en cuando.

Elena esbozó una mueca, aunque no transmitía alegría alguna.

—Te he visto. No ibas sola.

—El señor Robles me ha acompañado.

Elena asintió en silencio.

—¿Le ha dicho algo que deba saber?

—Quiere que le comente que su oferta por la uva sigue en pie. A mi entender, teniendo en cuenta cómo está la situación, debería aceptar.

Elena golpeó la mesa con rabia.

—¡Es ladino! Ya le dije que no aceptaría jamás y, aun así, insiste.

Juana se mantuvo serena. Después de todo, ella era la mensajera.

—Hay otra propuesta por su parte. Una que merece una seria reflexión antes de ser desechada, señorita.

Elena lo giró hacia ella. Lo intuía.

—El señor Robles estaría dispuesto a hacerse cargo de los gastos del viñedo a cambio de conocerla mejor —dijo Juana de la mejor manera que pudo.

—¿Quiere casarse conmigo? —preguntó Elena con una sonrisa sardónica.

—De acuerdo con cómo lo trata, no creo, quizás necesita conocerlo mejor. Sea cual sea su opinión al respecto, señora, considero que es un tema que les concierne a ambos únicamente. El señor Robles está fuera esperando.

—Llámelo —pidió Elena mientras se acercaba a una de las ventanas.

El corazón le latía cada vez más deprisa. Se acordó de la camisa blanca de Matías cuando fue a verlo a la antigua casa de los Rodríguez y sintió un estremecimiento, le gustaba, se sentía atraída por él, no podía seguir negándoselo, pero precisamente era eso lo que le provocaba tal furia que no podía controlar. Se perdió tanto en sus pensamientos que se llevó un sobresalto cuando escuchó abrirse de nuevo la puerta del despacho. Pero no se inmutó. Elena se mantuvo frente a la ventana hasta segundos después de que la puerta se cerrara. Por el silencio tenso que se había producido, sabía que tras ella se encontraba Matías. Se giró.

La expresión de Matías era distinta, parecía cansado. De pie, sujetaba el sombrero con las manos y miraba a Elena.

—Buenos días —dijo ella. Matías sonrió a medias.

—Juana me ha confirmado que le ha transmitido mi oferta, Elena. Ambas. No finjamos más.

—¿Acaso tiene prisa? —preguntó ella con sorna.

—Estoy cansado de que se ponga en tela de juicio mi honradez, Elena. Puede tomar la decisión que considere, pero su apellido no la salvará del desastre.

Elena estalló de indignación.

—¿Cómo se atreve a decirme eso en mi propia casa?

—Porque su padre se lo advirtió, Elena. El mundo cambia y lo que creíamos eterno se desvanece en un segundo. No me avergüenza decir que me siento atraído por usted, pese al mal trato que recibo por su parte. ¿La amaría con locura si me dedicara una sonrisa? Posiblemente, pero no estoy dispuesto a arrastrarme más. Primero le ofrecí mi ayuda con el viñedo y ahora, viendo cómo cada día su situación empeora, me humillo una vez más para protegerla, conocerla mejor. ¿Acaso no lo considera suficiente? ¿Qué más he de hacer?

Aquel derroche de verdad provocó que Elena se acercara a Matías con el rostro encendido por la ira o por la ebullición de sus propios sentimientos.

—Nadie le ha pedido nada —exclamó a la par que lo señalaba con el dedo—. ¿Ve la clase de hombre que es? No le importa otra

cosa que no sea el dinero. Pretende comprarme y que encima me muestre agradecida. ¡No soy más que una inversión para usted!

—Créame que hay otras inversiones más prolíficas, Elenita.

De nuevo se le escapó esa palabra, aunque, en esta ocasión, Matías actuó como si nada, a sabiendas de que provocaría la ira de la joven.

—¡Pues déjeme en paz! ¿Así es como hacen las cosas en California?

Matías sonrió. Se marchaba a la mañana siguiente y quién sabe si volvería a verla. Después de la oferta que había puesto sobre la mesa, Matías no iba a consolarse con una mera amistad ni tampoco iba a poner freno a sus palabras.

—Oh, le encantaría California. Quizás le venga bien para ver lo poco que vale el apellido fuera de estas tierras.

—Es un indecoroso —gritó. Poco a poco, ambos se iban acercando, encarándose.

—Desde luego, Elenita. Soy el culpable de todos sus males, ¿no es así?

—No me llame Elenita. No tiene la confianza para hacerlo —advirtió la joven.

—Ya veo. Para faltarme el respeto no hay problema.

—¡Usted se lo gana con creces!

Matías soltó una carcajada.

—¿Sabe qué? En el fondo sé que siente algo por mí, por mucho que lo niegue.

—¡Fantástico! Ahora ha perdido el juicio.

—Jamás he estado tan cuerdo. Acabo de comprenderlo, Elena. Por eso me desprecia, por eso le enloquece mi presencia. Reniega de mí, me rechaza con fiereza, pero en el fondo… siente algo por mí.

Al escuchar esto, Elena rompió en una sonora carcajada. Sin embargo, Matías no se inmutó.

—¡Niéguelo! —dijo Matías.

—Ni siquiera es necesario. Ha enloquecido. Los largos viajes están acabando con su cerebro.

Sin mediar palabra, Matías dio un paso hacia delante y ambos quedaron a muy poca distancia el uno del otro. Incluso él tenía que

agachar la mirada para encontrar sus ojos.

—¿Qué está haciendo? —cuestionó Elena sin moverse.

—Niéguelo —insistió.

Elena sonrió con ironía y puso sus manos sobre el pecho de Matías para echarlo a un lado. No obstante, al hacerlo, la sonrisa desapareció. Los dos se quedaron en silencio, mirándose, sintiendo la respiración del otro en sus labios.

—Niéguelo… —susurró mientras juntaban sus labios en un beso comedido, que era una ínfima parte de la pasión que se despertaba en ambos en ese momento. Elena sintió cómo las fuerzas la abandonaban. Sus piernas comenzaron a temblar y, temerosa de verse en el suelo, se aferró con fuerza a Matías, que respondió estrechándola entre sus brazos.

CAPÍTULO 26

Habían pasado dos meses desde que Matías Robles se había marchado de La Tormenta. Sin embargo, a consecuencia de la guerra, este se vio obligado a establecerse temporalmente en Santiago. Se hospedó en una humilde casa a las afueras, buscando el anonimato. La negativa de Elena le había afectado más de lo que pensaba, sumándole a ello la tristeza de ver cómo una de las familias con más renombre del país se hundía en la miseria. Sin embargo, lo que más le había trastocado era aquel beso inesperado que los había unido durante unos segundos. Todavía recordaba el candor de la mirada de Elena y el cálido aliento que escapaba de sus labios, como un hálito de vida. Quizás más que el beso, lo que más trascendió en ambos fueron los segundos que le siguieron, abrazados, sintiendo el calor del otro y aceptando en silencio lo que durante tanto tiempo habían negado.

La frialdad de Elena puso fin a aquel encuentro, separándose bruscamente de Matías y exigiéndole que se marchara cuanto antes. Pero ninguno de los dos iba a olvidar lo sucedido tan fácilmente. Sus destinos quedaron unidos a partir de entonces.

Cuando Matías comprobó frustrado que su intención de regresar a Antofagasta debía esperar, le escribió una carta a Juana informándole de su hospedaje. Igualmente, le comunicó que su

oferta continuaría en pie todo el tiempo que se viera obligado a permanecer en Santiago.

—Se trata de una pequeña casa a las afueras de Santiago. Por la zona, yo diría que es muy humilde. Demasiado para un hombre como Matías —le dijo Juana a Elena.

—¿Y por qué no ocupa una mejor casa? —exclamó—. Fuera de la hacienda, lo que haga o deje de hacer no nos incumbe. ¿Le ha contestado?

—Todavía no, señorita —contestó Juana.

—Ni es necesario. Espero que así deje de molestarnos de una vez por todas.

De esa manera, Matías pasó a convertirse en un fantasma, una amenaza que acechaba al propio corazón de Elena.

El calor asfixiante del verano había dejado paso a un otoño prematuro y frío que hizo adelantar la vendimia para evitar asumir más pérdidas. Por ellos, los trabajadores se afanaban en la recolecta de la última hilera mientras en el lagar pisaban la uva para obtener el mosto. El ambiente era silencioso. No se escuchaban canciones ni promesas de una comida abundante tras la jornada. El cielo, encapotado, regalaba un día gris.

—Es menos de lo que esperábamos —dijo Aurelio al echar un vistazo sobre el mosto que ya tenían guardado.

—Las uvas tenían poco jugo, señor —explicó uno de los mozos más veteranos. Aurelio se puso un cigarrillo en los labios. Elena, a la que Aurelio ya había avisado hacía semanas del desastre, observaba en silencio.

—¿Cuáles son sus previsiones para la venta? —preguntó Vicente, que, pese a su permanente sonrisa, se mostraba tenso. Gran parte de lo recaudado iba a parar a sus bolsillos, por lo que seguía muy de cerca las últimas novedades del viñedo.

Aurelio no se anduvo con rodeos.

—Pésimas. Hemos encontrado un comprador que nos paga a buen precio, pero no será suficiente.

—Un giro de mala fortuna, sin duda —dijo Vicente desplazando su atención hacia Elena.

La joven tardó varios segundos en reaccionar, pese a que ya tenía aprehendidas las palabras que iba a pronunciar, las mismas que habían formado su discurso desde hacía semanas.

—Lo recuperaremos todo con la próxima cosecha —dijo con la mirada perdida. En ese instante, su cabeza viajó hasta el pasado febrero, cuando la oferta de Matías por la uva seguía en pie. De haber vendido por ese precio, la situación sería distinta. No mucho mejor, pero al menos habrían ganado algo de dinero. Sin embargo, este recuerdo se engarzó con otro más íntimo que a punto estuvo de hacerla sonrojar.

—Su fe en el futuro es encomiable —respondió Vicente. No obstante, Aurelio no se mostraba tan halagüeño.

—Hay que pagar a los trabajadores y a los carpinteros, señora.

Elena sonrió. Tiempo atrás había demorado todo lo posible el pago a los carpinteros debido a que estos se habían retrasado con la entrega de los barriles. No les habían importado sus súplicas. ¿Qué les diría esta vez? Los carpinteros habían aprendido la lección y habían entregado los barriles incluso antes de lo previsto.

—Lo aclararemos todo en un par de días —respondió Elena. La ambigüedad de sus palabras preocupó a Aurelio.

Elena y Vicente regresaron a la casa. Ella caminaba ida, con los labios apretados y el ceño fruncido, fruto de buscar una salida de la delicada situación en la que se encontraba. Al menos, pensó, podía contar con el apoyo de Vicente, quien en los últimos meses se había convertido en un pilar fundamental para ella. Demostró una consideración y una atención dignas de un hombre cuyas intenciones van más allá de mantener una simple amistad. Juana, como siempre, fue la primera en advertírselo.

Las atenciones de Vicente respecto a Elena aumentaron después de la visita de Matías. Este era consciente de que contaba con la simpatía de Elena y que la joven primaba más que nada la cuestión del apellido a la hora de pensar en su futuro marido. Pretendientes no le hubieran faltado de haber mantenido el extenso patrimonio familiar, pero la situación ahora era muy distinta. Esto último, añadido al hecho de vivir aislada en la hacienda, hacía casi imposible

que pudiera llegar otro pretendiente que no fuera el propio Matías o, como así parecía, Vicente Ahumada.

A Juana le resultó curioso que Elena no se enfadara tras avisarle de sus sospechas, tal y como sucedió cuando hizo lo mismo respecto a Matías. Eso le hizo suponer que los acontecimientos al respecto también serían muy distintos.

—Las vicisitudes forman parte de la vida, al igual que las espinas más afiladas custodian la rosa más bella —dijo Vicente mientras regresaban a la casa. Llevaba un rato hablando sin parar. Elena lo atendía con desgana. Nunca fue partidaria de su exacerbado tono poético ni de su empalagosa manera de hablar. Curiosamente, mientras lo escuchaba, su memoria la llevó inexorablemente a los últimos minutos que compartió con Matías. El beso, aquel beso robado y traicionero, era anhelado por Elena con una intensidad que la hacía estremecerse. Vicente continuaba con su discurso—. Sin embargo, me sabe mal tener que marcharme.

Elena volcó de nuevo su atención en Vicente.

—¿Marcharse? —preguntó con un atisbo de emoción.

—En unos días. Mi alma errante no puede estar encerrada por más tiempo en estas tierras. Necesito nuevos paisajes, al igual que aire para respirar.

—Le comprendo —dijo Elena. Vicente la observaba mientras rumiaba sus próximas palabras.

—La condición va más allá de nuestra voluntad —dijo Vicente. De pronto, detuvo sus pasos y miró fijamente a Elena. La joven se sonrojó, pues intuía que el comportamiento de Vicente tras la visita de Matías iba a justificarse en ese preciso momento—. Elena, la vida a veces nos lleva por senderos inesperados. ¿Quién podría siquiera imaginar lo que sucedió en la hacienda el año pasado? La Tormenta. Siempre he percibido lo salvaje de esta tierra, el espíritu indomable de estos cerros, para bien o para mal.

—Cuando era pequeña mi padre me contaba historias de la hacienda —susurró Elena sin saber bien el rumbo que iba a tomar la conversación.

—El destino se forja en los pequeños detalles del pasado. Un secreto que se nos revela con el paso del tiempo. En este caso, soy

consciente ahora de que el cariño limpio y sincero que sentí por usted a mi regreso al valle se ha transformado en un amor adulto y serio, repleto de anhelos y dudas, que al mismo tiempo me provoca gozo y me condena. Una parte de mi alma busca la libertad que nos ofrece el horizonte, pero la otra es esclava del amor que siento por usted.

Elena se quedó sin palabras. Vicente, aprovechando su sorpresa, estrechó sus manos.

—Sé que no es el mejor momento para lo que estoy a punto de decirle. Disculpe mi osadía, pero me resulta imposible refrenar más mis sentimientos. Sé que no es lo apropiado, pero me haría el hombre más feliz del mundo si pensara en mí como su futuro marido.

—Vicente… —susurró Elena mientras encajaba lo que acababa de escuchar.

Él dio rienda suelta a sus palabras.

—Mi férrea voluntad de mantener mis sentimientos a raya ha fracasado, Elena. El cariño puro que sentía por usted me ha hecho esclavo de una pasión que no puedo ocultar más.

Elena recordó lo que Juana le había adelantado semanas antes. También vino a su cabeza el beso que Matías y ella se dieron, como si sus propios recuerdos desearan enfrentarse a la realidad. El corazón le latía deprisa y el calor de las manos de Vicente se transformaba en un conato de pasión que no llegaba a despertar su fuego interior. Lentamente, observó sus labios, pero a diferencia de lo que le sucedió con Matías, estos no le decían nada.

—No puedo sentirme más halagada por sus palabras, Vicente —respondió Elena mientras respiraba sobrecogida. Por un breve instante, los ojos de Vicente se posaron sobre el bullir de su pecho y ella se azoró.

—No pretendo que me dé una respuesta en este momento, Elena. También ha de saber que mi amistad hacia usted no cambiará en el caso de que la decline. No hay segundo de mi vida que no maldiga el no haber nacido más tarde. Soy plenamente consciente del tiempo que nos separa… tremenda desgracia para mí. Pero sí tiene que saber que nadie en este mundo la cuidará tanto como yo.

Sé los desafíos que nos aguardan y créame que juntos los venceremos. No obstante, como le dije, estaré fuera durante unas semanas. Considere ese tiempo un regalo para tomar la decisión oportuna; decisión que será acertada.



Elena tardó varios días en asimilar la propuesta de Vicente. Durante ese tiempo, mientras destilaba el significado de aquellas palabras, se mostró más huraña de lo habitual, tratando de estar a solas el mayor tiempo posible. La propia Juana le preguntó si se encontraba bien, pero ella le respondía con evasivas.

Finalmente, días después de la declaración de Vicente, Elena se lo contó a Juana. El hecho de que Elena fuera a buscarla al establo ya le pareció extraño, aunque no se pronunció al respecto. Se limitó a escuchar a Elena sin emitir juicio alguno o al menos sin expresarlo.

—Es algo que esperábamos todos, Elena. No se lo tome mal —dijo Juana. Fuera del establo, Enrique cepillaba a Moro mientras le canturreaba una tonada.

—Lo sé, Juana. Los problemas del viñedo han concentrado toda mi atención. Quizás todo vaya mal en la hacienda porque no es mi lugar ni mi propósito.

—No se castigue de esa manera. Otros en su lugar hubieran enloquecido. Es una mujer fuerte. Su negativa a rendirse la pone a la altura de su apellido —expresó Juana a sabiendas de que sus palabras serían bien recibidas.

Elena se lo agradeció con una sonrisa. Después volvió a su cabeza el beso con Matías. No había vuelto a verlo desde entonces, pese a que sabía que se había instalado temporalmente en Santiago. Aquel beso seguía despertando en ella unos sentimientos que superaban con creces lo que sentía por Vicente.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Juana. Elena asintió, aunque al mismo tiempo derramó las primeras lágrimas. Su cuerpo se sacudió en un temblor nervioso. La tensión y los nervios acumulados durante meses la hicieron colapsar en aquel momento.

—Estoy agotada, Juana.

—Tranquila. Respire hondo. ¿Quiere que vaya en busca del doctor Riquelme?

Elena cabeceó.

—No es necesario —dijo mientras se secaba las lágrimas. Lo último que deseaba era que Enrique la viera tan alterada. No quería preocuparlo. Su hermano había dejado de ser aquel niño callado que se limitaba a observar el mundo. Su silencio escondía inteligencia.

—Han sido unas semanas muy intensas —dijo Juana mientras la abanicaba con sus propias manos. Elena asintió y respiró lo más profundo que pudo. Pensó en qué sucedería si en ese momento le confesaba a Juana que sus sentimientos por Matías eran totalmente opuestos a los que ella expresaba, que no había noche que no echara de menos sus labios. ¿Habría vuelta atrás? ¿Por qué se moría por contarle la verdad al mismo tiempo que se maldecía por ello?

—Mi padre me avisó… —sollozó—. Me lo dijo muchas veces, pero no quise escucharlo.

—No se castigue más, señorita. De nada le valdrá.

Por primera vez, Elena buscó consuelo en los brazos de Juana. Pese a que le devolvió el abrazo, esta ignoraba el motivo por el que Elena se mostraba tan afectada. Una deducción rápida le hizo creer que, en el fondo, estaba asustada por la nueva etapa que se avecinaba en su vida. Siempre había sido independiente y había puesto su voluntad por encima de todo. Sin embargo, entregarse a un hombre suponía un giro radical en su vida. Además, había de enfrentarse a ello sin la protección de un padre ni la experiencia de una madre.

—Te agradezco de corazón tus palabras, Juana. Me reconfortan —afirmó Elena mientras se secaba las lágrimas con presteza después de que Enrique mirara con curiosidad hacia el interior.

—No tiene que agradecerme nada. ¿Se encuentra más calmada?

Elena asintió.

—Ha sido un momento de flaqueza, pero estoy recuperada —contestó, pese a que su sentir era muy distinto.

El beso con Matías y los sentimientos que la apresaron después hacían que toda palabra de consuelo fuera inocua. Aunque aceptara

casarse con Vicente, el recuerdo de Matías la perseguiría y la torturaría, como si la nueva vida que hubiera aceptado empezar tuviera como cimientos la más vil de las mentiras. Necesitaba poner punto final con ese sentimiento; de la misma manera, suspiraba por verlo de nuevo.

Movida por ese impulso, no tardó en decidir cuál sería su próximo movimiento, enfervorizada, como si una energía desbocada guiara cada uno de sus pensamientos. Sin pensar en las consecuencias o valorar el verdadero sentido de sus actos, escribió una carta a Matías en la que le expresaba la firme voluntad de reunirse con él para tratar la cesión de las antiguas propiedades de su padre, tal y como él le ofreció meses atrás. Tan solo tuvo un momento de duda, mientras el mensajero se alejaba a galope con la carta, lo cual significaba que no había vuelta atrás.

En la carta también decía que la reunión habría de celebrarse en Santiago.

CAPÍTULO 27

Tres días más tarde, Elena respiró de nuevo el aire de Santiago. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que paseó por sus calles? Desde la ventana de la diligencia, todo parecía seguir igual. La vida no se había detenido por la absoluta desgracia de los Valdés. Este pensamiento, que no dejaba de ser ridículo, le provocó cierta desazón.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Juana.

—Son muchos los recuerdos que se me vienen a la cabeza.

Parecía que su vida en la ciudad hubiera discurrido en una vida distinta, ajena a sus recuerdos. Se sentía extraña en lo que un día fue su hogar, aunque era consciente de que ni siquiera ella era la misma.

—¿Dónde se encuentra exactamente la casa de Matías?

—Cerca del cerro San Cristóbal —contestó Juana.

Elena asintió. Los días anteriores al viaje a Santiago había valorado el visitar a los antiguos conocidos de la familia: a la señora Valle, a Wilhem Von Hartmann, pero a medida que se acercaba a la ciudad, un vértigo desconocido se apoderó de ella. Todos estaban al tanto de que su situación económica era muy delicada y que la hacienda era lo único que les quedaba, como la última ciudad de un imperio en declive. Por eso, optó por que su visita a la capital pasara lo más desapercibida posible.

—¿Está segura de que no quiere que la acompañe? —insistió Juana. Elena se giró rápidamente hacia ella, ruborizándose.

—Lo último que deseo es que Matías se ponga a la defensiva. Además, ya sabes lo que quiero que hagas mientras estoy reunida con él.

Juana asintió con un gesto de duda en su rostro. La petición de Elena, aunque no le extrañaba del todo, le llamaba la atención. Elena le había pedido encarecidamente que visitara su antigua residencia y que tratara de averiguar quién había comprado la que hasta hacía muy poco había sido su hogar. «Quiero recuperarla cuanto antes», le dijo. Conociendo su orgullo, Juana no pudo figurarse siquiera cuál era la verdadera intención de Elena.

Tras un último traqueteo, la diligencia se detuvo frente a la pensión, que no era más que una casa de dos. Estaba ligeramente alejada del resto de edificaciones. Árboles y arbustos cercaban la casa, aislándola del conjunto. Matías esperaba mientras leía el periódico en el pequeño y salvaje jardín de la fachada. Apenas vio la diligencia, soltó el diario y se puso en pie.

—Llegamos —gritó el cochero. Juana abrió la puerta de la diligencia y Elena bajó decidida, queriendo dejar claro desde el primer momento que estaba plenamente convencida de cada uno de sus actos.

En cambio, Juana la observó a la espera de que confirmase qué debía hacer. Matías se acercaba a ellas.

—Espero que hayan tenido un buen viaje —dijo con suma cortesía.

—Le agradezco sus palabras —contestó Elena haciendo un leve ademán. Matías le dedicó una sonrisa.

—¿No desea que la acompañe? —preguntó Juana. Por un instante tuvo la sensación de que se habían olvidado de ella. Elena se giró.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Es muy importante para mí, Juana —respondió Elena refiriéndose a su antiguo hogar: la residencia de los Valdés.

Juana no las tenía todas consigo. Dejar sola a su señora con un hombre —aunque se tratara de Matías— era radicalmente lo

contrario a lo que habían inculcado los últimos años. No obstante, tampoco estaba dispuesta a discutir, por lo que finalmente asintió, cerró la puerta de la diligencia y le dio orden al cochero de continuar. Lo único que le quedaba era cumplir con su labor lo antes posible para regresar a la pensión.

Como si lo hubieran pactado, ambos observaron a la diligencia alejarse hasta que desapareció definitivamente de su vista. Después quedaron parados uno frente a otro.

—Me sorprendió que me escribiera —dijo Matías.

—¿No es cierto que me hizo una propuesta? ¿Ha olvidado lo de las bodegas?

Matías asintió con una sonrisa.

—A decir verdad, le hice más de una propuesta —dijo antes de dirigirse hacia la puerta e invitar a Elena a que pasara al interior.

Esta se mantuvo durante unos segundos quieta, como si estuviera clavada en el suelo. Era su última oportunidad. Unos pocos metros la separaban de lo desconocido. En ese momento recordó cuando miró los labios de Vicente poco después de que este le propusiera matrimonio; no le decían nada. Sin embargo, el recuerdo del beso con Matías era como un volcán activo en su pecho. Respiró hondo y entró en la casa.

—Disculpe la humildad del lugar, pero no esperaba visitas. La casa pertenece a una anciana que la arrienda. No vive muy lejos de aquí.

—No se preocupe.

—¿Desea tomar algo? —ofreció Matías. Elena permanecía de pie junto a la puerta—. Puede tomar asiento.

Sin embargo, los nervios la atenazaban. Estar a solas con Matías revivía sus sentimientos de una manera que escapaba a su control. ¿Era amor o simple deseo? No podía comprender cómo el desprecio podía mutar en un sentimiento tan opuesto.

—¿Se encuentra bien? —insistió Matías.

Elena respiró hondo.

—¿Sabe por lo que estoy aquí?

—Quizás sea para comunicarme que el señor Ahumada desea convertirse en su marido.

Las palabras de Matías la sorprendieron. Sonaron a reproche.

—Veo que las noticias vuelan.

—Su futuro esposo lo da por hecho. Pasó por Santiago antes de iniciar su viaje.

—No le he dado una respuesta todavía —señaló Elena. A Matías se le escapó una sonrisa que borró rápidamente de sus labios. Resultaba evidente que los dos escondían su verdadero parecer.

—Con todos mis respetos, Elenita, los dos sabemos cuál será su respuesta.

La estaba provocando. No podía entrar en su juego.

—Mi respuesta, sea cual sea, será la más adecuada a mis intereses.

Matías suspiró, se metió las manos en los bolsillos y se acercó a la ventana. Nubes grises se arremolinaban sobre el cielo, aportándole un toque gris al día. Reconocer que sentía envidia de Vicente era demasiado. Además, aquel beso inhóspito, ese oasis sentimental en el que ambos se encontraron, había sido suficiente para que fuera incapaz de pasar un día sin pensar en Elena. El deseo y la frustración se mezclaban a partes iguales.

—¿Por qué ha venido? Y no me mencione las bodegas.

A su espalda, Elena lo miró fijamente. La luz que atravesaba la ventana recortaba su figura. Una vela encendida dejaba un reguero de gotas de cera blanquecina sobre el candelero mientras la llama temblaba.

—Tenía que aclarar un asunto con usted.

Matías se dio la vuelta con las manos en los bolsillos. Elena se percató de que su rostro lucía ligeramente más fino. La camisa blanca, remangada hasta medio antebrazo y con los dos primeros botones abiertos, le daba aire de hombre condenado al encierro, deseoso de escapar.

—¿Qué asunto?

Los labios de Elena titubearon.

—El beso. Aquello no debió suceder.

Matías sonrió con ironía. Escondía la satisfacción de comprobar que para Elena lo sucedido entre ellos no había pasado al olvido.

—Pero sucedió. Si ha venido aquí a culparme o a convencerse de que no tuvo nada de responsabilidad, ya le digo que pierde el tiempo. Me besó al igual que yo la besé a usted.

Elena agachó la mirada. La rabia por reconocer que Matías estaba en lo cierto le superaba.

—No sé por qué lo hice —se excusó. El corazón le latía desbocado. Él dio un par de pasos hacia delante.

—¿Quiere que se lo diga? Sinceramente, creo que compartimos más de lo que nos gustaría.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Elena, aunque ni ella misma daba sentido a su reacción. Los ojos de ambos se encontraron con fiereza.

—Porque los dos sentimos lo mismo.

—¡Yo no siento nada por usted!

—¡Claro! ¡Por eso quería reunirse conmigo! ¡Por eso ha enviado a Juana a saber dónde con tal de que la dejara a solas!

Elena abofeteó a Matías con todas sus fuerzas. Otro sin su entereza se habría tambaleado. En la comisura de sus labios apareció un hilillo de sangre que alertó a la joven. Enseguida Elena se acercó para auxiliarle, arrepentida por lo que acababa de hacer.

—Yo no quería… —titubeó Elena mientras dirigía sus manos a su rostro, mientras él se limitaba a observarla en silencio, dejándola hacer—. Le ruego me disculpe. No sé lo que me ha pasado.

Sus miradas se encontraron de nuevo. Quizás ya demasiado cerca para alejarse sin más. La soledad de la casa amplificaba el sonido de su respiración. Esta vez, fue Matías quien dio el primer paso. Mientras ella le limpiaba el hilillo de sangre con un pañuelo, sus manos ascendieron por la cintura de ella.

—¿Qué está haciendo? —musitó Elena.

—Darle motivos para que vuelva a pegarme, si así lo considera.

Sus manos se detuvieron en la parte más estrecha de su cintura y después, casi como si de un movimiento natural se tratara, Matías la empujó levemente hacia él. La breve resistencia de Elena se disipó cuando en sus labios se dibujó una media sonrisa. El beso que lo siguió fue pausado, como si los dos se hubieran puesto de acuerdo para disfrutar de un delicado néctar. Sin embargo, estaba implícito que ninguno de los dos iba a darse por satisfecho con un beso.

Compartían la pasión propia de la juventud convertida en un torrente incontrolable después de una larga espera; era la lluvia que ponía fin a una sequía que atormentaba a ambos por igual.

Pronto las manos de Matías recorrieron el cuerpo de Elena, descubriendo a la mujer, mientras que ella se dejaba llevar de la misma manera por el deseo. Pegados como estaban, pronto percibió el rigor de la sexualidad de Matías, lo que borró de ella el último atisbo de arrepentimiento, entregándose a él y al destino. Inexperta, fue Matías quien tomó la iniciativa. A trompicones avanzaron hacia la habitación mientras las grandes manos de él la desvestían con una sutileza inusitada.

Cuando por fin llegó el momento, Elena hizo una mueca de molestia inesperada que le hizo clavar las uñas en el antebrazo de Matías, sensación que fue diluyéndose para dejar paso a un placer profundo, desconocido y que iba más allá de lo físico.



Para todos en la hacienda, las negociaciones entre Elena y Matías no llegaron a buen puerto, viéndose obligada a trasladarse a Santiago nuevamente. Esta comunicó, para sorpresa de todos, que pasaría varios días en Santiago, pues tenía la intención de cerrar otros asuntos.

—No lo entiendo, Elena. ¿Dónde se hospedará? —le preguntó Juana. Elena no tuvo impedimento en mentir a sabiendas de que la distancia entre La Tormenta y Santiago era más que suficiente para proteger su mentira.

—La última ocasión mantuve un encuentro con la señora Valle. Me ha abierto las puertas de su casa.

—Entonces, ¿no quiere que la acompañe?

—De nuevo tengo que decirte que no. Estamos en plena vendimia. Sé que no es el mejor momento para ausentarme, pero he de aprovechar la oportunidad para enmendar la situación. Por eso te necesito aquí. Confío en todos, pero en ti más que en nadie —dijo Elena.

Juana estaba enormemente conmovida por sus palabras, aunque al mismo tiempo le chocaba que Elena le hablase de esa manera. Incluso se mostraba más risueña, radiante en ocasiones, locuaz, enérgica. Se trataba de una versión de Elena que no había visto jamás.

Clara apareció en el umbral de la puerta. Su presencia rápidamente llamó la atención de las otras dos.

—¡Clara! —exclamó Elena acercándose a ella con una sonrisa—. ¿Qué sucede?

—Su diligencia ha llegado.

—Oh, se me ha echado el tiempo encima. Te lo agradezco, Clara. Dile al cochero que estaré lista en pocos minutos.

La joven asintió con la cabeza y se marchó rápidamente. Su mejoría en las últimas semanas era destacable.

Juana bajó el equipaje mientras Elena se despedía del resto, asegurándoles que se ausentaría solo durante dos o tres días a lo sumo. No obstante, había dejado instrucciones concisas a Aurelio, a Juana y a Enrique. El poder recaía en los hombros de este peculiar triunvirato en ausencia de Elena.

—Parece que ansía marcharse de aquí —comentó Aurelio mientras la diligencia se alejaba. Juana, que estaba a su lado, compartía su parecer, aunque no lo expresaba. Tenía una sospecha, una ligera sospecha que a ratos le parecía tan imposible como real.

Alejándose poco a poco, Elena estaba convencida de que nadie sospechaba de sus verdaderas intenciones. Del mismo modo, era consciente de que lo que estaba haciendo no tenía sentido alguno. Se estaba dejando llevar sin pensar en las consecuencias que sus actos podrían traer si sus escapadas con Matías salían a la luz. Era la tercera vez que se desplazaba hasta Santiago para estar a solas con él, a escondidas, como una adúltera cualquiera. Pensó en ello a medida que la diligencia avanzaba hacia Santiago, dejándose embriagar por la preocupación. ¿Cómo se había entregado de esa manera a Matías? Su parte racional no hallaba la respuesta. Sin embargo, daba por hecho que él se había entregado de igual manera. Simplemente, tal y como solía suceder, ella, por el mero hecho de ser mujer, tenía mucho más que perder.

Puede que, por ello, cuando fue recibida por Matías, esta luciera un gesto serio y reflexivo. Matías cerró la puerta y fue en busca de sus labios, pero ella le privó del beso con leve gesto.

—¿Qué sucede? —preguntó Matías.

Elena suspiró.

—¿Qué estamos haciendo? —dijo dejándose caer sobre la silla.

—Supongo que durante mucho tiempo hicimos oídos sordos a nuestros sentimientos —respondió. Elena lo miró de reojo. En eso podía darle la razón, aunque no era a lo que se refería ella. En cuestión de una semana, Vicente regresaría y con él la propuesta de matrimonio. ¿Cómo podía decirle que sí, mentirle abiertamente mientras, en ese instante, yacía con otro hombre?

—Esto no puede continuar —balbuceó con las primeras lágrimas desbordando sus párpados. Matías se sentó a su lado. No se encontraba cómodo en esa situación. Sabía que los remordimientos de Elena tenían un motivo: Vicente Ahumada. Eso significaba que ni siquiera valoraba la opción de que él pudiera convertirse en su esposo. Le entristecía y le enfurecía al mismo tiempo. Se sentía menospreciado. Además, aunque no lo hubiera expresado, Matías confiaba en que los encuentros fueran suficientes para que Elena cambiara de opinión. Tímidamente, estrechó sus manos.

—Los dos sabemos cuál es la solución.

Elena dejó volar su imaginación por un segundo. ¿Qué ocurriría si rechazara la propuesta de Vicente? No solo era un hombre de bien, sino que había sido íntimo amigo de su padre y seguía siendo uno de los principales inversores del viñedo. Las palabras abanderadas por los sentimientos ignoraban la complicada realidad que había más allá.

—Quizás la solución fue no haber venido hasta aquí jamás —sentenció Elena echando a un lado las manos de Matías e incorporándose—. No entiendo cómo pude caer tan bajo.

Matías frunció el ceño.

—¿Caer tan bajo? Condenarse a vivir una vida infeliz sí que es caer bajo.

Elena farfulló como un gato.

—¿Cómo te atreves? ¿Piensas que por haberme entregado a ti ya tienes derecho a decidir sobre mí? Esto más bien es como una pesadilla de la que no puedo despertar.

Pero Matías no iba a rendirse tan fácilmente. Sin previo aviso, se acercó a Elena y le robó un beso por el que se llevó una bofetada.

—No vuelvas a besarme —espetó Elena. Matías no se había movido ni un centímetro, desafiándola con la mirada. Por un instante, ella tenía la firme convicción de marcharse. Buscaría una diligencia y regresaría a la hacienda, donde saldría del paso inventándose las explicaciones pertinentes. A decir verdad, solo le preocupaba la perspicacia de Juana; los demás ni siquiera se atreverían a entrometerse en sus asuntos.

Sin embargo, su firme intención de marcharse fue desvaneciéndose poco a poco, como si cada segundo deshojara los pétalos de su voluntad. Matías seguía frente a ella como un muro infranqueable al que tendría que enfrentarse si quería marcharse de allí. Dio un paso hacia delante y sintió el calor que desprendía su cuerpo. Él no se movió, consciente de que aquel beso robado había removido el interior de Elena.

—¿Te marchas?

Elena se detuvo a su lado, observándolo con la cara ladeada, preguntándose si la besaría de nuevo. No tenía muy clara cuál sería su reacción. Desde su posición, Matías tenía una vista privilegiada de su cuello y la parte alta de su pecho. Conocer más allá de lo que veía en ese instante lo convertía en una tortura insoportable.

—Es lo mejor para todos.

—Para mí no, Elena.

Su corazón comenzó a latir más deprisa. Elena respiró hondo a la par que se pasaba la lengua por los labios.

—Eso a mí no me importa.

La joven dejó atrás a Matías y caminó hacia la puerta, creyendo que el hecho de no verlo se lo haría más fácil.

—Como quieras —dijo finalmente Matías al comprobar que la amenaza de Elena se iba convirtiendo en realidad. Resignado, se limitó a meterse las manos en los bolsillos mientras Elena hacía acopio de su escaso equipaje.

—Te deseo lo mejor —dijo ella sin ni siquiera mirarlo.

—El sentimiento es mutuo, Elenita.

Elena respiró profundamente. No quería entrar al juego de Matías. Sus palabras y sus gestos parecían tener vía directa a sentimientos. Sin decir nada más, Matías se sentó y comenzó a leer el periódico como si la marcha de Elena fuera algo intrascendente. La joven abrió la puerta y miró confusa hacia el exterior. Tendría que caminar un buen trecho para encontrar una diligencia. No obstante, el desprecio de Matías le hizo hervir la sangre.

—Te rogaría que no tardaras mucho en salir. No quiero que el salón se me llene de moscas.

El tono despectivo sobrepasó la paciencia de Elena.

—¡Al fin te muestras tal y como eres!

—Al menos, yo no te he menospreciado.

—¡Vete al infierno, Matías! ¡Allí te aguardan! —exclamó Elena, más irritada por haber yacido en sus brazos que por la propia situación en sí. ¿Cómo había sido tan ingenua para dejarse engatusar por un hombre como él? ¿Cómo había estado a punto de caer en sus brazos segundos antes? Ella era una señorita de clase, pero su actitud había estado a punto de mancharlo para siempre.

CAPÍTULO 28

Elena hizo de su orgullo bastión y se marchó prometiéndose que era la última vez que volvería a ver a Matías. Poco le importaban sus sentimientos o el deseo que él despertara en su interior. Había cometido un error o puede que varios, pero no estaba dispuesta a mancillar su apellido.

Su regreso a La Tormenta pilló por sorpresa a los demás. Sin embargo, su gesto de hastío resultaba tan evidente que ninguno se atrevió a preguntarle cuál era la causa de su inesperado regreso. Ni siquiera Juana, siempre tan perspicaz, le dijo nada, lo que, curiosamente, desquició a Elena.

—¿A qué estás esperando? —le preguntó Elena mientras Juana deshacía el equipaje.

—¿Qué quiere decir?

Elena sonrió colérica.

—Tu silencio es tan incisivo como tus palabras. ¿Acaso no te extraña que haya regresado a la hacienda antes de tiempo? ¿No te preocupa el motivo?

Juana se mostró cauta.

—¿Le ha sucedido algo a la señora Valle?

—No. Ella está perfectamente —dijo Elena—. Lo que pasa es que es imposible negociar con Matías. Es ávaro y solo piensa en su propio beneficio. Por eso decidí no perder más el tiempo y regresar a la hacienda.

—Si necesita ayuda, yo puedo acompañarla la próxima vez.

—¡No habrá próxima vez! ¡Matías Robles está muerto para mí!

El paso de los días confirmó la sentencia de Elena. Esta se centró en el viñedo y junto con Aurelio dispuso todo de cara a la vendimia. Enrique también arrimó el hombro y mostró ser un joven muy capaz a la hora de organizar el trabajo o defender su parecer si consideraba que podía resultar beneficioso para los demás. Por ello, Aurelio le tomó especial cariño. Además, el único varón de la hacienda, y eso acabó por afianzar la relación entre ambos.

—Podemos reconstruir la casa en ruinas y cederla a los trabajadores a cambio de trabajo —explicaba Enrique, que había pasado largas horas en encontrar la manera de incrementar las arcas de la familia. A Elena todavía le sorprendía que su hermano hablara con esa madurez.

—Es una posibilidad. Hay muchos trabajadores que se hospedan lejos y seguro agradecen poder descansar cerca de las viñas, aunque más nos valdría averiguar a quién pertenecen. Para evitar problemas —dijo Aurelio antes de girarse hacia Elena—. Por cierto, ¿se sabe algo de Rafael?

Elena negó en silencio. Pese a que había solicitado el regreso del mayor de los Rodríguez, por el momento habían hecho caso omiso a su llamada.

—Esperemos que vuelva pronto —continuó Aurelio con un tono de pesadumbre—. Hay mucho trabajo por hacer.

Tras comprobar el buen estado de la uva, Elena decidió volver a la casa, pero antes de que llegara, fue alcanzada por Juana, a lomos de Moro.

—Buenos días, Elena. ¿Sabe si el señor Ahumada ha regresado?

A la joven le sorprendió la pregunta, que al mismo tiempo le causó una ligera preocupación en el pecho. Según la última misiva que recibió, Vicente aún estaría fuera un par de días.

—No tengo noticias de ello. ¿Por qué lo preguntas?

Moro adecuó su avanzar a los pasos de Elena.

—Porque he visto a ese joven. Al que dicen que es hijo del señor Ahumada. ¿Cómo era su nombre?

—Ciro, si mal no recuerdo. ¿Está ahí?

—Lo he visto entrando en la finca, aunque antes se me ha quedado mirando de una manera extraña —dijo. Elena sonrió ante el motivo del interés de Ciro en Juana.

—Puede que quiera cortejarte —bromeó.

Juana torció el gesto.

—Ese joven no me da buena espina. Parece un niño al que le hubieran obligado a crecer tirándole de brazos y piernas.

—¡Qué ocurrencia!

Pero la sonrisa iba a desaparecer pronto de los labios de Elena. Apenas tuvo tiempo de llegar al despacho de su padre cuando la misma Juana le avisó de que tenía visita. Se trataba de Matías Robles.

Elena no daba crédito e incluso Juana se mostraba sorprendida. Pero, aunque una parte de ella no quería siquiera recibirlo, la otra deseaba verlo con todas sus fuerzas. No iba a cruzar la línea de nuevo de entregarse a sus brazos sin pensar en las repercusiones que ello podía tener. El placer que había experimentado en su piel tendría que reservarse a su futuro marido.

Sin embargo, aún dispuesta a acatar su decisión, Elena le dijo a Juana que le hiciera pasar. Una contradicción que la dejaba confundida e insegura de sus propios actos.

—Me sabe mal todo el tiempo que ha pasado desde la última vez que nos vimos —dijo Matías con una sonrisa al entrar. Juana quedaba atrás y cerró la puerta para dejarlos a solas. Los ojos de Elena eran dos puñales.

—¿Qué haces aquí?

Él no perdió la sonrisa.

—Aplaudo tu cercanía, Elenita, aunque, la verdad, esperaba un poco más de entusiasmo en el recibimiento.

—No has contestado y si no piensas hacerlo, puedes marcharte —dijo Elena con dureza.

Matías levantó las manos para pedir calma.

—Solo quería interesarme por el viñedo.

—No es de tu interés. Sé lo que intentas hacer. Cometí un error, me dejé llevar y… Solo Dios sabe lo mucho que me arrepiento.

Matías torció el rostro. Sus ojos ambarinos regalaban a Elena una mirada compasiva.

—Mis más sinceras disculpas si te he hecho sentir así. Pero quiero que sepas que si he venido hasta aquí es porque quería verte.

Los labios de Elena temblaron brevemente como si una sonrisa quisiera brotar de ellos. De nuevo se apoderaba de ella una sensación inexplicable, que escapaba a toda razón y que tiraba por la borda su propia concepción del mundo.

—Aquí me tienes —respondió.

Matías se acercó lentamente, con cautela, atento a cualquier señal por su parte. Por fin, se detuvo justo delante de ella. Elena tenía el rostro ligeramente inclinado hacia arriba.

—Dime por qué no es posible —susurró Matías. La piel de Elena se erizó al sentir su cálido aliento junto a sus labios. Se obligó a pensar en Vicente como si quisiera aprovechar el momento para prender la pasión entre ambos, pero fue inútil. Sabía que Vicente jamás despertaría en su interior lo mismo que Matías. Era como comparar la suave lluvia de la primavera con una tormenta de invierno.

—Me casaré con él —contestó Elena—. Está decidido.

Sin darse cuenta, apoyó la frente sobre su pecho. Matías cerró los ojos y posó los labios sobre su cabeza. Aquel aroma, el perfume de su cabello, lo acompañaría el resto de su vida.

—En tal caso, creo que lo mejor será que me marche —dijo Matías. Pero antes de que este pudiera moverse, los brazos de Elena lo rodearon y sin decir nada lo besó hasta que hubo de refrenar el ímpetu de Matías, dispuesto a todo.

—Iré a verte. Hoy mismo me las ingeniaré para partir hacia Santiago —concluyó Elena. Matías no se negó y, para evitar levantar sospechas, se marchó aireado, expresando un gran enfado que sorprendió a todos los que lo vieron.

En cuanto a Elena, aguardó hasta después del almuerzo para expresar que esa misma tarde partiría hacia Santiago, pues afirmaba estar muy cerca de conseguir que le cediera las bodegas de Valparaíso. De hecho, apenas probó bocado y, tras unos pocos

minutos, se levantó de la mesa con la excusa de preparar el equipaje.

Se encontraba en su habitación, cuando alguien aporreó la puerta. Pensó que se trataría de Juana, que acudía para ayudarle con el equipaje. No erró, aunque la intención de Juana era otra bien distinta.

—Me temo que tendrá que postergar sus planes, Elena.

Esta frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Acaba de llegar don Vicente.



Elena sonreía plenamente. La belleza de su rostro la hacía lucir radiante, como si la mismísima dicha se hubiera personificado en ella. Pero Juana, siempre observadora, percibía cierta tensión en su sonrisa, como si esta se tratara más de un gesto artificial que de una muestra de su verdadero sentir.

En esos instantes, a la caída de la tarde, se estaba celebrando una inesperada reunión en el porche de la casa. Vicente, pletórico por su regreso, se había convertido en el centro de atención. No sobraban cumplidos ni comentarios ingeniosos que sacasen una sonrisa a Mercedes o a María. Aurelio, por el contrario, se limitaba a beber vino y a fumar tranquilamente.

—Todo ser humano que pretenda ensanchar su alma debe viajar. Me reafirmo en mis palabras y los animo a ello —insistía Vicente, acompañando sus palabras de gestos y expresiones de todo tipo.

Elena, sentada a su lado, asentía con una sonrisa mientras los demás contestaban lo mínimo para servirle a Vicente para continuar con su discurso. Tan pronto hablaba de Buenos Aires como se acordaba de una función de teatro o del pasaje de algún poemario que no tenía impedimento en recitar para poner en contexto a sus oyentes.

—Sin duda, viajar le causa una inmensa alegría —dijo Aurelio con una leve ironía que Vicente no captó.

—Oh, por supuesto. Considero viajar la máxima expresión de un alma superior, de un alma hambrienta de vida. El mundo esconde maravillas por doquier y lo único que tenemos que hacer es atrevernos a dar el paso.

—¿Tiene pensado volver a viajar a corto plazo? —preguntó Elena, aún con la tirante sonrisa en sus labios. Vicente interpretó las palabras de la joven como preocupación ante un nuevo viaje y, como tal, respondió con un tono compasivo y tranquilizador.

—Me temo que no volveré a viajar si no es con mi amada sujeta del brazo.

—Qué ambición más bella —dijo Mercedes.

Presa de una gran conmoción, Vicente se puso en pie y se llevó las manos al pecho.

—Viajé por mares quietos y tormentosos, pero ningún puerto tuvo la dulzura del horizonte que hallé en tus ojos —recitó con voz solemne. Los demás, incluida Elena, aplaudieron sus versos.

La conversación derivó entonces a la situación del viñedo y a la previsión de cara a los próximos meses. Elena prestó más atención. Aurelio aseguraba que podrían darse con un canto en los dientes si conseguían recuperar lo invertido.

—Un mal giro de fortuna, sin duda —concluyó Vicente antes de inclinarse ligeramente hacia Aurelio para preguntarle si en lo invertido entraba lo que era su porcentaje correspondiente. Aurelio movió la cabeza de arriba abajo de manera sutil—. El misterio de la tierra… Por Dios que sí. ¿Qué hacer, Aurelio? Escucharlo a usted es escuchar a la experiencia.

Aurelio se quitó el cigarro de los labios con una mano mientras con la otra se rascaba la frente.

—Una opción sería introducir cepas nuevas, aunque eso conllevaría tiempo, al igual que se necesitaría un respaldo económico.

Elena asintió, aunque apenas prestaba atención. Su mente viajó lejos de la hacienda, concretamente a la casa donde se hospedaba Matías. Seguramente se estaría preguntando dónde estaba ella, preocupado, inquieto, preso de un millón de dudas. Vicente continuaba hablando. Elena lo veía gesticular, reírse, señalar con su

dedo índice como si quisiera dejar clara la verdad absoluta que salía por sus labios. Creyó conveniente dedicarle una sonrisa y así hizo; Vicente se la devolvió y continuó su discurso, animado por el gesto de afecto de la joven que se convertiría en su esposa en un futuro cercano.

La reunión se prolongó hasta más allá de la cena. A medida que avanzaban las horas, las esperanzas de Elena de trasladarse hasta Santiago se extinguían. Durante la tarde confió todavía en poder zafarse, pero la caída de la noche y la todavía presencia de Vicente acabaron con ella.

—¿Me permite invitarla a pasear? Hace una noche espléndida —le ofreció Vicente una vez acabaron de cenar. Para entonces, los dos se habían quedado a solas.

—Por supuesto —dijo Elena, quien consideró que le vendría bien un poco de aire fresco. La noche se encontraba en un equilibrio perfecto entre el verano y el otoño. Tan solo una suave brisa soplaba en ocasiones.

Para salvar la oscuridad, Vicente encendió un farol de luz amarillenta que dibujaba alargadas sombras por doquier.

—Esperaba con ansia que llegara este momento —dijo Vicente al cabo de unos minutos—. No exagero cuando le digo que he contado los segundos que faltaban.

En ese instante, la luna se descubrió entre las nubes.

—Curioso el destino… —continuó Vicente. Después cogió y alzó su mano derecha hacia el cielo—. El amor es un rayo de luna que hiere y pasa.

Dicho esto, Vicente se giró hacia Elena y la observó como si esperara algún tipo de valoración por su parte.

—¿No le gusta la poetisa Rosalía de Castro?

Elena se limitó a encoger los hombros.

—Son versos bonitos, aunque no había escuchado hablar de ella.

Vicente sonrió.

—Hay tanto que podemos aprender el uno del otro.

Se quedaron en silencio, acompasados por sus pasos sobre la tierra.

—¿Ha pensado en mi propuesta? —preguntó Vicente al cabo de unos segundos. Elena sintió cómo su corazón comenzaba a latir más deprisa. De repente, sintió pavor de que la más mínima insinuación de sus escapadas con Matías hubiera llegado a oídos de Vicente. Al fin y al cabo, era un hombre influyente y con contactos.

—Por supuesto, Vicente. Cada día y a cada hora —dijo Elena, procurando mantenerse en un delicado equilibrio.

Vicente se acarició el fino bigote.

—Soy plenamente consciente de su posición, Elena. También he sido testigo de cómo la desgracia más inmisericorde se ha cebado con los Valdés. A mis sentimientos por usted se une el ferviente deseo de salvaguardar el honor de su apellido; una promesa que le hice a su padre, en paz descanse, años atrás. Por ello, de convertirme en su marido, cuente con todos mis recursos para hacer de este viñedo la envidia del mundo.

—No puedo estar más honrada.

—Mi corazón estalla de alegría. Pero quiero ser conciso y dejar claras mis intenciones. No tengo deseo alguno de apropiarme de lo que les pertenece. Sé del cariño que les guardan a estas tierras y por ello, han de permanecer por siempre en las manos de un Valdés. Supongo que eso es asunto de usted y de su hermano Enrique.

—Está demostrando ser un caballero de pies a cabeza —afirmó Elena.

Fue entonces cuando Vicente se detuvo y miró fijamente a la joven.

—¿Cuál es entonces su respuesta, Elena?

CAPÍTULO 29

Elena aprendió una cosa muy importante esa noche: que a veces la mentira era más que necesaria. Bajo la luz de la luna, en una estampa cuyo romanticismo habría conmovido al más duro de corazón, Elena le dio el definitivo sí a Vicente Ahumada. Al mismo tiempo, en el silencio de su pensamiento, aceptaba que su relación con Matías era cosa del pasado y que, una vez dada su palabra, habría de comportarse como su apellido requería.

—Será la mujer más feliz del mundo —dijo Vicente antes de sujetar una de sus manos y besarla con delicadeza. Instantes antes de que sus labios se posaran sobre su piel, Elena confió en que aquel beso le despertara en su interior al menos una parte de los sentimientos que le causaba Matías. Con una ínfima parte le era suficiente, con no sentir un contacto frío y desangelado le bastaba. Pero cuando al fin Vicente la besó, no sucedió nada.

—Confío en que tenga razón —le contestó Elena mientras hacía un esfuerzo por contener las lágrimas.

Vicente creyó que Elena lloraba de felicidad, lo que le hizo emocionarse más todavía, sintiéndose amado y cuasi venerado por su futura esposa. Esas mismas lágrimas derramaba Elena rato después cuando daban la noticia a los demás, acordándose todavía de cómo horas antes la pasión que sentía por Matías le había hecho organizar un breve viaje a Santiago para estar con él. ¿Era posible que eso hubiera sucedido en el mismo día?

Del mismo modo, como Juana era la única que percibía un deje extraño en el comportamiento de Elena, la noticia del compromiso fue recibida por todos con un estallido de alegría. Si bien, apenas la escucharon, Aurelio y Mercedes intercambiaron una fugaz mirada que no pasó inadvertida para Juana. No obstante, esta esperó a que Aurelio se marchara a su casa para abordarlo.

—¿Ocurrir? ¿Por qué tiene que ocurrir algo, Juana?

Ella puso los brazos en jarras.

—Porque lo he visto y lo que he visto nadie puede negármelo.

Aurelio sonrió.

—¿Nunca has oído los rumores en torno a don Vicente?

—Claro que los he oído.

Ambos se referían a las habladurías acerca de sus preferencias sexuales. No eran pocos los que achacaban su soltería a su excesiva sensibilidad y a un gusto por el género masculino que trataba de ocultar, pero que cada vez le resultaba más complicado.

—Pero tiene un hijo. El muchacho cejijunto ese tan extraño —argumentó Juana.

—Eso no quiere decir nada, Juana. Además, a saber si es verdad. No son precisamente dos gotas de agua.

La joven frunció el ceño.

—Entonces, ¿para qué comprometerse con la señora?

Aurelio encogió los hombros.

—¿No es la mejor manera de poner fin a los rumores? Además, según nos ha contado, tras la boda financiará a Elena para reflotar el viñedo. Más que un acto de amor me parece un acuerdo.

En el fondo, la conclusión de Aurelio no sorprendió a Juana. Elena siempre había puesto su apellido por encima de todo y podía comprender que ella aceptase el matrimonio tan solo por salvar el último resquicio de terreno que les quedaba a los Valdés. Por su parte, era honorable, un sacrificio cuyo coste solo ella sabría y que ella, como su doncella y amiga, debía respetar.

Por tanto, en los días siguientes, Juana no hizo gala de su curiosidad ni le cuestionó su decisión. Además, tanto Vicente como Elena convinieron casarse lo antes posible, eligiendo el quince de mayo, el día de San Isidro Labrador, como fecha para la boda.

Rápidamente, los preparativos colmaron la atención de todos, tan faltos de alegría, mientras Vicente, pletórico, se hacía cargo de las deudas y las facturas.

A mediados de abril acudió a la hacienda una modista procedente de Santiago para realizar el vestido de boda. En cuanto a la ceremonia en sí, ambas partes apostaron por algo íntimo y nada excesivo. Desechaban cualquier complejidad como si así el tiempo fuera a discurrir más deprisa hasta el día del enlace.

—Me han recomendado un equipo de cocina excelente. Será el presente de un viejo amigo de mi padre —dijo Elena. Vicente sonrió de oreja a oreja.

—Oh, ¿de quién se trata?

—Wilhem Von Hartmann. Creo que le ha hablado alguna vez de él.

Vicente se rascó la barbilla con el dedo índice.

—Sí, creo que sí. Excelente noticia, querida.

Acto seguido, Vicente le habló de lo felices que serían, llevando minutos más tarde su discurso al aspecto filosófico del amor. Hablaba con grandilocuencia, sonreía, se tomaba su tiempo, lanzaba al aire preguntas retóricas que él mismo contestaba con nuevas preguntas que embarraban el propio significado de su perorata. A Elena no le quedaba más remedio que sonreír y esforzarse en prestar atención por si el discurrir del discurso requería su intervención. No obstante, pronto descubrió que eso no era así y que Vicente, quizás cegado por su elevado amor propio, no creía conveniente que nadie más interviniera. Así, la mente de Elena divagaba lejos de allí en esos momentos. La llama del deseo seguía prendida en ella y se convertía en una vorágine cuando recordaba la última vez que se besó con Matías. Pero lo que realmente la trastocaba era cuando su atención regresaba al presente y veía, con contenida desesperación, el hombre que iba a convertirse en su marido y al que debería entregarse.

Se esforzó por evitar esos pensamientos y se centró en la preparación de la boda para abstraerse. Sin embargo, el paso de los días era una cuenta atrás angustiosa, como si cada día que se acercara a la fecha redoblara su sufrimiento. Además, tampoco le

había comunicado a Matías el regreso de Vicente, aunque por el silencio del primero supuso que ya estaría al tanto. ¿Por qué no estaba mínimamente feliz? ¿No le había dejado claro que se casaría con Vicente? El silencio de Matías, del cual no sabía nada desde la última vez que visitó La Tormenta, pesaba sobre sus hombros. Cuando no estaba centrada en sus tareas, era común ver a Elena pasear de un lado a otro del jardín, con la mirada perdida y el rostro inexpresivo. Incluso había adelgazado ligeramente. La belleza de su cara se ajustaba a sus finas mejillas, destacando la grandeza de sus ojos, casi como si el tiempo la hubiera hecho todavía más joven.

En esos momentos de reflexión, Clara solía sentarse en una silla, en el mismo jardín, y leía tranquilamente mientras lanzaba miradas de curiosidad a Elena. La pequeña de los Rodríguez se iba recuperando poco a poco, si bien no solía hablar demasiado, había vuelto a ser parte funcional en la vida de la hacienda.

Así, Juana se acercó a ella y le susurró unas palabras al oído. Clara contestó moviendo la cabeza de un lado a otro y después continuó leyendo. En cuanto a Juana, se acercó a Elena dudando de si lo que le iba a decir era apropiado.

—Está refrescando, Elena.

—No tengo frío.

La manera en la que frotaba sus manos decía lo contrario.

—¿Puedo preguntarle qué le pasa? —soltó Juana de repente—. Hace días que la veo distante. ¿Qué le preocupa?

Apretó los labios. Estaba a la defensiva.

—Es normal que esté nerviosa a pocos días de casarme, Juana.

—En eso tiene razón, Elena. Pero, si me permite, diría que le preocupa algo más que su futuro matrimonio.

Elena abrió los ojos de par en par después de escuchar a Juana. ¿Qué estaba insinuando? La remota posibilidad de que hubiera descubierto sus fugaces escapadas con Matías le provocó un escalofrío.

—¿El qué, Juana? ¿Cuáles dirías que son mis otras preocupaciones? —preguntó con frialdad, ocultando el pavor a la respuesta, pero, al mismo tiempo, deseosa de saber qué pasaba por su cabeza.

Juana cogió aire.

—Quizás… quizás no esté convencida de casarse con el señor Ahumada.

Elena se quedó en silencio; encajando el golpe. Por un momento, parecía a punto de derrumbarse y confesar, pero solo fue un espejismo.

—No vuelvas a hablar así de mi futuro marido —dijo antes de marcharse.



Abril fue un breve suspiro de otoño y mayo llegó impaciente. Los nervios estaban a flor de piel. El enlace se había convertido en una ventana de ilusión para María, Mercedes, Clara y Juana; un destello de luz que parecía confirmar que los tiempos más oscuros habían quedado atrás.

Vicente continuó haciéndose cargo de los gastos. En los días previos, un procurador redactó un documento en el que se afirmaba que La Tormenta quedaría en propiedad de Elena a pesar del matrimonio, siendo dividida en cuanto su hermano Enrique cumpliera la mayoría de edad. De esta manera, tal y como prometió Vicente, la hacienda quedaría por siempre en manos de los Valdés.

Días antes de la boda, Elena fue incapaz de conciliar el sueño. Pasaba largas horas en vela, con la mirada perdida en el techo antes de levantarse y vagar de un lado a otro como un fantasma. Los pensamientos que pasaban por su cabeza eran recurrentes y la idea que sopesaba, cada vez con más peso, le pedía a gritos llevarla a cabo.

—Un último viaje a Santiago. Para saber qué ha sido de él. No más —susurraba en el silencio de la noche. Una parte de ella deseaba que Matías hubiera partido a Antofagasta, pero la otra suplicaba porque no hubiera sido así. Intentó convencerse de que tan solo tenía que esperar al día de la boda para desechar la idea de ir en busca de Matías, aunque al mismo tiempo, se preguntaba si no era mejor acabar con la curiosidad.

Perdida en este vaivén, vio los primeros rayos de sol de la mañana antes de la boda. Al día siguiente se estaría preparando para convertirse en la esposa de Vicente, pero ese día, en ese tibio amanecer de otoño, aún seguía siendo Elena Valdés. El saber que era la última oportunidad para trasladarse a Santiago antes del enlace y que Vicente le había asegurado que no pasaría por la finca en la víspera de la boda, le puso en un estado de nervios insoportable.

Pese a que todavía era temprano, fue en busca de Juana, la única persona a la que le podía ser sincera en un momento como ese. Su doncella no daba crédito cuando Elena le dijo, de manera atropellada, que necesitaba ir urgentemente a Santiago.

—Quiero que vayas en busca de una diligencia o un carruaje. Lo que sea más rápido.

Juana asintió a la par que se ajustaba la chaqueta. Estaba acostumbrada a obedecer sin cuestionar nada, pero aquello le parecía extraño.

—¿Sucede algo, Elena?

—He de cerrar unos asuntos antes de la boda. Estoy segura de que mi padre lo habría querido así.

Al mencionar a Eusebio, Juana dio por hecho que se trataría de algo relacionado con las propiedades malvendidas por Horacio Méndez. Partió veloz a lomos de Moro y, al cabo de veinte minutos, regresó con un pequeño carruaje tirado por dos caballos.

—Es todo lo que he podido encontrar. El mozo me ha asegurado que son veloces.

Elena lo dio por bueno.

—Volveré esta tarde. Tan pronto como pueda —dijo mientras se dirigía al carruaje.

Juana seguía montada en el caballo.

—¿Quiere que la acompañe?

—No es necesario. Informa a los demás o a Vicente si apareciera por aquí, aunque no lo creo.

Embutida en un largo abrigo negro, Elena montó en el carruaje que la llevó hasta Santiago, concretamente al cerro San Cristóbal. Una vez la dejó allí, le pidió al mozo que la esperara en la plaza

Blanco Encalada y que, de no estar allí a las cuatro de la tarde, acudiera a recogerla al cerro. El mozo no hizo preguntas después de que Elena le pusiera una buena cantidad de pesos en la mano y se alejó de allí tranquilamente. Cuando desapareció de su vista, Elena cruzó la calle y pegó en la puerta de la casa donde se había hospedado Matías los últimos meses. La espera resultó agónica.

Tras una espera que pareció eterna, la puerta se abrió, quedando Matías y ella a ambos lados del umbral. Durante unos segundos se miraron, extrañados y desconcertados por el tiempo que había transcurrido desde la última vez.

—Si no he escuchado mal, mañana es tu gran día —dijo Matías. Elena asintió. Notó un intenso calor en sus mejillas.

—Tal y como te dije, aceptaría la propuesta de Vicente.

Matías no se inmutó.

—¿Por qué has venido?

—A verte.

—¿Crees que no me duele que solo vengas aquí solo para revolcarte conmigo? —dijo Matías mientras le daba la espalda.

—Eso no es cierto —susurró Elena acercándose para abrazarlo desde atrás.

—Sí lo es, porque si al menos tuvieras algún sentimiento por mí, no te importaría pasar el resto de tu vida conmigo, no me mantendrías como un oscuro secreto en tu vida.

Elena tenía su mejilla en su espalda y escuchaba su corazón latir con fuerza. Comenzó a llorar, porque sí quería amanecer cada mañana a su lado, pero había una fuerza que la empujaba a hacer lo que consideraba correcto.

—No me digas eso, soy feliz el tiempo que estamos juntos, pero no puedo…

—¿Por qué? ¿Porque no tengo un apellido aristocrático o porque mi fortuna no se remonta a siglos atrás?

—Por favor, no me hagas responder eso, solo quiero que me abraces —pidió Elena. Matías se movió intentando zafarse de su abrazo, pero ella caminó hasta ponerse al frente para rodearlo con sus brazos nuevamente—. Mírame… mírame como lo haces siempre. Mírame y bésame como siempre lo haces.

Matías bajó la mirada y no supo qué decir, pues no hicieron falta más palabras para caer rendido ante el embrujo que Elena provocaba en él. Cerraron la puerta y la pasión se apoderó de ellos de una manera desenfrenada, agónica por ser conscientes de que aquello no era más que un oasis que pronto quedaría atrás, condenado al recuerdo. Después de mucho tiempo, Elena volvió a sentirse una mujer amada y deseada en manos de Matías. Las uñas se clavaban en la amplitud de su espalda, como si pretendiera luchar contra el placer que recorría su cuerpo y que él le provocaba.

—La última vez —susurró Elena, todavía desnuda y unida a Matías. Sus palabras tenían el eco de una promesa que se veía obligada a cumplir, a una imposición del destino o de ella misma.

—Depende de ti. Todavía eres una mujer soltera —dijo Matías, esperando que Elena por fin lo eligiera.

CAPÍTULO 30

Elena no cambió de opinión y al día siguiente, bajo un agradable sol de otoño, le dio el sí a Vicente Ahumada. Los invitados, que no superaban la veintena, se pusieron en pie para aplaudir al estrenado matrimonio. El estruendo hizo que una bandada de palomas levantara el vuelo y añadiera cierto misticismo a la estampa, momento en el que el propio Vicente consideró oportuno recitar unos versos. La mirada de admiración de Elena escondía su hartazgo.

No obstante, la velada discurrió de manera estupenda. Había buena comida y buen vino. Se cantaron canciones y los novios bailaron mientras el resto de los invitados les rodeaban. También hubo momentos para la emoción cuando Elena, por petición suya, llevó flores a las tumbas de sus padres y de su hermano.

Pero ni siquiera en un instante tan emotivo como ese era capaz de olvidarse de Matías. Él había sido tajante al respecto. Había permanecido en Santiago, esperanzado en que Elena acabaría eligiéndolo a él, pero si finalmente se casaba con Vicente, partiría inmediatamente hacia Antofagasta. Precisamente, días después de la boda llegó una misiva a la hacienda donde este anunciaba su regreso al norte. Las últimas esperanzas de Elena se consumieron en ese instante.

Se había jurado ser fiel a Vicente, otorgándole el máximo respeto como marido, pero ya en la noche de bodas, Elena se percató de

que algo se le escapaba. Los continuos elogios de Vicente, su atención y sus miradas le hacían pensar que tendría que entregarse a él como correspondía en una primera noche de bodas, que se bebería su juventud igual que el mejor de los vinos. Por ello, cuando se quedaron a solas en la alcoba, iba mentalizada para lo que iba a ocurrir. Sin decir nada, se quitó el vestido y se quedó desnuda frente a Vicente. La belleza de su cuerpo joven y turgente quedaba a disposición de su marido; era lo que se esperaba de una esposa. Pero las cosas no sucedieron tal y como esperaba. Vicente la besó casi como una hermana, y el momento se esfumó entre los versos que este le decía mientras la observaba. Pasados los minutos, este intentó consumar el acto, pero no lo lograron. Vicente argumentó que había bebido mucho y que estaba cansado, se echó a un lado y se quedó dormido.

Afortunadamente, para bien de Elena, su matrimonio con Vicente introdujo una serie de cambios en su vida que le mantuvieron la cabeza ocupada para superar los primeros trances de la vida en pareja. Su marido no solo ignoraba el aspecto carnal del matrimonio, sino que no mostraba interés alguno en el aspecto físico. La joven lo achacó a las más recónditas causas. Aunque era cierto que, en lo demás, Vicente era un esposo ejemplar. La colmaba de regalos y procuraba satisfacerla en cuanto estuviera en su mano. Si bien, cuando caía la noche y llegaba el momento de compartir lecho, Vicente siempre encontraba una excusa para llegar a la habitación horas después, cuando Elena ya estaba dormida.

El cambio más transcendental fue que Elena abandonó La Tormenta y se instaló con Vicente en su hacienda. La casa era ligeramente más pequeña y el servicio se reducía a una ama de llaves entrada en años y parca en palabras, pero por lo general agradeció el cambio de aires. Además, Juana iba y venía entre las dos haciendas, actuando en su mayor parte como mensajera. La marcha de Elena junto con su actitud hizo que Juana adoptara cierta posición de liderazgo en La Tormenta, siendo además ella la encargada de transmitirle a Elena los últimos acontecimientos de la hacienda.

—Sé que desea que Enrique retome los estudios ahora que parece que la guerra llega a su fin, pero, al igual que su padre, está enamorado del viñedo —le decía Juana. Había pasado un mes desde la boda y Elena se aquejaba de un constante malestar.

—Mañana mismo iré y lo convenceré para que se traslade a Santiago. Ya he hablado con Vicente. Está dispuesto a costearle los estudios —dijo Elena antes de detenerse y apoyarse en un árbol.

—¿Qué le ocurre, Elena?

Esta respiró hondo.

—Solo son náuseas. La comida me ha debido sentar mal.

Juana frunció el ceño.

—¿Otra vez?

—Puede que sea el agua —insistió Elena como si no existiese otra opción que no fuera la indigestión.

—O puede que Vicente y usted estén esperando a un retoño —dijo Juana. Elena estuvo a punto de exclamar que eso era imposible, pues su marido todavía no había sido capaz de llegar hasta el final de aquel momento tan íntimo y que tan pocas veces habían compartido.

Acongojada por la idea que acababa de pasar por su cabeza, se esforzó por parecer despreocupada y despachó a Juana entre bromas. Cuando al fin se quedó a solas, Elena subió a su habitación, presa de las náuseas y un sudor frío que empapaba su piel. A solas, se miró al espejo y acarició ligeramente su vientre. Su rostro expresaba sorpresa y temor al mismo tiempo. No podía estar embarazada de Vicente, pues no había habido ocasión para ello. Pero… Matías…

A Elena le llevó varios días asimilar la verdad. Las náuseas fueron a más, aunque podía ingeniárselas para ocultárselas a Vicente. Tomaba infusiones y mascaba hojas de menta, aunque era consciente de que, si realmente una vida estaba creciendo en su interior, debía actuar deprisa. Por tanto, recurrió al ingenio. Con la excusa de sorprender a su marido, ordenó preparar una mesa especial y adquirir varias botellas de vino de renombre.

—¡Vaya! ¿Hay algo que tengamos que celebrar, querida? —dijo Vicente al encontrarse con el despliegue orquestado por Elena.

—¿Acaso es extraño que quiera sorprender a mi esposo? —dijo Elena antes de besar sus labios. Después, llenó dos copas de vino.

Su plan era conseguir que Vicente bebiera lo suficiente como para que tuviera lagunas en la memoria al día siguiente. Era complicado y moralmente deleznable, pero no tenía opción. Si Elena se quedaba de manos cruzadas, sería repudiada por Vicente en cuanto descubriera que estaba embarazada y él no era el padre.

De esta manera, se mostró cariñosa y animó a Vicente a beber en todo momento. Este, más afín al vino, decantó las copas a buen ritmo a la vez que se daba cuenta de la cercanía que imponía Elena, del contacto físico que mantenía en todo momento y de cómo lo besaba bajo cualquier pretexto. Sin poder suponer siquiera la verdadera naturaleza del cariño dispensado por su esposa, Vicente creyó que Elena, al ser una mujer joven, estaba necesitada de amor carnal y que él, como marido, estaba en su obligación de satisfacerla. La intención de ella y la suposición a la que llegó él hicieron el resto. Y tras una larga noche donde el alcohol fue el protagonista, Vicente cayó rendido y al despertar, Elena desnuda a su lado lo besó con alegría, lo que le hizo suponer que por fin había culminado el acto.



Aurelio se sonó la nariz y se atusó la chaqueta. El invierno había llegado con ganas y a él lo había pillado desprevenido, regalándole un molesto catarro.

—Enrique, ¿cuánto tiempo hace que se ha ido Juana? —preguntó. El joven miró su reloj.

—Una hora más o menos.

Asintió y se pasó la lengua por sus labios resecos.

—¿Te ha dicho para qué iba en busca del doctor Riquelme?

—Solo me dijo que no me preocupara; que no era nada grave.

Aurelio hizo un gesto ambiguo. Parecía confuso sobre qué hacer o cómo actuar.

—¿Mercedes o María te han comentado algo? ¿Por qué han ido ellas también? —obvió a Clara, aunque esta también las había acompañado.

—Habrá que esperar, Aurelio.

Este puso a prueba su paciencia a lo largo de veinte minutos más, momento en el que las antes mencionadas regresaron a la hacienda. Ofuscado, Aurelio caminó hacia ellas para acabar de una vez por todas con la incertidumbre.

—Se marchan todas. No dicen nada. ¿Se puede saber qué está pasando? —gritó Aurelio. Las cuatro mujeres le dedicaron una sonrisa.

—Elenita está embarazada, Aurelio —dijo María con una sonrisa de orgullo.

—Embarazada…

—Se te ha cambiado la cara, viejo —comentó Mercedes. Aurelio movió la cabeza de un lado a otro.

Esa noche, todos brindaron por la salud de Elena y de la nueva criatura que crecía en sus entrañas. Se les hacía raro que Elena ya no viviera en la hacienda y, por ello, cuando alzaron sus copas, se propagó cierta nostalgia.

—Pronto estará un niño correteando por aquí —apuntó Aurelio.

Como solía ocurrir, Juana y Aurelio se quedaron a solas avanzada la noche. Un pequeño brasero caldeaba el porche y mantenía a raya el frío viento del invierno. Pese a que Elena les había dado permiso para que utilizaran el antiguo despacho de Eusebio para tratar los asuntos relacionados con la hacienda, ambos se sentían más cómodos allí.

—El doctor Riquelme le ha mandado reposo. Elena se encuentra bien de salud, pero, al parecer, Elvira, que en paz descanse, tuvo problemas en uno de sus embarazos y no quieren correr riesgos —dijo Juana mientras observaba los dedos cruzados de su propia mano.

—Si los cálculos no me fallan, dará a luz cerca de la cosecha ¿no es cierto?

—Mes arriba, mes abajo —afirmó Juana. Los dos compartían un gesto serio, al que se añadía el cansancio propio de la noche.

—¿Qué te ha dicho Elena respecto al viñedo? —preguntó Aurelio. Juana le había dicho que iría a hablar con ella a lo largo del día, motivo por el cual Aurelio se encontraba tan alterado. Lo del doctor Riquelme añadió más incertidumbre de por sí.

—No he podido hablar con ella todo lo que me hubiera gustado. Apenas llegué a la hacienda de Vicente, tuve que regresar a por Moro para ir en busca del doctor —explicó Juana.

Hacía varias semanas que tanto Aurelio como Juana esperaban instrucciones de Elena de cara a la próxima cosecha, pero esta les daba largas, mostrando un interés ínfimo. El propio Vicente mencionó en un par de ocasiones que era impropio que su esposa se dedicara a tales trabajos. Primero fueron comentarios, frases sueltas que no encontraron freno por parte de Elena y que Vicente fue incrementando.

—Habría que poner los números sobre la mesa y esclarecer cuán rentable es el viñedo, querida. Hay batallas que, aun ganándolas, son demasiado costosas —le dijo Vicente en una ocasión.

Elena, aquejada por el embarazo que se esforzaba por ocultar hasta que las fechas negaran cualquier sospecha por parte de Vicente, no discutía. Esa mañana en la que Juana fue a hablar con ella, Elena acabó por desmayarse y Juana tuvo que salir a toda prisa en busca del doctor. Fue cuando Vicente tuvo noticia del estado de su esposa.

—Con Elena convaleciente, Vicente no le dedicará ni un segundo de su atención al viñedo —concluyó Juana. Aurelio reflexionaba sobre las distintas opciones mientras observaba las ascuas del brasero. Vicente había financiado gastos considerables en las anteriores cosechas, por lo que sin su ayuda poco podían hacer.

La situación se complicó en los meses siguientes. Juana acudía a diario a visitar a Elena, lo que Vicente empezó a ver con malos ojos después de que esta le mencionara a su esposa pormenores del viñedo y le pidiera consejo para algunos asuntos. Elena, salvo por el reposo que debía guardar, se encontraba bien de salud y agradecía las visitas.

—Su hermano Enrique se ha convertido en nuestro pequeño capataz, Elena —le explicaba Juana. Vicente, fingiendo leer el

periódico, procuraba mantener la compostura. Había decidido que no dejaría a Juana a solas con Elena.

—¡Qué contentos estarían mis padres si lo vieran! No puedo creer lo mucho que ha cambiado. Entonces, ¿las cosas marchan bien por el viñedo?

Vicente tosió.

—Los brotes son sanos y numerosos, Elena, y según Aurelio la tierra está en excelentes condiciones.

—Necesitarán trabajadores, ¿no es así?

Vicente atusó el periódico, pero continuó en silencio.

—Cuando llegue el momento, Elena. Aún tenemos tiempo para disponerlo todo.

Esta suspiró e hizo un leve gesto de molestia que Vicente consideró como límite de lo intolerable.

—Creo que esas preocupaciones no son propias para una dama en estado de gracia. Menos cuando el doctor le ha exigido máximo reposo.

Juana se giró hacia Vicente sin el menor atisbo de arrepentimiento.

—Lo lamento, señor Ahumada.

—Estoy bien —dijo Elena—. Me duele la espalda, pero seguramente sea por estar todo el día en cama.

—Tranquila, querida. ¿Qué necesitas? —se interesó Vicente mientras asistía a su esposa con un despliegue exagerado en opinión de Juana.

—Estoy bien —repitió—. ¿Qué haremos cuando llegue la cosecha?

Vicente borró la sonrisa de su rostro y acarició la frente de Elena.

—Eso no debe preocuparte —contestó Vicente mirando de reojo a Juana. Rato después, cuando esta ya se marchaba, Vicente la abordó. Estaba visiblemente alterado y nervioso—. Ya le mencioné que Elena no se encargará del viñedo por el momento. Si sigue molestándola, me veré obligado a prohibirle la entrada a mi casa.

Juana se quedó quieta, inexpresiva como una estatua, pero mirándolo fijamente a los ojos.

—Solo cumplo con mi obligación, señor Ahumada.

—¿Su obligación? ¡Su obligación es servir! No lo olvide. Si es necesario, retiraré hasta el último peso del viñedo para que dejen tranquila a mi esposa.

No iba a discutir. No tenía sentido por más que la sangre le ardiera en ese momento.

—Lo que haga bueno será —dijo Juana antes de darse la vuelta y subirse a lomos de Moro con un salto ágil. El animal, como si percibiera la tensión entre ambos, agitó su cuello y relinchó, provocando que Vicente retrocediera un par de pasos. No tuvo tiempo de decir nada más cuando Juana ya se alejaba al galope.

CAPÍTULO 31

El paso de los meses fue para Elena un lento goteo cuyo fin habría de dar vida a un caudaloso río. El reposo ordenado por el doctor Riquelme reducía sus días a su habitación, a su cama o a la ventana en momentos de soledad, en los que se levantaba y se asomaba por ella para sentir la libertad del vuelo de los pájaros y de las hojas mecidas por el viento. A lo lejos, tras unas encinas, se atisbaba La Tormenta. A ratos creía ver a Aurelio, otras a Juana, a Enrique… La nostalgia de aquellos momentos le provocaba un llanto silencioso, casi solemne.

Sin embargo, había encontrado un inesperado consuelo. Agachaba la mirada y observaba la barriga que atestiguaba la vida que crecía en su interior. Le resultaba indescifrable el amor que sentía hacia su futuro hijo. Con suavidad, se acariciaba la barriga como si así lo acariciara a él; como si así pudiera decirle que su madre estaba con él, esperándolo, protegiéndole. La vida había adquirido un nuevo significado para Elena. El círculo de lo realmente importante se había estrechado. La hacienda, Vicente e incluso la guerra le parecían meros pasatiempos en comparación con su retoño. Pero había algo más, un secreto y quizás una futura maldición: Vicente no era el padre.

Esto despertaba en Elena sentimientos contradictorios que oscilaban a lo largo de las semanas y los días, confundiéndola y haciéndola dudar de sus propios sentimientos. ¿Era lícita su

felicidad? Cada día que pasaba la mentira se hacía más grande y la conciencia pesaba más. Al mismo tiempo, fruto de la inmensa contradicción en la que se encontraba, su rencor hacia Matías aumentaba y en ocasiones se hacía insoportable. El amor hacia su futuro hijo fluía por sus venas, antepondría su vida si fuera necesario, pero, a la vez, maldecía que sus momentos de debilidad con Matías fueran a torturarla para el resto de sus días. Confiaba en el tiempo para callar su conciencia, pero tendrían que pasar muchos años antes de que llegara ese día.

—¿De nuevo junto a la ventana?

La voz de su esposo la sorprendió. Elena borró sus últimos pensamientos y le dedicó una media sonrisa.

—Necesitaba moverme un poco.

Vicente estrechó sus manos.

—Ya falta poco para que nuestro hijo sea una realidad.

Y así, Vicente la llevó de nuevo a la cama.

—¿Cómo está el viñedo? —preguntó Elena—. Hace tiempo que Juana no viene por aquí. Supongo que estarán ajetreados.

Una sombra de crispación cruzó el rostro de Vicente. No solo no quería que Elena se preocupara por el viñedo, sino que odiaba que su esposa le mencionara a Juana, a la que detestaba profundamente.

—Bueno, la verdad es que no les va tan mal. Tengo entendido que han conseguido vender la cosecha del año que viene a buen precio.

Elena no ocultó su sorpresa.

—¿Cómo dices?

—A mí también me ha sorprendido. De todas formas, querida, ya sabes que no suelo parar tanto por La Tormenta como antaño —dijo con una sonrisa.

—¿Sabes de quién se trata?

Vicente movió la cabeza de un lado a otro.

—No es algo que nos incumba. Ya escuchaste al doctor Riquelme. Debes guardar todas tus fuerzas y reposar.

Elena sabía que Vicente no le diría nada más y se dio por satisfecha. En su estado, lo único que le preocupaba era la salud de

su hijo. Quizás si este no hubiera insistido tanto en sus cuidados o si se hubieran quedado a vivir en La Tormenta, su interés por el viñedo habría sido mayor, pero las circunstancias eran las que eran.

La llegada de la Navidad y el hecho de que todos se reunieran para celebrarlos juntos agradó enormemente a Elena, cansada de la rutina y el silencio de su dormitorio. Sin embargo, fue en ese almuerzo cuando quedó patente que las diferencias entre Juana y Vicente eran insalvables.

Aprovechando el contexto, Elena preguntó acerca del comprador de la cosecha, pero antes de que Enrique o Aurelio pudieran contestar, Vicente se puso en pie con gesto serio.

—No creo que haga falta recordar las recomendaciones del doctor. Mi esposa dará a luz en dos meses —dijo. Los demás, al encontrarse en su casa, agacharon la mirada, pero Juana hizo todo lo contrario.

—La señora solo pregunta por lo que le pertenece.

Vicente clavó sus ojos en Juana.

—Este es uno de los motivos por los cuales el servicio no debería sentarse a la mesa con los señores —espetó Vicente.

Juana no dijo nada. Terminó el almuerzo y, aprovechando un descuido, se marchó sin despedirse, sin imaginarse que lo que iba a suceder rato después iba a marcar el destino de todos.

Enrabietada, Juana fue en busca de Moro y se perdió por los caminos del valle durante un buen rato. No se le ocurrió otra manera de sacar la frustración que le ocasionaba Vicente, al cual consideraba un desgraciado que había usado el embarazo de Elena para aislarla de los suyos. No sabía qué pretendía exactamente, pero, al igual que Horacio Méndez en su día, Vicente no le gustaba.

—Me gustaría saber cuánto le habrá pagado al doctor Riquelme para que la tenga en cama durante tanto tiempo —dijo mientras cabalgaba, procurando que su rabia se diluyera, siendo incapaz de dilucidar si lo que decía tenía sentido o no. Al cabo de un rato, más calmada, decidió regresar para mostrar sus disculpas. No lo hacía por Vicente, sino por Elena.

Cabizbaja, cabalgó hacia la hacienda, dándose la casualidad de que cuando Juana llegaba, Aurelio y los demás se despedían en la

puerta de Elena. Este, que ya estaba bastante alterado por el trasiego, hizo un gesto despectivo al ver a Juana.

—¡Fuera de aquí! ¡Su falta de respeto es inadmisible! —exclamó Vicente. Juana, que había ido con la firme intención de disculparse, se mostró calmada e intentó llevar a cabo su cometido, pero Vicente apenas la dejó hablar—. No quiero que vuelva a poner los pies en esta hacienda.

Juana, consciente de que no había vuelta atrás, le dedicó una sonrisa.

—Mis pies no están tocando tus tierras —soltó con sarcasmo mientras bailaba sus piernas encima de Moro, a modo de burla.

—¡Juana! ¡Márchate! ¿Has perdido el juicio? —dijo Aurelio. Pero el daño ya estaba hecho. Vicente estaba rojo de ira.

—Si de mí dependiera, no volverías a La Tormenta y créeme que haré todo lo posible porque así sea.

Elena intentó mediar, aunque finalmente optó por llevarse a su marido, pues se veía incapaz de enfrentarse a Juana, a la joven que se había mostrado fiel a ella en los últimos años y en los momentos más duros de su vida. Un leve gesto de dolor —fingido— fue suficiente para que Vicente aceptara llevarla a su habitación y despedirse de los demás.

En cuanto a Juana, tanto Aurelio como Mercedes rindieron cuentas con ella para hacerle ver la estupidez que acababa de cometer. Fue curioso que el único apoyo que encontró Juana, ya en La Tormenta, fuera Enrique.

—A mí tampoco me gusta Vicente ni sus formas —dijo para sorpresa de todos.

Hasta ese momento, ninguno había caído en la cuenta de lo peculiar que resultaba la figura de Enrique. Aristócrata de nacimiento, había tenido acceso a la mejor educación, pero de igual manera se había curtido los últimos años en la hacienda a base de trabajo y sufrimiento. Para él no había nada humillante en marcharse las manos de tierra. Su concepción del mundo era radicalmente distinta a la de su hermana.

Debido a la carga de trabajo que había en el viñedo, aquel amargo día de Navidad quedó en el olvido o, al menos, así lo

parecía. Sin embargo, semanas después del desplante de Juana, Vicente juró tomarse la venganza por su mano y darle una lección que no olvidara jamás. Sabía que sería muy difícil echarla de la hacienda, pues era buena trabajadora, pero sí que podía quitarle lo que más quería: a Moro.

Vicente se trasladó hasta la hacienda con la intención de cumplir su venganza. Sabía que Elena se opondría, pero guardando reposo en su habitación, no se enteraría de lo que iba a hacer. Además, él había dado orden a su ama de llaves de que no permitiera la entrada a nadie que no fuera el doctor Riquelme. Por lo demás, ya había pensado todo lo necesario para encontrar la mínima oposición posible en La Tormenta.

—Elena quiere que Moro esté en la hacienda, en su nuevo hogar, dispuesto para cuando sea necesario ir en busca del doctor —dijo Vicente con una mueca. Un atisbo de sonrisa que no transmitía alegría alguna—. Como comprenderá, Enrique, ya falta poco para que su hermana salga de cuentas. Cuando llegue ese momento, será vital disponer de una montura veloz para ir en busca del doctor. Ya sabe que su madre, en paz descanse, presentó dificultades en el parto de sus hijos y quisiera correr el mínimo riesgo con Elena.

Vicente pensaba que había sido hábil a la hora de escoger a Enrique como interlocutor. Quería que el muchacho se sintiese orgulloso y responsable de que, tan solo con trece años, se había convertido en el cabeza de familia de los Valdés. De esa manera, confiaba en que este no le pusiera inconveniente. Sabía que no sería sencillo, que Moro se había reconvertido en una especie de reencarnación de Tomás, pero justo por eso era consciente del disgusto que se llevaría Juana. Aunque no sería nada comparado con los planes que tenía para el animal y que, sin duda, ocasionarían un sufrimiento insoportable a la insolente joven.

—El caballo no es mío, señor Ahumada —contestó Enrique para sorpresa de Vicente.

—Oh, ¿acaso no les pertenece a los Valdés todo lo que hay en la hacienda?

Enrique agachó la mirada.

—Es una petición de su hermana, Enrique. Moro es el caballo más veloz. Si se pusiera de parto y, Dios no lo quiera, la situación se complicara, cada segundo sería crucial.

El joven no encontró argumentos y, sin darse cuenta, empezó a ceder.

—Moro es un caballo muy nervioso. Cualquiera no puede montarlo.

Vicente soltó una risotada.

—No se preocupe. Soy un excelente jinete. Además, será un trayecto corto. En mi hacienda dispongo de establo y los aperos necesarios, si eso también le preocupa.

—Puede ser peligroso.

—¿Peligroso? Agradezco su preocupación, Enrique, pero le libraré de ella en cuanto me vea montar.

Enrique encogió los hombros. Si él no era capaz de convencerlo, sería el propio Moro el que lo hiciera. Sin más, caminaron hacia el establo. Juana, al verlos, se dirigió hacia ellos intuyendo lo que podía ocurrir.

—Elena quiere que Moro esté en la hacienda de don Vicente —le anunció Enrique. Juana hizo un claro gesto de desprecio.

—Ha perdido el juicio si piensa que voy a llevarle mi caballo hasta su hacienda —sentenció Juana mirando fijamente a Vicente. Este la miró de arriba abajo con desprecio.

—No será necesario. Yo mismo me llevaré el animal.

—¡No puede hacer eso!

—¿Acaso le pertenece?

Juana miró a Enrique y este, una vez más, alzó los hombros. Aurelio se aproximó también, temeroso de que la joven perdiera el control.

—Quiere llevarse a Moro —exclamó Juana.

—Así lo quiere Elena y así va a ser —dijo Vicente—. Aurelio, ensíllalo. Me lo llevaré ahora mismo.

Aurelio se retiró el sombrero.

—Es muy nervioso ese animal, don Vicente, además de terco.

—Es intolerable que todavía cuestionen las órdenes tanto de Elena como del propio Enrique —dijo Vicente—. ¡Ensíllalo!

Enrique asintió levemente y Aurelio obedeció finalmente. Puso la silla sobre el lomo del animal y enganchó el bocado, a lo que Moro protestó con varios relinchos.

—Muy pocas veces lo han ensillado —señaló Aurelio mientras lo sacaba del establo. Era una advertencia sincera.

—¿Pretende que lo monte sin más? Grotesco e incivilizado.

Ante la imposibilidad de hacer cambiar de opinión a Vicente, Aurelio le entregó las riendas. En ese instante, este empezó a saborear su victoria al ver cómo a Juana se le saltaban las lágrimas. Hizo un ademán para acercarse hasta él, pero Aurelio se lo impidió.

—Ahórrese sus improperios. Ya veo que le preocupa más esta bestia que mi esposa —dijo Vicente al mismo tiempo que tiraba de las riendas. Moro dio un cabeceo y Vicente respondió con otro tirón —. Ya ven lo indomable que es.

—No se confíe, don Vicente. Haría bien en llevarlo caminando hasta su hacienda. Yo mismo le puedo acompañar si lo desea — insistió Aurelio. Sin embargo, Vicente se tomó a mal sus palabras.

—¿Caminando? ¿Por quién me toma?

—Lo hace adrede —dijo Juana, incapaz de controlarse. Enrique permanecía como un mero observador. Su atención se fijaba en Moro, que sacudía las pezuñas de sus patas delanteras.

—Créame que le devolveré el animal cuando no lo necesite — expresó Vicente antes de poner un pie sobre el estribo y coger impulso. En cuanto se sentó sobre la montura, Enrique, Aurelio y Juana dieron un paso atrás, temerosos de que Moro se encabritara. Sin embargo, eso no sucedió y Vicente sonrió con chulería—. Buen chico.

Acto seguido, golpeó el cuello del animal y apretó ligeramente las piernas para que avanzara.

—Desgraciado… —susurró Juana mientras las primeras lágrimas caían por sus mejillas. Vicente la escuchó, pero todo lo que hizo fue dedicarle un gesto de despedida, alcanzándose el ala del sombrero.

Sin más, Moro comenzó a avanzar lentamente hacia la salida de la hacienda. Vicente lucía orgulloso y victorioso, disfrutando de la rabia que consumía en ese instante a Juana. Quiso azuzar a Moro para que aumentara la velocidad, pero en cuanto el animal sintió el

golpe del tacón sobre el costado, se detuvo en seco y comenzó a relinchar.

—¡Quieto! ¡Maldita bestia! —exclamó Vicente mientras tiraba con las riendas.

Aurelio corrió hacia él.

—¡Bájese! —gritó.

—¡Jamás! —contestó Vicente antes de espolearlo nuevamente. Esto provocó que Moro avanzara al mismo tiempo que cabeceaba con brusquedad. Por mucho que Vicente tratara de aplacarlo con las riendas, Moro se sacudía cada vez con más violencia.

—¡Tranquilo, Moro! —gritó Juana, pero el animal estaba fuera de control. Vicente se aferraba con desesperación, con el miedo en el rostro, mientras su cuerpo se estiraba fruto de las acometidas del animal, que tan pronto avanzaba como retrocedía, frenaba o saltaba con tal de desprenderse de su jinete.

Vicente gritó fruto del pavor mientras su cuerpo se sacudía de un lado a otro como si tratara de un muñeco en las manos de un niño travieso. Finalmente, en uno de los brincos de Moro, Vicente salió despedido y el animal, ya liberado, se alejó al galope, atravesando el viñedo con violencia y arrasando todo a su paso.

Los tres acudieron enseguida a auxiliar a Vicente, el cual yacía en el suelo inmóvil. Al acortar la distancia, vieron que, por la grotesca posición de su cuello, la caída había sido fatal.

~

Como si el destino los quisiera poner a prueba, los hechos se precipitaron y todos fueron llevados por una vorágine que culminó con Elena dando a luz a su hijo.

Los dos meses de embarazo que ocultó Elena, pasaron desapercibidos al ponerse de parto nada más recibir la noticia del accidente de Vicente. Enrique fue a contarle lo ocurrido, sin mencionar el posible fallecimiento de su marido, pues Juana había partido rauda en busca del doctor. Aurelio, junto al cuerpo ya sin

vida de Vicente, trataba de hacerse una idea de las repercusiones de lo sucedido.

Por ello, su sorpresa fue mayúscula cuando vio a Enrique correr hacia él.

—¡Va a dar a luz! ¡Ya viene!

María y Mercedes, que se dirigían hacia donde se encontraba el cuerpo sin vida de Vicente, pasaron de largo para ir a auxiliar a Elena.

—¡Aquí no hacen nada ya! —les dijo Aurelio.

Las mujeres, alarmadas, siguieron su camino entre lágrimas. Clara, sobrecogida y reviviendo sus peores pesadillas, fue incapaz de reaccionar, quedándose en el porche de la casa, llorando sin consuelo.

Aun con la premura que exigía Elena, el doctor Riquelme insistió en examinar primero a Vicente, lo que no llevó más de un minuto.

—Ha fallecido —afirmó solemne—. Ahora vayamos a recibir a la criatura.

Dicho esto fueron hasta la hacienda del defenestrado Vicente. Elena estaba tumbada en la cama, aquejada de fuertes dolores que le impedían discernir con claridad acerca del terrible desenlace de su marido.

—¿Dónde está Vicente? —gritaba.

—Se está recuperando, señora. Concéntrese en usted y en su hijo. Es lo único que importa en estos momentos —dijo el doctor con la voz templada por la experiencia. Las mujeres se afanaban en hervir agua y rasgar sábanas y toallas.

—Me duele… —gritó Elena entre dientes.

—Tiene que ser fuerte —indicó el doctor. María llegó en ese momento con un balde de agua caliente—. Cierra las ventanas y preparen un brasero para caldear la habitación.

—¿Viene bien? —preguntó María. La mirada del doctor fue respuesta suficiente. No sería un parto sencillo.

Así, entre gritos de dolor de Elena e idas y venidas constantes de Mercedes y María, que ayudaban en todo lo que podían al doctor, fueron transcurriendo las horas. Mientras tanto, Juana y Aurelio se

encargaron de cargar el cuerpo de Vicente, al que llevaron hasta su casa. Muerte y vida compartían techo.

Cuando ya había oscurecido, en un momento de aparente calma, el doctor salió de la habitación para tomar un respiro. El agotamiento estaba impreso en su rostro. Enrique y Aurelio aguardaban en el pasillo.

—¿Cómo está? —preguntó Enrique. Anselmo dudó durante unos segundos antes de contestar.

—La criatura viene de nalgas. Yo… ¿Dónde está Juana? Avísenla para que vaya en busca de una partera. No vive muy lejos de aquí, en la hacienda Los Rosales. ¿Saben de quién les hablo?

—¿La anciana? —preguntó Aurelio.

El doctor asintió.

—Francisca es su nombre. Necesito su ayuda.

Aurelio asintió y se dispuso a ir en busca de Juana cuando el doctor lo llamó de nuevo.

—Llamen también a un sacerdote.

Enrique, consciente de lo que significaba aquello, palideció.

Juana y Aurelio cumplieron con su tarea. La primera fue en busca de la partera y el segundo hasta un pueblo cercano para prevenir al sacerdote. Era ya noche cerrada cuando regresaron a la hacienda. Desconcertados ante lo que podría haber sucedido en su ausencia, respiraron aliviados al saber que Elena seguía luchando.

Las horas fueron pasando, arrastrándose ante las más pesimistas previsiones. El ama de llaves preparó café y mate para combatir el cansancio, pero, poco a poco, crecía el desánimo. En plena madrugada, arribó Ciro. Por su expresión resultaba evidente que poco o nada sabía de lo que había ocurrido. El joven se quedó de piedra cuando vio el cuerpo sin vida de Vicente.

—Cayó del caballo. Fue un accidente —dijo Aurelio.

Ciro no dijo nada ni tampoco lo expresó en su rostro. Aurelio decidió darle intimidad y salió de la habitación, acompañado por el sacerdote, que había estado orando a los pies del difunto durante gran parte de la noche. Al poco rato, cuando regresó para retomar la oración, advirtió que Ciro se había marchado.

La breve visita del hijo ilegítimo de Vicente no causó mayor trascendencia porque no mucho después, un grito débil y agudo salió de la habitación donde se encontraba Elena. Todo rastro de sueño desapareció de Aurelio y Enrique, que se acercaron a la puerta, expectantes. Por fin, luego de casi doce horas de trabajo de parto, el doctor Riquelme abrió la puerta y apareció al otro lado con una sonrisa.

—Madre e hijo están bien.

Enrique y Aurelio se abrazaron, liberando la tensión de las últimas horas.

—Elena ha tenido un niño sano y fuerte. Vicente estaría muy orgulloso —continuó el doctor Riquelme—. Podrán visitarlos en un rato. Elena… ha luchado mucho. Se recuperará, pero necesita descansar.

—No hay forma para agradecer su labor, doctor —dijo Aurelio.

—Es mi trabajo. En cuanto a la muerte de Vicente, Elena no lo sabe. Eso les corresponde a ustedes. Cuiden sus palabras.

CAPÍTULO 32

FEBRERO 1882

La noticia de la muerte de Vicente provocó en su esposa un prolongado silencio. Con el rostro petrificado, sostuvo la mirada en el vacío, como si sus ojos pudieran atravesar las paredes de la habitación para contemplar el cuerpo sin vida de su marido. Sin embargo, Elena seguía sin pronunciarse. Su mínima atención la volcaba en su hijo, el cual lloraba tímidamente hasta tener en sus labios el pecho de su madre. Por fin, horas después, reaccionó.

—Nunca le pedí que fuera a buscar a Moro.

Juana, que también se encontraba en la habitación, confirmó entonces que Vicente había actuado por voluntad propia y, aunque no lo dijo, por el resentimiento que le procuraba. Sintió un atisbo de culpa.

—Sé cómo es ese caballo. De haber sido así, se lo hubiera pedido a Juana —explicó con una voz débil.

—No entraba en razón, Elena. Se lo advertimos —dijo Juana. Elena miró a su hijo y dibujó una media sonrisa.

La pérdida de Vicente, a quien nunca había amado y con el que nunca se había sentido una mujer, era incomparable con el cariño que sentía por su hijo. Además, la conciencia por el secreto que celosamente guardaba se esfumó. La mentira a la que había sido condenada por entregarse a Matías perdía poder en ella.

El funeral se celebró dos días más tarde. Elena insistió en una ceremonia íntima. Su cuerpo aún soportaba los achaques del largo parto al que se había enfrentado. El mismo sacerdote que había acudido la pasada noche ofició el funeral de Vicente. Era un día desapacible de viento y frío. En el horizonte se arremolinaban nubes oscuras y de ellas llegaban rumores de tormenta, intensas sacudidas que el mismo viento diluía por cada rincón.

No hubo visitas ni cartas de condolencia. El aluvión de pésames y compromisos que esperaba Elena tras la muerte de Vicente no se produjo. Ella, enfocada en su hijo, regocijándose en el sentimiento de amor más puro, lo agradeció al mismo tiempo que lo tomó por un mal augurio.

—¿Sabes algo de Ciro? —le preguntó a Juana rato después del funeral. Esta, junto con Mercedes y María, recogía las pertenencias de Elena de la residencia de Vicente, pues había decidido instalarse de nuevo en La Tormenta. El ama de llaves de Vicente, de manera abrupta, se despidió apenas acabó el funeral.

—Estuvo aquí la pasada noche. Poco antes de que naciera su hijo, al que llamó Eusebio, pero se marchó sin decir nada.

Elena se preguntó un millón de veces por su ausencia. Era el contable de Vicente, además de su hijo no reconocido. ¿Acaso no tenía motivos para despedirse de él, de mostrarle sus respetos como su viuda?

No tardaría mucho en obtener respuesta. No había pasado siquiera una semana desde la muerte de Vicente cuando Ciro apareció en La Tormenta. Lo acompañaba un hombre desaliñado de barba alborotada y melena sobre los hombros. Ambos entraron al galope en la hacienda, lo que para Aurelio fue tomado como una falta de respeto. En cuanto los dos hombres se detuvieron frente a la residencia, se acercó a ellos, escopeta en mano.

—¿Qué maneras son esas? —les gritó. El hombre que acompañaba a Ciro se giró hacia él con una sonrisa burlona.

—Siga con sus asuntos, buen hombre.

Para entonces, Juana ya había salido y se acercaba a Ciro.

—¿Dónde está la viuda? —preguntó este con desdén. Juana apenas tuvo tiempo de contestar cuando Elena cruzó el umbral con

su hijo en brazos—. Ahí está.

—Le esperaba en el funeral —dijo.

—Tenía asuntos que atender. ¿Me invita a pasar o va a dejarme aquí? Vicente se mostraba más cortés.

Aquellas palabras sorprendieron a todos, especialmente debido a los lazos que lo unían con Vicente. Sus malas maneras iban a la par con el desprecio que empleaba. No obstante, Elena optó por mostrarse conciliadora. Entregó el bebé a Juana y se dirigió con Ciro al despacho.

—Ya he visto que no hay nadie en la hacienda de Vicente. ¿Puedo saber a qué se debe esa dejadez? —inquirió Ciro. Con el ceño fruncido, sus cejas se unían en una sola, dándole un aspecto mezquino. Elena hizo el amago de contestar, pero él continuó—. Ah, ¿qué más da? Ni el propio Vicente las cuidó.

—Me ocuparé de ellas en cuanto me sea posible —afirmó Elena.

—Me temo que eso no será posible. No, desde luego que no.

Elena se quedó perpleja.

—¿Cómo dices?

Ciro comenzó a pasear de un lado a otro del despacho.

—El vanagloriado Vicente Ahumada. Romántico viajero, explorador incansable, refinado en gustos y literato. Así era su marido —dijo Ciro con ironía.

—Le ruego que hable con respeto de mi difunto marido.

Él soltó una risotada.

—Respeto. ¿Acaso lo merecía?

—¿Cómo se atreve?

—Habla desde la ignorancia, Elena. ¿Está al tanto de la situación económica en la que se encontraba Vicente? —preguntó Ciro con una sonrisa. Elena sintió un escalofrío.

En ese instante fue consciente de las pocas veces que Vicente había comentado el más mínimo detalle acerca de sus finanzas. Su carente preocupación hizo creer a Elena que no había problemas en ese sentido, aunque las palabras de Ciro le habían hecho suponer todo lo contrario. La rabia por la traición de Horacio Méndez renació en su interior.

—Usted era… su contable —dijo con doble sentido, insinuando el estrecho vínculo que lo unía con Vicente. Ciro sonrió a medias.

—Más bien era quien mantenía en pie a Vicente.

Elena no dijo nada.

—Tan solo he venido a comunicarle que dentro de poco tendrá que hacer frente a las deudas de su difunto marido… o renunciar a la herencia.

Elena no quería humillarse a preguntar de qué deudas estaba hablando y se mantuvo en silencio.

—¿Lo he dejado claro? —preguntó Ciro. Ella se dirigió a la puerta y la abrió.

—Desaparezca de mi vista inmediatamente.

Ciro hizo una breve reverencia con la cabeza mientras se dirigía a la puerta.

—Esto no cambiará nada, Elena. Recibirá noticias. Saludos.



Elena no dudó en contarle a Juana cada palabra pronunciada por Ciro. El tiempo de remar a solas contra viento y marea había quedado atrás. Su hijo había despertado en ella un amor intenso y un celoso deseo de protegerlo, de anteponerse ante cualquier circunstancia que pudiera derivar en algo negativo para su hijo.

—Deudas. ¿Sabe si es cierto? —preguntó Juana.

Elena iba de un lado a otro del despacho con su bebé en brazos, obnubilado y a punto de dormirse. Ella dividía su atención entre su hijo y más allá de la ventana.

—Vicente apenas hablaba de ello. Si bien hay cosas que me han hecho dudar —dijo Elena.

Desde que Ciro se presentara en la hacienda, días atrás, su cabeza se había convertido en un hervidero. Había ciertos recuerdos que la hacían sentirse estúpida de no haber visto lo evidente, de cómo la vida de Vicente estaba repleta de contradicciones. Su hacienda estaba descuidada, tan solo tenía a su servicio a una ama de llaves que no dudó en marcharse apenas él falleció, como si

hubiera estado esperando ese momento durante años. Había invertido en el viñedo, pero ni una sola vez, ni siquiera en los momentos más complicados, renunció al porcentaje que le correspondía. Elena llegó a la conclusión de que Vicente daba cuando estaba seguro de que podía obtener un beneficio. Sin embargo, lo que más le preocupaba eran las obligaciones a las que quedaba expuesta como su viuda.

—Ese Ciro es despreciable —indicó Juana.

Elena asintió en silencio.

—Ni siquiera estoy segura de que sea hijo de Vicente. Me afirmó que era su contable, pero no sé realmente qué los unía. En estos momentos, dudo de todo.

Se detuvo frente a la ventana. Bajo el cielo gris del otoño, el viñedo consistía en ramas retorcidas y negruzcas que se asimilaban a finos dedos que sobresalían de la tierra.

—¿No puede recurrir a los antiguos amigos de su padre? Estoy convencida de que ellos estarían dispuestos a ayudarla, Elena.

Demasiado tiempo, pensó. Más allá de La Tormenta, los Valdés habían desaparecido del mapa. La noticia de la muerte de Vicente se habría propagado por cada tertulia de Santiago y todos comentarían con nostalgia la mala fortuna que se había cebado con su familia, como revés tras revés, ella se había quedado sola en el mundo. Si a esto le sumaba las supuestas deudas que acumulaba Vicente, muy pocos querrían saber nada de ella.

Sin embargo, una mirada a su hijo fue suficiente para que la frialdad desapareciera de su corazón y ocupara su lugar una reconfortante esperanza. Salir adelante no era una opción, era el único camino. En aquellos instantes era consciente de que por su hijo era capaz de poner al mundo de rodillas si fuera necesario.

CAPÍTULO 33

MAYO 1882

Elena pasaba los días con su hijo intentando no preocuparse por las palabras de Ciro. Sin embargo, no podía dejar de mirar la ventana cada cierto tiempo. Ese día clavó sus ojos en el horizonte hasta que algo llamó su atención. Un jinete que le resultaba familiar acababa de entrar en la hacienda. No se trataba de Ciro ni del otro hombre desarrapado que lo acompañaba. Era Matías.

La última vez que lo había visto fue en la víspera de su boda con Vicente, presa de una pasión que la cegó y la hizo entregarse nuevamente a él sabiendo que en un par de horas iba a unir su destino con otro hombre. Con calidez, estrechó a su hijo, protegiéndolo de los azares del destino. ¿Existía la posibilidad de que Matías hubiera descubierto la verdad? Aquella remota posibilidad se convirtió en un escalofrío incómodo. El rostro de Elena se contrajo de tal manera que hasta Juana se acercó hasta ella.

—Es Matías —dijo Juana con un atisbo de emoción. A diferencia de otros hombres que habían pasado por la vida de los Valdés, este siempre gozó de su consideración.

—Eso parece.

—¿Quiere recibirlo? —preguntó Juana.

Elena, de nuevo, estrechó con fuerza a su hijo antes de asentir en silencio. Para Juana no pasó inadvertido. A los pocos minutos esta regresó acompañada de él. Pese a que lucía más delgado, su porte seguía llamando la atención. Al llegar ante Elena, se retiró el sombrero y agachó levemente la cabeza a modo de saludo. Sin embargo, su atención se centró en el bebé que Elena sujetaba en los brazos y que, en ese instante, dormía plácidamente.

—¿Quiere que me lleve al pequeño? —ofreció Juana. Elena asintió y le entregó a su hijo con suma delicadeza mientras Matías observaba la escena. Hasta que no se quedaron a solas, ninguno de los dos pronunció palabra alguna.

—Mi más sincero pésame.

—¿Qué puedo decir? Son los designios de Dios —respondió Elena —. Mi hijo se ha convertido en mi vida y tenga por seguro que no permitiré que nadie, humano o divino, le haga daño.

A Matías le sorprendió la dureza de sus palabras. Después, tras lanzar una mirada fugaz a la puerta, dio un par de pasos hacia Elena.

—¿Cómo te encuentras? Sé sincera conmigo. Aún me duele lo que pasó entre nosotros, tengo rabia, sin embargo, no puedo dejar de pensar en que estés sufriendo.

Ella quería mantenerse alejada, pero en ese momento se dio cuenta de que sus sentimientos no habían cambiado.

—No son mis mejores días.

Él suspiró.

—Has rechazado mi ayuda en incontables ocasiones, me has despreciado… escondido, pero aun así me pongo de nuevo a tu disposición. Siempre me preocupo por ti y tu familia —dijo Matías. Elena respiró profundo sin querer perder la compostura, pues un movimiento en falso y este podría descubrir la verdad sobre su hijo.

—Te lo agradezco —respondió lacónica.

Matías se giró hacia la puerta, por donde había salido Juana y el pequeño Eusebio.

—Es un niño de buen ver. ¿Cuándo nació? —preguntó. Elena sentía que el corazón se le saldría del pecho.

—Hce unos días—respondió ella mirando por la ventana.

—Tenía entendido que fue al otro día que falleció Vicente… ¿Eso no fue en febrero?

Elena comenzó a apretar sus manos y respiró profundo para poder mantener los nervios a raya.

—Así es, perdón. Me he confundido, fue un día muy difícil para todos y las fechas bailan en mi cabeza. Se adelantó el parto.

Matías comenzó a mirar un punto fijo en la pared y Elena se movió por el despacho y comenzó a ordenar unos papeles. De pronto vio el contrato de la compra de la última cosecha. Tomó el papel y lo miró fijamente, pues encontró la forma de salir airosa de aquel momento tan peligroso.

—¿Ha oído hablar de Andes Exportaciones S.A.? —preguntó Elena.

Matías se llevó la mano a su rostro. Debía haberse afeitado esa misma mañana.

—El nombre me resulta familiar.

—Dicha sociedad ha adquirido las cosechas de los próximos años.

—Eso es una buena noticia. ¿Pagan bien? —se interesó Matías.

Elena asintió con una sonrisa en sus labios. No lo miraba fijamente. Su atención variaba según donde la llevaran sus pasos a lo largo del despacho.

—Pocas veces nos han pagado a tan buen precio.

—Dios aprieta, pero no ahoga —dijo Matías con una sonrisa.

Elena respiró hondo. Las sospechas en torno a la compra empezaban a cobrar sentido. Sin más, se acercó a la ventana y la abrió de par en par.

—¡Clara! —gritó. Matías la observaba perplejo.

—Dígame, señora —respondió la joven, aproximándose.

—Ve en busca de Aurelio y Enrique. Rápido. He de tratar un asunto muy importante con ellos.

Clara obedeció de inmediato.

—Enseguida —contestó Clara. Después, Elena se giró hacia Matías, dedicándole una desconcertante sonrisa.

—¿Sucede algo? —preguntó Matías.

—Ya lo veremos —respondió Elena de manera enigmática.

Tras ello, se sentó tras la antigua mesa de su padre y se quedó mirando hacia la puerta a la espera de que llegaran Aurelio y su hermano. Ambos entraron al despacho con una expresión de desconcierto. Saludaron a Matías con un apretón de manos y después, al unísono, los tres varones miraron expectantes a Elena.

—¿Para qué nos has llamado? —indagó Enrique al cabo de unos segundos.

—Quería hablar de la empresa que compró esta y las próximas cosechas: Andes Exportaciones S.A.

Aurelio y Enrique intercambiaron una mirada camuflada; la mirada de quienes ocultan algo. Matías, en cambio, se mostraba relajado, lo cual confundía un poco a Elena. No obstante, estaba decidida a continuar.

—¿Qué ocurre? Pagaron religiosamente —dijo Aurelio.

Elena mantenía en sus labios una sonrisa de difícil interpretación.

—¿Cómo contactaron con ella?

Aurelio y Enrique se miraron de nuevo. Matías los observó a los dos. Decidió intervenir.

—Tengo entendido que en Europa tienen problemas con los viñedos, plagas que arruinan las cosechas y les obligan a buscar nuevos mercados y nuevas tierras.

Elena lo miró fijamente.

—Creía que su negocio era el salitre.

—Conocí a un joven enólogo francés. Un hombre muy interesante —respondió Matías.

—Un representante de la empresa ha estado recorriendo el valle los últimos meses —interrumpió Aurelio, aunque la atención de Elena seguía fija en Matías.

—Ante tu indisposición, actuamos pensando en lo mejor para el viñedo. Lo importante por entonces, igual que ahora, era dar salida a la cosecha a buen precio —dijo Enrique.

—Lo sé, hermano.

—¿Qué le preocupa? —preguntó Matías.

Elena señaló un documento que había sobre la mesa.

—Quien nos lo compra, bien parece que nos está haciendo un favor.

—Ya le he dicho que en Europa tienen cada vez más problemas. La oferta se reduce y la demanda aumenta —insistió Matías.

Enrique se veía cada vez más incómodo.

—Solo queríamos lo mejor para nuestros intereses —dijo como si intentara justificarse ante la decisión que habían tomado. Elena sonrió al percibir que se encontraba muy cerca de su objetivo.

—Oh, lo entiendo. Pero he estado a la cabeza del viñedo algunos años y sé que el precio de venta es excesivo. Más cuando no compran vino, sino mosto.

Matías empezaba a exasperarse. Intuía que Elena estaba jugando con ellos, conduciéndolos por un sendero con un destino muy concreto.

—Le rogaría que hablase claro, Elena. No sabemos a dónde quiere llegar.

—¿Acaso usted tiene algo que ver en los negocios del viñedo? —replicó ella.

—Usted así debe suponerlo, de lo contrario no estaría presente en esta conversación.

Elena se puso en pie.

—Tampoco esperaba su visita. Hay oportunidades que no se pueden dejar pasar. —Tras esto miró a los tres sin centrarse en ninguno en concreto—. ¿Quién está detrás de la empresa que ha comprado la cosecha?

Aquella pregunta tenía el tono del interrogatorio de un alguacil. Sin embargo, Matías consideró que ya había soportado suficiente.

—Me temo que ya conoce la respuesta, Elena. Andes Exportaciones es una de mis empresas —dijo Matías. Aurelio se frotó las sienes mientras Enrique apretó sus labios hasta que estos palidecieron.

Elena puso los brazos en jarra y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Desde el primer momento lo supe —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Puede explicarme qué hay de malo? Ambos salimos beneficiados —expuso Matías.

—¿Beneficiados? No me tome por ingenua. El precio de compra es excesivo. Lo que usted está haciendo es maquillar una limosna.

—Nada más lejano de la realidad, Elena. Aunque no se lo crea, consigo el margen suficiente como para que me resulte rentable.

Elena se mordió la lengua. Meses atrás no lo hubiera hecho, pero era consciente de que se encontraban en una situación muy delicada, especialmente si Ciro tenía razón respecto a las deudas de Vicente. Acorralada, no le quedaba más remedio que aceptar que, por el momento, el acuerdo con Matías era más que necesario.

Sin embargo, pese a que parecía que la reunión estaba llegando a su fin, la angustia invadió a Elena. Acababa de confirmar que Matías era el principal inversor de la hacienda, lo que significaba que su intención de mantenerlo alejado de su vida se complicaba.



Tal y como temía, Matías le pidió permiso para quedarse un par de días en la hacienda, en la antigua casa de los Rodríguez. Sintió un escalofrío cuando recordó lo que sucedió en aquella ocasión, cómo sus sentimientos se desbordaron después de aquel beso inesperado y al mismo tiempo deseado. Era cierto que su vida había cambiado bastante.

El día siguiente a su llegada, Matías se pasó gran parte de la jornada estudiando el viñedo y realizando anotaciones. Aurelio lo acompañaba a ratos, dejándolo solo cuando había de ocuparse en otras tareas, siendo suplido por Juana. A ambos les sorprendía la minuciosidad con la que Matías estudiaba el terreno.

—¿Puedo preguntarle por qué lo hace? —dijo Juana.

Matías, remangado y con una pequeña libreta en sus manos, asintió con una sonrisa. El sol templado del invierno sorteaba a duras penas el manto de finas nubes, regalando caprichosas columnas de luz.

—Me gusta conocer de primera mano mis negocios. Es una costumbre.

—Usted solo compra el mosto.

—Tiene razón. Y lo vendo a mejor precio. Pero si pudiera conseguir más vino, más vendería y mis ganancias serían superiores. Nadie nace sabiendo, Juana. Cuando llegué a Chile, apenas sabía nada del salitre. Tal y como yo lo veo, el desconocimiento es una oportunidad, un territorio inexplorado por colonizar.

Juana no insistió más y se limitó a observar, casi con la mirada perdida, como si su mente estuviera muy lejos de allí.

—¿Qué está pensando? —preguntó Matías al cabo de un rato. La joven dudaba de si poner palabras a sus pensamientos, pero precisamente Matías era el único que podía serle de ayuda.

—¿Qué sabe de Vicente Ahumada?

—¿A qué se refiere?

Juana dudaba de si sincerarse o no. En un principio quería tantear el terreno, no convertirse en una confidente.

—¿Conoce a qué negocios se dedicaba?

—No intimamos mucho. Siempre supuse, por su actitud y su estilo de vida, que tendría a su disposición un suculento patrimonio familiar. Pero ¿por qué me lo pregunta? Elena lo debe saber mucho mejor que yo —dijo Matías con satisfacción.

—Yo pensaba lo mismo.

Matías percibió su preocupación.

—¿No era así?

Juana decidió no callar más, contándole lo que sabía acerca de los problemas económicos de Vicente y las exigencias de Ciro para saldar las deudas. Matías escuchó con atención, mientras gesticulaba en silencio.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ese Ciro habló con Elena?

—Un par de meses —contestó Juana. Por un momento estuvo temerosa de haber cometido un error al sincerarse con él. Este recapacitó durante unos segundos mientras contemplaba el viñedo —. Dijo que pronto tendría noticias.

Matías asintió con el rostro serio.

—¿Elena sabe que me lo ha contado?

—No, señor. Ha sido cosa mía. Ya sabe cómo es.

Él esbozó una sonrisa.

—Oh, desde luego. En cuanto a esta conversación, jamás ha tenido lugar. Si Elena ha decidido mantenerme al margen, quiero respetarlo.

—Pero, señor Robles, ¿y si quieren engañarla de la misma manera que hizo Horacio Méndez?

Matías sonrió.

—Eso no voy a permitirlo, Juana. Me quedaré en la finca hasta que todo esto se solucione, aunque necesitaré su colaboración para que Elena no sospeche.

Juana asintió con las manos cruzadas sobre su pecho.

—¡Por supuesto! ¡Cuente con ello!

CAPÍTULO 34

La guerra fue tomada como excusa por parte de Matías, para postergar su marcha de la hacienda, aún estaba dolido con Elena, pero le preocupaba la amenaza de Ciro. Sin embargo, cada día se le hacía más difícil mantenerse alejado de Elena, se había prometido no ceder a la tentación de acercarse a ella y, aunque los sentimientos seguían intactos, él era un hombre que sabía su valor. Podía tener a la mujer que quisiera y no iba a rebajarse nuevamente a ser su capricho.

Por su parte, Elena, a veces, se dejaba llevar y se permitía sonreír al ver a Matías escuchar con atención las directrices de Aurelio, su predisposición y su buen hacer, además de las buenas palabras con las que Juana lo pregonaba, provocaban en ella sentimientos contradictorios. En el interior de su pecho sentía un atisbo de felicidad por un futuro que veía posible, cercano, al alcance de su mano si decidía tragarse su orgullo. Más que a Matías, estaba viendo al padre de su hijo, al hombre al que se entregó por primera vez. Pero en algún momento, confundía esos sentimientos, tomándolos por sumisión; el peso de la mentira y el aceptar frente a todos su debilidad con un hombre tan distinto a ella, la hacían replegarse y volver a tomar esa actitud lejana y arisca frente a él.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó. A su espalda, Juana jugaba con el pequeño.

—¿El señor Robles? Casi cuatro meses, Elena. No me extraña que los negocios le vayan tan bien. Quiere conocer hasta el último detalle del viñedo.

—Ya… Mi padre decía que La Tormenta tenía algo especial, que nadie quería marcharse una vez que ponía sus pies aquí. Aunque en el caso de Matías, tarde o temprano, deberá marcharse.

—Está trabajando como uno más. Aurelio está encantado con él. Por no hablar de Enrique —dijo Juana.

Elena ignoraba por completo la alianza establecida entre ellos; un acuerdo secreto para salvaguardarla de la amenaza de Ciro. Desde que se lo confesara, Matías había procurado averiguar la verdad que se escondía tras la opulenta figura de Vicente Ahumada. De sus viajes apenas averiguó nada. Nadie sabía a ciencia cierta a dónde se dirigía ni cuál era su fin. En Santiago, el apellido Ahumada provocaba reacciones diversas. Unos decían que Vicente se había buscado unas amistades peligrosas, otros que era un hábil negociante, cuyo matrimonio con Elena era señal de su firme intención de volver a lo más alto de la sociedad, que tenía importantes empresas al otro lado del océano y así un sinfín de rumores contradictorios que no hacían más que ensombrecer su figura. Solo en un par de ocasiones escuchó que tenía un hijo no reconocido, un tal Ciro, que se había convertido en su mano derecha, pero que era conocido por sus malas prácticas. «Dicen que después de la muerte de Vicente enloqueció», le dijeron en Santiago. La preocupación de Matías iba en aumento a medida que indagaba. Sin embargo, en relación con las deudas que había comentado Ciro, no había podido averiguar nada.

El transcurso de los días trajo consigo la rutina. La dulce primavera de finales de septiembre fue el inicio de los brotes que darían lugar a una nueva cosecha en los próximos meses. El buen tiempo fue recibido por todos con ánimo. Los días se alargaban y la buena temperatura permitía disfrutar del aire libre. No eran pocas las veces que la sobremesa se alargaba durante un par de horas, acariciados por el benévolo sol de la tarde. Fue con todos sentados en la mesa cuando el sonido de un galope que se aproximaba los sorprendió.

—Aquí está otra vez —dijo Aurelio cuando se cercioró de que se trataba de Ciro. Matías se puso en pie. Elena le pidió a Mercedes que se llevara a su hijo al interior de la casa. A Ciro lo acompañaban tres jinetes más de dudoso aspecto. La tensión se propagó en pocos segundos.

—¿Dónde está la viuda? —preguntó Ciro con desdén. Aurelio dio un paso hacia delante.

—¿Qué desgraciado lo pregunta? —replicó. Ciro lo miró iracundo. Elena apareció tras Aurelio y le pidió que se echara a un lado.

—Así me gusta —respondió Ciro al verla. Después introdujo la mano en su bolsillo, sacó un sobre y se lo lanzó—. El asunto ya está en los tribunales. Como la viuda de Vicente, debe responder a sus deudas. Cédame las tierras de Vicente y yo me encargaré de solucionarlo todo.

Matías se inclinó para alcanzar el sobre y Ciro lo observó con desconfianza.

—No le ha durado mucho el duelo —apostilló. Matías hizo un amago de dirigirse hacia Ciro, pero Elena se lo impidió sujetándole por el brazo. Los otros hombres se acercaron.

—Tienes suerte de que una mujer te defienda —dijo Matías entre dientes. Ciro le sonrió.

—Lo único que va a conseguir con su tozudez es perderlo todo, Elena —señaló Ciro mirando fijamente a Matías, desafiándolo a que lo intentara de nuevo—. ¿Qué decide?

—Váyase de aquí ahora mismo.

Ciro le dedicó una sonrisa.

—Aproveche el tiempo que le queda en estas tierras. Si no salda las deudas, su propio patrimonio lo hará por usted —dijo antes de darse la vuelta.

En cuanto se alejó, Elena comenzó a temblar. No sentía miedo, pero la rabia la desbordaba. Además, una parte de ella se sentía avergonzada por el hecho de que los demás hubieran sido testigos de lo ocurrido. Hasta ese momento, solo Juana estaba al tanto de la delicada situación en la que se había quedado tras la muerte de Vicente.

Abstraída, abrió el sobre. Una de las hojas era la confirmación legal de que el proceso estaba en el juzgado. La otra era una declaración ya redactada, tan solo para firmar, en la que rezaba que Elena cedía todas las antiguas propiedades de Vicente a Ciro. Apenas lo leyó, sin decir nada, le entregó las hojas a Matías.

—Sea lo que sea, cederle la propiedad no le garantiza que las deudas queden saldadas —concluyó Matías tras una rápida lectura —. Ni siquiera se menciona de qué se le acusa.

—Le agradezco su preocupación, pero estos asuntos no son de su incumbencia —dijo Elena quitándole a Matías la carta de las manos.

—Solo pretendo ayudar —soltó este, visiblemente molesto.

—Contrataré un abogado para solucionarlo todo lo antes posible —indicó Elena, aunque era consciente de que apenas disponía de dinero para ello.

Al igual que hacía su padre, su respuesta era como lanzar una piedra hacia delante para ganar tiempo antes de tropezar con ella de nuevo. Matías no insistió. Elena se negaría a cualquier propuesta que viniera de él, por lo que decidió esperar hasta el día siguiente para actuar por su cuenta. Conocía buenos abogados, alguno de los cuales haría todo lo posible por ayudarle.

La visita de Ciro amargó el resto del día. Elena se encerró en el despacho y pidió que nadie la molestase. Matías estuvo a punto de partir hacia Santiago esa misma tarde, movido por la imperiosa necesidad de actuar. Entre nervios y preocupación, la noche llegó. Como era costumbre, Aurelio sirvió dos copas de vino y se sentó en la mesa junto a él. Pese a la temperatura agradable del día, todavía refrescaba por las noches, por lo que varios troncos ardían en la chimenea.

—Dígame que sabe la manera de acabar con ese malnacido. Usted ha hecho fortuna y es un hombre de mundo. Seguro que si quiere puede aplastarlo como un gusano —dijo Aurelio con un cigarrillo en los labios, esperando con ansia que Matías le dijera que sí, que más pronto que tarde Ciro regresaría a la hacienda para disculparse, llorando como un niño pequeño.

—Nada más me gustaría, pero, por el momento, toca ser cautos.

—Elena es… Tiene dotes de mando, pero no es la misma desde que tuvo a su hijo. Es su punto débil —dio una generosa calada— y me preocupa que ese desalmado se aproveche de ello.

Matías se agitó en la silla.

—¿Lo cree capaz?

Aurelio apuró el vino del vaso.

—Espero que sean desvaríos de un viejo.

No tardaron mucho en irse a dormir. Había sido un día largo, de emociones intensas. La calma propia de la primavera se tradujo en una noche apacible. Nada indicaba que la desgracia aguardaba una vez más en la linde de La Tormenta.

Fue caótico. Una vorágine de gritos y llamas que fue despertando a todos ya con el olor del humo en sus narices y el terror de una noche iluminada en sus ojos.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó Aurelio para despertar a Matías, que se calzó las botas lo más rápido que pudo antes de salir a trompicones de la habitación. Fuera, el panorama era desolador. Las llamas se propagaban veloces por el viñedo, amenazando el establo, donde los caballos relinchaban con desesperación. Otro foco avanzaba desde el lado opuesto de la finca, devorando la maleza y los árboles, aproximándose a la casa.

Apenas comenzaron a correr, se dieron cuenta de que Juana estaba abriendo las puertas del establo. Los animales salieron al galope, alejándose del fuego y el negro humo que dificultaba respirar.

—¿Dónde están? —preguntó Matías señalando hacia la casa.

—¡En el jardín! ¡En el jardín! —dijo Juana mientras arrastraba los baldes de agua en los que bebían los caballos en dirección a las llamas.

Cuando llegaron a la casa, se encontraron a todas lanzando cubos de agua y arrancando malezas para que las llamas no la alcanzaran.

—¡Voy a ayudar a Juana! —informó Aurelio.

En la zona del establo el fuego estaba más desatado y se propagaba con rapidez. Matías se unió al desesperado intento por contener el incendio. Al poco supo que Clara se había quedado con

el bebé en el sótano, el único lugar aún libre de humo. La tarea era ardua y el calor, sofocante por la cercanía las llamas. A lo lejos se oyeron las voces de algunos vecinos que acudían en auxilio. Una carreta cargada de tinajas de agua entró en la hacienda y consiguió apagar el incendio cuando este estaba a punto de engullir el establo, lo que permitió que Juana y Aurelio regresaran a la casa.

Afortunadamente, el viento amainó y el fuego perdió vigor, lo que, sumado a la creciente ayuda de los vecinos, acabó por revertir la situación. Las últimas llamas del incendio se concentraron en la linde de la hacienda, en arbustos silvestres, siendo extinguidas poco antes del amanecer. Para cuando los primeros rayos de sol se posaron sobre La Tormenta, en gran parte de esta lucía un suelo negruzco y humeante, que se asimilaba a un campo de batalla.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó Aurelio con los ojos enrojecidos por el humo y las lágrimas.

Matías, cubierto de hollín y con los brazos en jarra, miraba a su alrededor. Los primeros momentos fueron confusos, pero sí que recordaba que el fuego avanzó desde dos extremos de la hacienda. Elena, apabullada por lo sucedido, se limitaba a ir de un lado a otro, como si quisiera cerciorarse de que el incendio estaba realmente apagado.

—Las llamas avanzaban desde la entrada —dijo Matías antes de girarse y señalar al otro extremo de la hacienda— y desde allí. Demasiada casualidad.

Aurelio le sujetó del brazo.

—¿Insinúa que es provocado?

—No tengo dudas, Aurelio. Es más, me atrevería a insinuar quién está detrás.

No fue necesario que Matías dijera nada más. Resultaba evidente que Ciro se había convertido en el principal sospechoso. Pero más allá de eso, lo realmente preocupante era el estado en el que había quedado el viñedo. Una amplia parte había sido pasto de las llamas, aunque habría que esperar un par de semanas para valorar los daños en las vides que no habían sido alcanzadas directamente por el fuego. Aun así, a medida que Aurelio se serenaba y hacía sus cálculos, el pronóstico empeoraba.

—Lo importante es que no hay que lamentar ninguna pérdida —dijo Matías para levantar el ánimo.

Elena seguía callada, con los ojos muy abiertos, pero inexpresivos. Por su cabeza pasaba una y otra vez el recuerdo de La Tormenta cuando llegaron años atrás, al comienzo de la guerra. Por entonces rezumaba el verdor, la alegría. La brisa arrastraba el mezclado aroma de las flores silvestres y el canto de los pájaros. ¿Qué había pasado? ¿Acaso todo había sido culpa de los Valdés? ¿Se había convertido ella en la abanderada del infortunio? Matías le estaba hablando, pero ella no era capaz de concentrarse en sus palabras.

Rato después, almorzaban en silencio, con el regusto del hollín en sus bocas, mirando el paisaje desolado que se extendía por la mitad del viñedo. Parecía una pesadilla o el lienzo de un pintor atormentado. Mercedes y María, quizás por ser las mayores, procuraban infundir ánimo, especialmente a Elena, cuyo silencio empezaba a pesar como una losa sobre los demás.

—¿Qué creen que ha ocurrido? —preguntó de repente, sin levantar la mirada de la mesa.

Matías y Aurelio se miraron. Sin embargo, fue Enrique el que contestó primero.

—Querían acabar con el viñedo —dijo el joven con frialdad.

Elena sintió una creciente presión en el pecho.

—Las probabilidades de que un incendio se inicie de manera simultánea en dos puntos distintos son muy remotas —añadió Matías.

—Seguro que fue ese Ciro —comentó Enrique.

—Que se atreva a volver a poner sus pies en la hacienda —concluyó Aurelio mientras el humo del cigarrillo le envolvía el rostro. El pequeño Eusebio jugueteaba con un tenedor y los golpes de este sobre la mesa eran lo único que podía escucharse en ese momento.

Esa noche, incapaz de conciliar el sueño, Elena decidió cederle a Ciro las propiedades de su difunto marido. Rellenó la declaración que este le había entregado el día anterior. Mientras escribía, fue consciente de que Ciro lo tenía todo planeado. La declaración, el posterior incendio… Sabía que era cuestión de tiempo que ella se

rindiera. Era un parásito y un manipulador y, como tal, sabía muy bien conseguir lo que se proponía. Sin embargo, Elena era consciente de que tenía mucho que perder si decidía enfrentarse a él. Ciro era un hombre amoral, sin remordimientos y capaz de cualquier cosa.

A los pocos días, llegó la carta de agradecimiento de Ciro, así como sus condolencias por el desafortunado incendio. «Esperemos que no se repita», rezaba al pie de la carta.

CAPÍTULO 35

La concesión de Elena fue vista con buenos ojos. Tan solo Matías pensaba que los hombres de su calaña rara vez se conformaban cuando percibían un atisbo de debilidad en sus presas. Nada garantizaba a Elena que Ciro no volviese con más exigencias.

Pero, al menos de momento, aquel problema parecía parte del pasado. Sin embargo, había otra cuestión que rondaba a Elena y que cada vez la incomodaba más. ¿Qué esperaba Matías de ella? ¿Por qué no se marchaba y los dejaba en su ruina? ¿Y por qué no se había vuelto a acercar a ella? Para peor, el paso de los meses hacía que su hijo fuera cada vez más parecido a su padre. El pequeño Eusebio tenía los ojos ambarinos de Matías y era fuerte como él, bastante lejano del cuerpo esmirriado de Vicente. Para Elena resultaba tan evidente que sufría cada vez que María o Juana o quien fuese buscaban parecido en su hijo.

—Este niño está un poco mezclado. Aunque, si mal no recuerdo, don Eusebio comentaba que su abuelo era un hombre grande —comentó María mientras acariciaba la punta de la nariz del bebé y este le devolvía una sonrisa.

Juana, que estaba a su lado, sonrió también, pero algo le llamó la atención. La sonrisa del niño, la mueca de sus gruesos, pero diminutos labios, le resultaba familiar, aunque no le recordaba a Elena ni tampoco a Vicente.

—Pues este no se le queda atrás —dijo Juana mientras procuraba llegar hasta el final de su pensamiento.

¿De quién era esa sonrisa? ¿Elvira? ¿Enrique? ¿Ciro? No. La había visto antes, pero no pertenecía a ellos. Por supuesto, no comentó nada, pues no le dio apenas importancia. Estaría equivocada. Pero la sonrisa de Felipe permaneció en los pensamientos de Juana, al igual que la última pieza de un puzle o la diminuta tesela de un mosaico que da sentido al conjunto.

Por ello, cada vez que estaba con el pequeño, había momentos en que Juana fruncía el ceño y lo observaba como si quisiera encontrar la respuesta. Elena, temerosa de que la verdad saliese a la luz, se había dado cuenta. Sabía que Juana era perspicaz y que tarde o temprano comentaría el parecido del niño. ¿Qué sucedería entonces? ¿Cuánto tiempo tardarían en relacionar el parecido entre Matías y su hijo?

Este tenso secreto que la consumía por dentro se sumaba al incierto futuro de la hacienda y a la imposibilidad de saber qué sería de ellos con la cosecha del año perdida por el incendio. Matías le había ofrecido su ayuda, pero ella la había rechazado nuevamente. Por otra parte, Aurelio le había sugerido sustituir la plantación de vid por cereal, la cual necesitaba menos cuidado y les permitiría salir adelante. El precio era traicionar los sueños de su padre y de que, algún día en un futuro cercano, el vino de los Valdés estuviera en las mejores mesas del país.

—Puede que sea lo más inteligente, hermana —le dijo Enrique. Ambos se encontraban en el despacho, donde pasaban no pocas horas tratando de decidir qué camino tomaría la hacienda el próximo año—. Los costes son menores y el trigo tiene mejor mercado.

—No es lo que nuestro padre querría. Él luchó mucho por el viñedo —contestó Elena, encerrada en el anhelo familiar.

—Opinas como Matías, entonces.

Elena contuvo una sonrisa nerviosa.

—¿Por qué no nos asociamos con él? —continuó Enrique, ignorante del conflicto que asolaba a Elena.

—No creo que sea lo más inteligente. No hemos tenido suerte con algunas de las personas que nos han acompañado los últimos

años —dijo Elena, intentando que su hermano relacionara a Horacio Méndez y Ciro con Matías. Sin embargo, a Enrique la comparación le pareció insultante.

—¡Matías jamás nos ha pedido nada! No entiendo tu inquina hacia él. Hasta donde yo sé siempre nos ha ofrecido su ayuda de manera desinteresada, se ha manchado las manos trabajando en el viñedo. Si ha ocurrido algo que yo no sepa, te lo ruego, dímelo y hablaré con Aurelio para que lo eche de la hacienda ahora mismo.

Elena no esperaba aquel desafío por parte de su hermano pequeño, al que erróneamente consideraba todavía un niño en determinados momentos. Poco quedaba del muchacho que apenas hablaba y pasaba desapercibido la mayor parte del tiempo. La vida y los traumáticos sucesos que habían tenido lugar en la hacienda habían forjado una personalidad fuerte, pero discreta. En ese instante, Elena no sabía cómo retomar el control de la conversación. La propuesta de su hermano era sencilla y tenía sentido: si tenía algún problema con Matías, ¿qué razón había para que no se lo dijera?

Pero el destino jugó a su favor. Golpearon la puerta del despacho y, sin apenas esperar a tener respuesta, María abrió. Las lágrimas caían por sus mejillas hasta la comisura de sus labios. Elena sintió cómo el corazón se le detenía.

—¿Qué sucede? —gritó.

María señaló hacia su espalda. Su expresión no acababa de ser desbordada por la tristeza.

—Ha llegado… Ha llegado —fue todo lo que pudo decir antes de salir corriendo hacia donde ella misma señalaba horas antes. Confusos y preocupados, Elena y Enrique salieron tras ella. La angustia fue en aumento mientras avanzaban por los pasillos, en dirección a la puerta principal de la casa. ¿Habría aparecido de nuevo Ciro o alguno de sus secuaces? ¿La desgracia se ceñía sobre ellos de nuevo? ¿Dónde estaba su hijo?

Los pensamientos de Elena se asimilaban a una cascada de infortunios que le dificultaba el poder respirar. Llegaron al zaguán donde Juana, con el pequeño sano y salvo en sus brazos, lloraba con una sonrisa.

—¿Qué está pasando? —gritó Elena. Pero nadie fue capaz de contestar. Por fin, ya desde el umbral, comprendieron qué estaba ocurriendo. Mercedes estaba arrodillada en el suelo, abrazada a un joven delgado cuyo rostro estaba cubierto por una barba descuidada. Sin embargo, a Elena le fue suficiente una breve mirada para saber de quién se trataba.

—Rafael —susurró. Clara, que no podía evitar ver en la imagen de su hermano a los agresores que abusaron de ella, era incapaz de expresar la felicidad que sentía en ese momento. Hasta Aurelio, con las manos en la cabeza, daba vueltas de un lado a otro mientras lloraba de la emoción. Matías también estaba presente. Sonriente y con las manos metidas en los bolsillos.

El joven ayudó a levantarse a su madre y miró a su alrededor, confuso. Todavía había amplias zonas del viñedo que lucían ennegrecidas por el incendio. Su casa, aunque parecía la misma, la sentía diferente. Todo en cuanto posaba sus ojos le resultaba extraño.

—Mi hijo está vivo. ¡Está vivo! —repetía Mercedes mientras besaba la cara de Rafael. Pasados los primeros momentos de emoción, este se acercó a Clara, cuyas manos temblaban.

Con sumo cuidado, colocó el rostro de su hermana entre sus manos, lentamente, como si tratara de acercarse a un animalillo asustado.

—Nadie volverá a hacerte daño —dijo Rafael mirándola fijamente.

Pese a que la felicidad por el regreso del hijo mayor de los Rodríguez era inmensa, en esos primeros momentos, en los que supo de lo ocurrido durante su ausencia, las heridas se reabrieron y las lágrimas se propagaron. Tan solo Matías mostró más entereza, quizás por su lejanía, aunque no por su falta de afecto.

A continuación, fueron hasta donde estaban enterrados Ramón y Tomás. Rafael, delgado y fino como una rama seca, se detuvo frente a las lápidas y se quedó en silencio. Su piel estaba bronceada y reseca, mientras que su ropa estaba descolorida y ajada. La brisa fresca que correteaba entre los árboles inflaba su camisa, atestiguando que tiempo atrás no le quedaba tan holgada. Los

horrores de la guerra y el martirio del que habían sido testigos sus ojos le hicieron encajar la noticia con sobriedad. ¿Cuántos habían muerto a su lado? ¿A cuántos había dado muerte él?



Rafael no tardó mucho en aclimatarse pese a los cambios, tanto por su parte como en la hacienda, donde el propio futuro de esta parecía estar en entredicho. Mercedes insistió para que se instalara en la residencia de los Valdés, donde vivían todos a excepción de Aurelio, pero para Rafael, aquel no era su hogar, por lo que se instaló en su antigua casa. Quiso la casualidad que Matías ocupara la que antes había sido su habitación, aunque este se la cedió de inmediato.

—Es su hogar y no soy más que un invitado. Además, pronto partiré hacia el norte, Rafael. Me acomodaré en otra estancia.

El joven, cuyo rostro se veía envejecido, asintió.

—Se lo agradezco, Matías. De verdad.

A los pocos días, Rafael ya vestía sus viejas ropas, se había cortado el pelo y se había afeitado, mostrando un aspecto radicalmente distinto. Como si la guerra no hubiera sido más que un mal sueño, se puso a las órdenes de Aurelio como antaño. Durante un buen rato, ya en el viñedo, estuvo mirando a Enrique, quien le parecía una persona totalmente diferente.

—¿Un incendio? Nunca hemos sufrido uno —dijo Rafael cuando le pusieron al día—. Una vez Tomás casi echó a arder el establo cuando se le cayó una lámpara de aceite.

El recuerdo del mediano de los Rodríguez sacó una sonrisa de nostalgia a Aurelio.

—Es posible que fuera provocado —indicó Enrique como si nada, sin rabia en su voz. Rafael frunció el ceño. Una cicatriz se dibujaba en su cuello, sobre el perfil marcado por sus venas.

—¿Provocado por quién?

La pregunta de Rafael no era tan sencilla de responder. Ya le habían dicho que Elena estuvo casada con Vicente Ahumada, pero

hasta ese momento no sabía nada de sus deudas ni de las amenazas de Ciro.

—Simplemente sospechamos de él. Demasiado casual —dijo Aurelio a modo de conclusión. Sin embargo, a Rafael pronto le interesó más la hacienda que el propio Ciro.

—¿Qué pasará con el viñedo? Habrá que replantar gran parte, ¿no es así?

Aurelio miró a Enrique y el muchacho encogió los hombros. El sol de la mañana empezaba a apretar y las frentes de los tres estaban perladas por el sudor.

—Mi hermana todavía no ha tomado una decisión al respecto. Aurelio propone sustituir la vid por el cereal —explicó Enrique.

—Podemos plantar trigo y cebada el siguiente otoño. Con suerte recogeríamos la cosecha en tres o cuatro meses —añadió Aurelio—. Sin embargo, Elena quiere mantener el viñedo a toda costa y dudo que eso sea posible sin ningún tipo de ayuda económica. La cosecha de este año está perdida, pero eso no significa que no haya mucho trabajo que realizar.

No muy lejos de allí, Matías se paraba frente a la entrada del salón donde se encontraban Elena, su hijo y Juana. Fue esta quien advirtió su presencia y cuya mirada alertó a Elena, que enseguida se giró hacia la puerta. Matías, vestido con un traje elegante, esperaba con una sonrisa.

—¿Qué desea? —preguntó Juana dirigiéndose hacia él.

—Solo quería hablar con Elena —dijo como si la propia Elena no lo escuchara.

Juana se giró hacia ella, pero esta asintió y le hizo un gesto para que los dejara a solas.

—El regreso de Rafael ha sido toda una sorpresa —expresó Matías. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que habían hablado a solas? Aunque dicha reflexión no era del todo correcta, puesto que Elena tenía a su hijo en brazos—. Es un bebé grande.

Elena sonrió.

—Ya era hora que la vida nos sonriera. ¿Qué desea? —dijo tratando de mantener la distancia. Matías permaneció en el umbral.

—No creo que prolongue mucho más mi estancia en La Tormenta.

Elena acurrucó con cuidado a su hijo en la cuna, que, aún despierto, no protestó. Los sentimientos que bullían en su pecho eran confusos. Las palabras de Matías sonaban a despedida.

—¿A qué se debe ese repentino cambio de planes? —preguntó todavía dándole la espalda.

Matías suspiró.

—El tiempo no se detiene, Elena. Puede que haya descuidado demasiado mis asuntos. Además, el regreso de Rafael me permite marcharme más tranquilo. ¿Ha tomado ya una decisión respecto al viñedo?

Elena escuchó que él daba un par de pasos hacia delante y se giró. Al mirarlo a los ojos, sintió un escalofrío. Por un instante temió caer de nuevo en sus brazos, como si estuviera bajo un embrujo incontrolable. En las últimas semanas, el pelo le había crecido hasta tal punto que sus rizos se arremolinaban sobre su frente, dándole un aire desenfadado y menos serio.

—Aurelio insiste en que lo más razonable es plantar cereal. Dice que así saldremos adelante —expuso Elena con un falso convencimiento.

Si no estaba dispuesta a pedir ayuda a Matías, continuar con el viñedo era una quimera que podía llevarla a la bancarrota y al desastre más rotundo. No le resultaba sencillo verse tan expuesta, tan cerca de que un giro de mala fortuna acabara con los últimos resquicios de grandeza de su apellido.

—A corto plazo, pero en el futuro, el cereal no les procurará grandes beneficios.

—Estoy al tanto —respondió Elena. Matías se acercó más todavía. Su corazón comenzó a latir más deprisa mientras con una sonrisa trataba de mostrarse serena.

—¿Qué sucede con nosotros, Elena? He tratado de mantenerme al margen, pero no puedo irme sin saber si aún hay algo entre tú y yo —preguntó Matías, eliminando la barrera que había puesto entre ellos, y que tanto le había costado mantener en pie.

—¿Nosotros? —titubeó—. Creo que ya lo dejé claro la última vez.

—Han pasado muchas cosas desde entonces.

—Nada ha cambiado.

Matías sonrió con ironía.

—Su marido ya no está entre nosotros.

Las palabras de este provocaron un acceso de ira en Elena, que estuvo a punto de hacérselo saber con una bofetada. Pero se contuvo en el último segundo. La estaba provocando. De alguna manera, él era consciente de que podía hurgar en sus sentimientos, alterándola, incitándola a que perdiera el control. Sus sentimientos y el deseo estaban intactos en ella.

—¿Has olvidado aquellos días? ¿Lo que sucedió antes de que te casaras con Vicente?

Elena, horrorizada, miró hacia la puerta, que él no había cerrado al entrar.

—Forman parte del pasado. Errores de juventud de los que se aprende.

—¡Mientes! —exclamó Matías, aunque comedido por la presencia del bebé, que estaba siendo testigo de la discusión—. Fuiste hasta Santiago el día antes de tu boda. Puede que los demás lo ignoren, pero a mí no puedes engañarme.

Elena se giró para que Matías no viera las primeras lágrimas desfilar por sus mejillas. Se negaba a amarlo, a entregarle su corazón, pese a que por momentos sí le hubiera entregado su cuerpo. El propio sinsentido de su manera de actuar la torturaba. No solo amaba a Matías y era el padre de su hijo, sino que además era la única persona que podía salvarla de la delicada situación económica en la que se encontraba. ¿Acaso no era suficiente? Visto desde fuera, Matías parecía haber sido dispuesto por la providencia.

Matías, confuso y sin entender del todo su reacción, se acercó cauteloso. El cabello de Elena caía sobre su hombro derecho, quedando el izquierdo a la vista.

—¿Qué más tengo que demostrarte? —preguntó. Elena se secó las lágrimas con el antebrazo.

—No tienes que demostrarme nada. Es eso lo que no entiendes. No es la primera vez que intentas comprarme con tus dádivas, pensando que tu generosidad será suficiente, pero yo no me vendo.

Matías se convenció de que aquello no tenía sentido. Cogió aire y lo soltó muy despacio. La frustración que sentía hablaba por sí sola.

—Me marcharé mañana, Elena —dijo con voz solemne.

—Es lo mejor —contestó ella ladeando la cabeza para observarlo de reojo.

—Entonces, visto lo visto, esto es una despedida. Nada me retiene en Santiago ni mucho menos en el valle. Partiré hacia Antofagasta y quién sabe si volveré.

—No es la primera vez que te oigo decir algo así —soltó Elena, convencida de que Matías encontraría la manera de continuar relacionado con la hacienda.

—Tan solo tendrás que esperar el paso de los días. Espero que el futuro sea radiante para ti y los tuyos.

Elena se giró.

—Lo mismo digo, Matías.

Se miraron fijamente a los ojos, pero después de unos segundos, Matías advirtió que Elena iba a mantenerse firme. La terquedad había sido siempre uno de sus rasgos, que para bien o para mal conformaban su carácter.

Incrédulo por haber llegado a esa situación, Matías hizo una leve reverencia a modo de despedida y salió del salón, apresurado, firme en su decisión de que su estancia en La Tormenta se convirtiera en parte de su pasado.

CAPÍTULO 36

La partida de Matías pilló a todos por sorpresa y más en un momento tan crucial para la hacienda. Para todos fue tomado como un revés.

—Espero no haberle causado alguna molestia —le dijo Rafael esa misma noche, mientras Matías metía sus escasas pertenencias en una bolsa de viaje. Este le dedicó una amarga sonrisa.

—Por supuesto que no, Rafael. Lo último que quiero que piense es que tiene algo que ver con mi partida. Nada de eso. Simplemente he de atender mis negocios y continuar con mi vida. Con suerte, la guerra terminará pronto y volveremos a la normalidad.

Rafael se mostró más aliviado.

—El tratado de Ancón lo cambió todo. Ganamos la guerra.

—No sé qué diablos hemos ganado nosotros —se quejó Aurelio, que estaba sentado sobre una butaca, envuelto en el humo del cigarrillo. Su versión más protestona había salido a la luz después de conocer los planes de Matías. Le había cogido afecto.

—Prosperidad, Aurelio —contestó Matías, quien aprovechó la oportunidad—. ¿Sabías que el consumo de vino se dispara después de la firma de un tratado de paz?

El viejo no se dejó engañar.

—Sigue desechando la idea de plantar cereal, ¿verdad? Pero no podemos continuar solos con el viñedo, no sin ayuda. Usted mismo

ha visto la magnitud de los daños provocados por el incendio. Este año no habrá cosecha y el próximo, quién sabe.

En eso tenía razón, aunque Matías seguía estando en desacuerdo. No se había olvidado del joven francés que había conocido en Santiago, el enólogo que le había comentado los problemas que estaban asolando los viñedos europeos. Estaba muy solicitado desde que los grandes propietarios del país supieron de su llegada, pero, por lo general, solía quedarse en la cercanía de la capital. Tal vez ese joven, Julien Duvall, era la última oportunidad para que Elena siguiera adelante con el viñedo.

Pero en esos momentos, Elena contemplaba a su hijo dormir plácidamente. Le reconfortaba el halo de calma que lo rodeaba, como si ningún problema del mundo tuviera el poder suficiente para causarle preocupación alguna. Se sentía tan reconfortada de que fuera así, que incluso se emocionaba y debía ocuparse en cualquier otra tarea para no ceder al llanto.

La puerta de la habitación se abrió muy despacio. Solo Juana tenía tanta confianza como para abrir sin llamar.

—¿Ya duerme? —preguntó. Elena asintió y le hizo un gesto para que se acercara. Ambas solían sentarse junto a un escritorio que se encontraba al otro lado de la habitación, con la distancia suficiente para que el pequeño no se despertara.

—El calor lo deja rendido. Esperemos que no se despierte.

Juana observó al bebé con una sonrisa tierna durante unos segundos. Inexplicablemente, Elena percibió algo extraño en ella y en la forma en la que miraba a su hijo.

—¿Qué sucede? —preguntó. Juana volvió en sí y encogió los hombros.

—Matías se marcha. Regresa al norte.

—Así es.

Juana no acababa de mostrar todas sus cartas y eso ponía nerviosa a Elena.

—¿Plantará el cereal?

—Es lo más probable —contestó Elena, procurando averiguar el rumbo que iba a tomar la conversación—. Esperemos que el clima nos acompañe.

La conversación continuó en esos términos durante unos minutos.

—¿Cree que Rafael habrá tenido algo que ver en su repentina decisión de marcharse? —indagó Juana, volviendo a poner en el foco a Matías.

—A decir verdad, creo que sus razones están más motivadas por sus negocios.

Juana asintió y se mordió el labio. Elena dedujo que lo que evitaba comentarle estaba relacionado con Matías. De repente, experimentó una ligera sensación de agobio. ¿Ese era el motivo por el cual Juana había mirado a su hijo de esa manera? ¿Sospechaba? A fin de cuentas, Juana supo de su malestar el mes previo a que anunciara su embarazo. ¿Habría llegado tan lejos? ¿Sería la única? ¿O se había convertido en la comidilla de las demás?



Matías era un tema recurrente entre los habitantes de la hacienda, había dejado una huella en todos los que compartieron con él. Les afectaba muchísimo su partida y el saber que posiblemente no volvería. Antofagasta solo sería su primera parada de un periplo que lo llevaría de vuelta hasta California, donde, expresó, tenía ganas de asentarse y formar una familia.

—Los Estados Unidos… —comentó Enrique días después, mientras almorzaban—. Dicen que muchos de los que van allí se hacen ricos.

—No creo que sea tan sencillo —añadió Aurelio.

—Puede que Moro pueda llevarte —concluyó Rafael.

El tono serio que empleaba en sus bromas las hacía todavía más desconcertantes, como si no tuviera intención alguna de que nadie se riera, consiguiendo precisamente todo lo contrario. Elena escuchaba en silencio y con una sonrisa amarga en sus labios. No le gustaba que se comentara nada relacionado con Matías. Se había marchado, ya formaba parte del pasado y eso le dolía profundamente.

—Come un poco más, hijo. Tienes que recuperarte —dijo Mercedes mientras llenaba hasta rebosar el plato de Rafael.

—No me lo tengo que comer todo hoy —protestó este.

Desde su regreso de la guerra, su aspecto había mejorado bastante. Había cogido un poco de peso y su piel había recuperado el brillo de la juventud. Daba la sensación de haber rejuvenecido unos cuantos años.

El ambiente del almuerzo continuó distendido durante la sobremesa. El ecuador del verano había quedado atrás y la temperatura comenzaba a ser más agradable. Ese día en concreto, el amanecer gris se había transformado en una continua llovizna acompañada de algunos truenos que no acababan de alejarse del valle.

—Las montañas habrán encajonado la tormenta. A veces pasa —dijo Aurelio.

Elena lo observó de reojo antes de centrarse de nuevo en la copiosa lluvia que había evitado, una vez más, que comenzaran a preparar la tierra para comenzar a sembrar trigo. Elena había dispuesto comenzar con la tarea después de Navidad, pero ya febrero agonizaba y los trabajos apenas habían avanzado. A esto se sumaban las pocas manos que había para trabajar la tierra y la fama que se propagó por la región acerca de La Tormenta. Unos decían que estaba maldita, otros que era habitada por espíritus que cada poco necesitaban cobrarse un alma y demás habladurías que hacían que los trabajadores fueran reticentes a trabajar allí. En definitiva, el viñedo continuaba dominando gran parte de la hacienda. Las heridas provocadas por el incendio cicatrizaban poco a poco, dando paso al verdor, aunque ello no significaba que la cosecha fuera a resultar suficiente para cubrir gastos.

—Esperemos que marzo venga con mejor tiempo. Si continuamos con tanta lluvia, se va a convertir todo en un barrizal —protestó Rafael.

—Dios te oiga —dijo Aurelio.

En ese momento, Clara se puso en pie y afinó la mirada.

—Viene alguien. —Señaló hacia el camino que llevaba hasta la entrada de la hacienda. Enseguida todos se giraron.

La amenaza de Ciro seguía latente. A los pocos segundos, entre la copiosa lluvia, distinguieron un jinete que avanzaba a ritmo lento, cubierto por un poncho y una capucha que mantenía en secreto su identidad.

—Vaya oído, hermana —dijo Rafael, sorprendido. Clara sonrió a medias.

—No creo que se trate de Ciro. No se atrevería a venir solo —expuso Aurelio. Elena sabía que tenía razón y eso la relajó un poco.

Sin embargo, su corazón se encabritó ante la posibilidad de que se tratara de Matías. Poco había tardado en romper su promesa. Sin decir palabra alguna, Rafael y Aurelio encararon al desconocido jinete. Tras intercambiar unas pocas palabras con él, ambos se miraron, confusos. Finalmente, se encaminaron de nuevo hacia el porche, seguidos por el jinete.

—Viene buscándola a usted, señora —dijo Aurelio.

Elena clavó sus ojos en el jinete, que en ese instante se estaba bajando del caballo. Caminó hasta el refugio del porche y se quitó la capucha. Se trataba de un muchacho joven, de pelo rubio y ojos claros, al que Elena no había visto jamás. Por un instante, creyó que se trataba de un Ebner, pero desechó la posibilidad en cuanto lo oyó hablar.

—Buenas tardes —saludó el joven con un marcado acento francés—. Me llamo Julien Duvall.

De inmediato, Elena recordó lo que Matías había mencionado acerca de un enólogo francés. Esto le hizo mirarlo con cierto recelo. En cambio, el recién llegado mantenía una sincera sonrisa en los labios.

—Buenas tardes. Yo soy Elena Valdés.

Julien agachó el rostro como saludo.

—Un placer conocerla. Vaya día, ¿no? Desde luego, no es el mejor para ir de visita.

A Clara se le escapó una risotada con la ocurrencia del francés.

—No, no es un buen día —contestó Elena de manera fría, queriendo mantener las distancias. No obstante, eso no afectó el ánimo del joven.

—Los caminos están impracticables. El chico que tengo a mi servicio, Juan, me dijo que hoy no llovería tanto. ¡Maldito diablo! Gracias a Dios que pude comprar este poncho a una señora muy simpática por el camino, si no, hubiera sufrido fiebres de aquí a unos días.

Todos lo miraban con una mezcla de desconcierto y asombro.

—¿Desea tomar algo caliente? —le preguntó María.

—Una copa de coñac sería fabuloso. Nada calienta mejor —dijo Julien con una sonrisa. Elena estaba empezando a perder la paciencia.

—¿Puede decirme cuál es el motivo de su visita? Pese a haberme dicho su nombre, no sé nada más de usted —insistió Elena.

—Tiene toda la razón. Verá, mi nombre, como le dije, es Julien Duvall y soy enólogo. Estudio el vino desde que florece la vid hasta que se embotella para delicia de nuestro paladar.

Elena respiró hondo. Era evidente que Matías lo había enviado a la hacienda. Él se había marchado, pero eso no significaba que su presencia hubiera desaparecido.

—No necesitamos a ningún experto —dijo Elena, volviendo a tomar asiento. El joven no perdió la sonrisa.

—Y yo no he dicho que lo necesiten.

Elena decidió cortar por lo sano.

—Ha hablado con Matías Robles, ¿verdad? Él le habrá insistido o le habrá pagado incluso para que venga hasta aquí. Pues lo siento, señor Duvall. Pronto retiraremos la vid y plantaremos cereales.

Julien frunció el ceño como si hubiera escuchado una absurdez.

—¿Quitar el viñedo? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—No tengo que darle explicaciones —concluyó.

María regresó con la copa de coñac y la puso en las manos del recién llegado. Los demás eran testigos mudos de la conversación, al menos, hasta que Enrique decidió intervenir. El muchacho observaba a Julien con viva curiosidad.

—¿Por qué ha venido hasta aquí? —preguntó Enrique con un tono más conciliador. Julien dio un sorbo al coñac antes de contestar.

—No sé si están al tanto del problema que tenemos en Europa. Nuestros viñedos están siendo arrasados por una plaga desde hace

muchos años. Hemos probado todos los remedios posibles, incluso hemos colocado sapos cerca de los nidos de esos bichejos repelentes con la intención de que se peguen un festín, cosa que, obviamente, no sucede.

Elena escuchaba con atención pese a su aparente indiferencia. Quizás por eso Matías había accedido a pagar tanto por el mosto, porque estaba al tanto de lo que estaba sucediendo en Europa.

—¿Remedios químicos? Por supuesto —continuó Julien—, pero solo una cosa parece funcionar: los injertos. Combinar las vides europeas y americanas, que son las que resisten la plaga, es la mejor opción.

Enrique asintió y miró a su hermana.

—Sea conciso, Julien. ¿Por qué ha venido hasta aquí? —insistió Elena. El joven dio otro trago al coñac.

—En un par de semanas llegarán desde Francia estacas de Cabernet Sauvignon, que es la cepa que predomina en el viñedo de mi familia en Burdeos. Mi intención es afianzar aquí la cosecha y experimentar con cepas locales para conseguir un vino que roce la perfección. Mi presencia en su hacienda radica en que estoy buscando un socio o, en este caso, una socia.

Julien miró a su alrededor. No esperaba tener esa conversación delante de tantas personas. Las diferencias con Francia eran notables.

—Pensaba que era un enólogo —dijo Elena.

—Oh, lo soy. Desde muy pequeño mis padres me inculcaron la pasión por el viñedo. Crecí entre las uvas, el mosto y barricas donde él mismo envejecía hasta convertirse en un preciado licor. Cuando comenzamos a sufrir la plaga, empecé a trabajar por mi cuenta con el fin de encontrar una solución, pero ni yo ni nadie ha sido capaz. El viñedo de los Duvall apenas puede sacar un centenar de botellas cada año, lo cual es descorazonador. —La locuacidad del francés no tenía freno. A Elena le recordaba un poco a su difunto marido.

—¿Qué ofrece? —preguntó Enrique de repente. El francés se giró hacia él con una sonrisa.

—A decir verdad y sin el menor ánimo de ofender, me gustaría tratar estos asuntos en privado —dijo Julien. Elena aceptó, aunque

forzada por la aparente predisposición de su hermano.

CAPÍTULO 37

Julien Duvall, Enrique y Elena se trasladaron al despacho. El francés acababa de poner sobre la mesa la propuesta suya y de su familia. Básicamente, los Duvall se ofrecían a correr con los gastos a cambio de explotar el viñedo, realizando los injertos y embotellando el vino bajo una marca compartida.

—El vino recibiría el nombre de Valdés & Duvall —concluyó Julien con una sonrisa—. Ambos apellidos nos abrirán puertas en Europa y en su tierra.

—¿Puedo preguntarle el motivo de su interés por nuestro viñedo? —insistió Elena. El francés miró a Elena con cierta complicidad.

—Creo que comprendo la intención de sus palabras. En efecto, Matías Robles me habló acerca de La Tormenta y, sobre todo, de lo conocida que es su familia en todo el país, lo que aumentó enormemente mi interés. El prestigio de su apellido reforzará el nombre del vino.

Tenía sentido. Elena no percibía las palabras del francés como un montón de excusas. El apellido Valdés, aunque pasaba por su momento más bajo, aún gozaba de cierto nivel entre la sociedad del país.

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó Enrique. La gloria prometida le importaba poco. Julien cogió aire y pensó durante unos segundos. Su mirada se centró en el techo por unos instantes.

—Cuatro años hasta conseguir la madurez plena de la planta. No quiero engañarlos, no es una labor sencilla ni barata, por eso quiero que valoren la inversión de mi familia.

—Y el riesgo de la nuestra en el caso de que el viñedo no prospere —añadió Elena. Desconfiaba de que Matías estuviera detrás de todo, pagando al francés, pero, por otro lado, este le daba la oportunidad de conseguir lo que siempre había deseado. ¿Cuán orgulloso estaría su padre al ver su sueño hecho realidad?

—El riesgo es compartido —dijo Julien.

—¿Cuál es el plazo para darle una respuesta? —preguntó Elena.

—Pienso quedarme en Santiago durante una semana antes de partir hacia el sur en busca de posibles inversiones.

Elena asintió. Una semana para decidir el futuro de la hacienda y con ella el de todos los que vivían allí. De nuevo, el peso recaía sobre sus hombros, pues sabía que mirarían hacia ella.

Una vez finalizada la reunión, Julien regresó a Santiago sin importarle que la lluvia se recrudeciera. Al parecer, no eran pocos los que lo solicitaban. Una vez los tres se quedaron a solas, Elena mandó llamar a Rafael y le contaron acerca de la propuesta del francés.

—Si realmente van a correr con los gastos, es una buena oportunidad —dijo—. El caso es que tenemos que fiarnos de una familia que se encuentra al otro lado del océano.

—Y ellos de nosotros —añadió Aurelio.

—Julien dice que pasará aquí la mayor parte del tiempo —afirmó Enrique.

—La otra opción que nos queda es arrancar la vid y preparar la tierra para el cereal —continuó Aurelio.

—La opción del cereal dará menos beneficios, pero es más segura —expuso Rafael.

Parecía que cada uno mantenía una conversación por su cuenta, sin reparar en lo que decían los demás. Elena, confundida, se limitaba a escuchar, sin atreverse a emitir un veredicto. Ni siquiera en el silencio de su reflexión se decantaba por una opción.

Así pasó los días siguientes a la llegada del francés. Precisamente, para averiguar algo más acerca de Julien Duvall, le

escribió a Wilhem Von Hartmann, quien le contestó que, en efecto, los Duvall eran una familia que pertenecía a la baja aristocracia francesa y que su apellido se relacionaba especialmente con el vino de Burdeos, donde habían adquirido cierta relevancia. A Elena le sorprendió que ese joven risueño y parlanchín perteneciera a la aristocracia del país galo. Al saberlo, se arrepintió de la enemistad con la que le había recibido a su llegada a La Tormenta.

No acababa de decidirse. Además, estaba cansada de cálculos, previsiones y demás información que un simple capricho del destino podía convertir en inútiles. Sin embargo, los días pasaban y el plazo se extinguía a cada segundo. Cuando faltaban apenas dos días, angustiada, salió a pasear por la hacienda. El sol del verano había perdido su vigor y la tierra desprendía una ligera humedad. Le llamaba la atención cómo la vegetación se expandía sin control por la hacienda de Vicente. La casa prácticamente había sido cubierta por matorrales y enredaderas, como si pretendieran hacerla desaparecer. Se quedó un buen rato observando desde la parte más alta de La Tormenta, en silencio, hasta que se percató de que Juana se acercaba hasta ella. Le dedicó una sonrisa.

—Espero que no me traigas más noticias —bromeó Elena.

—Ninguna. Simplemente la he visto y he querido acercarme por si necesita algo —dijo Juana mirándola a los ojos. Parecía que Elena iba a negarse, como siempre solía hacer, pero, en vez de eso, asintió con un largo suspiro.

—Ya sabes lo que nos ofreció el francés. Tenemos que darle una respuesta de aquí a unos pocos días.

—No lo tiene claro, ¿verdad?

Elena movió la cabeza de un lado a otro. Sus ojos se humedecieron levemente.

—Me creía muy lista, Juana; puede que la más lista, pero he sido testigo de cómo personas de máxima confianza me han traicionado. Hasta ahora nos hemos salvado del desastre por fortuna o porque así lo ha querido Dios, pero no siempre será así. ¿Qué ocurrirá si vuelvo a confiar en la persona equivocada? ¿Qué pasa si lo perdemos todo?

Juana se compadeció. A veces no comprendía su frialdad, pero supuso que no debía ser nada sencillo cargar con esa presión sobre los hombros un día tras otro; saber que el desastre había acontecido tras una decisión propia.

—En este caso, Elena, fue Matías quien mencionó por primera vez al francés. Hasta el momento, se ha comportado de manera ejemplar con todos nosotros. No hay nada que le podamos reprochar.

Elena asintió en silencio.

—Si no he entendido mal, quieres que cierre el acuerdo con el francés, ¿no es así?

Juana le confirmó que así era. Elena suspiró como si la decisión ya estuviera tomada, forzada por las circunstancias. La marcha de Matías, lejos de reconfortarle, se había convertido en una aspereza continua, dejando tras de sí un anhelo que no podía satisfacer y con el que luchaba continuamente. Pero, al mismo tiempo, quizás el francés era el último nexo que la unía a Matías, como si un débil hilo los uniera en contra de su propia voluntad. Después de todo, era el padre de su hijo y, muy a su pesar, el único hombre por el que había sentido algo.

—Valdés & Duvall —susurró.

—El nombre me gusta —dijo Juana.

—Ve en busca de Rafael. Que parta de inmediato hacia Santiago. Vamos a cerrar el acuerdo con Julien.



El acuerdo se cerró de manera oficial semanas más tarde. En ese intervalo hubo reuniones con los abogados de ambas partes, redacción de documentos y aclaración de todos y cada uno de los muchos puntos del contrato. Elena los estudió con detenimiento y acudió a Julien para resolver sus dudas, las cuales el joven siempre respondía con predisposición.

—Empezaremos a injertar a finales de agosto —explicaba Julien —. Durante estos meses es importante cuidar bien la planta y

asegurarnos de que llega a la fecha en las condiciones óptimas. También hay que adecuar el terreno. Contrataremos mozos.

Aurelio y Rafael asintieron. Les costó un poco aceptar que ese joven extranjero quedara al mando del viñedo, especialmente a Aurelio, pero los amplios conocimientos de Julien y sus buenas palabras acabaron por convencerlo.

—¿Cómo va la construcción del invernadero?

—Estará listo esta semana —contestó Rafael.

Desde Francia habían llegado estacas de vid libres de filoxera que serían injertadas en primavera. Ese sería el primer paso para la transformación del viñedo. Pero, mientras tanto, debían guardarlas en las mejores condiciones para evitar su deterioro.

—Buenas noticias, entonces. Matías me mencionó que la tierra de la hacienda era buena, pero sus halagos se han quedado cortos.

Aurelio sonrió orgulloso y señaló a la parte alta de la hacienda.

—De ahí emana un manantial que nutre gran parte de La Tormenta. Por eso la tierra es tan diferente al resto de haciendas.

Tras cerrar el acuerdo y con los primeros pagos por parte de los Duvall, la tensión y la actitud huraña de Elena se suavizaron. Por primera vez desde hacía mucho tiempo tenía la sensación de que las cosas iban bien y de que el futuro podría sonreírles. No obstante, la experiencia le hacía mostrarse cauta, especialmente porque intuía que Ciro no tardaría mucho en aparecer después de que se propagara el acuerdo entre los Valdés y los Duvall. No quería ni pensar las consecuencias de otro incendio en el viñedo, razón por la que solía estar despierta durante las noches, siempre vigilante, temerosa de reconocer en la oscuridad el resplandor anaranjado de las llamas.

—Quiero cercar la hacienda. Que no haya otra manera de entrar en La Tormenta que no sea por la puerta —le dijo a Enrique allá por agosto. No faltaba mucho para que comenzaran a realizar los injertos. Tras ello, habrían de esperar unos meses para comprobar si prosperaban o había sido en vano.

—Si quieres puedo encargarme, pero necesitaré ayuda.

Elena le dedicó una sonrisa.

—Podemos permitirnos contratar a cuantos trabajadores necesites. No voy a reparar en gastos para proteger el viñedo.

—Es por Ciro, ¿verdad?

—Es por nosotros —contestó ella.

Así, hacía años que no se veía tanto trajín en La Tormenta. El viñedo estaba salpicado de jóvenes que, a las órdenes de Julien, preparaban tanto los tocones como el terreno. La mayoría eran locales, aunque también había algunos que habían venido de Francia y que contaban con años de servicio a los Duvall. Mientras tanto, Enrique se dedicaba en cuerpo y alma a levantar un muro que rodeara la hacienda.

En cuanto a Elena, había recuperado la posición que tiempo atrás tuviera su padre, paseando de un lado a otro, comprobando que los engranajes del plan de Julien seguían en marcha.

—Hemos terminado con los injertos de esa zona, por lo que avanzaremos a mejor ritmo a partir de ahora —dijo Julien—. Por cierto, he visto que su hermano ha detenido su trabajo junto a esa casa abandonada. ¿A qué se debe?

Elena miró hacia el lugar en cuestión.

—Tenemos nuestras dudas respecto al propietario de esas tierras. Le he pedido a Aurelio que lo averigüe entre los vecinos.

El francés puso los brazos en jarras.

—Sería una buena adquisición para el viñedo. Fíjese en la vegetación; es una tierra fértil.

Julien continuó hablando acerca de la posibilidad de ampliar el viñedo, pero Elena divagó entre sus propios pensamientos. Pese a que todavía faltaba por ver si los injertos salían adelante, sentía un creciente vacío en su interior. Últimamente no se le iba de la cabeza lo que Matías dijo antes de marcharse acerca de asentarse y formar una familia. ¿Por qué sentía que ninguna mujer tenía derecho a convertirse en su esposa?

—Perdone que cambie de tema, Julien, pero ¿sabe algo de Matías Robles?

El francés arqueó las cejas. En ocasiones se trasladaba a Santiago, lo que a Elena le hacía albergar esperanzas de que la respuesta fuera que sí.

—Creo que está en Antofagasta, señora. Al menos eso me comentó la última vez que lo vi. Hace meses.

A Elena le sorprendió el efecto que esas palabras tuvieron en ella. Estaba convencida de que el día menos pensado Matías aparecería en la hacienda. Desde que se conocieran en la velada Von Hartmann, Matías se había convertido en una constante en su vida.

De regreso a la casa, vio a Juana conversando con Rafael. Era llamativo ver una sonrisa en los labios de él, pero Juana era la única que conseguía desmontar esa fachada fría y lejana con la que Rafael se enfrentaba al mundo. Los saludó al pasar junto a ellos y Juana, con un movimiento brusco, se separó de Rafael y se despidió para acompañar a Elena, que no comprendía lo que acababa de suceder.

—No te necesito, Juana. Voy en busca de Eusebio.

—Insisto en acompañarla —respondió ligeramente azorada, lo cual era destacable.

—Julien me ha comentado que los injertos van a buen ritmo.

—¿A quién le importa? —contestó Juana de manera brusca. Era algo tan inaudito que ni siquiera Elena supo cómo reaccionar—. Disculpe, Elena. Oh, ¿qué me está pasando?

Sin pensarlo, Elena sujetó a Juana por los brazos, obligándola a detenerse. Respiraba de manera agitada y en su mirada había un brillo extraño.

—¿Vas a decirme qué está pasando?

—Yo… he discutido con Rafael. Le pido disculpas otra vez.

Elena la soltó.

—No parecía que estuvieran discutiendo.

—A veces no hace falta gritar, Elena —contestó Juana antes de marcharse sin más. Elena la dejó ir y no le sacó el tema. Sabía que Juana podía resultar muy tozuda en determinadas ocasiones.

Sin embargo, pronto las atenciones de todos se centraron en el viñedo. Los días de septiembre habían pasado con celeridad y los meses siguientes aparecían como la fecha señalada para comprobar si los injertos traídos desde Francia habían funcionado o, por el contrario, se convertirían en un sonado fracaso. No eran pocos los que afirmaban en Santiago que pronto La Tormenta estaría a la venta.

Desde mediados de octubre, con la primera luz del día, Aurelio, Rafael y Julien recorrían cada acequia, comprobando si los injertos brotaban. El francés llevaba consigo una libreta donde anotaba los resultados.

—Por el momento hay pocos brotes, pero es pronto —decía Julien. Se mostraba confiado y se esforzaba por transmitir esa energía a los demás, especialmente a Elena. Para finales de mes, el número de brotes había aumentado exponencialmente y para noviembre, Julien ya hablaba de éxito rotundo.

Como cabía esperar, la noticia se propagó rápido por el valle y llegó hasta Santiago, pero también llegó hasta otros que no compartían la buena fortuna de los Valdés.

CAPÍTULO 38

SEPTIEMBRE 1884

La Tormenta había cambiado mucho desde la última vez que Ciro puso sus pies en ella. Lo que antes era un viñedo mantenido a duras penas se había convertido en un cultivo bien cuidado, con mozos que recorrían las vides cada día para asegurarse de que todo se desarrollaba según las directrices de Julien Duvall.

Con el paso del tiempo, el francés se había convertido en un miembro más de la familia. Había sido bien recibido y sobre todo había sido de los primeros extraños en gozar de la confianza de Clara, que ante él se mostraba como la joven alegre que un día fue. Hasta Aurelio sintió un estremecimiento cuando, centrado en sus labores, la oyó canturrear sus viejas coplas, canciones que creía olvidadas hasta ese momento y que le causaron una alegría desbordante. Quizás por ello, creyó conveniente mantener una conversación con Julien para advertirle de lo mucho que había sufrido la joven.

Mientras se lo contaba, el francés estaba paralizado y conmovido tanto por los terribles hechos que sucedieron en La Tormenta como por el sufrimiento desmedido que tuvo que padecer Clara.

—Juré que nadie más le haría daño —concluyó Aurelio. El francés, dispuesto a demostrar su gallardía, se puso en pie y le tendió la mano.

—Sería lo último que haría, Aurelio.

—Eso tenlo por seguro. No puedo pedirle nada, pero si hace feliz a Clara, Dios le bendiga.

Rato más tarde, movido por una tradición que formaba parte de él, Aurelio creyó conveniente informar a Elena, como tiempo atrás hubiera hecho con Eusebio. A fin de cuentas, Elena representaba la máxima autoridad en La Tormenta.

—Ha hecho bien, Aurelio. Clara no se merece más sufrimiento. ¿Quiere que hable con Julien?

Él desechó la idea.

—No se ofenda, señora, pero hay conversaciones que solo puede mantener un hombre con otro.

—Confío en usted entonces.

Pensando en ello, Elena veía cierta similitud entre Julien y Clara, como si se tratara de dos pajarillos de la misma especie. Aurelio se estaba despidiendo cuando Juana llamó a Elena a voces.

—¡Está aquí! ¡Ese desgraciado de Ciro!

Sin perder ni un segundo, salieron al encuentro de Ciro. Elena sabía que era cuestión de tiempo que apareciera. De nuevo, se le heló la piel al imaginar el viñedo pasto de las llamas. De manera fugaz también pensó en Matías.

Ciro lucía una expresión sorprendida, como si no acabara de creerse lo que veían sus ojos. Miraba de un lado a otro con el ceño fruncido, desairado, como si le irritara estar allí. A su lado había tres hombres más que expresaban las mismas dudas que él. En el viñedo, Aurelio había dado una voz a los mozos, que empezaban a agruparse en el camino que llevaba hasta la entrada de la hacienda. En cuanto vio a Elena, Ciro la miró con desprecio.

—La viuda —dijo con sorna—. Esperaba que para entonces ya hubieras perdido la hacienda, pero ya veo que has sabido embaucar a otros.

Rafael estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados y sus ojos a la sombra de la solapa del sombrero.

—No le hable así a la señora —dijo con una voz queda. Ciro lo miró de arriba abajo. No recordaba de quién se trataba, si es que alguna vez lo había visto. Elena intervino.

—¿A qué ha venido?

—Quería comprobar si eran ciertos los rumores. Ya veo que ha realizado una inversión nada desdeñable. ¿Por qué no contribuyó a saldar las deudas de su difunto marido?

—Ya le cedí las tierras de Vicente para ello.

—¡Dejadas de la mano de Dios y malvendidas para hacer frente a las imprudencias de ese derrochador! Sé lo que ha hecho y le prometo que lo pagará caro.

Rafael dio un paso hacia delante, anteponiéndose a Elena y demostrando su poderío físico en comparación con el esmirriado Ciro.

—Márchese ahora mismo.

Ciro estaba temblando de ira o quizás de miedo. Los hombres que lo acompañaban se iban retirando poco a poco, conscientes de que eran superados en número si la cosa se ponía fea.

—No me iré a ninguna parte. Gran parte de esta hacienda pertenecía a los Ahumada y, por ende, a mí —gritó Ciro. Sin embargo, parecía más un niño enrabietado que un hombre dispuesto a defender su orgullo.

—¡Ha perdido el juicio! —dijo Elena.

—¿Cómo se atreve? ¡Maldita!

Esto fue demasiado para Rafael. Sin previo aviso, dio un puñetazo a Ciro que lo tiró de espaldas al suelo. Sus compinches dudaron de intervenir o no, pues tras ellos había una veintena de trabajadores que podían reducirlos fácilmente. Por ello, levantaron las manos en señal de paz y retrocedieron hasta marcharse, dejando a Ciro en el suelo, aturdido y con un hilillo de sangre cayendo por su nariz.

—¡Arriba! —dijo Rafael mientras lo agarraba de la chaqueta y lo levantaba como si se tratara de un muñeco de trapo.

—Van a pagar por…

Pero antes de que pudiera continuar, Rafael le lanzó otro directo al estómago que le hizo caer de rodillas. Tras eso, Aurelio se interpuso entre Ciro y él.

—Me engañaron… —insistió Ciro. Elena sintió cierta lástima por él, aunque esta se esfumó al recordar el fuego devorando el viñedo.

¿Y si no hubieran logrado detener las llamas antes de que alcanzaran la casa? Poco le importaba lo que le dijera, pues no serían más que sandeces para conseguir algún propósito.

—Sáquenlo fuera de La Tormenta —decretó Elena—. Si vuelve a asomar la cabeza por aquí, no seré tan benévola.

Una fuerte racha de viento levantó una molesta polvareda que hizo a Ciro agachar el rostro. Sus manos temblaban. Se puso de pie a duras penas, todavía aturdido y, sin decir nada, comenzó a caminar siguiendo el camino hacia la salida de la hacienda.

—¿A qué se refiere cuando dice que usted lo ha engañado? —preguntó Juana.

—No lo sé. Cedí todas y cada una de las propiedades de Vicente sin ver ni siquiera la cifra de la deuda.

Deambulando, Ciro llegó hasta la puerta y se apoyó en ella.

—¡Maldita seas, Elena Valdés! —espetó con la voz quebrada, totalmente fuera de sí. Después retomó el paso, pero tropezó y cayó al suelo. Nadie se rio. Tan solo podía oírse la brisa que bailaba entre los árboles. De nuevo, se puso de pie y se alejó hasta desaparecer.

La extraña visita de Ciro mantuvo a Elena en vilo durante meses, temerosa de que el hijo ilegítimo de Vicente cometiera alguna estupidez. Por ello, le contó todo a Julien y este acordó que varios trabajadores velaran el viñedo por las noches para evitar incendios o cualquier otro tipo de represalia. A su vez, Elena insistió para que Aurelio tratara de averiguar todo lo que pudiera acerca de Ciro, de quien llegaron confusos rumores semanas después.

—Dicen que ha enloquecido, Elena. Que vaga de un lado a otro, malviviendo o diciendo cosas sin sentido. Lo he buscado por la zona, pero, de momento, no he dado con él —le explicó Aurelio semanas después de la última visita de Ciro.

—¿Y esos hombres que lo acompañaban?

Aurelio alzó los hombros.

—Con toda seguridad irían a sueldo, pero sin plata no le guardarán más las espaldas. Me ha confirmado que algunos de ellos se han marchado del valle.

Elena asintió confusa. ¿Qué le había sucedido a Ciro para acabar de esa manera? ¿Por qué la culpaba a ella? Era un misterio.

—Siga buscándolo. No me fío de él.



La nueva tendencia que se había instalado en la hacienda terminó por convertirse en rutina para el próximo verano. Los injertos habían sido un éxito y las nuevas ramas mostraban un vigor que sorprendía al mismo Julien.

—El año que viene tendremos cosecha —se aventuró a decir. Elena se emocionó ligeramente.

—¿Lo dice en serio?

—No será abundante, pero sí nos permitirán envejecer las primeras barricas de Valdés & Duvall. Esta tierra es magnífica.

Elena estaba orgullosa. Hasta ese día, su concepción del viñedo había sido una lucha constante contra la propia hacienda.

—Además, las plantas se están adaptando bien a la espaldera. Podremos sacar dos brazos de cada una —continuó Julien mientras señalaba de un lado a otro. Hacía poco había pasado varias jornadas en Santiago, donde recibía los telegramas que le enviaban desde Francia y les daba respuesta antes de regresar al valle. Según sus palabras, su familia estaba emocionada por los buenos resultados. Sin embargo, a Elena le interesaba otra cosa.

—¿Ha vuelto a saber de Matías Robles? —preguntó tratando de no mostrar demasiado interés. Como si se le hubiera ocurrido en ese preciso instante.

No había día que no se acordara de él, especialmente a medida que comprobaba el cada vez mayor parecido entre su hijo y él.

Julien hizo un gesto ambiguo que, para una persona tan observadora como Elena, no pasó inadvertido. Era como si dudara de su propia respuesta.

—Oh, tenía una carta de él esperándome en Santiago.

Elena no pudo contenerse.

—¿Por qué no la envió aquí? Matías sabe que pasa aquí la mayor parte del año, ¿verdad?

—La verdad, Elena, es que Matías no quiere importunarla. Desconozco los motivos y no me interesan. Por lo que tengo entendido, y corríjame si no es así, la relación entre ambos es tensa —dijo Julien.

—Nunca nos hemos llevado especialmente bien. Quería regresar a los Estados Unidos, ¿no es así?

—¿A California? Oh, desde luego. Me ha afirmado en varias ocasiones que sus aspiraciones en Chile ya están cubiertas. Su partida es inminente.

Elena le dedicó una sonrisa, aunque sus sentimientos eran encontrados, aderezados con la confusión de las conclusiones que había sacado de su conversación con el francés. Al parecer, Matías seguía convencido de regresar a California, pero lo que no entendía era el motivo por el cual estos mantenían el contacto, ocasionándole un atisbo de esperanza que no sabía digerir del todo. ¿Acaso Matías estaba en Santiago? No lo descartaba del todo o, al menos, no quería hacerlo.

Perdida en sus pensamientos, escapó de ellos con una nueva pregunta.

—¿Puedo preguntarle por su relación con Clara? Se la ve dichosa y radiante.

El rostro del francés se iluminó.

—Por supuesto, Elena. Es una joven fantástica que día tras día está recuperando el brillo de su alma. No hay mayor orgullo que sentirme parte de ello.

—También se le nota, Julien. Es curioso que Clara haya encontrado su redención en un joven francés.

—Los designios de Dios, supongo.

—Justo eso —dijo Elena mientras hacía un breve repaso de los últimos años.

Cuando recordaba la velada de Wilhem Von Hartmann, allá cuando conoció a Matías y su padre le reprendió por sus maneras. Su hermano Esteban, su madre… ¿Cómo podía pertenecer ese recuerdo a su vida? ¿Quién le iba a decir a esa joven, ciega de vanidad, que años después el peso del apellido que tanto defendía

iba a clavarse sobre sus hombros? Julien lo acababa de decir: «los designios de Dios».

Tras terminar de conversar con Julien fue en busca de Juana, que estaba a cargo del pequeño Eusebio. Moro, al que el paso de los años comenzaba a moldearle el carácter, pastaba tranquilamente al borde del sendero. El otro cajón estaba vacío, por lo que Aurelio debía estar por ahí buscando a Ciro. En su pelaje negro relucía el brillo del sol, que se iba en su camino hacia el horizonte.

—¿Cómo está mi pequeño? —preguntó Elena. El niño, que daba sus primeros pasos, se entretenía sacando brizna por brizna de un montón de paja mientras Juana organizaba los aperos.

—Es un santo —contestó Juana con media sonrisa.

—Me recuerda a mi hermano Enrique.

—Tiene razón.

De repente, Rafael pasó frente al establo y se detuvo con el antiguo corcel de su hermano. Elena los miró con nostalgia, aunque nada comparado con el rostro compungido con el que lo hacía Juana. Su mandíbula estaba tensa y sus mejillas encendidas.

—¿Me lo vas a contar algún día? —dijo Elena. Juana la miró sorprendida.

—¿El qué?

—Lo que te ocurre con Rafael. Llevamos muchos años juntas, Juana.

Esta se rio irónica y, movida por sus propios nervios, agarró la escoba y comenzó a barrer, pese a que el suelo del establo se encontraba impoluto.

—Todo está bien, señora —contestó sin mirarla.

Elena optó por no insistir. Cogió al niño en brazos y se despidió. María ya debía estar preparando la cena para su hijo y quería bañarlo antes. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de regresar a casa cuando Aurelio fue en su busca. Traía novedades respecto a Ciro.

—¿En un sanatorio de Rancagua? ¿Habla en serio? —dijo Elena. Aurelio insistió.

—Desde hace tiempo me contaron rumores de que deambulaba de un lado a otro con la cabeza perdida. Vivía de limosnas. Al

parecer, alguien se apiadó de él y lo envió al sanatorio. Me lo han confirmado varias personas.

Elena frunció el ceño.

—Salvo Vicente, jamás oí a nadie hablar bien de Ciro.

—A mí también me sorprende, Elena.

Era muy extraño.

—¿Ha averiguado algo acerca de la hacienda de Vicente y de los terrenos de la casa abandonada? —preguntó Elena.

—En cuanto a la casa, dicen que pertenecía a un viejo pastor que dejó la zona hace muchos años, pero nada más por el momento.

—¿Y la hacienda?

—La vendieron, Elena. No sé quién se la quedó, solo sé que nadie más se interesó. Pagaron una miseria por ella.

Seguía sin tener sentido la última visita de Ciro. ¿Por qué la culpaba a ella?

—¿No sabe quién se la quedó?

—No, Elena.

—Ciro me dijo que lo había engañado.

—Puede que pensara que usted compró la propiedad nuevamente. No me pregunte por qué, tampoco encuentro una razón lógica a la última visita de Ciro, salvo que ya hubiera perdido la cabeza. Estoy intentando localizar a algunos de sus hombres, pero, como ya le dije, la mayoría se han marchado del valle.

El paso de los días no conllevó ninguna explicación al respecto. A simple vista, parecía que la providencia había jugado en favor de Elena, al igual que en el pasado lo hizo en su contra. Pero ese halo misterioso, esa parte oscura de los hechos a la que nadie encontraba explicación, no le gustaba nada.

CAPÍTULO 39

JULIO 1885

El sol del invierno traspasaba a duras penas las ventanas del despacho. El viñedo seguía mostrando un vigor que Julien no había visto hasta la fecha, lo que le hacía continuamente mejorar sus provisiones acerca de la próxima cosecha. Sus idas y venidas de Santiago habían aumentado, pues quería asegurarse de disponer de todo lo necesario para cuando llegaran los meses de la vendimia. No reparaba en gastos y eso animaba a Elena en cuanto a las posibilidades de que su positivismo se hiciera realidad. Cada vez estaba más cerca de que el vino Valdés & Duvall se hiciera realidad.

Pero pese al entusiasmo que se respiraba en la hacienda, Elena no cesó de observar a Juana, intuyendo cuáles eran las causas del continuo malestar. Estaba irascible, más callada y presa de un estado de nervios constante. Por otra parte, Rafael se mostraba más huraño de lo normal. Aurelio lo achacó a la guerra, al silencio de un alma que había visto y sufrido demasiado, pero Elena había llegado a otra conclusión y, dispuesta a poner fin a esa situación, los citó por separado. Juana fue la primera en llegar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando llegó Rafael.

—Elena me dijo que viniera a esta hora.

Al cabo de unos segundos, llegó Elena y, de manera misteriosa, les pidió que la acompañasen a pasear por la hacienda. Durante los

primeros minutos no dijo nada más. El sonido de los pasos y el canto de los pájaros era lo único que se escuchaba. Elena iba en medio, flanqueada por Juana y Rafael que, confusos, se limitaban a aguardar. Se alejaron y ascendieron hasta donde se encontraba la casa derruida. Al fin, Juana puso palabras a su impaciencia.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos ha hecho venir hasta aquí? —preguntó. Elena dibujó una media sonrisa.

—Julien ha descubierto quién es el propietario de estas tierras, las que van desde el final del viñedo hasta más allá de la casa.

Juana y Rafael se miraron. ¿Qué tenía que ver con ellos?

—¿Y bien? —quiso saber Rafael.

—Como se decía, pertenecían a un pastor y su familia. Hace muchos años el pastor perdió su rebaño y, asolado por las deudas, le pidió ayuda a mi padre. Le compró las tierras, aunque les permitió seguir viviendo en ellas. Ya saben que mi padre era conocido por su generosidad, aquella de la que algunos se aprovecharon y que yo tanto critiqué en su momento. Sin embargo, en este caso el pastor y su familia terminaron mudándose al poco tiempo, pero mi padre dejó la casa y las tierras exactamente como estaban. Pese a que las hubiera comprado, lo hizo a raíz de la necesidad de una familia desesperada y no lo consideraba lícito.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Juana.

—Julien dio con uno de los hijos en Santiago.

Juana y Rafael volvieron a mirarse. ¿Por qué les contaba la historia a solas? Elena, serena, observaba las paredes que permanecían de pie y los restos de las vigas de madera que aún no habían sucumbido al paso del tiempo.

—Quiero que aquí viva otra familia.

—Es honorable por su parte, Elena —dijo Rafael. Elena se giró y los miró a ambos.

—¿Qué sucede? —preguntó Juana.

—Sé que Tomás los bendice desde el cielo.

Las palabras de Elena los pilló por sorpresa. Juana y Rafael fueron incapaces de articular palabra.

—A veces intentamos buscar una explicación, justificar nuestros sentimientos, pero es imposible. Nada de lo que hagan ahora

cambiará el pasado. Es algo que he aprendido.

—¿Por qué nos dice esto? —dijo Juana con los labios temblorosos.

—Porque se merecen ser felices. Sé lo que sienten y también sé que se enfrentan a ello con todas sus fuerzas, pero es una lucha cuyo único desenlace es la derrota. No son culpables de nada.

Los ojos de Juana se humedecieron mientras que Rafael, incómodo, agachó el rostro. Elena continuó.

—Mi deseo es que vivan aquí.

—El recuerdo de mi hermano…

—Lo sé, Rafael —interrumpió Elena—. Lo sé, pero es a nosotros, los que todavía estamos en este mundo, a los que nos corresponde vivir.

Juana se secaba las lágrimas.

—Pensé que no lo entendería —sollozó.

—¿Y por qué no fuiste sincera? ¿Qué pensabas que iba a ocurrir? —dijo Elena, que volvió a centrarse en la casa—. Clara sufrió lo indecible y hoy en día vuelve a sonreír junto con Julien. ¿Por qué ustedes no han de ser felices?

Juana y Rafael se miraron. Él siempre la había amado y decidió partir a la guerra para olvidarla, pues era la novia de su hermano y ella, con el dolor por la pérdida de Tomás, había encontrado en su Rafael el anhelo que creía perdido para siempre. En un gesto tímido, él estrechó su mano y le dedicó una sonrisa.

—No se escondan más —dijo Elena. Sin embargo, Juana percibió que Elena hablaba desde la propia experiencia, como si ese discurso emanara desde sus sentimientos.

Juana no iba muy desencaminada, pues Elena empezaba a ser consciente del error que había cometido con Matías. No solo lo amaba y lo había amado siempre, sino que además era el padre de su hijo. El paso de los años y la madurez le habían hecho arrepentirse de su continuo desprecio y de su ceguera. Años enfrentándose a su propia voluntad le habían acabado por mostrar lo que había perdido. Aun así, su orgullo le impedía emprender un viaje para confesarle su arrepentimiento, pues tampoco estaba segura de que él estuviera dispuesto a perdonarla. Había antepuesto el apellido

por encima de todo, actuando como ella creía que debía hacer y asumiendo las consecuencias, pero ¿de qué valía? La soledad enfriaba su corazón cuando veía a Julien y Clara sonreír. Él pertenecía a la nobleza francesa, pero no había dudado en escuchar su corazón. Juana y Rafael debían sortear el muro del pasado, pero tras esa conversación, ambos lo salvaron juntos de la mano. Aquello le producía regocijo, pero también le hacía ver lo que había dejado escapar al rechazar a Matías una y otra vez. ¿Cuán diferente hubiera sido su vida de haber sido capaz de tragarse su orgullo y reconocer que su corazón le pertenecía a él, al joven que la cautivó desde hacía ya tantos años? A ese dolor se sumaba el que sentía por su propio hijo, al que su egoísmo le había privado de conocer a su padre.

Por ello, no quería que nadie de los que compartía la vida con ella cometiera su mismo error. Quiso el destino que al poco tiempo, como si existiera algún tipo de justicia divina, el propio Julien le comentara que Matías había vuelto a California, al parecer para buscar esposa. Pese a que no expresó su sentir, esa misma noche, en la soledad de su habitación, Elena lamentó con lágrimas la noticia.

Ante esta situación, no le quedaba más remedio que confiar en el paso del tiempo como si se tratara de un bálsamo que aliviara su dolor poco a poco. Se aferró al amor que sentía por su hijo, a las buenas previsiones del viñedo y a la posibilidad de devolver el honor de su familia al lugar que le correspondía.

CAPÍTULO 40

La vendimia del año siguiente fue esperada con impaciencia. Todos en la hacienda sabían que sería un momento clave para comprobar si las aspiraciones de Julien, que aumentaban a cada momento, estaban en lo cierto o si, por lo contrario, habían sido cegados por su optimismo.

Antes de que llegara el mes de marzo, Julien convenció a Elena para construir unas bodegas utilizando el establo como punto de inicio para el nuevo edificio. El francés insistió en que era importante tener un lugar adecuado para almacenar las barricas y embotellar el vino allí mismo para abaratar los costes.

—Las botellas de Valdés & Duvall deben de salir ya listas de La Tormenta. Han de ser su seña de identidad.

—¿Cuánto tiempo estará el vino en barrica? —preguntó Juana.

—Habrá que esperar a ver el volumen obtenido, pero lo ideal sería que una parte se mantuviera alrededor de doce meses mientras otra pequeña parte, la mantuviéramos durante veinticuatro meses. De esta manera, en dos años tendríamos las primeras botellas de gran reserva de Valdés & Duvall —explicó Julien.

Para Elena era más que suficiente.

—Estamos en sus manos, Julien. Construiremos las bodegas donde considere.

Pese a que nadie se opuso, la decisión provocó cierta nostalgia. Enrique había pasado muchas horas allí, tanto con Tomás como con

Juana, y que aquel lugar se transformara en otro radicalmente distinto era como arrancar una parte del pasado. Sin embargo, eran los nuevos tiempos de La Tormenta. En unos pocos días, Rafael y Enrique construyeron un establo improvisado junto a la casa de la parte alta de la hacienda para trasladar a Moro. Los años no habían pasado en balde para el animal, cuyo ímpetu y vigor eran ya un mero recuerdo. Aun así, fue reticente a trasladarse a su nuevo hogar y en no pocas ocasiones se escapó del nuevo establo para galopar al antiguo, en el cual ya trabajaban los mozos.

—Es su casa —dijo Juana con los ojos cargados de lágrimas mientras el animal, como si no entendiera lo que estaba ocurriendo, iba de un lado a otro, confuso, desubicado.

—Se acostumbrará al otro. Solo hay que darle tiempo —dijo Rafael.

Pero Juana negó en silencio. Tenía un mal presentimiento. Con el paso de los días se dieron cuenta de que Moro apenas comía. Los huesos se marcaban en su piel y sus ojos, antes negros como la noche más oscura, se habían tornado glaucos.

—¿Por qué no comes, pequeño? ¿Qué te pasa? —le decía Juana mientras acariciaba su antes poderoso cuello.

El animal levantaba la cabeza y se quedaba mirando hacia lo que un día fue su establo. Las obras avanzaban a buen ritmo. Juana procuró llevárselo hacia la casa, pero el animal no se movió. Al poco, ella comenzó a llorar.

Pasarían varias semanas más antes de que sucediera lo inevitable. Ya en plena vendimia, Moro era una sombra lejana del poderoso corcel que un día fue. Estaba tan débil que ya nadie se atrevía a montarlo. Hasta los trabajadores, algunos de los cuales habían oído hablar de aquel caballo nervioso que acabó con la vida de Vicente, lo miraban con respeto, como si se tratara de un ser mítico.

Una mañana de otoño, Juana se despertó sobresaltada a causa de un sueño extraño. No se trataba de una pesadilla. En su sueño había dicha, no miedo ni sufrimiento. Lo poco que recordaba era la imagen difusa de Tomás, sonriente y haciendo gestos con sus manos, como si llamara a alguien. En su sueño, Juana trataba de

responderle, de decirle que no podía moverse, pero eso no frenaba el ímpetu de Tomás. Entonces, un sonido sordo, como hacía tiempo que no escuchaba, comenzaba a tronar sus oídos. Una secuencia rítmica poderosa, elegante y arrolladora era el preludio de una sombra que iba tomando forma a medida que se alejaba. Poco a poco, aquella masa oscura tomaba la forma de Moro, del Moro indomable y salvaje que ella conoció a su llegada a la hacienda, del animal que formaba un todo con Tomás, volando sobre la pradera. Los dos amigos volvieron a reunirse. Juana no podía ya verlos, pero lo sentía, sus dos almas volvían a unirse. En ese instante, ella abrió los ojos. Agarró la chaqueta y corrió en busca de Moro mientras las lágrimas se escurrían por sus mejillas. Ni siquiera el frío de la tierra en sus pies descalzos le importó lo más mínimo.

Apenas salió de la casa y se dirigió al antiguo establo. La primera claridad del día brotaba por el horizonte con lentitud. Sin embargo, pese a la distancia y la penumbra del momento, Juana se fijó en que Moro no estaba de pie frente a su antiguo establo, sino en el suelo, inerte, como si hubiera decidido dormirse allí por última vez.

La muerte de Moro afectó a todos. Aquel animal no era un simple caballo, de alguna manera se había convertido en un símbolo. Su bravura, su carácter indomable y su fuerza siempre los había inspirado.

—Es el final —susurró Juana después de que enterraran al animal.

Varios de los hombres que trabajaban en el viñedo se ofrecieron para ayudar a Aurelio, Rafael y Enrique. Cavaron en silencio, por los muchos recuerdos que Moro les había dejado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elena. Juana miró al horizonte.

—El final de La Tormenta que conocimos al llegar. Todo es diferente. Todo está cambiando, Elena.

Esta suspiró al rememorar lo mucho que había acontecido desde que se instalaron en la hacienda a causa de la guerra.

—Han pasado casi diez años desde que mi padre tomó la decisión de trasladarnos aquí. Es normal que todo cambie.

—Era algo provisional —mencionó Juana—. Recuerdo que Eusebio afirmaba que pronto volveríamos a Santiago.

Elena sonrió a medias. La figura de su padre se había despojado del dolor de la pérdida.

—Así es la vida. Podemos hacer planes, empeñarnos en fijar los rieles por los cuales discurrirá nuestro futuro, pero todo puede cambiar… —Elena se emocionó. De nuevo, se vio asaltada por el recuerdo de Matías, que se hizo más hiriente todavía al dedicar una mirada a su hijo.

—¿Qué le sucede? —preguntó Juana ante el súbito llanto de Elena, que seguía mirando fijamente a su hijo. Los demás también se percataron y acudieron a consolarla.

—Llorar no te hace débil —dijo María. Mercedes frotó con cariño sus hombros para reconfortarla.

En ese instante, Juana también se quedó mirando al niño. El pequeño era moreno de piel, con los ojos ámbar y alto para su edad, lo que provocaba que en ocasiones le concedieran más madurez de la que realmente tenía. Enseguida Juana relacionó el llanto de Elena con el hecho de que su hijo fuera a crecer sin conocer a su padre, sin tener ese referente en el mundo. Quizás por tener las emociones a flor de piel, Juana también se compadeció y derramó nuevas lágrimas, pero, al cabo de unos segundos, su expresión apenada cambió de manera repentina. Su ceño fruncido llamó la atención de Elena.

—Estoy bien —dijo—. Demasiados recuerdos.

Los demás la animaron a regresar a casa para serenarse y descansar un poco, pero Elena se negó y, en vez de eso, afirmó que necesitaba tomar el aire. Pese a que ya había expresado su voluntad, Juana seguía mirando al pequeño Eusebio mientras un millón de preguntas estallaban en su cabeza. A veces un mínimo detalle era suficiente para que la verdad que ha permanecido oculta durante años irrumpiera con todas sus fuerzas y deslumbrara a quien tiene la suerte de observarla. Eso pensaba Juana mientras contemplaba al hijo de Elena: no se parecía a Vicente ni siquiera a ella. Era cierto que algunas expresiones o la manía de frotarse sus pantaloncitos la había heredado sin duda de su madre, pero el resto… El resto era totalmente ajeno a Vicente Ahumada.

—Acompáñame, Juana —exclamó Elena con cierta desesperación. Aquella imposición no hizo más que confirmar la sospecha que tomaba forma en su cabeza.

Ninguna de las dos abrió la boca hasta que se alejaron lo suficiente. De espaldas, parecían dos niñas caminando apresuradas, dispuestas a hacer una travesura antes de que las descubrieran. Elena le dedicó una mirada fugaz antes de centrarse de nuevo en el horizonte. Juana, a la que ya le costaba asimilar la conclusión a la que había llegado, ni siquiera podía creerse que Elena se hubiera percatado de ello. Desconocía que ambas compartían sospechas sobre la otra desde hacía bastante tiempo. La ausencia de Matías ayudó a Elena a que la paternidad de su hijo no se pusiera en entredicho, pero el cada vez mayor parecido jugaba en su contra.

—¿Qué ocurre?, Juana. ¿Me quieres decir algo?

—No te entiendo, Elena.

Esta suspiró. Caminaban tan apresuradas que estaban a poco de llegar a la entrada de la hacienda. Algunos mozos las observaban desde el viñedo, puntos blancos entre las hileras.

—He visto cómo has mirado a mi hijo. Dime lo que está pasando por tu cabeza. Te conozco demasiado bien.

Juana se azoró. ¿Cómo iba a decirle a Elena que sospechaba que su hijo no era de Vicente sino de Matías?

—¡Juana!

—No es nada, Elena.

Intentó tranquilizarla, pero escapar de aquella conversación no iba a ser nada fácil.

—Pues cuéntamelo. Si no es nada, dímelo y nos reiremos las dos —dijo Elena en un tono de claro desafío. Sin embargo, había también cierto nerviosismo en sus palabras. Juana agachó el rostro y cogió aire. Guardar silencio carecía de sentido.

—Su malestar justo después de la boda… Y el pequeño Eusebio, nació casi dos meses antes de lo previsto.

—No lo escondas más. Te lo ruego —dijo Elena con los ojos enrojecidos—. Si tienes algo más que decirme, te suplico que lo hagas de una vez.

Juana miró hacia la casa y después se centró de nuevo en Elena.

—Matías es el padre de Eusebio —soltó. Elena se agitó y, por unos instantes, Juana pensó que la abofetearía o comenzaría a gritarle, totalmente fuera de sí. Pero no ocurrió nada de eso.

Elena le dio la espalda y retomó el paso hasta que el llanto la hizo detenerse más allá de la entrada de la hacienda. Su cuerpo se sacudía como las hojas del otoño.

—¡Elena!

—¡No! ¡No sabes nada! —gritó.

—No lo he hablado con nadie, si eso es lo que te preocupa.

Al cabo de unos segundos, Elena se serenó. No tenía más sentido negar la realidad.

—Lo que sucedió ya no importa, Juana. Mi hijo… Lo más importante para mí es mi hijo. Lo demás no me importa en absoluto.

—Por supuesto, Elena. No crea que la estoy juzgando. Siempre estaré con usted.

Elena le agradeció sus palabras con una sonrisa mientras con el antebrazo se secaba las lágrimas.

—No me quedó más remedio que actuar como lo hice. Si Vicente o Ciro hubieran descubierto la verdad, nuestra situación se hubiera complicado bastante.

—Lo sé.

—Pero una vez me casé, no volví a estar con Matías —dijo Elena de repente, dispuesta a salvar hasta el último resquicio de su orgullo —. No soy una adúltera ni permitiré que nadie me tache de ello.

—Yo tampoco lo permitiré. En lo que a mí respecta, Vicente es el padre, ¿no es así?

Elena asintió con una mirada cómplice.

Su caminar los había llevado hasta el riachuelo, que por aquellos meses de otoño llevaba no más que un hilillo de agua que serpenteaba entre las rocas. Desde lo lejos contemplaron el trabajo de los mozos sobre el viñedo. Nuevas hileras de vid crecían en la parte superior de la finca, no muy lejos de la casa en la que todavía trabajaba Rafael. Él ya se había instalado allí y Juana lo haría después de la boda, que se celebraría a finales de año.

—Hoy he soñado con Tomás —dijo Juana.

—Parece premonitorio.

Juana asintió con los ojos brillosos.

—Lo llamaba a él… A Moro. Como… —sollozó—, como si hubiera venido a recogerlo.

Elena pasó su brazo por encima del hombro de Juana hasta que el tímido gesto de afecto acabó en un sentido abrazo. Fue entonces cuando ambas comenzaron a llorar, cuando el sufrimiento acumulado de tantos años se quebró definitivamente. En el fondo, la historia de ambas guardaba cierto paralelismo. Juana debía enfrentarse continuamente al recuerdo de Tomás y al hecho de haber encontrado un nuevo amor en su hermano, mientras que Elena digería la verdad en silencio, consciente de que había perdido al hombre que amaba solo por un orgullo sin sentido.

Rato después regresaron a La Tormenta, separándose para atender sus asuntos. La vida continuaba. Enrique y Aurelio, superado el duelo por Moro, regresaron a la bodega y comentaron la vaga posibilidad de comprar otro caballo en un futuro.

Esa misma noche, ya de madrugada, un trueno lejano fue el preludio de una llovizna que se prolongó muchas horas. Los relámpagos rajaron el cielo con rabia y, por instantes, la noche se iluminó con esa luz pálida y fría. Todos se despertaron con el temor de que la tormenta pudiera causar estragos, pero, afortunadamente, no tuvieron que esperar mucho para que regresara la calma. Volvieron a la cama, a excepción de Elena, que decidió mantenerse vigilante como si ella misma pudiera hacer algo si caía un diluvio o un vendaval los azotaba.

CAPÍTULO 41

SEPTIEMBRE 1887

Habían pasado casi ocho años desde que Eusebio Valdés, tomó la decisión de dejar Santiago de Chile y trasladarse hasta La Tormenta, donde, además de esperar a que la situación se estabilizase, confiaba en reconducir el viñedo para conseguir un vino de la máxima calidad, que llevara el apellido Valdés por todo el mundo.

Pero Eusebio no pudo ver su sueño cumplido. La guerra y la mala fortuna lo acecharon en todo momento, hasta que el sufrimiento fue tanto que su corazón no pudo resistirlo. Su madre murió asesinada cuando intentaba defender la hacienda de aquellos salvajes que la asaltaron y su hermano Esteban dio la vida por Chile, en la guerra, lejos de su hogar, convirtiéndose en el héroe que siempre quiso ser.

Elena recordó la diligencia que los llevó de Santiago al valle, a La Tormenta. ¿Cómo habría reaccionado si algún advenedizo le hubiera relatado lo que le deparaban los próximos años? Lo habría tomado por un loco, seguramente. Aquella joven de diecinueve años estaba cegada por la vanidad y no se interesaba en nada más que no fuera ella misma.

—Cuánto podría decirte, Elenita. Mis consejos te valdrían de mucho —se dijo para sí misma mientras se observaba en el espejo.

Vestía un elegante traje de terciopelo negro con destellos azules, que, junto con el corsé, no tan apretado como era costumbre, remarcaba las delicadas curvas de su busto. Un chal color crema caía sobre sus hombros mientras que su melena estaba recogida en un moño que daba luz a su rostro. La belleza de Elena había madurado. Los años habían encontrado en ella un perfecto equilibrio. A su imponente presencia se sumaba el renacer del apellido Valdés, los rumores que circulaban acerca de su determinación y la mística que se había forjado en torno a La Tormenta. Esto hacía que muchos, hombres en su mayoría, palidecieran en su presencia. Ella lo sabía y actuaba en consecuencia.

—¡Te están esperando!

La voz llegó desde el otro lado de la puerta.

—No tardo —contestó Elena mientras se perfilaba frente al espejo. Sin embargo, no todos los hombres palidecían ante ella. La puerta de la habitación se abrió y tras ella apareció su hijo, vestido con un traje a medida para su cuerpecito de cinco años.

—Eso me has dicho antes —respondió. Su hijo tenía una personalidad fuerte y solía ser bastante descarado con aquellos con los que tenía confianza. Para Elena, era la misma imagen de su padre.

—Y eso te digo ahora. ¿Ya están llegando los invitados?

El niño hacía muecas frente al espejo.

—Sí. El tío Enrique me ha dicho que no nos demoremos mucho.

—Está casi tan nervioso como Julien.

—¿Dónde está Francia, mamá? —preguntó el pequeño mientras continuaba con sus muecas.

A Elena le ponían nerviosa aquellos repentinos cambios en la conversación. A veces pensaba que lo hacía adrede, como años atrás hacía Matías con ella.

—En Europa. Al otro lado del océano.

—¿Desde allí ha venido la familia de Julien? Eso está muy lejos, ¿no?

—Lejísimos, pero se trata de un día muy importante. Hoy es la inauguración oficial de la bodega Valdés & Duvall. Por eso han

venido.

—¿Han venido en diligencia? —bromeó. Elena le dedicó una sonrisa antes de detener su mirada en el reloj de pared.

—Es hora de que bajemos, señorito —dijo tendiéndole la mano.

Así, madre e hijo salieron de la habitación y bajaron hasta la planta inferior, donde se encontraban María, Mercedes y Clara. En aquella jornada, eran unas invitadas más a la velada de inauguración y lucían radiantes, a la vez que nerviosas, especialmente Clara, que iba a conocer por primera vez a la familia de su prometido.

—¿Han llegado tus parientes? —bromeó Elena. Clara suspiró a la par que se abanicaba.

—Julien dijo que me avisaría, pero tiene tantas cosas en la cabeza que se le habrá olvidado —respondió la joven con una sonrisa tensa.

Mercedes miró más allá de la ventana. Un flujo constante de carruajes y diligencias entraba por la puerta principal de la hacienda, siguiendo el camino empedrado hasta la misma puerta de la bodega. Dicho camino estaba flanqueado por arces jóvenes, limoneros y maitenes que parecían guiar la atención de los visitantes hacia la bodega principal, lo que un día había sido un humilde establo. Frente a este se levantaba una estatua de bronce de un caballo, imperioso, que parecía poder cobrar vida en cualquier momento. Aquel corcel se había convertido en la imagen de la bodega Valdés & Duvall.

—¿Cuántos invitados? —preguntó Mercedes.

—Alrededor de doscientos. La mayoría son chilenos, pero hay que sumarle la familia de Julien. Posiblemente también habrá extranjeros, inversionistas, comerciantes… Un día agotador —dijo Elena.

Tiempo atrás había añorado esas veladas, ser el centro de atención codeándose entre lo mejor de la sociedad, pero, ya que lo tenía, lo aborrecía. Dentro de pocos minutos habría de instalar una sonrisa en sus labios, maquillándola de buenas palabras durante la mayor parte del día, saludando a uno y a otro, regalando halagos y respondiendo a las mismas preguntas una y otra vez.

—Lo van a pasar genial —ironizó Juana al llegar al salón. En sus brazos llevaba a su bebé, nacido semanas atrás.

—Creía que estabas en tu casa. ¿Por qué has venido hasta aquí?

—Estoy harta de estar encerrada, Elena. Aquí al menos puedo ver a los invitados y entretenerme. ¿Pueden ponerme el sillón junto al ventanal? Ramón está más tranquilo cuando estoy sentada.

—Desde tu casa las vistas de la bodega son magníficas —dijo Elena.

—Llevo demasiado tiempo entre esas paredes. Hagan el favor. Estaré todo el rato sentada, lo prometo.

Así hicieron antes de que Juana se sentara sobre el sillón con un gesto de molestia. Su parto no había sido sencillo y el doctor le había recomendado un mes de reposo para que se recuperara con todas las garantías. Sin embargo, a los pocos días Juana ya se encontraba bien y despotricaba contra el exagerado tiempo de reposo ordenado por el doctor.

—¿Estás bien? —preguntó Elena.

—Perfectamente. Ahora váyanse a la fiesta. Es su día, Elena. Rafael se quedará conmigo.

Elena asintió.

—Ya sabes que el doctor Iramendi está a nuestra disposición. Podemos avisarlo en cualquier momento.

—Ese joven… Por poco me obliga a estar en cama hasta que mi hijo cumpla los diez años. Qué pena que el doctor Riquelme se haya retirado. Me caía bien.

—El español es buen doctor también. Ya sabes que se hospeda no muy lejos.

—Olvídate de mí, Elena, por favor, anda a hablar con los invitados —dijo Juana.

Elena asintió, aunque notó algo raro en las palabras de Juana, que en ese instante observaba a su hijo.

Rafael y Aurelio entraron en el salón. El segundo vestía un traje y lucía una elegancia inhóspita, extraña en él.

—No termino de acostumbrarme. ¿Es necesaria mi presencia, señora?

Esta asintió.

—Eres parte fundamental de la hacienda, Aurelio.

Enrique apareció al otro lado de la ventana.

—¿Se puede saber qué hacen aquí? Julien me ha enviado a buscarlos —protestó.

—El francés está al borde de un infarto —dijo Rafael mientras se sentaba en el reposabrazos del sillón junto a Juana y su hijo. Elena sintió un pellizco de nostalgia.

—Y con razón. ¡Aprisa! —dijo Enrique—. Los invitados están preguntando por ti, Elena.

Esta cogió aire e hizo una señal con la cabeza para que todos se pusieran en camino a la bodega. Era la mejor manera de dejar atrás los pensamientos que la asaltaban.

CAPÍTULO 42

La sonrisa de Julien era más tensa que de felicidad. Iba de un lado a otro, saludando, haciendo breves comentarios en las conversaciones antes de ir en busca de otros invitados con los que no hubiera hablado todavía. En ocasiones hablaba en francés y otras en español, según la situación lo exigiera.

—La producción de vino aumentará las próximas campañas. Esta tierra es un paraíso. —Le escuchó decir Elena.

—La sonrisa no cabría en el rostro de su padre —comentó el anciano que se encontraba junto a ella, que no era otro que Wilhem Von Hartmann. Los años no habían pasado en balde para el bávaro.

—Lo sé, Wilhem. Es mi mayor orgullo. Honrar su memoria.

El anciano dio un trago a la copa de vino.

—Es un vino excelente. De categoría. Nuevamente, la felicito.

No pasaron muchos minutos antes de que Elena fuera reclamada por Julien. La señora Valdés, como todos la conocían, era requerida tanto por chilenos como por franceses. Ante ella se desplegaba un amplio ramillete de sonrisas y lisonjas, tanto por lo que había conseguido como por el arduo camino que había tenido que atravesar en los últimos diez años. Pero más allá del éxito, lo fascinante de la figura de Elena es que se había convertido en una mujer que rompía lo establecido, lo que precisamente ella criticaba con ferocidad cuando era más joven. Elena había antepuesto su bienestar y el de los suyos por encima de todas las convenciones

sociales y ello provocaba que algunos asistentes, mujeres en su mayoría, hablaran mal de ella a sus espaldas, no sin antes dedicarle una sonrisa.

Quiso la casualidad que, en un momento de la velada, este grupo de mujeres continuara con sus cuchicheos sin percatarse de que justo a sus espaldas se encontraba la mismísima Elena. Sus rostros palidecieron cuando la señora Valdés se giró y se quedó mirándolas fijamente.

—¿Desean otra copa de vino? ¿O quizás deban pedirle permiso a sus maridos? —dijo sin perder la sonrisa. A continuación, Elena fue abordada por un empresario francés de renombre, que le hizo ignorar al grupo de mujeres que, avergonzadas, no volvieron a juntarse en el resto de la velada.

Al cabo de unos minutos, Aurelio pasó junto a Elena. Su sonrisa no transmitía felicidad alguna.

—¿Puedo retirarme ya, señora?

—¿No está disfrutando? —dijo ella con cierta ironía.

—Llevo más de media hora hablando con un pariente de Julien que no tolera muy bien el vino, señora.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Que yo no hablo francés, señora.

Pese a que resultaba evidente que Aurelio estaba incómodo, Elena le pidió que se relajara y disfrutara de la velada.

—¡No pienso hablar con nadie más! —exclamó mientras se alejaba.

Elena lo observó con una sonrisa y, durante unos segundos de tranquilidad, se limitó a mirar a su alrededor. Todo estaba discurriendo a las mil maravillas. El servicio se movía con soltura entre los invitados, el vino abundaba, al igual que la buena comida. Franceses, chilenos y demás invitados disfrutaban en comunión y los brindis por la buena fortuna de Valdés & Duvall resonaban.

Sintiendo el placer de ver que todo iba bien, Elena decidió tomarse un descanso. Consideró un golpe de suerte tras otro el poder alejarse de la multitud sin que nadie la requiriese, hasta llegar a una sala contigua a donde se estaba celebrando la velada. Una

gran puerta, ligeramente abierta, separaba ambas estancias. Elena deseaba convertir aquel lugar en una especie de museo donde se relatara la historia de los Valdés y su relación con La Tormenta; mucho había acontecido allí como para que quedara en el olvido.

Pero eso pertenecía todavía al futuro. En aquel momento, su única intención era disfrutar tranquilamente de una copa de vino antes de regresar a la velada, donde tendría que poner todos sus sentidos en agradar a los invitados.

Dio un pequeño sorbo a la copa y degustó el vino. El fino amargor daba toques de madera ahumada, aderezado con ligeros destellos de sabor que a Elena le evocaban la propia hacienda, a la sensación indómita que La Tormenta transmitía incluso a los que vivían allí. Estaba inmersa en sus pensamientos cuando, de repente, algo llamó su atención. El destello fugaz de ver a alguien pasar delante de ella, más allá de la puerta ligeramente abierta, alguien a quien creía conocer y que, desde ese preciso momento, le robó toda su atención. Tardó unos segundos en reaccionar, como si no fuera capaz de dilucidar lo que sus ojos habían visto.

Respiró hondo y decidió comprobarlo por sí misma. Apuró la copa de vino y regresó a la sala donde se estaba celebrando la velada. De nuevo, se vio abordada por algunos invitados, a los que tuvo que sonreír y con los que tuvo que conversar antes de continuar su camino. Por fin, se liberó y fue en busca de aquel fantasma que había creído ver, como si hubiera sido fruto de su imaginación. Pese a la serenidad que transmitía, su corazón se había convertido en un tambor a plena marcha. Brindó, saludó y regaló cumplidos hasta que se encontró con Clara.

—Llama a Julien. Que venga de inmediato.

—¿Qué sucede? —dijo Clara un poco asustada.

—Llámalo —dijo Elena antes de ser abordada por el alcalde de Santiago, que a su vez le presentó a otras autoridades cuyos nombres se evaporaron en su distraída atención. Al fin llegó Julien, al que Clara debía haber alarmado por la tesitura de su rostro.

—¿Me disculpan, caballeros? —dijo Elena con elegancia, regalándoles una espléndida sonrisa que hizo imposible que ninguno de los presentes se atreviera a contradecirla.

—¿Va todo bien? —preguntó Julien antes de que Elena lo sujetara sutilmente por el brazo y lo llevara hasta un rincón más apartado. Notaba muchas miradas sobre ella y, por ello, no perdió la compostura en ningún momento.

—Perfectamente. Solo quiero saber si Matías Robles está aquí.

El francés frunció el ceño. Pese a que Elena le dio una lista de las personas de su entorno a las que debían invitar, Julien se encargó de ampliarla e invitar a quien considerase necesario. Sabía que había una mínima posibilidad de que Julien lo invitara, pero se lo habría comentado.

—¿Matías? Es quien nos puso en contacto…

—Ya lo sé, Julien. Los dos sabemos quién es. Solo respóndeme.

Este temía haber cometido un error. En los últimos años había conocido el carácter de Elena.

—Pues sí. Lo invité. Lo saludé hace un rato. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

Elena apretó con todas sus fuerzas el brazo de Julien.

—¡No! Yo… Me había parecido verlo.

Desde ese momento, Elena tuvo que hacer un esfuerzo para mantener su mirada a raya, centrada en las personas que conversaban con ella. A cada poco barría el horizonte de su visión con la intención de localizarlo, pero no tuvo suerte. Aun así, le resultaba extraño que no la hubiera saludado. Tenía sentido que estuviera molesto con ella, pero, de ser así, ¿por qué había venido?

Poniendo las más variopintas excusas, Elena recorrió de punta a punta la parte de la bodega donde se celebraba la velada. No encontrarlo la ponía cada vez más nerviosa y eso hacía que fingir le resultara agotador. Esa lucha constante consigo misma hizo que, transcurrido un rato, saliera de la bodega con la excusa de querer tomar el aire. Fue entonces cuando lo vio.

Matías estaba acompañado de una mujer frente a la estatua del caballo. Ambos se reían con complicidad, lo que para Elena fue poco menos que una puñalada. El tiempo que los había separado se desvaneció en ese instante y una oleada de recuerdos la invadió. Tan solo reaccionó cuando la mujer, que era más o menos de su

edad, se marchó hacia la bodega y Matías se quedó solo. Entonces, se dirigió hacia él, caminando despacio.

Matías, que observaba la estatua con las manos en los bolsillos, se giró en cuanto escuchó los pasos acercarse. Por su expresión, Elena supo que él ya la había visto antes.

—Cuánto tiempo, Elena —dijo Matías—. ¿Me permite saludarla?

—Lo debía haber hecho al llegar, Matías. Soy la anfitriona.

Matías sonrió. La piel dorada de su rostro brillaba ligeramente y sus ojos ambarinos no habían perdido la fuerza de antaño.

—Mis disculpas, entonces. —Continuaba con las manos en los bolsillos. Elena no podía dejar de pensar en la mujer que lo acompañaba segundos antes, pero lo último que haría sería preguntarle por ella.

—Las acepto.

—Es Moro, ¿verdad? —preguntó Matías.

—Así es. Me alegra que lo haya reconocido.

—Aurelio me comentó que murió hace años. Una lástima.

—La muerte forma parte de la vida, Matías.

Se miraron unos segundos en silencio.

—¿Cómo le va la vida? ¿Sigue viviendo en Estados Unidos?

—Reparto el año entre Chile y California.

Elena no pudo soportarlo más.

—Por cierto, enhorabuena por su compromiso. Julien me comentó hace tiempo que estaba en busca de esposa. ¿Es la afortunada joven con la que estaba aquí hacía unos segundos? Se les ve muy felices. —Se arrepintió nada más pronunciar estas palabras.

Matías miró hacia la bodega.

—Se llama Rose.

—Bonito nombre. Ya veo que son muy felices.

—¿Usted ha rehecho su vida? —preguntó Matías con una sonrisa burlona que Elena se tomaba como provocación.

—Mi vida es mi hijo y el viñedo. A eso me debo.

La sonrisa desapareció de los labios de Matías.

—He visto a su hijo.

Elena sintió una repentina presión en el pecho.

—Ya es todo un hombrecito —contestó.

—Y que lo diga.

Ambos se miraron fijamente, en silencio, mientras el mundo continuaba girando. Elena podía sentir el eco infinito de los latidos de su pecho. Matías desvió la mirada hacia la bodega y después se centró de nuevo en Elena. Quiso la casualidad que el pequeño pasase corriendo a toda velocidad, sin percatarse de la presencia de su madre.

—No soy estúpido, Elena. Vine para ver el éxito de la viña, pero creo que hoy se me ha aclarado una duda que siempre tuve —dijo Matías. Elena movió tímidamente la cabeza de un lado a otro—. Sospecho que tienes algo que contarme; algo relacionado con tu hijo.

—Te equivocas —musitó Elena.

—Ojalá, Elena, pero todo me hace indicar que no es así. ¿Vas a decirlo tú o prefieres que lo haga yo?

—No tengo nada que decirte.

—Eusebio es hijo mío. Solo hay que verlo.

Elena sintió un escalofrío y estuvo a punto de estremecerse.

—Has perdido el juicio —dijo sin alzar la voz.

—De nuevo, lo hubiera preferido. Fue esa noche, antes de tu boda con Vicente. Lo supe desde la primera vez que lo vi en tus brazos. Ahora que ha crecido no tengo ninguna duda —explicó Matías—. Durante mucho tiempo traté de convencerme de que no serías capaz de ocultármelo, pensé que necesitabas enmendar tus asuntos, pero ya he visto que no es así.

—¡No tienes ni idea de lo que estás hablando! Además, tus palabras son solo eso, palabras. No tienes manera alguna de probar que Eusebio sea tu hijo.

Unos pasos que se acercaban los interrumpieron. Era Rose. Elena le dedicó una fugaz sonrisa a la par que se secaba las primeras lágrimas de un llanto duramente contenido.

—Puedes marcharte si lo deseas. No tienes nada que hacer aquí —dijo Elena mirando fijamente a Matías. Rose, visiblemente incómoda, aguardaba la reacción de Matías, que no parecía dispuesto a iniciar una discusión. Más bien, parecía cansado.

—Te he concedido demasiado tiempo, Elena, pero eso se ha acabado. Recuperaré lo que me pertenece. —Dicho esto, Matías cogió a la mujer del brazo y se alejaron caminando lentamente. Elena los observaba, en silencio, resoplando como una bestia herida y acorralada. Por nada del mundo iba a permitir que le arrebataran a su hijo.

CAPÍTULO 43

La conversación que mantuvo con Matías marcó un antes y un después para Elena. Poco le importaba el éxito de la velada o de los acuerdos de venta cerrados en la misma. Matías le había dicho que recuperaría lo que le pertenecía. Solo pensar que alguien pudiera arrebatarle a su hijo la hacía enfermar. Ni siquiera al regresar a la velada fue capaz de olvidar lo sucedido, ordenando a Clara que no se separase de su hijo bajo ninguna circunstancia.

Al día siguiente, Julien dio rienda suelta a su euforia y aseguró que Valdés & Duvall sería una bodega de referencia en pocos años. Las previsiones, en todos los sentidos, eran prometedoras. Pero la sonrisa no se adueñaba de los labios de Elena, que parecía no escuchar nada de lo que decían a su alrededor.

—¿Lo ha oído, Elena? —Julien estaba incrédulo por la ausencia de entusiasmo que mostraba la cabeza de familia de los Valdés. Esta se giró hacia él, pero no dijo nada—. Acabo de decirle que un consejero cercano al presidente de la República Francesa va a comprar una partida de vino. ¿No entiende la trascendencia de eso para nuestro futuro?

—Claro, Julien. Son fantásticas noticias. —Sonrió.

—¿Fantásticas? ¿Solo fantásticas? Habría que inventar una nueva palabra, Elena. No solo recuperaremos la inversión, sino que nos llenaremos los bolsillos. A medida que las botellas de Valdés & Duvall se alejen de Chile, más caro podremos vender el vino.

Julien continuó hablando, pero Elena volvió a desconectar de la realidad, arrastrada por las preocupaciones derivadas de su última conversación con Matías.

—Dígame, Julien, ¿mantuvo alguna conversación con Matías Robles? —preguntó de repente. Enrique y Juana intercambiaron miradas de asombro, aunque, sin duda, era Julien el que se mostraba más desubicado.

—Eh, Matías, sí, claro. Hablé con él, al igual que con muchas otras personas.

Elena mantenía la mirada fija más allá de la ventana.

—¿Alguna novedad?

Julien miró a los demás como si suplicara que alguien más interviniera, pero ninguno sabía cuál era la intención de Elena.

—Bueno, si la memoria no me falla, me presentó a esa joven… Rose, creo que se llamaba. No sé si mencionó casarse en un futuro cercano. Hablé con tanta gente y de tantos temas que se me hace difícil recordarlo todo —contestó Julien, ignorando el cataclismo que sus palabras provocaron en el interior de Elena.

Esa noche, Elena se acostó más temprano de lo normal y al día siguiente no se levantó de la cama, afirmando que estaba enferma y que necesitaba descansar. Juana le ofreció el llamar al doctor Iramendi, pero Elena lo rechazó diciendo que solo necesitaría unos días de reposo.

—La velada en las bodegas ha consumido mis últimas energías. Me vendrá bien parar un poco.

Sin embargo, en cuanto se quedó a solas, Elena dio rienda suelta al llanto. La mujer implacable de la que todos hablaban más allá de La Tormenta no era más que una fachada, un grueso caparazón que pesaba y que en ocasiones le resultaba insoportable. Tras tanto tiempo, se había convencido de que sus sentimientos por Matías eran cosa del pasado, pero cuando lo vio, comprobó la crueldad de su propia mentira. El amor que sentía por él permanecía intacto, sin embargo, a este se sumaba el remordimiento por haberle ocultado la verdad durante tantos años y el miedo a que Matías utilizara cuanto estuviera en su mano para arrebatarle a su hijo. Solo pensarlo le hacía sufrir sin medida.

Por ello, los días fueron pasando sin que Elena encontrara la fuerza necesaria para seguir adelante, pasando gran parte del tiempo en su habitación. Los demás estaban preocupados por ella, pero no sabían cómo abordarla para que se dejara ayudar. Una tarde, cuando ya el sol se posaba sobre el horizonte, su hijo entró en la habitación. En cuanto Elena escuchó la puerta abrirse, se secó las lágrimas con la manga del camisón y respiró hondo.

—¿Cómo estás, mamá? —preguntó el pequeño sin separarse de la puerta.

—Bien, cariño. Ya estoy mejor. Posiblemente mañana retome mis tareas. ¿Qué te apetece que hagamos?

No obstante, Eusebio la miró condescendiente.

—La tía Juana dice que estás triste —dijo de repente. Elena encajó el golpe como pudo. Era consciente de que su estado sería el principal tema de conversación en la hacienda.

—Son malestares propios de esta época —masculló. Pero Eusebio no parecía muy convencido.

—¿Es porque te hubiera gustado que papá estuviera aquí? —preguntó Eusebio con una vocecilla inocente. Fue como un puñal dirigido a su corazón.

Siempre le contó que su padre fue un gran hombre, alabando a Vicente hasta niveles que quedaban muy lejos de la realidad. Elena pensaba que su hijo ya tendría tiempo de conocer el amargor de la verdad y los sinsabores de la vida. De momento, no le hacía ningún mal que pensara en su padre como un hombre extraordinario.

Emocionada, Elena alzó los brazos para abrazar a su hijo.

—Claro que me hubiera gustado, cariño —afirmó mientras lo abrazaba con todas sus fuerzas.

—A mí me hubiera gustado conocerlo, siempre he querido tener un papá.Hasta el bebe Ramón tiene uno —dijo el pequeño Eusebio con la ternura que solo un niño podía tener. Elena rompió a llorar, hundiendo su rostro en el hombro del crío, que no comprendía del todo la reacción de su madre.

—Lo siento mucho —sollozó Elena.

El pequeño acompañó a su madre hasta que, rato después, Enrique llamó a la puerta. Cuando los dos hermanos se quedaron a

solas. Elena se sentó en la cama. Su melena alborotada contrastaba con la imagen que había mantenido los últimos años. Enrique la observaba casi como si esa mujer no se tratara de su verdadera hermana. Él mejor que nadie sabía que las circunstancias podían cambiar de la noche a la mañana, pero, respecto a Elena, intuía que algo la atormentaba.

—Ya han pasado varios días. ¿Te encuentras mejor?

—Eso parece —contestó Elena con la mirada fija en la ventana, en el viñedo que se extendía más allá. Enrique se acercó y se sentó al borde de la cama. Después cogió aire profundamente. Parecía que no encontraba las palabras idóneas para expresarse.

—¿Hasta cuándo va a durar? —preguntó al fin. Elena miró a su hermano y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

De repente, Elena sintió un escalofrío. Sabía que Enrique era tremendamente observador y que su natural silencio no quería decir que no fuera consciente de lo que ocurría a su alrededor.

—Sabes perfectamente que me refiero a mi sobrino. Está creciendo, Elena. A cada día que pase te será más difícil esconder la verdad.

Elena no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—No sé de lo que estás hablando.

—Matías es el padre de tu hijo.

Esta se levantó de la cama y reaccionó con aires de indignación. No porque realmente así lo sintiera, sino porque no sabía de qué otra manera podía escapar de aquella situación.

—¡Esto es indignante!

—Solo quiero que mi sobrinosea feliz —dijo Enrique sin alterarse. Obviamente, se esperaba esa reacción por parte de su hermana.

—¿En base a qué? A suposiciones infundadas. ¡Vicente es el padre de mi hijo!

Enrique, con suma calma, se puso en pie y miró fijamente a su hermana.

—Los dos sabemos que no es así.

—¿Con quién has hablado? ¿Con Juana? —dijo histérica.

—No he hablado con nadie. Tan solo hay que observarlo para reconocer a su padre. Puede que sea eso lo que sucede. Curiosamente, tu malestar comenzó tras reencontrarte con Matías después de tanto tiempo.

Elena estaba fuera de sí. Paseaba de un lado a otro de la habitación, frenética.

—¡Métete en tus asuntos! Todo lo que has dicho no son más que invenciones tuyas.

—Elena, te quiero, pero no puedo permitir que sigas siendo cruel con un hombre bueno como Matías. Jugaste con él y siempre volvía para ayudarnos. Por favor, debes hacer lo correcto. Aunque él vaya a rehacer su vida, merece conocer a su hijo.

Elena no pudo decir nada y ante el silencio de su hermana, Enrique se marchó de la habitación. Y fue en ese momento en que ella sintió el peso de sus decisiones y rompió a llorar nuevamente.

CAPÍTULO 44

Al día siguiente, Elena fue la primera en despertar. Como si desafiara a los demás a inmiscuirse en su vida, los esperó a todos y cada uno en el salón, vestida de manera impecable, refugiándose en la propia señora Valdés, la mujer cuya fama se extendía poco a poco por todo el país.

—Buenos días —le dijo a su hermano Enrique. Este le devolvió el saludo, pero apenas le prestó más atención, lo que Elena consideró como una provocación.

—¿No tienes nada que decirme? —insistió.

—Tú lo dijiste todo ayer, Elena. Tengo cosas que hacer.

En cuanto su hermano se marchó, pensó lo que este le había mencionado el día anterior. Sin duda, Enrique debía haber conversado con Juana al respecto, pues ella era la única que conocía la verdad acerca de la paternidad de su hijo. Devorada por la impaciencia, caminó hasta la casa de Juana, en la parte alta de la hacienda. Rafael ya se encontraba en el viñedo, por lo que esta se encontraba a solas con su hijo.

—¡Elena! ¿Ya se encuentra mejor? —dijo Juana.

Pero Elena fue directa.

—¿Has hablado con Enrique? ¿Le has contado lo de Matías?

Juana frunció el ceño.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puede pensar algo así?

No comprendía. ¿Tan evidente resultaba que Eusebio era hijo de Matías? ¿Quiénes habrían llegado a esa misma conclusión? Sintió una creciente presión en el pecho y, por unos segundos, temió acabar como su padre.

—Matías lo sabe… —dijo al fin—. Sabe que es el padre de mi hijo.

Juana expresó en su rostro la gravedad de lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo es posible, Elena?

—No lo sé, pero en la velada me expresó su malestar y me reprochó haber mantenido la mentira durante tanto tiempo. Dice que quiere recuperar lo que es suyo.

Juana había errado al valorar lo complicado de la situación. Casi desde el momento en el que se conocieron, Matías había estado enamorado de Elena, la cual lo había rechazado de todas las maneras posibles hasta que se percató de que sus reticencias escondían en realidad un oculto enamoramiento por su parte. Así eran los cimientos de la relación entre Matías y Elena, como una tormenta, caótica, pasional, sin pensar en el futuro ni en ellos mismos. El factor que acababa de complicarlo todo, aunque hubieran transcurrido años, era el hijo que habían tenido juntos.

—En ese caso, Elena, no te queda más remedio que hablar con él y decirle la verdad. Es la única manera de poner fin a esta situación.

Elena levantó la mirada como si buscara otra solución. Sentía como su corazón se sobrecogía al imaginarse de nuevo ante Matías, ante el único hombre que había querido y por su orgullo había rechazado tantas veces. Quizás si no hubiera visto a esa joven, si Matías no se hubiera comprometido con ella, podría dejar atrás lo ocurrido y dar rienda suelta a sus sentimientos, pero ya era tarde.

—Tienes razón, Juana.

Esa misma tarde, Elena le preguntó a Julien si sabía dónde se encontraba Matías. Lo preguntó con cierto temor, impaciente y temerosa de la respuesta. El francés le dijo que creía que permanecía en Santiago, pero que se lo confirmaría en cuanto tuviese noticias de él.

La espera para Elena se antojó angustiosa. Fueron tres días en los que el tiempo pareció congelarse y en los que los recuerdos de los momentos compartidos con Matías se convirtieron en una tortura constante.

Al fin, una mañana, Julien acudió a verla con la ansiada respuesta.

—Matías está en Santiago. En los próximos días va a celebrarse una fiesta de compromiso. Supongo que celebrarán su futuro matrimonio con esa joven con la que acudió a la inauguración de la bodega.

—Qué buena noticia —expresó Elena, pese a que la realidad de sus sentimientos era radicalmente distinta.

—¿Desea que le comunique algo? Es posible que deba ir a Santiago en los próximos días.

—No será necesario, Julien. Gracias.

Un enrevesado dilema se instauró en Elena. Sabía que la fiesta de compromiso de Matías no era el lugar indicado para debatir acerca del hijo que ambos tenían en común, pero la angustia que sufría por aquellos días le hizo dar el paso.

Al día siguiente, partió hacia Santiago con la excusa de resolver algunos asuntos de la finca. Sin embargo, en cuanto llegó se reunió con antiguas amistades para obtener información, así averiguó el día exacto en el que se celebraría la fiesta de compromiso. Los rumores decían que Matías había rentado una de las mejores propiedades de la avenida de las Delicias para tal fin, curiosamente no muy lejos de la antigua residencia de los Valdés. Para Elena, aquello tenía un gran significado e intuía que el motivo de aquello no era más que un deseo de venganza por parte de él.

Aun así, decidió continuar. A nadie le extrañaría que la señora Valdés acudiera a tal evento, pese a no estar invitada. Sería recibida con calidez. La vergüenza y el orgullo eran inútiles en la situación en la que se encontraba; debía afrontarlo por su hijo y por ella.

La celebración se inició a media tarde. Elena paseó por la avenida, saludó a antiguos vecinos y, cuando consideró que había reunido la templanza suficiente, se dirigió a la residencia donde estaba teniendo lugar la celebración. Algunos carruajes se

arremolinaban en la entrada junto con los invitados que iban llegando. Conocía a algunos de ellos y los saludó con naturalidad mientras los latidos de su corazón se incrementaban a cada segundo. Tal y como esperaba, a nadie le pareció extraña su presencia.

Por fortuna, su llegada pasó desapercibida, pues la mayoría de los invitados disfrutaban ya en el salón principal de un amplio surtido de licores y aperitivos. Le dedicó una sonrisa al camarero que le ofreció una copa de vino. Apenas se mojó los labios, supo que se trataba de un Valdés & Duvall. Seguramente por eso Julien estaba al tanto de la fiesta.

—¡Qué grata sorpresa! —dijo Dietmar Ebner al verla. Se trataba de un viejo amigo de su padre y de Wilhem Von Hartmann.

Elena mantuvo la compostura pese a no estar oficialmente invitada a la fiesta.

—No podía perderme una ocasión tan especial —dijo mientras con su mirada barría el salón. Por el momento, no había visto a Matías ni a su prometida.

—Su presencia me honra. No hay día que no me acuerde de su padre y de Esteban.

—Se lo agradezco.

—Nada que agradecer. Hoy es un día de felicidad para mi familia y para mí y quiero compartirla con la gente a la que aprecio.

Elena torció la sonrisa hasta convertirla en una mueca. ¿A qué se refería Dietmar?

—Por supuesto —contestó sin atreverse a preguntar el motivo de su dicha.

—Me siento agradecido de que mi hijo pudiese volver de la guerra y que tenga una hermosa vida por delante. No sé explicar lo que siente un padre cuando su hijo entrega su corazón y se dispone a formar una familia. Es el acto más bello —continuó. Elena estaba totalmente perdida.

—Espero vivirlo algún día con mi hijo.

—Y será uno de los días más felices de su vida. Se lo aseguro —dijo Dietmar antes de disculparse y atender a otro invitado.

Elena se quedó de pie, como una estatua en medio de una marea de personas que charlaban amistosamente en un ambiente de jolgorio. Un sinfín de posibilidades pasaron por la cabeza de Elena, que se sentía cada vez más fuera de lugar. ¿Se habría equivocado? ¿Acaso no le habían asegurado que Matías Robles había rentado la propiedad?

Respiró profundamente y trató de calmarse. A su lado, una pareja mantenía una animada conversación acerca del futuro matrimonio, por lo que se acercó disimuladamente a ellos con la intención de escucharlos.

—¿Cómo se llamaba la prometida? —preguntó el esposo. Elena temía que la copa estallara en su mano de la fuerza con la que la sujetaba.

—Rose Davis. Es pariente de Matías.

—Ah, el gringo. Un buen hombre.

Si alguien hubiera observado a Elena en ese instante, hubiera pensado que estaba a punto de desmayarse. Justo entonces, alguien se detuvo tras ella.

—No la esperaba aquí.

Era la voz de Matías. Elena tragó saliva y se dio la vuelta. Su rostro estaba blanco como el mármol.

—¿Elena? ¿Te encuentras bien?

—Me dijeron…

—¿Qué te dijeron? —Sonrió Matías.

En ese momento, Dietmar Ebner alzó su copa y la golpeó levemente con un tenedor.

—Amigos, si me conceden un momento, me gustaría hacer un brindis por el futuro de mi hijo y su prometida.

Matías, sin moverse, de espaldas a Dietmar, observaba divertido a Elena.

—¿No vas a brindar? —preguntó Matías. Elena, consciente del ridículo que estaba haciendo ante él, retrocedió un par de pasos, chocando levemente con la pareja que antes había escuchado. A la mujer se le cayó la copa al suelo y varias miradas se posaron sobre ellos.

—Lo siento —se disculpó Elena antes de alejarse de manera apresurada.

Pensó en marcharse, pero se encontraba en el otro lado del salón y se veía incapaz de atravesar a los invitados. Desesperada, vio una puerta entreabierta y, sin pensarlo, se dirigió hacia allí. Se trataba de un pequeño salón donde, afortunadamente, había una puerta abierta al jardín. Elena se encaminó hacia allí.

—¿Ya te marchas? —dijo Matías a su espalda. Elena, al escuchar su voz, se escondió tras la puerta que llevaba al jardín—. ¿Ahora trabajas de espía?

Elena salió del lugar al ser consciente de la estupidez que acababa de realizar al esconderse.

—Me dijiste que era tu prometida —le recriminó Elena.

—Lo dijiste tú.

—Sabías que vendría. Por eso no lo negaste.

Él encogió los hombros.

—Lo único que sé es lo que sientes por mí —suspiró—. Y también que tenemos un hijo en común; un hijo que se merece crecer junto a su padre. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Elena no lo soportó más y comenzó a llorar. De nuevo, como otras tantas veces, el amor y el rechazo bailaban en su corazón.

—Decir la verdad no era tan sencillo. No en la situación en la que me encontraba —sollozó. Matías se acercó a ella lentamente y con suma suavidad, le secó las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Siempre estuve a tu lado. Si me lo hubieras pedido, me hubiera enfrentado al mismo demonio por ti.

Elena sintió el calor de las manos de Matías en su rostro como la lluvia después de un largo verano. Era encontrar lo que jamás había buscado, pero tanto había anhelado. Matías tenía el poder de enloquecerla y al mismo tiempo de sanarla. Quizás era el equilibrio, el apoyo que siempre había necesitado y que no había sabido ver hasta ese momento.

Sin darse cuenta, se abrazaron. Elena temblaba.

—Puede que yo me equivocara. No se puede domar a una tormenta —susurró Matías.

Elena apretó sus brazos con todas sus fuerzas.

—No he dejado de pensar en ti desde el día que nos conocimos, pero si hubiera sabido que era amor, no habría luchado contra él —dijo ella.

—El destino nos ha mantenido juntos.

Ella separó la cabeza de su hombro y lo miró fijamente.

—No quiero estar lejos de ti —pidió Elena. Los ojos de Matías relucieron como un millón de estrellas.

—Creo que te demoraste muchos años en darte cuenta —dijo Matías mientras le acomodaba un mechón de cabello—. Te amo, Elena. Y siempre te he amado y te advierto que desde hoy nadie me va a separar de ti.

EPÍLOGO

El sonido de un galope que se aproximaba avisó a Elena de que Eusebio y Matías habían dado por finalizado su paseo matutino.

Con la alegría en el rostro, salió a recibirlos al porche, donde Juana y Rafael procuraban controlar las travesuras de su pequeño Ramón.

—¡Quieto! ¡No arranques más flores! —gritaba Rafael.

Mercedes observaba a su nieto con cierta nostalgia.

Elena llegó hasta ellos.

—No te preocupes por las flores. Volverán a crecer.

Pero el pequeño Ramón, ante las regañinas de su padre, cambió su objetivo y fue directo hacia un montón de hojas secas.

—¡Ramón! —gritó Juana segundos antes de que su hijo desperdigara el montón de hojas, para disgusto de su padre.

—¡Lo hace adrede! —se quejó este.

—Oh, solo es un niño —dijo Elena.

En ese momento, llegaron Matías y Eusebio.

—¿Cómo ha ido el paseo? ¿Son buenos los caballos? —preguntó Elena.

—Demasiados jóvenes para mí —respondió Matías antes de darle un recatado beso a Elena.

—A papá le vendría mejor un burro —bromeó Eusebio, provocando que todos se rieran.

Por suerte, este era todavía pequeño cuando Elena le dijo que Matías era su padre y, pese a la confusión propia del primer momento, las semejanzas entre ambos hicieron que establecieran una relación estrecha. A medida que crecía, Eusebio se parecía cada vez más a Matías, lo que desechaba las dudas que le pudieran surgir al pequeño.

—Esta noche lloverá a cántaros —advirtió Aurelio, sentado en una mecedora. Los años no habían pasado en vano para él.

—¿Estás seguro? No hay nubes —dijo Elena, preocupada por las consecuencias que una inesperada tormenta pudiera tener sobre las vides.

—Ojo de viejo, señora. Esta noche lloverá —sentenció.

No tendrían que esperar mucho para ver cómo la advertencia de Aurelio se hacía realidad. Esa noche se desató una lluvia copiosa acompañada de truenos y relámpagos que salpicaron la noche con destellos blanquecinos y furiosos. La tormenta rugía como un monstruo oscuro e infinito. En un momento, mientras Elena observaba por la ventana, sintió un ligero temblor acompañado de un estruendo, tal y como si el cielo se derrumbara sobre ellos.

Por ello, con los primeros rayos de sol, todos fueron a comprobar los daños causados por la tormenta. Cuando llegaron al viñedo, se encontraron con Julien, que llevaba ya un buen rato sobre el terreno.

—No hay que lamentar grandes daños —avisó—. El cauce y los canales han evitado que el agua se acumulara.

—Escuché algo durante la tormenta —dijo Elena. El francés asintió y señaló al otro lado, donde se encontraba la antigua hacienda de Vicente, abandonada desde su muerte.

—Ha habido un desprendimiento al otro lado del camino. La densa vegetación ha sujetado la tierra, en parte. Debía haber una bolsa de agua bajo la superficie, porque la lluvia ha hecho brotar un pequeño manantial.

Elena miró hacia las tierras de su antiguo marido. ¿No ocurrió lo mismo en La Tormenta muchos años atrás? Movida por la curiosidad, guio a todos hasta allí. Desde el camino vieron cómo había brotado un manantial casi a la misma altura que el que se encontraba en su

propia finca. La tierra arrancada y el cauce explicaban el estruendo que Elena había oído en la madrugada.

—Si Dios quiere, esas tierras se volverán muy fértiles de aquí a unos años —dijo Julien—. Sería un lugar fantástico para plantar una nueva cepa. ¿Saben quién es el propietario?

—No sé nada. A saber a quién se las vendió Ciro —dijo Elena.

Ante la dificultad de averiguar a quién pertenecían esas tierras, no emplearon mucho más tiempo en el asunto. Debía organizar a los mozos para enmendar los daños causados por la tormenta y disponer el cargamento de Valdés & Duvall que partiría próximamente hacia Francia, desde donde sería repartido por casi toda Europa.

Sin embargo, esa misma tarde, Matías fue en busca de Elena y le pidió que le acompañara a pasear. A ella le sorprendió la petición, pues solía ser en esos paseos cuando ambos se confesaban asuntos privados o que eran de suma importancia. Y su sorpresa se debía a que Elena le iba a pedir lo mismo, por un asunto que necesitaba tratar. Así, con fingida serenidad, ambos pasearon por La Tormenta bajo la tibia luz del mediodía.

—¿Qué sucede? —preguntó Elena, revelando su impaciencia. Matías le dedicó una sonrisa. Sin decir nada, metió la mano en el bolsillo y extrajo un documento que puso en sus manos—. ¿Qué es esto?

—Es la escritura de la antigua residencia de los Valdés en Santiago. He estado detrás de ella después de mucho tiempo y por fin la he conseguido. Vuelve a ser de los Valdés.

Elena se detuvo, incapaz de reaccionar.

—No puedo creerlo.

—Pues es verdad —dijo Matías mientras volvía a introducir la mano en el bolsillo. Sin embargo, la expresión de Elena se ensombreció levemente—. ¿Qué sucede?

—No quiero que me malinterpretes, Matías. Soy la mujer más feliz del mundo en este momento, pero creo que mi lugar está aquí, en La Tormenta.

Lejos de sentirse molesto, Matías sonrió y sacó de nuevo otro documento que entregó a Elena.

—Te conozco demasiado bien. Por eso, si no quieres regresar a Santiago, puedes dedicarte a tus nuevas tierras. —Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, Elena leía el nuevo documento que había puesto en sus manos.

—¡No puede ser! —exclamó—. Ciro las vendió.

Matías ladeó la cabeza a un lado y a otro.

—Lo intentó, pero legalmente te pertenecían al ser la viuda de Vicente. Le pagaron una miseria por ellas y el comprador no puso inconveniente en vendérmelas. Sin nadie más de por medio, la finca de Vicente vuelve a ser tuya.

Elena se tiró a los brazos de Matías y lo besó.

—No sé cómo pude ser tan estúpida al perder tanto tiempo sin estar a tu lado —exclamó con los ojos brillantes—. Soy muy feliz, más de lo que alguna vez soñé.

Matías le acarició las mejillas y la abrazó.

—Yo siempre lo supe pero tenía que convencer a la mujer más caprichosa y testaruda que he conocido.

Elena sonrió avergonzada, recordando todo lo que hizo pasar a Matías.

—¿Había algo que querías decirme? —preguntó Matías. Elena se sorprendió—. Te conozco y lo vi en tu rostro cuando te pedí que me acompañaras a pasear.

Elena sonrió y estrechó sus manos con fuerza.

—Tendremos que pedirle a Eusebio que nos acompañe la próxima vez que salgamos a pasear.

Matías frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

Elena arrastró las manos de Matías hasta su vientre.

—Porque antes de Navidad, nuestra familia crece y nuestro hijo se convertirá en hermano mayor.

Notas

CAPÍTULO 3

1 **Pinda** (o *piṉda*) en mapudungun, significa picaflor o colibrí.